

MARIAH STONE

LA APUESTA DE LORD

CANALLA

DUQUES
Y SECRETOS



LA APUESTA DE LORD CANALLA

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO CUATRO

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Betting Against the Scoundrel* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!](#)

[Acerca del Autor](#)

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

LONDRES, septiembre de 1813

«Venganza...».

Spencer golpeaba el puño contra el saco de boxeo intentando liberar la ira contenida con cada golpe. Se imaginó en el saco el rostro de un hombre de unos cincuenta años con la cabeza casi calva. Con cada puñetazo que arrojaba, se imaginaba que golpeaba los peculiares rasgos: el puente duro de la nariz y las cejas fruncidas por encima de los ojos entrecerrados.

Mientras dirigía el siguiente ataque al mentón cuadrado, el movimiento se vio interrumpido de repente por un fuerte tirón en el muslo izquierdo. Se le escapó un gemido y se le formaron unas gotas de sudor en la frente. Perdió el equilibrio durante un instante y casi se tropezó con una bolsa de cuero con medicinas que, inoportunamente, estaba desparramada por el suelo. Mientras se trastabillaba, unas vendas y un frasco de linimento se salieron de la bolsa y rodaron por el suelo de madera.

Spencer se obligó a mover la pierna lastimada y sintió una descarga de dolor, como si tuviera una lanza atravesada en el músculo y los nervios. Con desesperación, se aferró al saco de boxeo para recuperar el equilibrio y maldijo el desorden que había en la recámara. Encima del escritorio tenía unos papeles hechos un bollo: eran las cartas que no le había enviado a Penelope. La cama estaba desalineada y sin hacer. Todos los días echaba a la criada. Como apenas dejaba la habitación, no le veía ningún sentido a ordenarla.

—¡Spencer! —lo llamó una voz que conocía demasiado bien y provenía de algún sitio a sus espaldas—. ¿Te encuentras bien?

Se puso tenso, soltó el saco de boxeo y se paró erguido ignorando el dolor lacerante en el muslo. Pero el padecimiento físico no se comparaba con el malestar atenuado que no dejaba de sentir en el pecho. Se apoyó sobre la otra pierna para asestarle un nuevo golpe al saco de boxeo con la otra mano, pero el muslo se le acalambró. Lo tenía tan rígido como un hueso. Soltó un gruñido de frustración, y la frente se le cubrió de sudor al tiempo que atrapaba el saco de boxeo que se mecía en el aire.

Con la respiración entrecortada, volvió a abrazar el saco de boxeo y reunió fuerzas para erradicar la expresión de dolor que le invadía el rostro. Luego se aclaró la garganta.

—¿Qué hace aquí, duquesa? Le dije a Teanby que no estoy en casa.

—No has estado en casa durante dos semanas —repuso con un tono sarcástico.

—Tengo mis motivos.

Tomó una profunda bocanada de aire y, antes de darse vuelta, se tragó el dolor que había sido

su compañero constante durante siete meses. La vio de pie en el umbral. Era la única mujer a la que había amado en la vida. La mujer que lo había ayudado a superar la guerra. Evocar sus grandes ojos entre celestes y grises lo había ayudado a despertar todas las mañanas en la litera del compartimiento oscuro que apeataba a cuerpos sucios y salmuera, a subir a rasquetear la cubierta, a ayustar cuerdas o reparar los cordajes. Había pensado que regresaría a casa para retomar sus deberes ducales, que se reencontraría con sus queridos hermanos y hermana y que se arrodillaría delante de la señorita Penelope Beckett para pedirle que se convirtiera en su esposa.

Pero luego de pasar meses en batallas infernales y vivir la existencia intolerable de un marinero, había regresado a una vida que no reconocía. Esa mujer hermosa que destellaba se había convertido en su cuñada porque se había casado con su hermano. Además, él ya no era un duque y jamás volvería a serlo. Chalthorpe Place, su residencia ducal, donde había vivido durante cuatro años desde la muerte de su padre, estaba carbonizada; sus vigas y columnas negras solo le daban soporte al cielo. Muchas de sus posesiones, incluyendo sus cuadros favoritos, los que Penelope le había inspirado a comprar, habían quedado reducidas a cenizas. Ahora se encontraba de regreso en la residencia de su infancia, el hogar de los Seaton, y sus hermanos habían seguido adelante con sus vidas, que habían florecido durante su ausencia.

Era el hermano mayor, el heredero que alguna vez había sido un poderoso duque. Aunque, hacía casi un año, habían enterrado su cuerpo debido a los testigos y las pruebas del forense. Como no tenía ningún hijo, no era un caso de prórroga, en el que el título quedaba indeciso entre dos herederos. El caso de Spencer era muy claro: el siguiente en la línea de sucesión era su hermano, Preston, y ni siquiera el hecho de haber regresado de la tumba cambiaría eso. Ahora el título le pertenecía al nuevo heredero. Y, a pesar de toda la coherencia, sentía como si le hubieran quitado todo de manera injusta.

—Duquesa —le dijo con tono formal, y el título oficial quedó flotando entre ellos como una sombra. No era su duquesa... El año pasado, mientras eran amigos, la había llamado Penelope. —Se ve... bien. La prosperidad le sienta bien. ¿No le parece curioso como los rostros familiares se pueden sentir tan extraños...?

La expresión de culpa y conmoción que le invadió el rostro no le pasó desapercibida. Sin embargo, Penelope recuperó la compostura y alzó la cabeza al tiempo que apretaba el ridículo con la mano enguantada.

—A veces, el corazón encuentra su hogar en los lugares más inesperados y, cuando eso ocurre, es difícil que cambie de parecer.

Para Spencer, era muy doloroso mirarla: estaba embarazada, pero no de él, y brillaba. Era hermosa y no solo físicamente. Tenía la piel casi translúcida, acentuada por las sedas de las prendas que le abrazaban la silueta. Las telas sofisticadas y elegantes que le compraba Preston, no él. En ella, veía la representación vívida de todo lo que había perdido. Su felicidad radiante, que era evidente que estaba ligada con su hermano, era un recordatorio de que el mundo había seguido adelante sin su presencia. Y él no. Por el contrario, se había deteriorado. En muchas formas, hasta había muerto.

—Pues, debe ser muy agradable ver cómo se va acomodando todo en su lugar —remarcó—, mientras otros tienen que empezar de cero.

Al ver que los ojos se le llenaron de lágrimas, Spencer sintió un aguijonazo de culpa en el vientre.

—Pero hay esperanza de que el sol de mañana nos ayude a sanar a todos, ¿no? —le dijo con suavidad y le volvió a hacer añicos el corazón. Su mirada se movió alrededor de la habitación y se detuvo sobre un cuadro de la fuerza naval que Spencer había arrancado de la pared.

No le sorprendía que se preocupara por él. Todos debían de estar volviéndose locos, pero no podía enfrentarse a ellos. No tenía nada más que ofrecer, excepto tristeza, vacío y furia.

—¿Dónde está? —preguntó otra voz femenina que provenía del pasillo a espaldas de Penelope—. Por todos los cielos, Spencer. Te juro que te voy a matar.

Era Calliope. No le sorprendía que hubiera ido. Sonaba débil y sin aliento a pesar del tono mandón.

—¡Aquí, hermana! —exclamó Penelope y se volvió para mirar por encima del hombro.

—¡Ah! —soltó Calliope a sus espaldas.

Spencer soltó un gruñido.

—¡No debería estar aquí, duquesa! Es evidente que estoy indispuesto. —Estiró los brazos a ambos lados para indicar el estado de desnudez. Solo tenía puesta la camisa abierta, que le dejaba gran parte del pecho al descubierto. Podía sentir la tela sudada de la camisa y de los pantalones apretada contra el cuerpo.

Penelope lo recorrió con la mirada y arqueó una ceja. No había ni una chispa del amor y el calor que reflejaban sus ojos cuando miraba a Preston.

—Ahora eres mi hermano —le dijo con firmeza al tiempo que se adentraba en la recámara—. Ver un poco de piel no me asustará. Además, es tu culpa por habernos evitado durante dos semanas. Sé que debe haber sido difícil para ti llegar y descubrir que todo había cambiado.

—Así es, pero te hemos dado tiempo de sobra para que recuperaras el sentido —añadió Calliope al entrar con un vestido de seda y muselina amarillo—. Es tu culpa que hayamos tenido que venir a Sumhall. Tu aislamiento tiene que detenerse de inmediato. No puedes evitar a tu familia para siempre.

Su hermana tenía razón, pero no estaba listo. No estaba listo para las preguntas, para los chillidos, para las palabras de sabiduría o para la lástima. Spencer soltó un suspiro y se volvió hacia el aparador donde tenía un decantador de *whisky* y un vaso sobre una bandeja. Habían sido su compañía durante las últimas dos semanas.

—Para siempre no —masculó mientras vertía el líquido—, pero unos años más deberían bastar.

Oyó más pasos que se acercaban por el pasillo y se le tensó la mandíbula. ¿Acaso había ido toda la familia?

A diferencia de Penelope, que se veía suave y con las mejillas sonrosadas durante el embarazo, su hermana menor, que solía ser una persona llena de energía, se veía pálida y delgada. Una capa de sudor le cubría el rostro y no se veía nada saludable. Como para confirmar esa impresión, Calliope se llevó la mano a la boca. Su marido Nathaniel, el duque de Kelford, acababa de entrar en la habitación y le tomó el otro brazo para darle apoyo.

—Todos queremos que te recuperes —le dijo Preston, que apareció en el umbral y lo perforó con los ojos intensos y oscuros.

Spencer hizo un gesto amplio de un semicírculo con el brazo y derramó el *whisky*.

—Genial. ¿El resto de la familia también está aquí? ¿Richard?

—Por supuesto que sí —anunció Richard desde el pasillo y asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—Lo sabía —masculó Spencer—. Teanby solo se dejaría convencer por su favorito.

Richard y Jane, su nueva esposa, entraron seguidos de la abuela, que iba vestida de manera majestuosa y le dirigió su característica mirada bondadosa. De repente, la gran habitación de Spencer pareció encogerse y los pulmones le parecieron demasiado pequeños.

—Teanby no habría dejado entrar a nadie si no estuviera de acuerdo con ellos —le aseguró la

abuela—. Todos creemos que es hora de que dejes de esconderte. Esto no es sano, querido.

No era sano... él no era sano. No se sentía sano ni en cuerpo ni en alma. Pero ellos no sabían lo mal que estaban las cosas. Y lo peor era que todos eran un recordatorio andante de todo lo que había perdido. Incluso él mismo.

—Solo a ustedes les preocupa lo que no es sano —gruñó—. Quiero que me dejen en paz.

—¡Pero no nos has contado nada! —exclamó Calliope con la garganta tensa—. Has regresado hace dos semanas, y solo te vimos media hora en el puerto antes de que te encerraras aquí. ¡Ni siquiera nos has dicho quién te hizo esto!

Spencer sintió que el rostro se le ponía pálido al oír las palabras de Calliope. La conocía demasiado bien; era una detective nata a la búsqueda de un buen misterio, como un sabueso tras un rastro. La revelación de su sacrificio lo golpeó como un puñetazo: se había casado con un oficial de la Marina para obtener su ayuda en la investigación. Sintió como si, de momento, su alma se encontrara a la deriva, flotando en un mar de culpa y conmoción. No podía permitir que su hermana embarazada, a quien adoraba, se metiera con el hombre poderoso y peligroso que quería eliminarlo.

—Y no se los diré, y mucho menos a ti —le aseguró con firmeza mientras avanzaba cojeando con la pierna izquierda herida hacia su familia—. Estás embarazada. No puedes dejar de vomitar, ni tampoco puedes comer ni beber. Tienes que quedarte en casa y recuperarte. Kelford, ¿cómo has permitido que viniera aquí?

—Si crees que alguien puede permitir que Calliope haga algo o no, deliras —le respondió Kelford, con el mentón tenso mientras sostenía a su esposa. Eran una pareja muy atractiva: Calliope, con el cabello caoba y los grandes ojos celestes, y Kelford, alto, musculoso y con cabello dorado. Al menos Spencer podía estar feliz por su hermana. Era evidente que ese hombre veneraba el suelo por el que andaba, y ella lo amaba—. Tu hermana conoce sus límites mejor que nadie, y confío en que sabe tomar sus propias decisiones.

El mismo nivel de confianza y amor manaba de Richard y Jane.

—Tienes que dejarme resolver mis problemas —le dijo Spencer a Calliope.

Spencer era muy consciente de la presencia de Preston y Richard, y su predisposición a actuar se palpaba en el aire tenso. Pero cuando miró a Preston a los ojos, sintió el desasosiego que se agitó en su interior. No podía dejar de sentirse traicionado por que su hermano se hubiera casado con Penelope, por más irracional que fuera eso. A pesar de que sabía que Preston tenía sus motivos, y que todo estaba en el pasado, una parte de su alma no podía evitar sentir un aguijonazo de abandono.

—He regresado. Estoy a salvo. Estoy bien —les aseguró Spencer.

—Spencer, no estás bien —lo contradijo Penelope—. Ojalá vinieras con nosotros a una exhibición de arte o fueras a visitar mi estudio...

La voz se fue desvaneciendo mientras Spencer tragaba el contenido del vaso de *whisky* y el líquido le quemaba la garganta como el fuego. Por desgracia, no lo redujo a cenizas. ¿Podía ver en sus ojos que sus palabras lo estaban matando? Se había enamorado de ella mientras se detenían a observar y analizar cuadros; ir a un evento de arte con ella y su hermano sería como frotar arena sobre una herida abierta e infectada.

—Estás a salvo porque nadie sabe que has regresado —señaló Calliope—. Excepto la fuerza naval. Pero ese hombre poderoso que obligó al almirante Langden a reclutarte por la fuerza sigue suelto. El hombre con el bastón de marfil. ¡Y cuando descubra que has regresado, puede que decida terminar el trabajo!

—Dinos quién fue, hermano —exigió Preston con la voz tranquila, pero Spencer lo conocía

demasiado bien. Detrás de ese exterior sereno, rugía una tormenta. En el silencio que siguió a esa petición, Spencer oyó el reloj del pasillo de la planta baja que marcaba el paso de los segundos.

—¡Por favor, dínos! —imploró Calliope y se volvió a llevar la mano a la boca antes de tomar varias bocanadas de aire.

—Ven, cielo —le dijo Jane y la condujo a una silla para que se sentara—. Intenta guardar la calma.

—¿Quién fue, Spencer? —volvió a preguntar Calliope con la voz ronca y rara, como si estuviera conteniendo una ola de náuseas.

Spencer sabía que debía de estar matando a la investigadora que llevaba dentro no tener la respuesta de ese misterio. Pero tenía razón. Era un asunto peligroso, y él era quien tenía que ajustar las cuentas con el hombre que le había costado todo lo que valoraba.

—No se los puedo decir —se limitó a responder.

—Pero ¿por qué no? —preguntó la abuela—. Esa persona ha cometido un crimen y debe enfrentarse a las consecuencias de su accionar.

—Todos hemos tomado medidas desesperadas para vengarte... y luego para salvarte —añadió Preston—. Todos estamos de tu lado.

Spencer soltó un bufido.

—No hace falta que lo digas, hermano. Medidas desesperadas... Diría que demasiado desesperadas, ¿no crees?

Oh, eso lo hizo cerrar el pico. Preston había heredado su título y había tomado por esposa a la mujer con la que Spencer había querido casarse. A pesar de que era evidente que estaba vivo, no podía recuperar el título, y su hermano sería el duque de Grandhampton y el esposo de Penelope hasta el final.

Cuando Penelope miró a Preston a los ojos, algo se le retorció en el pecho. Reconoció el brillo de cariño y emoción que brillaban en los ojos de la duquesa. Vio el modo en que se le suavizó el rostro y se le curvaron las comisuras de los labios para formar una sonrisa reverente. En otra vida, habría deseado que le dedicara esa sonrisa a él. Su hermano era el ganador afortunado.

Miró a Richard, su hermano menor.

—Tú te casaste con la hermana del jefe criminal al que contrataron para lastimarme.

Jane, la hermosa dama de cabello oscuro que llevaba en un moño y unos ojos grises que destellaban inteligencia y lo miraban detrás de unas gafas atractivas, abrió la boca para contradecirlo. Pero Spencer no se lo permitió, porque apoyó la mirada en Calliope, que se había puesto verde y tenía un pañuelo apretado contra la boca, y continuó.

—Y tú te casaste con el oficial que firmó la orden para que me reclutaran a la fuerza y me molieran a golpes antes de subirme a bordo de un barco destinado a luchar en una guerra que casi acaba con mi vida. Creo que basta decir que ya han hecho más que suficiente.

Sin dejar de cojear, se abrió paso entre su familia que lo miraba con la boca abierta.

—Spencer, podemos ver que estás sufriendo —dijo la abuela—. Pero no tienes que estar solo. Déjanos ayudarte como sea.

No tenía que cargar con ese dolor. No había ayuda alguna que pudiera devolverle a Penelope, su cuerpo, su título o su verdadera identidad. Solo había una cosa que necesitaba, una cosa que todavía tenía sentido: la venganza.

—Por favor, déjenme en paz —les pidió—. No quiero que me consientan, ni me sanen, ni me atosiguen, ni tampoco que se preocupen por mí.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Calliope sin apartarse el pañuelo de la boca.

Esa era una buena pregunta. ¿Qué iba a hacer? Ya se había encerrado en Sumhall durante mucho tiempo mientras el hombre al que debía castigar seguía libre disfrutando de la vida. Con una nueva descarga de energía oscura y enfadada, Spencer encuadró los hombros. Se alegraba de esa reunión que había planeado su familia: le habían dado una buena patada en el trasero para que lograra recuperar los sentidos y se diera cuenta de que ya era hora de poner manos a la obra.

—¿Qué voy a hacer? —Se rio y miró a su familia por última vez—. Voy a acudir a un baile.

Tras decir eso, salió de la recámara para llamar al valet.

Estaba determinado a destruir al hombre que le había arruinado la vida. Haría añicos al duque de Ashton o moriría intentándolo. Y conocía al hombre que podría ayudarlo.

—DISCULPE, señorita Digby, pero por más que vea su invitación, su nombre no está en la lista —le informó Goodridge, un mayordomo alto con cachetes que le colgaban y remitían a un *bulldog* muy amable—. Me temo que no puedo dejarla entrar.

Joanna no pudo evitar estremecerse. Estaban de pie en el majestuoso vestíbulo de entrada de Neverton Place, que destellaba gracias a los reflejos del candelabro de cristal, que se veía multiplicado en las refracciones de los grandes espejos con marcos cubiertos en oro que había a ambos lados del pasillo. Entre los espejos, unas estatuas griegas de mármol centelleaban bajo la luz de las velas. Las columnas corintias hechas de mármol rojo hacían juego con la alfombra del mismo color que conducía del vestíbulo de entrada hasta las grandes puertas de caoba detrás de las cuales se oía música, risas y cientos de voces que conversaban.

—Tengo que entrar, Goodridge —continuó Joanna, y abrió la boca para añadir lo importante que era acompañar a su hermana, pero el mayordomo la interrumpió.

—Puedo ver al señor Digby en la lista. —Asintió hacia el hermano mayor de Joanna, Gideon, que se veía alto, hermoso y atractivo en el disfraz de general romano con una casaca roja, una armadura dorada y una corona de laureles—. Y veo el nombre de la señorita Charlotte Digby. —Miró a la hermana mayor de Joanna, que iba vestida como Caperucita Roja. Charlotte estaba tan hermosa que no necesitaba ocultarse el rostro, por más que fuera un baile de máscaras—. Pero usted no está en la lista, señorita Joanna Digby.

Quizás se había pasado con la máscara, que era demasiado grande para su rostro; el mayordomo debería de haberse olvidado de su aspecto. En los primeros diez años de su vida, mientras su padre seguía vivo, habían visitado a los tíos a menudo.

—Goodridge —prosiguió Joanna—, es evidente que se trata de un error. Me conoces. Viví aquí. Soy la sobrina del duque.

Si no le permitían ingresar, el plan de rescatar a Charlotte se iría por la borda y no se le presentaría otra oportunidad.

El mayordomo le recorrió el disfraz con la mirada, pero no dijo nada. A Joanna se le tiñeron las mejillas de rubor bajo la máscara blanca. No le había encargado el disfraz a la señora Newman ni a *madame* Dubois, sino que se había sentado todas las noches durante la última semana a arreglar las rasgaduras y los huecos que habían hecho las polillas en la tela con bordados de parras, hojas frescas, flores de cerezos y granadas para crear el disfraz. Era un vestido viejo de su madre y no se parecía en nada a lo que llevaban puesto la mayoría de las damas en la habitación, pero no le pareció que se viera tan mal. La realidad era que las hermosas telas nuevas de color rojo y azul que habían logrado costearse ese mes habían sido para el disfraz de Charlotte.

—Goodridge —intervino Gideon—. Debes darte cuenta de que ha sido un error. El nombre de mi hermana está en la invitación...

—Deja entrar a mi sobrina —le ordenó una voz femenina al mayordomo, y Joanna alzó la mirada llena de esperanza—. Gideon tiene razón. Evidentemente se trata de un error. Entren.

Su tía, la duquesa de Ashton, era una mujer majestuosa de unos cincuenta años con unos ojos marrones que reflejaban bondad. Llevaba puesto un atuendo dorado que resplandecía, con una capa exterior de malla dorada con cristales y unas estrellas bordadas. Usaba una máscara muy transparente que constaba de la misma malla dorada sobre un marco dorado con cristales y estrellas bañadas en oro. Tenía el cabello oscuro con algunos mechones blancos fijo en un moño alto y sujeto con un delicado broche dorado. Estaba disfrazada de una estrella, y el disfraz le asentaba muy bien. Joanna se preguntó si su tía sabría del horror por el que su marido quería hacer pasar a Charlotte.

—Como desee, *milady*. —Goodridge hizo una reverencia y, con un ademán, permitió que Joanna y sus hermanos pasaran. Joanna y Charlotte intercambiaron una mirada de alivio. Ahora tenía la posibilidad de utilizar su arma secreta contra su tío para salvar a su hermana.

—Lamento mucho este error —se disculpó la duquesa apretando las manos de Joanna, Gideon y Charlotte—. Y lamento mucho que no hayamos estado en contacto durante varios años desde que se marcharon de nuestra casa. Los eché mucho de menos y he querido visitarlos. Debo confesar que me sorprendió mucho que Ashton los invitara tras tanto tiempo de silencio.

Charlotte y Joanna conocían el estremecedor motivo de esa invitación. Era para que el príncipe regente conociera a Charlotte, hablara y bailara con ella e intentara seducirla. Se suponía que Charlotte debía aceptar la descabellada oferta que Ashton les había comunicado hacía unas semanas cuando les entregó la invitación al baile de máscaras: convertirse en la amante del príncipe regente. Ashton había amenazado con negarse a devolver las escrituras de Gideon si se negaba.

—No se preocupe, tía —le dijo Gideon al tiempo que le ofrecía una sonrisa—. El malentendido no fue su culpa.

«Malentendido» era quedarse corto. Su tío, que se había convertido en su guardián tras la muerte de su padre, debía haberle devuelto el dinero y las propiedades de la herencia a Gideon cuando este cumplió los dieciocho años. Ahora tenía veintisiete años y, como todavía no tenía posesión ni de las propiedades ni del dinero, los hermanos vivían del ingreso modesto de Gideon como abogado y del ingreso secreto de Joanna del que ninguno de sus hermanos estaba al tanto.

—Espero que este malentendido se resuelva pronto —dijo la tía al tiempo que los lacayos abrían las puertas que conducían al vestíbulo que se extendía delante de ellos. Tanto la música como las voces sonaban más altas ahora. Y desde el pasillo que conducía a las majestuosas escaleras, Joanna olía las velas, el vino y el perfume.

—Qué alegría me dio cuando Joanna me vino a visitar hace unos meses.

El día que Joanna había visitado a su tía tras romper años de silencio, sin darse cuenta, había sido testigo de una escena de lo más perturbadora. Un hombre de aspecto sospechoso y un acento extraño había amenazado a Ashton luego de entregarle una sustanciosa suma de dinero. Recordó que Ashton había mencionado algo acerca de Whitechapel, el distrito criminal de Londres, y una entrega que ocurriría pronto. ¿Qué tendría que entregar un duque allí?

Su objetivo esa noche era encontrar pruebas de actividades ilícitas, sin importar cuáles fueran. Luego enfrentaría a su tío y le pediría que retractara la oferta del príncipe. También le ordenaría que le devolviera las propiedades a Gideon y, a lo mejor, hasta se aseguraría de que su hermano heredara el título de Ashton tras la muerte del duque. No era una tarea pequeña para

una persona tan insignificante como ella. Pero tenía que hacerlo, de lo contrario Charlotte se ganaría la reputación de mujerzuela, y se arruinaría cualquier posibilidad de que se casara y tuviera una vida normal.

Joanna se quedó sin aliento al entrar en el salón de baile. Habían pasado muchos años desde la última vez que se encontró en presencia de ese tipo de lujos. Los hermosos invitados tenían puestos elaborados disfraces y máscaras. A donde mirara, captaba el brillo de perlas y diamantes, sedas y terciopelos de todos los colores. Neverton Place era la mansión del duque de Ashton y se encontraba algo alejada de Londres; era una de esas curiosas casas con grandes jardines y espacio exterior. Una orquesta tocaba sobre el balcón por encima de la sala de baile. El aire estaba plagado de aromas a champaña, aperitivos y perfumes.

Joanna apoyó la mirada en el centro de la multitud, donde su tío, el duque de Ashton, vestido como la luna, hablaba con el príncipe regente en persona, que iba disfrazado de Zeus. Ashton era un hombre mayor de unos cincuenta años con el poco cabello que le quedaba de color grisáceo. Tenía un físico que denotaba fortaleza, un rostro atractivo con una nariz recta y un mentón cuadrado. Al lado de él, el príncipe regente tenía el rostro hinchado y las mejillas regordetas. Vestía una toga adornada con rayos y bordados dorados y llevaba una cadena de oro alrededor del cuello. Los translúcidos ojos celestes le brillaban con lujuria mientras estudiaba a las damas que lo rodeaban como un dios todopoderoso que evaluaba a las mortales.

Al verlos, a Joanna se le tensó en pecho y apretó la mano de Charlotte. Su hermana tenía el rostro pálido y también los observaba. Gideon, por su parte, estaba ajeno a la situación y pasaba la mirada de una dama a otra. Era un buen hermano, pero tenía una debilidad por las mujeres y solía pasar varias noches lejos de casa. Joanna no quería saber qué hacía durante las horas que pasaba en otro sitio.

—Que se diviertan, queridos —les dijo la tía antes de dejarlos con una sonrisa radiante para ir a saludar a otros invitados y desempeñar el rol de anfitriona ocupada.

—Oh, allí estás, Lillith —dijo una dama rubia de unos cincuenta años que se acercaba a Joanna desde la entrada con una joven de unos veinte años que parecía una versión más joven de ella—. Oh, por favor, ve a buscar las zapatillas para mí y para *lady* Isabella. Se las dejé a mi criada, Christine. Es urgente.

Cambiar los zapatos durante un baile era la tarea de una dama de compañía. Joanna sintió una ola de vergüenza que le subía por el rostro y el cuello. Podía ser que su vestido fuera más sencillo que los de la mayoría de las damas presentes, pero había hecho un gran esfuerzo. Charlotte abrió los ojos de par en par, y Gideon frunció el ceño y dio un paso hacia la dama.

—Disculpe, *lady* Whitemouth —dijo Gideon—, se confunde a mi hermana con otra persona. Le presento a la señorita Joanna Digby, la sobrina de los duques.

El rostro de *lady* Whitemouth perdió toda expresión y abrió la boca. Su hija tuvo la decencia de mostrarse avergonzada por su madre.

—¡Oh, por todos los cielos! Señor Digby, claro que lo recuerdo. Señorita Joanna Digby, juraría que la dama de compañía de *lady* Footer, Lillith, se puso algo muy similar. Tiene una figura parecida, y una corona de flores silvestres...

La voz se fue apagando, y Joanna comprendió el error. Una dama de compañía asistía a las mujeres de la nobleza. Eran como criadas, excepto que podían acudir a los eventos de la sociedad y ponerse disfraces, como los invitados.

Lady Whitemouth se encogió de hombros.

—No esperaba que una dama viniera con una corona de flores silvestres. —Le ofreció una sonrisa amable a Charlotte—. Me olvidé que el duque tiene dos sobrinas, aunque sí que me

acordaba de la señorita Charlotte. —Charlotte le sonrió con cautela.

Joanna estaba lista para caerse por el suelo. No podía sentirse más humillada. No podía negar que tenía flores silvestres y que era más grande que el estándar de belleza esbelta que regía a la sociedad, a diferencia de Charlotte y de *lady* Isabella, que la miraban con pena.

—Disculpen —prosiguió *lady* Whitemouth—, pero tengo que cambiarme las zapatillas.

Tras decir eso, tanto *lady* Whitemouth como su hija se alejaron. *Lady* Whitemouth se abanicaba sin cesar, y Joanna deseó poder hacer lo mismo: sentía como si se le estuviera cocinando el rostro bajo esa estúpida máscara gigante.

—Algunas damas son muy maleducadas —señaló Charlotte y le apretó la mano—. No te merecías eso. ¡Las flores silvestres son hermosas! Además, quedan perfectas con el disfraz de Perséfone. Pero algunas personas no saben de qué hablan.

Gideon la miró con mucha empatía.

—Gracias, hermana —le dijo Joanna, aunque debía admitir que ocultarse detrás de un disfraz simple o una máscara se sentía cómodo. Era fácil pasar desapercibida, tal y como *lady* Whitemouth acababa de sugerir.

Dos caballeros, uno vestido de pirata y otro de caballero, saludaron a Gideon y Charlotte. La tarjeta de baile de su hermana se llenó rápido y en breve salió a bailar, mientras que Gideon se puso a conversar con otro grupo de invitados.

Joanna se ocultó en las sombras detrás de una columna con el corazón latiéndole desbocado. A unos pasos de distancia, *lady* Whitemouth conversaba con alguien a quien Joanna no conocía.

—Mírela, la señorita Charlotte, la sobrina del duque... Oh, qué hermosa. Como mi Isabella. Mírelas, son dos diamantes.

—Así es, *lady* Whitemouth, aunque nadie se compara con su Isabella.

—Oh, por favor... Pero tiene razón. Qué pena lo de los hermanos Digby. La señorita y el señor Digby son como los hijos que la duquesa y el duque de Ashton no tuvieron.

¡Tres hermanos! Quería corregirla Joanna. Eran tres.

—El duque debe estar muy orgulloso de ambos —prosiguió *lady* Whitemouth—. La señorita Digby tiene una belleza y una reputación inmaculada; es un excelente partido. Y, sin dudas, el señor Digby será un abogado ahora, pero se convertirá en el siguiente duque de Ashton.

Joanna observó su tarjeta de baile vacía y luego a su hermana esbelta en la pista de baile. Tenía las mejillas sonrosadas, los rizos rubios le rebotaban mientras se movía y hasta se le habían formado unos hoyuelos. ¡Era como si su hermana se hubiera olvidado a qué habían ido!

—Allí estás —le dijo Gideon a su lado mientras le entregaba una copa de ponche—. Veo que, como de costumbre, te escondes entre las sombras. Vamos, acerquémonos a los bailarines. Quizás alguien te invite a bailar.

Mientras tomaban sus sitios entre los espectadores, el baile llegó a su fin, y Charlotte regresó junto a ellos con su compañero de baile, que iba vestido como un trovador medieval. Tras hacer una reverencia, se marchó, y Charlotte vio a su tío y el príncipe regente avanzar hacia ellas y buscó la mirada de su hermana con desesperación. A Joanna se le tensó el corazón, pero le sonrió para infundirle valor y deseó poder darle toda su fortaleza.

Las hermanas hicieron una reverencia profunda delante del príncipe, y Gideon también se inclinó. Ashton asintió hacia Charlotte.

—Su Alteza, sin dudas recuerda a mi sobrina, la señorita Digby. Y este es mi sobrino, el señor Digby.

Joanna esperaba que la introdujera también, pero su mirada no reparó en ella. El estómago se le tensó. ¿De verdad era tan invisible, tan olvidable, como para que ni su propio tío pudiera

presentar a su segunda sobrina?

—Qué placer —dijo el príncipe arrastrando las consonantes mientras arqueaba la cabeza—. Caperucita Roja. —El príncipe la recorrió con una mirada llena de lujuria. No tenía vergüenza alguna. Tenía las mejillas sonrosadas y un brillo en los ojos—. ¿Me conceden el honor de robar a Caperucita Roja para el próximo baile?

Charlotte se aclaró la garganta y se obligó a sonreír.

—Por supuesto, Su Alteza. Será un honor.

A los pocos instantes, anunciaron el siguiente baile, y el príncipe condujo a Charlotte a la pista de baile. Joanna siguió sus movimientos preocupada por su hermana. Su tío comenzó una conversación tensa e incómoda con su hermano acerca del clima. Ninguno de los dos parecía estar a gusto con esa interacción, y Joanna sintió como si hubiera dejado de existir, pero no despegó la mirada de su hermana mientras bailaba con el príncipe y, en ocasiones, intercambiaba comentarios superfluos.

Joanna tenía que asegurarse de que su tío estuviera ocupado. Luego podría ponerse en acción. Cuando el baile llegó al fin, el príncipe condujo a Charlotte de regreso con Gideon y tanto el monarca como su tío hicieron una reverencia antes de marcharse. Gideon se distrajo con otra joven dama, y Joanna alejó a su hermana de él.

—¿Cómo estás, tesoro? —le preguntó—. ¿Fue horrible?

Charlotte tomó una profunda bocanada de aire y la soltó con los labios tensos.

—Sí. ¡No podía creer que estaba oyendo con mis propios oídos lo que quería, hermana!

—¡Qué poco caballero! —susurró Joanna enfadada—. Eres toda una dama con una reputación imaculada y un entendimiento con el señor Linsby. ¡Está a punto de pedir tu mano! Todo el mundo lo sabe. ¡El tío no te puede humillar de ese modo!

Charlotte asintió con la cabeza. Su hermana tenía los ojos llenos de lágrimas y las fosas nasales dilatadas mientras respiraba.

—El príncipe me dijo que se le encendió el deseo al verme. Pero, por supuesto, no se puede casar conmigo porque ya tiene una reina. ¡Oh, hermana! ¡Si no lo hago, el tío jamás le devolverá las tierras a Gideon!

Como para confirmar sus sospechas, el príncipe regente la observó con lujuria ignorando a toda la multitud.

—Mantén la fuerza —le dijo Joanna—. Ya hablamos de esto. No hagas nada drástico, yo me haré cargo del asunto.

—Sí... —Charlotte se sorbió—. Tienes información secreta acerca del tío. ¡Ay, Joanna, no quiero ser una mujer con la reputación arruinada! Amo al señor Linsby y quiero ser su esposa. Quizás deberíamos contarle todo a Gideon.

—No, no debemos contárselo —le dijo con firmeza—. Desafiaría al príncipe a un duelo para proteger tu honor, y eso es traición. Lo colgarían. No. Nadie más debe saberlo.

—¿Les gustaría un helado? —les preguntó Gideon al regresar a su lado. Frunció el ceño al ver el rostro alterado de Charlotte—. ¿Qué sucede, hermana?

—Sí, me gustaría un helado —repuso Charlotte como si no hubiera oído la segunda pregunta.

—A mí no, gracias —repuso Joanna.

Alrededor de la sala de baile, varios caballeros admiraban a Charlotte desde la distancia mientras comía el helado. Un hombre vestido de caballero escoltó a *lady* Isabella a la pista de baile sin quitarle los ojos de encima. De hecho, muchas damas más delgadas, con atuendos más elegantes y con más confianza que Joanna, disfrutaban de la atención y el interés de los caballeros. Pero nadie reparó en ella. ¿Cómo se sentiría, por una vez en su vida, ser el centro de

atención de alguien? Tan solo una vez, deseó que un hombre la mirara como miraban a Charlotte, a *lady* Isabella y a las otras damas hermosas.

Se quedó de pie durante varios instantes, con el pecho lleno de dolor y las mejillas sonrosadas, pero luego se recompuso. Ya era suficiente con la autocompasión. Era hora de que encontrara pruebas de las actividades sospechosas de su tío. Si no lo intentaba ese día, ¿quién sabía cuándo se le presentaría otra oportunidad? Como había mucha gente alrededor, tenía una coartada excelente para escabullirse... y el ser tan invisible e insignificante le jugaría a favor ese día.

Se dio la vuelta para atravesar la sala de baile hacia el pasillo cuando de repente los invitados se hicieron a un lado delante de ella como el mar ante Moisés y se detuvo en seco. Un hombre alto y musculoso, vestido como el dios de los muertos, se encontraba en su camino.

Y la tenía cautiva en su mirada.

3

—HADES —SUSURRÓ.

Llevaba una toga negra sobre una túnica del mismo color con un perro rojo de tres cabezas en el centro. La toga le sobresaltaba las rodillas bien formadas, le recorría unos hermosos muslos fuertes y le sobrevolaba alrededor de las sandalias. La túnica que llevaba debajo era de mangas cortas y apenas le cubría los bíceps marcados. Una máscara negra con un perro rojo de tres cabezas pintado en una esquina le cubría gran parte del rostro. La boca del hombre era fuerte y parecía entallada, y sus ojos eran tan oscuros como el carbón. Era alto, de cabello oscuro y había algo en él que la hacía temblar y sentirse a salvo a la vez.

—Perséfone... —ronroneó con una voz profunda y la hizo estremecerse de la manera más deliciosa.

No era de buena educación presentarse de ese modo, sin que otra persona iniciara el encuentro, pero las reglas podían ser más flexibles en un baile de máscaras. Además, él no sabía quién era si no se lo decía, y ella tampoco sabía quién era él. El baile llegaría a su fin y sería como si eso jamás hubiera ocurrido.

Por detrás de los huecos de la máscara, su mirada se deleitó recorriéndole el cuerpo de arriba abajo antes de volver a subir y detenerse en sus labios. Luego la miró a los ojos. Joanna se sintió cohibida y deseó ocultarse detrás de una columna porque esperaba verle juicio y repulsión en el rostro. Sin embargo, todo su cuerpo se sintió como si estuviera ardiendo a fuego lento del interés oscuro e innegable que reflejaban sus ojos. Hades miró alrededor y con los labios carnosos le ofreció una pícara media sonrisa.

—Entre trescientos invitados, me tenía que cruzar contigo...

Ella se mordió el labio inferior queriendo respirar mientras él le dirigía una mirada penetrante. No debería quedarse allí, debería marcharse de la sala de baile y dirigirse al estudio de Ashton. Pero quizás era mejor fingir que era una invitada más y que no tenía segundas intenciones. Resuelta, le ofreció una sonrisa.

—Debe haber sido el destino, *lord* Hades.

Con los dedos apenas le rozó los guantes, y el contacto le produjo una descarga de energía en el brazo y le desató algo en lo más profundo de su ser. El calor que radiaba de su roce la hizo sentir mareada.

—Permíteme que te lleve al inframundo entonces —le murmuró mientras la conducía a la pista de baile.

¿Acaso cojeaba un poco o era su imaginación? No le molestaba en lo más mínimo; por el contrario, lo volvía más misterioso. Se le desató la imaginación intentando resolver el misterio de la herida. A lo mejor había tenido que meterse en una pelea para proteger a alguien o había

perseguido a un maleante a un callejón oscuro y le habían tendido una emboscada...

La orquesta tocó los primeros acordes de un vals, el nuevo escandaloso baile que las matronas desaprobaban, pero que le encantaba al príncipe. Como era un baile de máscaras, el monarca podría disfrutarlo sin que lo juzgaran.

Hades se la acercó, le colocó una mano grande y cálida contra la espalda y con la otra le sostuvo la palma enguantada y le produjo tal calor que le quemó la tela. No podía apartar los ojos de los de él, que eran oscuros como la noche detrás de la máscara. Se movía experto y veloz. Era tan grande que podría envolverla por completo en sus brazos... y eso que ella no era una mujer menuda.

—No podía apartarte la mirada —le murmuró—. No lo sabes... pero entraste en mi vista en el momento indicado y me salvaste del desastre. Como la luz de un refugio en plena tormenta...

¿Una luz? ¿No podía apartarle la mirada? ¿Lo había salvado? Nadie le había dicho cosas tan románticas en toda su vida.

—Además... —Hades bajó la mirada a su busto—. Esas granadas son toda una obra de arte.

Las granadas que había bordado en el corsé no podrían haber sido la fuente del calor que proyectaba su voz. Tenía un busto amplio, pero jamás había notado que alguien le prestara especial atención a esa parte de su cuerpo.

—Espero que las granadas no lo cieguen, señor —repuso y sintió una profunda ola de calor en el rostro, el cuello y el pecho.

Al oírla, se le escapó una carcajada.

—No me ciegan. —Por fin, su atención regresó a los ojos—. Aunque, definitivamente tienen un efecto excitante.

No se pudo contener y le ofreció una sonrisa. Si esa excitación se parecía en algo a la que sentía ella en su presencia, se entendían a la perfección.

—¿Qué quiso decir con que lo salvé del desastre? —le preguntó.

Antes de responder, las comisuras de la boca que hacía unos instantes se habían alzado entretenidas, se convirtieron en una línea.

—Digamos que... al igual que Hades, regresé de la tierra de los muertos hace poco. Por primera vez, vi a mi Pirítoo. —La voz le tembló, y Joanna deseó haber podido ahuyentar a cualquiera de sus enemigos: Pirítoo era uno de los dos héroes que habían secuestrado a Perséfone y se había convertido en un rival de Hades—. Lo tenía al alcance. Y casi termino cediendo... y haciendo algo que me hubiera puesto en peligro tanto a mí como a mi familia, por no mencionar que también hubiera arruinado todos mis planes. Estaba pendiendo de un hilo. Y luego te vi entre la multitud. Toda de blanco, con la maravillosa corona de flores silvestres y las granadas... Y ya no pude ver a nadie más.

Joanna contuvo el aliento, y el pecho se le expandió con suavidad y se le tensó al mismo tiempo. Él no podía ver a nadie más cuando en toda su vida nadie la había visto. ¿Cómo era posible que brillara con más intensidad detrás de una máscara? ¿Cómo podía ser que pasar unos minutos en presencia de ese desconocido la hiciera sentir vista?

De repente, tomó consciencia de lo que los rodeaba. Estaban bailando entre cuatro parejas más y se encontraban en el centro de la sala. A diferencia de lo que había vivido hasta ese entonces, sentía muchos pares de ojos sobre ella. Por lo general, se hubiera sentido tímida y cohibida y se hubiera vuelto introvertida, pero una sensación extraña la hizo enderezar la espalda. El hombre divino que la sostenía en sus brazos era misterioso y atractivo y olía a una mezcla de mar, junípero y cedro.

—Dime, Perséfone, ¿alguna vez probaste una granada? —le preguntó.

Ella tragó con dificultad y supo el significado de esa pregunta. Los pechos, que casi le tocaban el torso, le pesaron y le dolieron, y los pezones se le frotaron casi dolorosamente contra el corsé. Algo maravilloso comenzó a arderle entre las piernas. Hades había engañado a Perséfone al prometerle que le permitiría regresar a la tierra de los vivos si no saboreaba ningún alimento del inframundo. La granada era una de las frutas prohibidas, y luego de ofrecérsela, la atrapó en su reino para siempre.

—No —repuso casi sin aliento.

—Mmm... —ronroneó con una sonrisa traviesa en los labios—. Sabe dulce... picante... y es lo más delicioso que probarás en tu vida.

Joanna se imaginó un jugo rojo oscuro en los labios... Sintió tanto calor que se preguntó si le habría dado fiebre.

—¿Te gustaría probarla? —le preguntó acercándose a ella, y el aliento le acarició la parte baja del rostro.

Estaba dispuesta a probar lo que fuera con tal de que siguiera hablándole de ese modo. Pero antes de poder responderle, se dio cuenta de que estaban sonando los últimos acordes del vals. Al parecer, Hades también tomó consciencia de eso, porque tragó con dificultad antes de decirle:

—Por favor, dime cómo te llamas, Perséfone. Dime tu verdadero nombre.

Una ola de pánico la embargó y no respondió. Hades dio un paso hacia atrás para hacer una reverencia mientras ella se inclinaba; el gesto indicaba el final del baile. El corazón le latía tan desbocado en el pecho que sintió que le iba a quebrar algunas costillas.

Tenía que controlarse y recordar por qué se encontraba allí. Tenía que proteger a su hermana y recuperar el título y la fortuna de su hermano. No podía estar jugando esos juegos tontos y seductores con un desconocido, sin importar lo bien que se sintiera estar en sus brazos, atrapada en el centro de su atención. Ese no era su sitio. Ella no era Perséfone. Tan solo era un baile de máscaras, donde la gente fingía, eso era todo. Y cuando se quitaran las máscaras, regresaría a ocultarse entre las sombras, donde pertenecía. En el fondo.

Antes de que pudiera sujetarle la mano y tener la oportunidad de seguirla, dio un paso hacia atrás e hizo lo que mejor sabía: se volvió invisible y desapareció entre la multitud de invitados.

Con cuidado y rapidez, pero sin precipitarse para que nadie reparara en su prisa, salió de la sala de baile por la puerta trasera y se encontró en el pasillo tenue. Había algunas velas en varios puntos, y, al ver a un lacayo de pie, le preguntó dónde podía encontrar la habitación con bacinillas para los invitados. El lacayo le señaló una dirección, y se apresuró a seguirla. Cuando se aseguró de que no podía verla más, se escabulló en el siguiente pasillo, que estaba aún más oscuro porque solo la luna arrojaba rayos de luz azulada sobre los suelos cubiertos con alfombras. No necesitaba mucha luz para seguir el camino. Conocía esa casa bien porque había vivido allí varios años, antes de que Gideon cumpliera los dieciocho años y su tío los echara.

Con cuidado, abrió la puerta que conducía al estudio de Ashton y, tras asegurarse de que no hubiera nadie en el interior, entró. El corazón le latía acelerado. Jamás se había escabullido en la habitación de nadie y mucho menos en el estudio de su tío.

Con cuidado, cerró la puerta a sus espaldas y tomó una profunda bocanada de aire. La habitación estaba iluminada por la tenue luz de la luna que se colaba entre las cortinas pesadas. Avanzó hasta el gran escritorio de Ashton, que era imponente y dominaba toda la sala.

Con las manos temblorosas encendió una vela sobre el escritorio y comenzó a revisar los papeles y los libros que había sobre la superficie con la esperanza de encontrar algo que lo incriminara. Pero no vio nada.

Acto seguido, abrió los cajones uno a uno y revisó los contenidos. No vio nada más que

documentos y cartas mundanas. En el último cajón, vio una pila de papeles que parecía común y corriente. Estaba a punto de cerrarlo, cuando los dedos rozaron una marca en la madera.

Con curiosidad, palpó la superficie y encontró una veta. Se le aceleró el pulso y la apretó, pero no ocurrió nada. Siguió recorriendo la superficie y pasando los dedos por los bordes para aplicar presión en diferentes ángulos. Sintió como si varios siglos hubieran pasado mientras recorría la superficie con los dedos. Cuando estaba a punto de darse por vencida, el pulgar rozó un hueco oculto. Lo apretó con firmeza y, en esta oportunidad, oyó que cedía. Una sección del último cajón sobresalió. A Joanna le temblaron los dedos mientras sujetaba el borde del panel para levantarlo. En el compartimiento oculto, había una pequeña caja cerrada.

Tenía el corazón en la garganta. Tenía que ser eso: algo importante, algo que su tío había intentado ocultar. Para su sorpresa, la caja no estaba cerrada con llave. Su tío debía de tener por seguro que nadie descubriría el compartimiento secreto. O quizás lo utilizaba tan a menudo que no se había molestado en cerrarlo.

Joanna extrajo la caja con cautela. Las manos no le dejaban de temblar. En el interior, encontró una pila de sobres. El pecho se le llenó de esperanza al leer el primero:

—Whitechapel, calle Petticoat, 12.

«Whitechapel...». Era una parte de Londres famosa por sus callejones en penumbras y las calles aún más oscuras. A Joanna le temblaron los dedos al recordar lo que había dicho Ashton: «Whitechapel es lo seguro. Bajo ninguna circunstancia puedes poner en peligro nuestra fachada allí».

El sobre se sintió pesado. Joanna abrió la carta con detenimiento y leyó las palabras:

—Diecinueve de agosto de 1813, Valiant, doscientos sesenta, veintiocho de ocho kilos, ocho de quince kilos, Portsmouth, Chesapeake Bay.

La caligrafía era prolija, clara y acertada, lo que indicaba que la había escrito una persona educada. Alguien como su tío.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Esa era la prueba que necesitaba: una conexión tangible a las actividades ilegales de su tío. Pero ¿qué significaba? Las palabras en el papel no tenían ningún sentido. Sin embargo, sería suficiente para extorsionarlo. No necesitaba entender el significado para comprender que su tío quería mantener eso en privado.

Cuando la luz azulada de la luna iluminó la habitación, se quedó petrificada con el documento en las manos y la mirada clavada en la silueta alta y de hombros anchos que se encontraba en la puerta abierta.

SPENCER CLAVÓ la mirada en Perséfone, que sostenía un trozo de papel plegado contra los deliciosos senos. Casi en la penumbra, estaba iluminada por una única vela sobre el escritorio.

La preciosa máscara blanca con delicados patrones florales de encaje le cubría la mitad del rostro y solo le dejaba al descubierto los labios y el mentón. Tenía unos labios rosados y carnosos, con el perfecto arco de Cupido que quería explorar con la punta de la lengua.

El baile que habían compartido había sido la primera ocasión desde el último septiembre en que no había pensado en Ashton o en Penelope, ni tampoco en su familia preocupada, el mar o los hombres que morían a su alrededor en una guerra que ni habían deseado ni a la que se habían suscrito. Mientras bailaban, había estado cautivo de sus ojos brillantes de color verde manzana y había tenido que luchar contra el impulso de besarle la marca de nacimiento que tenía cerca de la oreja. La forma de la marca le recordaba a una granada abierta: era redonda y tenía un pequeño tallo en la parte superior.

Tenía que descubrir su nombre. Hacía tan solo quince minutos, se lo había preguntado. Pero en lugar de responderle, había desaparecido entre la multitud como si jamás hubiera existido. Spencer se había apresurado a seguirla con la pierna dolorida, pero se había esfumado. Había aparecido delante de él como materializada de la nada y se había disuelto en una neblina. Pero ahora se encontraba allí, y se le disparó una alarma en el vientre.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó mientras avanzaba con cautela hacia ella.

Él había ido a buscar pruebas de que Ashton había dado la orden para que lo reclutaran a la fuerza. Tendría que haber alguna especie de papel o carta o algo que lo conectara con la Fuerza Naval.

Más temprano esa noche, casi había arruinado todo. Al ver a su enemigo al alcance de la mano, sintió el impulso de sujetarlo del cuello, arrastrarlo afuera y molerlo a golpes. El odio se había apoderado de él, tan imparable como un maremoto.

Sin embargo, cuando vio a Perséfone en la multitud, no pudo ver a nadie más. Con esa extraña corona de flores silvestres que no era un exquisito arreglo de rosas, ni de gardenias ni fucsias seleccionadas a mano, sino que estaba hecha con campanillas, primulas y dedaleras, y con ese vestido blanco inmaculado con granadas bordadas con mucho talento en el corsé que se le pegaba a los hermosos senos suculentos que sobresalían y lo seducían... No había sentido deseo por una mujer desde el día en que se había despertado a bordo de un barco solo con las prendas interiores puestas, pero esa noche su miembro se había despertado de un sueño que había pensado eterno.

Hacía un año que no tenía relaciones sexuales; de seguro se debía a eso. Además, ese disfraz y esos senos encantadores ayudaban a su deseo. Estaba demasiado metido en su papel: era

Hades, y Hades quería a Perséfone. Su aroma dulce y embriagador, la sensación de su mano contra la suya y su cuerpo suave en sus brazos lo hicieron sentir liviano, despreocupado y cálido por primera vez en casi un año.

Cerró la puerta a sus espaldas y avanzó. Cuando se detuvo a tres pasos de distancia, ella hizo a un lado el papel plegado y se aferró a él con más fuerza.

—Le puedo hacer la misma pregunta —repuso alzando el mentón.

Dio dos pasos más hacia ella hasta que solo unos centímetros los separaron. Volvió a inhalar su aroma dulce como un adicto al opio. Bajo la titilante luz dorada de la vela, las curvas de su cuerpo eran muy exquisitas, y su silueta femenina lo hizo contener el aliento. Era pura madurez, con las mejillas sonrosadas y los labios carnosos que destellaban. Jamás volvería a pensar en una granada como una simple fruta.

—Por favor, deme la carta —le pidió.

—No puedo.

—Le aseguro que estoy aquí para acabar con un hombre malo.

Ella se quedó quieta durante un breve instante y lo miró fijo.

—Yo también.

Eso lo hizo parpadear. ¿Cómo podía ser? Ella no podía saber que Ashton había ordenado que lo reclutaran por la fuerza... ¿no? No, Ashton debía tener más enemigos que Spencer, y eso no debería sorprenderlo. Debía mantener la atención en el objetivo más importante: encontrar pruebas. Al parecer, las pruebas podrían estar en manos de esa dama misteriosa. Una suerte de fervor se le encendió en la sangre. Había sentido esa anticipación y excitación antes de cada partido de boxeo. Le gustaba sentirse desafiado y, como duque, nadie lo desafiaba a excepción de sus hermanos y su hermana... y Penelope.

Spencer prosperaba gracias a las competencias, era lo que siempre lo había llevado a boxear. Gracias a los actos de Ashton, eso ya no estaba más a su alcance, pero cuando se encontraba en presencia de esa joven vivaz, ese fervor se volvía a encender en su interior.

Con un movimiento poco digno de un caballero, intentó tomar la carta, pero, como una gata, ella lo esquivó y dio un paso hacia atrás sujetando el papel lejos y mirándolo con los ojos bien abiertos a través de la máscara.

—Señora —le dijo con una nota de amenaza en la voz al tiempo que se volvía a acercarse a ella—. No me tienta. Debo ver ese papel. No entiende lo que podría significar.

—No, señor —lo contradijo—. Usted no entiende lo que significa para mí.

Hizo un movimiento para guardarse la carta entre los senos, pero oyeron unos pasos que se aproximaban por el pasillo. Lo miró perpleja, y le produjo una descarga de energía en el vientre. De repente, llegaron a un acuerdo tácito: los dos querían lo mismo, destruir a Ashton, pero... ¿cuál era el motivo de ella? ¿Y qué pretendía hacer con la prueba incriminatoria que había encontrado?

Los pasos se acercaron más. Con un movimiento rápido, Perséfone guardó la carta en una pequeña caja que había en el cajón del escritorio y lo cerró justo cuando los pasos se detuvieron. Los dos divisaron un halo de luz en el suelo cuando la puerta se abrió.

En el momento de pánico, la sujetó y se la apretó contra el pecho. Luego la recostó sobre el escritorio para cubrirle los labios y el cuerpo con el suyo. Oyó el jadeo que se le escapó de la boca. Durante unos segundos, no se movió, y se limitó a apretar los labios contra los de ella... eran muy carnosos y suaves. Su aroma a flores silvestres y, ¡qué lo condenaran!, a granadas, hizo que le hirviera la sangre como agua caliente. Le apretó los labios con suavidad y sintió que abría la boca para invitarlo al cielo en la tierra. Le introdujo la lengua en la boca y, como si se hubiera

roto una presa, perdió la cordura. Y ella también.

Se convirtieron en un enredo de extremidades, brazos y piernas que se frotaban, una lengua que acariciaba la otra y labios que se rozaban. Las máscaras se chocaron, y Spencer sintió cómo la suya se le clavaba en la nariz, pero no le importó. Tenía los senos de ella apretados contra el torso y sentía el cuerpo suave y cálido responder bajo él. Se endureció en un instante, perdió la razón hasta que solo hubo una cosa que le importaba: tenerla en sus brazos, sentirla y, que Dios lo ayudara, hundirse en su interior.

—¡Disculpen! —rugió alguien desde la puerta.

Spencer alzó la cabeza con la respiración agitada. No sabía a quién esperaba ver, a lo mejor, a un lacayo, pero la sangre se le congeló al ver a Ashton de pie en el umbral con una vela.

—¿Qué demonios hacen en mi estudio?

Diablos. No era solo su propia identidad y seguridad lo que lo preocupaba, sino también las de esa hermosa espía seductora que tenía en sus brazos.

—Sígueme la corriente —le susurró a su Perséfone.

Se incorporó tambaleándose e hizo un extraño gesto con el brazo.

—Disculpe, señor... —dijo arrastrando las consonantes.

—¿Señor? —repitió Ashton—. Soy el duque de Ashton. ¿Quién eres?

—Oh —repuso Spencer y se puso de pie despacio como si estuviera ebrio—. *Milord*, quedé cautivado por esta hermosa dama... —Su Perséfone se puso de pie al lado de él y se tambaleó antes de soltar un ataque de hipo de lo más convincente—. No me di cuenta de que era su estudio.

—Disculpe —dijo Perséfone con una voz falsa y algo chillona.

Ashton hizo una mueca y los echó con la mano.

—Márchense.

Spencer le tomó la mano y la condujo afuera de la habitación tambaleándose. En el pasillo, la vio riéndose y cubriéndose la boca. Spencer admiraba lo convincente que sonaba.

Cuando pudiera conducirla a una esquina tranquila y privada, tenía la intención de reanudar el beso... y quizás más. Mucho más. Le dolía la entrepierna de la necesidad de llevarse a alguien a la cama y no había nadie más deliciosa que esa hermosa Perséfone. Pero si pensara con la cabeza, lo primero que tenía que hacer era descubrir qué decía la carta, qué quería de Ashton y quién era ella.

Avanzaron deprisa por el pasillo. Tendrían que pasar por delante de la sala de baile antes de encontrar un sitio apartado. Le sujetó la mano, pero cuando se adentraron entre la multitud de gente, la soltó... y, como un pez en el mar, se alejó. ¡Por todos los diablos! ¿Cómo hacía eso?

—¡Perséfone! —la llamó a los gritos y salió disparado tras ella abriéndose paso entre la gente a codazos.

Pero era como arrastrar a un carruaje por una calle llena de barro. No avanzaba lo suficientemente rápido con su cuerpo musculoso y la pierna que le cojeaba. Giró a la derecha y luego a la izquierda ignorando las exclamaciones y las miradas de enfado.

—¡Spencer! —lo llamó alguien a sus espaldas, pero lo ignoró—. ¿A dónde vas?

El único que sabía que Spencer se encontraba allí era su amigo Dorian Perrin, el duque de Rath. Dorian había logrado escabullir a Spencer en el baile de máscaras de Ashton con un nombre falso.

Rath siempre había sido un contrincante intenso y feroz para quien tenía la desgracia de ponérselo en contra, pero también era un amigo leal con un gran corazón. Al igual que Spencer, era un libertino que se había ganado la reputación de hombre poderoso, adinerado y taciturno con

un halo de misterio. A las damas le parecía devastadoramente atractivo con el cabello oscuro y los ojos de color celeste del cielo. A Spencer le gustaba que fuera directo y que, a pesar de ser un duque, disfrutara romper las reglas y escandalizar a la alta sociedad. Se habían entrenado en el mismo club de boxeo, y Rath había peleado en el cuadrilátero de boxeo ilegal de Portside en varias ocasiones. El deporte le hacía bien para soltar la energía de enfado que llevaba dentro.

Spencer siguió buscando a su misteriosa Perséfone mientras Dorian caminaba a sus espaldas. Le tomó varios minutos comprender que jamás la encontraría con esa pierna. La había perdido y, con ella, se había ido el conocimiento de lo que fuera que estaba escrito en ese papel.

Todavía podría intentar encontrarla en la entrada. Con esa idea en mente, avanzó hasta las puertas de la mansión, pero solo vio a unos lacayos.

—¡Aguarda, amigo! —lo llamó Dorian—. ¿A quién persigues?

Spencer soltó el aliento y se pasó la mano por el cabello con una mezcla de frustración y adrenalina. Luego se volvió a mirar a Dorian. El hombre era tan alto como él, pero menos corpulento. Iba disfrazado de diablo, con una máscara negra y roja con unas llamas pintadas y unos cuernos. Era el disfraz perfecto para un hombre que tenía un temperamento tan explosivo como los fuegos artificiales.

—A nadie —masculló—. Me pareció reconocer un rostro, pero me equivoqué.

Dorian echó un vistazo hacia atrás con los ojos brillando de picardía.

—Está bien, no me lo digas —sugirió con una nota de impaciencia—. Pero al menos, ¿me puedes decir por qué has regresado de entre los muertos y lo primero que haces es escabullirte en un baile de máscaras? —le preguntó en voz baja para que ni siquiera los lacayos lo oyeran.

—No puedo, Dorian —repuso Spencer.

—Oh, vamos. Debes estar hecho un desastre tras pasar un año en la fuerza naval.

Spencer soltó el aliento exasperado.

—Por favor, tú también, no. Mi familia no deja de atosigarme. Déjame en paz.

—De acuerdo —accedió—. Al diablo con esto. Vámonos.

A pesar de la derrota, Spencer sintió un curioso júbilo en todo el cuerpo. Era la excitación de la caza. Se sentía cálido, liviano y... vivo.

Tenía una rival tentadora, deliciosa y elusiva. Y prefería morir antes que detenerse. La encontraría. Sin importar lo que hiciera falta.

—Sí —acordó Spencer con una sonrisa en los labios—. Vámonos.

AL AMANECER de la mañana siguiente, todos en la casa seguían durmiendo, y Joanna estaba sentada al escritorio. El sonido de la pluma que se deslizaba sobre el papel era lo único que interrumpía el silencio. Estaba escribiendo la siguiente entrega de la novela serializada para el periódico *La Gaceta de Londres*, que publicaba en secreto bajo el nombre de Joaquim Digory. El ingreso que recibía era generoso y similar a lo que ganaba su hermano Gideon, cien libras esterlinas al año.

A Joanna le encantaba escribir y la enorgullecía enormemente poder proveer por sí misma de ser necesario. Jamás tendría que casarse. Además, como su madre le había dicho, nadie querría casarse con ella. Intentó deshacerse de la nota de tristeza al pensar en eso. Dios mediante, Charlotte y Gideon se casarían, y Joanna viviría sola como una solterona y ganaría dinero suficiente como para sustentarse como escritora, aunque siempre permanecería en la oscuridad.

Estaba bien, se dijo. Había aceptado su lugar en la vida hacía mucho tiempo. Su deber era estar en el fondo y servirles a otros. Hasta administrar los asuntos de la casa, que solía ser una tarea reservada para la hermana mayor, había ido cayendo sobre los hombros de Joanna debido a la falta de pragmatismo de Charlotte. Además, a pesar de que sus hermanos lo ignoraran, sus ingresos literarios le permitían pagarles los salarios a los criados y mantener la alacena abastecida.

La escritura era su forma de hacer catarsis: crear historias y mundos en los que se podía perder y en los que podía vivir a través de sus personajes. Mientras hundía la pluma en la tinta, se dejó llevar al último capítulo. El protagonista, un atractivo caballero, se encontraba en el medio del bosque cubierto de neblina y buscaba a su amada, que había sido comprometida con un hombre adinerado. Joanna se imaginaba un giro inesperado: el quiebre de una rama que indicara la presencia de un vampiro amenazante que tenía cautiva a la amada del protagonista. El caballero perseguiría al monstruo, liberaría a la dama que amaba, y los dos serían sumamente felices. Ahora que sabía cómo era ser besada, Joanna tenía muchas ganas de escribir esa escena.

La puerta se abrió de golpe, y Joanna se vio apartada de las cavilaciones cuando Charlotte entró. Contuvo la irritación ante la interrupción repentina y dio vuelta las páginas, sin dudas difuminando la tinta que todavía no se había secado.

Charlotte entró con un aire de expectativa, como si el tiempo y el espacio de Joanna fueran una extensión de los suyos. En ningún momento dirigió la mirada a los papeles que tenía desparramados sobre el escritorio ni a la pluma que todavía sostenía en la mano. Joanna era una conveniencia para usar a su criterio.

Joanna apretó los dedos alrededor de la pluma, y el cuerpo se le llenó de frustración. Pero al notar que los ojos de Charlotte estaban llenos de lágrimas e hinchados, el corazón se le suavizó.

Bajó la pluma e hizo a un lado sus propias necesidades una vez más por el bien de su hermana.

Con los rizos enmarañados y el corsé apretado en las manos, Charlotte se dejó caer sobre la cama humilde de Joanna. La falta de criada significaba que a menudo se ayudaban a vestir.

—¿A dónde desapareciste anoche? —le preguntó con la voz ronca.

—Dejé un mensaje con el mayordomo, ¿no? —le explicó Joanna—. Me llegó la regla y contraté un carruaje para regresar a casa.

La parte de la regla era mentira, pero lo del carruaje era cierto. Joanna sintió culpa de mentir, pero no le podía contar a su hermana que un desconocido la había escandalizado... y que lo había disfrutado. Los brazos fuertes, los hombros poderosos, el peso delicioso y decadente sobre ella... Su sabor en su boca, su aroma en las fosas nasales, su cuerpo frotándose, deslizándose y apretándose contra el suyo...

—No entiendo por qué no pudiste buscarnos —continuó Charlotte sorbiendo y mirando a Joanna con el ceño fruncido—. Tú no eres así ni tampoco te comportas de manera misteriosa.

A Joanna se le sonrojaron las mejillas. Sus hermanos habían sido lo último que había tenido en la mente luego de que Hades la tomara en sus brazos y prácticamente la devorara.

—¡Mírate, estás toda sonrosada! —exclamó Charlotte—. No te preocupes, no te avergüences por eso.

Joanna se aclaró la garganta y se aferró a los bordes del vestido.

—¿Pasó algo?

—Sí —repuso Charlotte, y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—, pasó algo. El tío se me volvió a acercar para decirme que tenía quince días para decidir si aceptaba la oferta del príncipe regente o no. Ahora, son catorce días.

Joanna la miró conmovida.

—¿Cómo has dicho?

Charlotte asintió y se incorporó secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Le entregó el corsé a Joanna y se quitó la túnica para quedarse de pie con la camisa. Con un gesto familiar, Joanna bajó el corsé al suelo para que su hermana se parara en el centro. Mientras jalaban el corsé hacia arriba para ponerlo en su sitio, Charlotte dijo:

—Sí, dos semanas, Jo. Dos semanas hasta que me convierta en una mujer arruinada o detestada por el futuro rey. ¡Ninguna de las dos opciones es buena!

Con el corazón hundido, Joanna comenzó a estrechar los lazos del corsé. Dos semanas... Tenía que actuar más rápido.

—¿Y el señor Linsby? ¿Has oído algo de él?

—No sé nada de George. —Charlotte suspiró—. ¡Podría estar moribundo en los países bálticos en este preciso momento!

—Oh, tesoro, no pienses eso. No ayudará. Está luchando en la guerra, no puede escribir con frecuencia.

—Exacto. ¡Fue a una guerra tras llegar a un acuerdo con una dama de buena cuna y regresará para encontrar a una mujerzuela real!

Joanna sintió que los lazos se tensaban cuando Charlotte se inclinó sobre la túnica de noche que yacía sobre la cama y revisaba el bolsillo.

—Y mira esto —dijo mientras se enderezaba con un colgante entre los dedos—. Para mostrarme la seriedad de su afecto, el príncipe regente me dio esto.

El colgante de oro tenía un hermoso diamante que destellaba en el centro. Joanna soltó un jadeo y se acercó a observarlo.

—¡Debe haberle costado una fortuna! No es nada apropiado...

—Está intentando comprarme —dijo Charlotte y soltó un gemido de desesperación.

A Joanna se le partía el corazón por su hermana. Se volvió hacia ella y la abrazó. Charlotte lloró y se estremeció sobre su hombro, mientras Joanna se preguntaba si había alguna esperanza de salvarla de ese destino. Aunque ahora sabía la dirección del sitio en Whitechapel, no tenía ninguna información concreta. Y ahora también sabía que tenía competencia.

Hades. El hombre más hermoso que había visto en la vida. Recordó su presencia sombría, sus piernas alargadas y musculosas al descubierto y su pecho poderoso que no parecía el de un caballero, sino el de una deidad. Y las cosas que se habían dicho, cada palabra como un rayo de sol que le calaba hasta el alma. Él también quería destrozar a Ashton... pero no sabía si era algo bueno. Estaba segura de que sin importar cuál fuera el objetivo de Hades, no era ayudar a su hermana. Quizás hasta consideraría ocultarle información por egoísmo. No podía confiarle el destino de sus hermanos a un extraño.

—Está bien, Charlotte —la calmó—. Ayer descubrí algo intrigante. Pero tengo que actuar con rapidez. Y lo haré esta noche.

Charlotte se enderezó y la miró.

—No puedes esta noche. El tío nos invitó a la ópera.

—¿A la ópera?

—Sí, al parecer, el príncipe regente me invitó. El tío y la tía irán de chaperones, pero no puedo ir sola. ¡Por favor, ven conmigo!

—Claro que iré —le aseguró—. Pero puede que tenga tiempo suficiente de hacer algo antes de ir a la ópera.

Quizás podría llegar a Whitechapel y descubrir qué sucedía en la calle Petticoat 12. Si tenía suerte, descubriría pruebas de lo que fuera que estaba sucediendo. Pero el simple hecho de saber qué tramaba su tío le permitiría confrontarlo en la ópera. Luego esa pesadilla llegaría a su fin, y Charlotte estaría a salvo.

—¿Y los vestidos? —le preguntó Charlotte.

—¿Qué pasa con los vestidos? Tienes algo que ponerte, ¿no? —se quiso asegurar Joanna.

—No quiero impresionar al príncipe —repuso Charlotte—. Tú tienes el vestido azul, pero el único que yo tengo como para ir a la ópera está desgarrado, Joanna, y ya sabes que no sé coser como tú. Solo tú tienes dedos rápidos que pueden enmendarlo para que no se note.

—Pero Charlotte...

—Lo puedes hacer muy bien, hermana. Por favor.

Joanna recordaba que se trataba de un tajo grande en la parte delantera que casi le llegaba hasta la cadera. Sería difícil de enmendar. Le llevaría varias horas de trabajo tedioso y concentración profunda. No le sería posible enmendarlo e ir a Whitechapel.

—Claro que sí —le dijo soltando un suspiro—. Aunque deberías considerar ponerte una bolsa de patatas. Quizás entonces tus problemas desaparecerían rápido.

—¡Gracias, hermana! ¡Te prometo que me pondré ese vestido cuando George pida mi mano en matrimonio!

Joanna le sonrió y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Ven aquí. Déjame terminar con el corsé así me ayudas con el mío.

Por desgracia, el viaje a Whitechapel tendría que esperar.

LOCALIZADO EN HAYMARKET, His Majesty's Theatre era un teatro más pequeño de lo que recordaba Spencer. Solía ir allí en busca de entretenimiento o para cortejar a las damas que quería seducir. La edificación de piedra y ladrillos estaba iluminada con braseros encendidos y tenía varias columnas que lo soportaban desde un frontón. Conocía todas las esquinas oscuras del sitio para tener rápidos encuentros sexuales detrás de cortinas pesadas mientras el palco estaba a oscuras y la atención de la audiencia se encontraba en el escenario. Pero ya no era ese hombre. Estaba roto y perdido. ¿Alguna vez volvería a ser como antes?

Cruzó la calle con cuidado de moverse entre los carruajes que avanzaban a paso lento transportando a damas y caballeros que acudían a la ópera vestidos a la última moda.

Se le había hecho tarde, y la mayoría de los espectadores ya se encontraban dentro. La abuela le había dicho que Penelope, la duquesa de Ashton y su marido estarían allí. Si tenía suerte, también vería a su pequeña Perséfone esa noche. Considerando que había acudido al baile y la había encontrado husmeando en el estudio del duque, debía de conocerlo de algún modo. Era obvio que quería obtener información acerca de él.

Mientras le entregaba la entrada al lacayo, sintió una profunda intranquilidad que lo hizo encorvarse de hombros. Sin una máscara puesta, se sentía muy desnudo y vulnerable. Las noticias de su regreso aún no se habían esparcido por todo Londres porque no solía salir de casa a menudo, pero tarde o temprano, todos se enterarían por el capitán del barco o los oficiales de la fuerza naval que habían sido sus compañeros y, tras varios meses, habían comenzado a creerle cuando les decía que era un duque.

Nadie permanecería ignorante de su regreso luego de esa noche. Por lo general, los periódicos de chismes solían acudir a la ópera en ese teatro, y cualquier periodista presente tomaría la oportunidad de reportar la reaparición del exduque de Grandhampton. En especial considerando que su familia lo había creído muerto y había enterrado el cuerpo de otro hombre en su lugar.

Mientras cruzaba las puertas de entrada y se detenía sobre la alfombra roja, inspiró el aroma de la ópera que conocía tan bien: la esencia a madera pulida se mezclaba con exquisitos perfumes, y una nota del polvo presente en las alfombras y las cortinas pesadas siempre pendía en el aire. El pasillo estaba atestado de gente que hablaba y reía. Reconoció muchos rostros: hombres que había conocido en la Cámara de los Lores, en los clubs para caballeros, como Elysium y Tyche, y en el club de boxeo, y damas que conocía de la sociedad, incluso algunas de ellas eran sus examantes.

La gente le arrojaba miradas por encima de los hombros y fruncía el ceño confundida; algunos tenían los ojos como platos mientras que otros los entrecerraban como si estuvieran

intentando ver mejor. Muchos susurraban. Hasta se oyeron algunos jadeos. *Lady Farthing*, una viuda con la que había tenido una aventura durante seis meses, parecía tan pálida como una sábana y se abanicaba con fuerza.

En el vestíbulo dorado y rojo, se convirtió en el centro de atención. El estómago le ardía por el instinto de ocultarse y escapar. ¿Dónde había una máscara cuando la necesitaba? Sin embargo, no dejó de escanear los rostros entre la multitud sin prestarle atención a ninguno porque solo estaba buscando a una dama de cabello rubio y enrizado y ojos verdes.

De repente, se le acercó *lady Whitemouth*.

—Disculpe mi atrevimiento, señor... —Esa mujer pequeña era la más chismosa de la sociedad. Lo que dijera podría aparecer publicado en los periódicos por la mañana—. No puede ser... ¿no? ¿El duque de Grandhampton?

Sintió que se le tensaba el mentón. Ahora tenía una elección: seguir escondiéndose en Sumhall, detrás de una máscara o en las sombras o anunciar que se encontraba allí y no permitir que Ashton lo asustara más. Spencer solo tenía sospechas acerca de los motivos por los que Ashton había actuado de ese modo con él. Pero sin importar cuáles fueran esos motivos, estaba seguro de que la misteriosa Perséfone lo llevaría a algo interesante. E informarle a *lady Whitemouth* que era él implicaría informarle a todo Londres que había regresado, pero ya era hora. La guerra con Ashton había comenzado y estaba listo.

—No —respondió—. Ya no soy más el duque de Grandhampton, como bien sabe. Sin embargo, soy *lord Spencer Seaton* y, sí, estoy vivo.

La mujer abrió la boca para soltar un jadeo silencioso al tiempo que los ojos le destellaban mientras miraba a su hija, *lady Isabella*, que según Spencer recordaba había estado afligida por la elección de esposa de Sebastian en un baile al que habían acudido antes de su desaparición.

No importaba. Quería encontrar a Perséfone, si es que se encontraba allí. Siguió avanzando bajo las miradas y los susurros de los presentes. Estaba estudiando los rostros de las damas y caballeros bien vestidos cuando alguien lo llamó desde sus espaldas.

—¡Spencer!

La irritación que sintió en la boca del estómago al oír la voz de Preston lo hizo volverse. Su hermano tenía la respiración agitada y una expresión avergonzada en el rostro.

—Fui a Sumhall más temprano y, como vi que tu carruaje se alejaba, te seguí. Necesito hablar contigo.

Spencer se volvió para seguir recorriendo la multitud con la mirada. Podría estar mirando a su Perséfone en ese momento, pero ¿podría reconocerla sin la máscara?

—Es un momento de lo más inconveniente —le dijo para deshacerse de él.

—Jamás habrá un buen momento —le contestó Preston.

Spencer soltó un gruñido y, exasperándose más, avanzó cojeando entre la multitud en busca de alguna señal de la dama con los ojos del color de las hojas nuevas en la primavera, el hermoso cabello rubio y los labios carnosos. Recordó la pequeña marca de nacimiento cerca de la oreja con forma de granada, las curvas pecaminosas y el busto generoso que le había despertado instintos animalescos.

—Déjame en paz, hermano —le ordenó.

—No puedo —repuso Preston—. No tras haber dejado las cosas como las dejamos, ni tras haber recibido tu carta... mis palabras duras y tras haber pensado que viviría arrepentido el resto de la vida sabiendo que nunca podría enmendar las cosas contigo. Pero, por fortuna, ahora sí puedo enmendarlas.

La noche que lo habían reclutado por la fuerza el año anterior, él y Preston habían discutido

acerca de Penelope. Preston había estado seguro de que era una cazafortunas mientras que Spencer había querido pedirle matrimonio. Esa noche, Preston debería haber ido con Spencer a Portside, pero no lo había hecho por la discusión. Si hubiera ido, quizás no lo hubieran reclutado por la fuerza.

Antes de partir hacia Portside, Spencer le había escrito una carta a su hermano para intentar reconciliarse con él y hacer sus diferencias a un lado. Y eso era lo que estaba haciendo Preston en ese momento: intentar arreglar lo que se había roto, mientras que Spencer huía.

Una inquietud familiar comenzó a hervirle en el interior. Sintió resentimiento y una mezcla de ira y envidia hacia él. En el fondo, sabía que tenía razón. Sabía que no podía evitar ni a su hermano ni a su familia para siempre. Pero una parte de él estaba furiosa con que Preston tuviera todo lo que solía ser suyo, incluida Penelope.

Esos pensamientos lo distrajeron mientras subía las escaleras con alfombras rojas, pero se recordó que estaba buscando a Perséfone. Pasó delante de varias personas que fruncían el ceño a su paso porque quizás lo habían reconocido, pero también parecían confundidas: la mayoría de los miembros de la sociedad seguían creyendo que estaba muerto.

—Debes estar furioso —continuó Preston siguiéndolo—. Si estuviera en tus zapatos, lo estaría. Me quedé con tu título, pero créeme que nunca lo quise.

Spencer debería decirle que comprendía sus actos. Comprendía la justificación legal y la realidad de toda la situación, pero eso no cambiaba la profunda pérdida que sentía.

—Y, por supuesto, está lo de Penelope... —a Preston se le apagó la voz unos segundos, pero luego volvió a insistir—: Háblame, hermano, por favor. ¿Tengo razón? ¿Estás enfadado?

En ese momento, vio a una mujer de cabello rubio, y la esperanza hizo que se le acelerara el corazón en el pecho. Al acercarse a ella, la miró de costado: tenía los labios delgados y no llevaba ninguna marca de nacimiento. Además, sus ojos eran del color equivocado. El pecho se le desinfló.

—¿Estás enfadado? —repitió Preston.

A Spencer le hervía la sangre.

—No es el momento —gruñó con los dientes apretados—. Estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

—No es asunto tuyo.

—¿Tiene que ver con la persona que te reclutó por la fuerza? Debes dejar de ocultar su identidad. Entiendo que no quieras involucrar a Calliope, pero me lo puedes decir a mí.

Spencer reanudó el paso. Estaba marchando entre un grupo en la segunda planta cuando vio a otra mujer rubia de altura similar que hablaba con gente elegantemente vestida, pero era demasiado delgada para tratarse de su Perséfone. Spencer estaba entusiasmado con el fervor de la caza que sentía dentro, y los intentos incesantes de su hermano lo estaban exasperando.

—Déjame en paz —le dijo—. Ya has hecho suficiente. Nadie te pidió que me vengaras. Nadie te pidió que te casaras con la mujer que quería. Y nadie te pidió que tomaras mi título.

—Estás furioso —determinó Preston con gran tristeza—. Lo siento, Spencer. Por todo.

Algo en su interior se derritió un poco. Preston no solía disculparse. Su rivalidad había sido larga y brutal, y Spencer también había querido hacer las paces con él antes de desaparecer.

Mientras seguía escaneando la multitud en busca de la dama rubia, Spencer acabó en el palco familiar que la familia Seaton había alquilado durante muchas generaciones. La abuela se encontraba allí con Jane y Richard, así como también Emma y Sebastian, la duquesa y el duque de Loxchester. Todos se volvieron a ver a Spencer y Preston llenos de sorpresa.

—¡Spencer! ¡Preston! —exclamó la abuela mientras se movía para incorporarse y Richard la

ayudaba.

—Abuela —la saludó Spencer con los dientes apretados.

—Creí que no querías salir —señaló Richard con el ceño fruncido.

Spencer soltó un suspiro.

—No quería.

—¿Cómo te sientes, querido? —le preguntó la abuela—. ¿Tienes mucho dolor?

Spencer no quería que nadie le preguntara nada acerca del dolor, ni del hecho de que se encontrara allí, ni de su búsqueda. Quería que lo dejaran en paz. Pero tampoco quería que su familia corriera ningún peligro.

—Estoy bien, abuela, gracias.

Bajó la mirada al foso de orquesta y vio a Ashton con una mujer que debía de ser su esposa y dos damas jóvenes. Una de ellas llevaba el cabello rubio y rizado y un vestido de seda azul, mientras que la otra era rubia y delgada y tenía un vestido de encaje blanco.

La primera le resultó familiar. Observó el modo en que encuadraba los hombros y mantenía la cabeza en alto. El mentón. La forma en que el cuello lleno de gracia le daba apoyo a la cabeza. ¿No había apoyado el cuerpo contra esos generosos senos la noche anterior? Sintió una descarga de energía y deseo. Se encontraba lejos, pero de solo verla, se le aceleró la respiración.

Al mismo tiempo, los lacayos estaban apagando las velas y las lámparas e iluminaban más luces en el escenario. La gente comenzó a dirigirse a sus asientos. No tenía demasiado tiempo.

—Con permiso —se excusó.

Se alejó lo más rápido que pudo cojeando y estremeciéndose del dolor que le explotó en el muslo. Tuvo que recurrir a un esfuerzo increíble para no demostrar el dolor que sentía, pero mantuvo una máscara estoica en el rostro.

Entre la multitud de personas que tomaban asiento, era un pez nadando en contra de la corriente. Varias decenas de rostros de damas y caballeros le pasaron por delante mientras se abría paso a codazos. Los perfumes y las colonias le embriagaban los sentidos con la nota intensa del vinagre que provenía de las cajas de vinagretas que llevaban las damas para cubrir los olores desagradables que eran comunes en sitios con gran cantidad de asistentes. A pesar de que había echado de menos el aroma de la ópera, una mezcla de alcohol y exuberancia, una parte de él anhelaba volver al mar e inhalar el aroma salado del océano, sentir el viento y oír los gritos de los marineros que trabajaban a bordo y cantaban canciones simples que hablaban de la tierra y de las familias que añoraban.

Lamentablemente, mientras Spencer se apresuraba a bajar las escaleras, Preston lo siguió y, gracias a sus piernas perfectas y saludables, lo había alcanzado.

—¿Todavía la amas? —le preguntó con la mirada oscura y ardiente.

¿La amaba? La había amado, estaba seguro de eso. La idea de compartir un futuro con ella, de convertirla en su duquesa, era lo que había mantenido la luz de su alma encendida. Aun en los días y las noches más oscuras, en el casco del barco en el que yacía febril y delirante con el muslo abierto y la muerte respirándole sobre el hombro, esa visión lo ayudó a seguir adelante. Pero ahora era la esposa de su hermano...

Al llegar al último escalón, se volvió hacia Preston para mirarlo. Como la mayoría de las personas ya se habían instalado en sus asientos, solo había unas pocas damas y algunos caballeros que les pasaron de prisa por delante.

—Te aseguro, hermano, que sean cuales sean mis sentimientos, no tengo ninguna intención de ir tras tu esposa. Te lo juro.

Spencer recorrió el pasillo y se dirigió hacia la puerta del auditorio en la planta baja.

—Nunca creí que fueras a ir tras la esposa de nadie —continuó Preston caminando a su lado impávido—. Sé que eres un hombre de honor, pero eso no responde mi pregunta. ¿La amas?

—¿Qué importa si la amo o no? —ladró—. Nunca la tendré. Es tuya. Siempre será tuya.

—Detente, Spencer. —Preston le sujetó el codo y lo obligó a volverse para enfrentarlo—. ¿Qué puedo hacer para cambiar las cosas? De haber sabido que estabas vivo, jamás se me habría ocurrido casarme con la mujer que deseabas.

Spencer sintió dolor en el pecho.

—Nada. Lo único que puedes hacer es dejarme en paz.

—Jamás quise el título. Tú ibas a ser el duque. Lo único que quiero es recuperar a mi hermano.

Sí, era difícil ver a otra persona viviendo su vida y disfrutando de un matrimonio feliz con la mujer que debió haber sido suya. En especial cuando esa otra persona era Preston. Y más ahora que se veía tan... curado. Tan entero, amable y abierto mientras que él experimentaba todo lo contrario.

—Eso no ocurrirá jamás, Preston —le dijo con la voz tensa y llena de dolor—. Tu hermano murió en ese barco. El hombre que tienes delante es otra persona.

La mirada de Preston reflejó dolor, pero Spencer no podía hablar de eso en ese momento. Mucho menos con él. No cuando tenía que buscar a Perséfone. Al parecer, era lo único positivo que tenía en su vida.

Cuando los lacayos le abrieron la puerta, entró en un palco oscuro. La ópera ya había comenzado, y la encantadora voz de la artista resonaba en toda la sala. Como si el destino se le estuviera riendo en la cara, Perséfone cantaba en el escenario y Hades, un barítono que llevaba puesta una toga, le hacía eco.

—No lo creo, Spencer —susurró Preston—. Sé que has atravesado muchas cosas. Sé que has perdido mucho. Pero puedes sanar. Y lo sé porque yo mismo he sanado. Te ayudaré...

Mientras Preston hablaba, Spencer miró alrededor. El sitio donde había visto a Ashton, su esposa y las dos damas rubias se encontraba vacío. Soltó un gruñido de frustración y se dio la vuelta para recorrer los rostros de docenas de asistentes. Unas luces coloridas y algunas explosiones brindaban iluminación desde el escenario. Los expertos en efectos visuales debían de estar arrojando diferentes sales a las fogatas. Era un asunto de lo más peligroso que ya había provocado varios incendios en ese mismo teatro ese año.

El siseo de las sales que ardían y el aroma acre que producían hicieron que se le tensara el estómago al recordar los ruidos de los cañones en el barco y el susurro de las bolas de cañón al pasar volando en el aire. Resistió el impulso de agacharse cada vez que sonaba una explosión.

A pesar de que no veía a Ashton, era probable que el poderoso duque se encontrara en algún palco privado. Alzó la mirada para examinar los rostros iluminados por los destellos de luz. De pronto, divisó el mentón cuadrado de Ashton, al lado de su esposa y las dos damas. El príncipe regente estaba sentado con ellos y susurraba algo al oído de la dama más delgada, que tenía la mirada clavada en el espacio vacío y los ojos muy abiertos reflejando temor. La otra dama le arrojaba miradas de preocupación.

—¿Quién es? —le preguntó a Preston.

—¿Dónde? —le preguntó su hermano intentando seguirle la mirada—. Oh, es el duque de Ashton y su esposa. Y, por supuesto, el príncipe regente.

—Sí, pero ¿y las dos jóvenes?

—Creo que son las sobrinas de Ashton.

En cuanto Preston emitió las palabras, un estruendo ensordecedor estremeció el suelo bajo

sus pies. Spencer se estremeció y se agachó. Casi podía sentir unos trozos afilados de astillas del casco del barco volando a su alrededor y a punto de hacerle pedazos el cuerpo.

La explosión causó varias detonaciones de fuego que aterrizaron sobre el suelo de madera, las cortinas y la peluca de la cantante de ópera. La mujer soltó un grito y arrojó la peluca en llamas al suelo del escenario. Más gritos de la audiencia y un murmullo de pánico se expandieron por el teatro. En el medio del caos, la gente comenzó a levantarse y provocó que las sillas y los bancos se cayeran con fuertes estrépitos. Algunos asistentes se tropezaron y gritaron de dolor. Spencer sintió que alguien lo empujaba.

—¡Debemos marcharnos! —Preston jaló de él hacia la puerta.

La habitación estaba llena de humo. En el medio del todo, Spencer se quedó paralizado con el corazón latiéndole desbocado. Los destellos, las explosiones, las astillas de madera volando por doquier... Ya no se encontraba más en el teatro. Estaba en el mar, en el lago Erie, y el barco en el que navegaba había volado en pedazos junto con su pierna. No podía moverse ni respirar. Tenía el cuerpo más rígido que una piedra.

—¡Spencer! —Oyó una voz desesperada que parecía venir de muy lejos y alguien que lo jalaba hasta que por fin se puso en movimiento. Pero, de pronto, oyó un grito femenino muy cerca. Venía del palco de arriba.

No, no había mujeres a bordo del barco. Se alejó de su pesadilla al comprender que alguien necesitaba ayuda. Parpadeó y miró hacia arriba para darse cuenta de que se encontraba justo debajo del balcón de un palco.

Una mujer con un vestido azul estaba aferrada al pasamanos y colgaba en el aire. Movía la mano libre en el aire intentando aferrarse al borde del balcón, pero los dedos se le deslizaron uno a uno y se cayó... Siguiendo un impulso, Spencer dio un salto hacia adelante.

La pierna le estalló de dolor al atraparla. Soltó un gruñido, pero no cedió. Eso no se comparaba en nada al modo en que se mecía el barco en el que había vivido durante el último año.

Bajó la mirada al rostro perplejo de la mujer que sostenía en sus brazos. Le agradaba sentir su peso y sus curvas cálidas. Con el corazón desbocado, detuvo la mirada en sus labios succulentos, en el arco de Cupido. El estómago le dio un vuelco y miró un punto cercano al lóbulo de la oreja. En efecto, vio la marca de nacimiento con forma de granada. El cuerpo le vibró y se olvidó del dolor en la pierna. Sus ojos... eran brillantes y del color verde manzana característico de la primavera. Y su aroma... Por todos los diablos, hubiera reconocido esa esencia en cualquier sitio: una mezcla de flores silvestres y granadas. Como tenía el sedoso cabello dorado cepillado sin ningún rizo enmarcándole el rostro como los tocados que estaban de moda, parecía una criada o una institutriz. Una seductora institutriz a la que quería saborear.

La gente no dejaba de pasarle corriendo por delante y empujarlo, y Preston lo llamaba. El incendio había crecido, y la habitación estaba tan llena de humo que los ojos comenzaron a arderle. Pero bien podría haberse quedado de pie en el centro de la tormenta: se sentía tan sólido como una piedra con esa mujer en sus brazos.

—Perséfone... —murmuró.

A pesar de que tenía los ojos agrandados por la conmoción de casi haber caído a la muerte, se le abrieron aún más. Los labios que había besado sin saciarse la noche anterior se abrieron anonadados.

—¿Cómo dice? —murmuró intentando apartarse de sus brazos, pero la mantuvo apretada con fuerza.

Era la sobrina de Ashton. ¡Maldición! ¡Era la sobrina de Ashton! Una docena de preguntas le

vinieron a la mente: desde cuál era su verdadero nombre hasta si en realidad estaba tramando algo en contra de él o si era tan maliciosa como él. Pero al menos ahora sabía quién era y podía descubrir esas respuestas... aunque no en ese preciso momento. El olor acre del humo se había vuelto tan intenso que le ardieron las fosas nasales y sintió dolor en la garganta y el pecho.

—¿Puedes caminar? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Con cuidado, la ayudó a pararse sobre sus pies y le tomó la mano. El fuego ardía por las paredes de madera y la escenografía de cartón y madera en el escenario. Con algo de culpa, Spencer comprendió que se había olvidado por completo de su familia. Preston se encontraba bien, pero su abuela mayor estaba arriba. Por fortuna, Ricard y Sebastian, junto con sus esposas, estaban con ella y de seguro se asegurarían de que se encontrara bien.

—¡Tenemos que irnos, Spencer! —exclamó Preston, y por fin miró a su hermano, que se cubría la nariz con un brazo.

Asintió con la cabeza y se apresuraron a salir del teatro con los últimos asistentes. Cuando se pararon a respirar aire fresco, se volvió hacia su Perséfone, que lo miraba con los ojos abiertos de par en par y destellando.

—Gracias, señor —le dijo.

Por desgracia, le quitó la mano de la suya y, antes de que pudiera ofrecerle ayuda para llevarla a casa con su hermana, se perdió en la multitud de espectadores. Corrió tras ella y se abrió paso a codazos entre la muchedumbre, pero, al igual que en el baile, se había esfumado.

¡Por todos los diablos! La habilidad de desaparecer de esa mujer era estremecedora. Pero ahora que conocía su identidad, no podía ocultarse de él durante mucho tiempo. Lo primero que haría al día siguiente sería encontrar su dirección y hacerle una visita.

ALREDEDOR DE LAS once de la mañana siguiente, luego de tres horas de esperar en su carruaje apartado en la calle de enfrente, Spencer vio a Joanna salir por la puerta de la casa de estilo georgiano común y corriente que estaba calzada entre dos estructuras similares.

Sintió una ola de calor al observar su cuerpo moverse. Iba vestida con un bonete sencillo, un jubón verde y un vestido de muselina marrón y caminaba por delante de la fachada de ladrillo hundiendo los hombros como si quisiera ocultar algo... quizás a ella misma. Eso no le agradó. Una mujer como ella no debería ocultarse. ¿Lo hacía porque había salido sin chaperona cuando no debería?

La señorita Joanna Digby... Su Perséfone...

La abuela le había dicho su nombre, y tras descubrir que vivía con su hermana y su hermano, solo tuvo que hacerles algunas preguntas a sus amigos, que había visto en Elysium luego del incendio en la ópera, para descubrir la dirección de su hermano. Según Rath, el señor Gideon Digby era un abogado respetado de día y un infame libertino de noche.

Las curvas del cuerpo de Joanna se movían seductoras bajo el vestido sencillo y el jubón modesto. Pasó por delante de las ventanas de doble panel de su hogar. Al ver los geranios de color rosado y magenta en las ventanas, Spencer se la imaginó regándolos a diario. Debían prosperar bajo sus cuidados.

Sintiendo el vigor familiar de la persecución en el vientre, golpeó la pared del carruaje para indicarle a Carl que la siguiera, como habían acordado de antemano. Su carruaje se movió a paso lento tras Joanna, que caminaba por la neblina de la mañana que se aferraba a las calles adoquinadas bajo el cielo encapotado. Un carruaje se fue aproximando por la calle desde la dirección opuesta produciendo un traqueteo. Mientras Joanna pasaba por una de las casas vecinas, las ventanas se abrieron, y una criada con un delantal envuelto en la cintura sacudió una alfombra con vigor y unas partículas de polvo se alzaron flotando en la luz tenue del día. Al llegar a la esquina, Joanna se subió a un coche de alquiler.

Mientras la seguían por las calles de Londres, a Spencer se le aceleró la mente reproduciendo todo lo que sabía acerca de ella. Luego de que su abuela se encontrara en casa a salvo y bebiendo té, Spencer se había enterado de que la señorita Digby y sus hermanos se habían distanciado de su tío y vivían una vida modesta porque Ashton se negaba a devolverle la herencia a Gideon. Las malas lenguas decían que el duque se había gastado todo el dinero en apuestas, y Spencer creía que ese bien podría ser el caso. Era evidente que Joanna vivía de manera humilde, mientras que Ashton nadaba en lujos. Esa idea le produjo mucha ira en el estómago.

Al cabo de un tiempo, llegaron a Whitechapel. El barro resonaba bajo los cascos de los caballos y las ruedas del carruaje. Pasaron delante de casas torcidas y caídas a pedazos por un

laberinto de calles entre las que la gente colgaba prendas a secar sobre las cuerdas que iban de una casa a otra. Luego pasaron por un mercado que apestaba a pescado, donde unas amas de casa delgadas con vestidos enmendados escogían verduras en mal estado e inspeccionaban sacos de grano húmedos y miraban todo con ojos tristes.

A mitad del camino de la calle Petticoat, el coche de alquiler de Joanna se detuvo, y ella se apeó. Spencer hizo lo mismo sin despegarla de su vista y le dijo a Carl que aguardara a la vuelta de la esquina.

La siguió a una distancia prudencial y la vio llamar a la puerta del número doce. No le gustaba verla en ese barrio plagado de criminales, pero aguardó y observó con detenimiento, alerta a cualquier señal de problemas. Transcurrieron varios minutos, pero nadie abrió la puerta. Tras mirar alrededor, Joanna se dirigió a la casa de al lado, y una mujer abrió la puerta. Comenzó a hablar con ella, pero Spencer se encontraba muy lejos como para oír algo de lo que decían.

Decidió que era suficiente. Joanna debía de estar buscando información acerca de los delitos de Ashton. ¿Por qué otro motivo habría ido a Whitechapel y se habría puesto en esa posición tan precaria? Y si estaba a punto de descubrir información valiosa, él también debía oírla. Resuelto, cruzó la calle y cada paso le produjo una descarga de energía en las extremidades cuanto más se acercaba a ella.

Al poco tiempo, estuvo de pie al lado de Joanna y a un paso de la vecina que se asomaba por el umbral. Los ojos de la mujer se abrieron de par en par y lo miraron. Joanna soltó un jadeo, incrédula.

—Señorita Joanna Digby —la saludó—. Mi Perséfone.

Se puso pálida.

—Disculpe —le dijo a la vecina—. Íbamos a encontrarnos en esta dirección. ¿Quién ha dicho que vive en el número doce?

La mujer los recorrió de arriba abajo con la mirada, dio un paso hacia atrás y cerró la puerta. Pero Spencer fue más rápido: colocó la pierna sana entre la puerta y el marco.

—Me vuelvo a disculpar —le dijo—. ¿Dónde están mis modales? Debe estar muy ocupada, y estamos desperdiciando su valioso tiempo. —Sacó un chelín de la bolsa. La mirada de la mujer destelló, y no volvió a intentar cerrar la puerta.

—Solo puedo alimentar a mi familia por un día o dos con esto —le dijo.

—Oh, claro —repuso Spencer mientras volvía a meter la mano en la cartera y sacaba una libra. Dudaba que la mujer viera más de diez libras al año—. ¿Cree que una libra sería más apropiada?

Sostuvo el billete de una libra entre el dedo índice y el del medio, y ella le clavó la mirada como un gato a un ratón.

—Sí, *milord* —le dijo.

Spencer asintió con la cabeza y le entregó el billete. Luego miró a Joanna, que tenía el mentón apretado y lo miraba enfadada con los ojos echando chispas. Se dio cuenta de lo injusto que era que no pudiera jugar con las mismas reglas al no contar con los medios financieros para hacerlo.

Pero iba a ganar porque no tenía otra alternativa. Sin importar cuáles fueran los motivos de Joanna para ir tras Ashton, ninguno podría igualar el suyo. El entusiasmo de la victoria desapareció al recordar al enemigo, y se le cubrió el corazón con una costra cruel.

—No sé cómo se llama —dijo la mujer mientras se ocultaba el billete bajo el borde del cuello, y los ojos miraban alrededor con complicidad—, pero hay un sujeto que viene todos los domingos durante la hora de la misa y sale disparado a los cinco minutos.

La misa era alrededor de las diez de la mañana los domingos, y la mayoría de las personas se encontraban en la iglesia. Como las calles estarían vacías, sería el momento perfecto para que nadie se percatara de su presencia. Spencer se preguntó por qué esa mujer se quedaba en casa a esa hora y tenía tiempo de observar las idas y venidas del vecino.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntó Joanna.

—Es alto y delgado —le respondió—. Se viste como alguien de por aquí.

—¿Hace cuánto tiempo hace eso? —le preguntó Spencer.

La mujer se encogió de hombros antes de responder.

—Será hace un año y medio... o quizás dos.

—¿Viene solo? —preguntó Joanna.

—Nunca lo vi con nadie más.

—¿Y quién vivía aquí antes que él? —le preguntó Spencer.

—El señor y la señora Adey —repuso—, pero los echaron porque no pudieron pagar el alquiler. —Miró alrededor—. Bueno, si eso es todo...

Spencer tragó con dificultad y sintió una mezcla de emociones. Por un lado, estaba decepcionado de no haber encontrado al hombre en la dirección, pero por el otro estaba entusiasmado de prolongar la persecución. Ese brebaje de emociones le aceleró la respiración, al tiempo que experimentaba entusiasmo y frustración al pensar en la persecución que con suerte se reanudaría el domingo siguiente con su Perséfone.

—Es todo —le dijo.

La mujer cerró la puerta, y Joanna se volvió a mirarlo con los ojos verdes tan intensos que podrían ser esmeraldas.

—¿Cómo se atreve? —le preguntó con el pecho inflándose y desinflándose rápido.

—Señorita Digby, disculpe, pero la pregunta es ¿cómo se atreve usted? —le dijo maravillándose del color que le asomó a las mejillas—. Debió de haber compartido la información conmigo en el baile en lugar de huir.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó—. ¿Y cómo me encontró?

Pero antes de que pudiera responder, hubo un movimiento en su visión periférica y experimentó una sensación de peligro en la nuca. Sin volver la cabeza, miró de reojo. Al otro lado de la calle, apoyado contra la esquina de un edificio, había un hombre vestido como el típico habitante de Whitechapel, con un abrigo desgarrado y unos pantalones cubiertos de grasa. Por debajo de la gorra, los ojos del hombre estaban fijos en Spencer... o en Joanna.

No le gustaba ninguna de las dos opciones. Suponía que desde su aparición en la ópera la noche anterior, Ashton debía de estar al tanto de su regreso para esas alturas. Le recorrió un escalofrío al pensar en eso y recordar que ese sitio se parecía mucho a Portside y que hombres como ese observador lo habían dejado inconsciente, lo habían desvestido y lo habían llevado a bordo de un barco. Había sido la noche en que había cambiado el transcurso de su vida y la de su familia para siempre.

—Venga, señorita Digby —murmuró cuando la necesidad de ponerla a salvo hizo que se le erizara el vello de la nuca—. Hablemos de esto mientras nos marchamos de aquí.

Comenzó a caminar, y los zapatos le chapotearon en el barro, pero tras varios pasos, notó que ella no lo había seguido. De hecho, cuando se dio la vuelta, vio la espalda de su figura moviéndose en la dirección opuesta y serpenteando entre niños callejeros, mujeres locales, algunas de las cuales llevaban bebés sujetos al pecho, y hombres malhumorados con miradas oscuras. Masculló una maldición antes de darse media vuelta y apresurarse a ir tras ella, que echó un vistazo hacia atrás y apretó el paso.

—¡Señorita Digby! —la llamó.

Cuando miró por encima del hombro, vio que el hombre que había estado apoyado contra la edificación los estaba siguiendo a varios metros de distancia. Spencer caminó lo más rápido que pudo, pero la pierna herida le comenzó a doler, y tuvo que cojear entre el barro. Cuando por fin la alcanzó, se sintió agradecido de que no hubiera logrado desaparecer entre la multitud como ya lo había hecho en varias oportunidades.

—Señorita Digby, insisto en que debo escoltarla a un sitio seguro —le dijo—. En este lugar no estamos a salvo.

—Disculpe, señor —le dijo soltando un bufido—, ni siquiera sé su nombre. ¿Cómo puedo ir a algún lado con usted?

—Soy *lord* Spencer Seaton —repuso—, ya me conocía.

—¿*Lord* Spencer Seaton? —Frunció el ceño como si estuviera intentando recordar el nombre.

Como en ese momento estaban pasando por delante de Elysium, Spencer le echó un vistazo a la edificación hermosa ubicada entre casas viejas que se caían a pedazos. Había pasado muchas noches llenas de placer allí, pero ya nada le llamaba la atención de ese club, dejando de lado la gracia que le causaba que el dueño del establecimiento fuera su nuevo cuñado y que reinaba en Whitechapel como lo hacía el príncipe regente en Inglaterra. A pesar de que se había mostrado enfadado con Richard acerca de esa situación, le parecía gracioso. ¿Qué otra familia noble de Inglaterra accedería a tener esa conexión tan escandalosa? Los Seaton eran diferentes. Aunque no solían seguir las reglas y se divertían desafiando las expectativas de la sociedad, eran admirados y aceptados en general y todos deseaban su compañía.

—Sí, le salvé la vida anoche en la ópera. Podría mostrar un poco de gratitud y confiar en mí.

—¿Confiar en usted? —volvió a soltar un bufido mientras esquivaba con destreza a un hombre que empujaba un barril—. ¿Por qué debería depositar mi confianza en alguien que intentó tomar el papel que tanto me costó conseguir y sin justificación aparente?

—Créame que mis motivos están más que justificados —le aseguró.

Ella encuadró los hombros.

—Los míos también.

Ahora que había desaparecido el entusiasmo de la persecución y experimentaba frío en las puntas de los dedos, volvió a mirar por encima del hombro. El sujeto se encontraba más cerca. Spencer apretó el paso asegurándose de seguirla lado a lado.

—Por favor, venga. Mi carruaje espera a una manzana de distancia.

—No me subiré al mismo carruaje que usted —le informó—. No solo porque sería escandaloso y me arruinaría la reputación, sino también porque no lo conozco, señor.

Se acercó más a ella.

—Me conoces, Perséfone —le murmuró y, por primera vez vio un destello de algo cálido en la profundidad de sus ojos. Sin embargo, desapareció tan rápido como había asomado.

—Se equivoca, *lord* Seaton —le dijo—. Por favor, escúcheme y déjeme en paz.

Con determinación, apretó el paso y lo dejó atrás. Sin embargo, al cabo de unas pocas zancadas, el pie se le deslizó por el suelo y se tambaleó en el intento de recuperar el equilibrio antes de acabar colapsando en un charco turbio con un grito que resonó en el ajetreado mercado. El barro salpicó todo a su alrededor y atrajo la atención de la gente que se encontraba cerca. Algunos espectadores reprimieron unas risitas mientras que otros se rieron abiertamente de su desgracia. Un niño la señaló y soltó una carcajada de regocijo que resonó por encima de todo el bullicio de la multitud.

Spencer contuvo una maldición y se agachó para ayudarla a incorporarse, pero, por el rabillo del ojo, vio que el hombre que los seguía se encontraba a pocos metros de distancia. Tenía una cicatriz amenazante en el rostro.

Se terminó de agachar, sujetó a Joanna de las axilas y se la arrojó por encima del hombro ignorando el tirón en el muslo. Luego echó a correr lo más rápido que pudo a pesar del dolor que lo perforaba con cada paso que daba con la pierna herida. Se movió entre las hileras de los puestos del mercado hacia el carruaje sin dejar de oír los gritos que soltaba la señorita Digby:

—¡Suélteme! ¡Socorro! ¡Me secuestran!

Si se encontraran en Mayfair, estaría arruinada. Escandalizada. Nunca se la volvería a ver en un evento de la sociedad. Pero estaban en Whitechapel. La gente se detenía a mirarlos, pero alzó el otro brazo y anunció:

—Todo está bien. Es una pelea entre marido y mujer. ¡No hay nada que ver aquí!

Y bajo las miradas entretenidas y llenas de comprensión de los hombres y las enfadadas de las mujeres, continuó con su tesoro hacia el carruaje para ponerla a salvo. A lo mejor era Hades secuestrando a Perséfone para llevarla a su mundo oscuro y miserable, pero era por su propio bien.

El peso de su cuerpo se sentía bien, y el muslo redondeado que se movía mientras pataleaba se sentía cálido a través de las capas de prendas y seductor bajo la palma de su mano.

—¡Es un bárbaro! —exclamó Joanna deseando poder derrotarlo con una simple mirada letal. Una ira sin remedio le carcomía el vientre.

El hombre exasperante estaba sentado en el asiento opuesto de su lujoso carruaje. Se veía mortalmente apuesto con los rasgos tallados como los de un dios inmortal. Tenía unos pómulos tan altos que se le hacían unos huecos en las mejillas, un mentón tan cuadrado que se podrían medir ángulos matemáticos con él, unos labios anchos y carnosos y una boca sensual cuyo sabor recordaba demasiado bien.

Y esos ojos... eran negros como la profundidad de la noche, y estaban enmarcados por unas pestañas largas bajo unas cejas tupidas. Unos oscuros rizos de cabello enrizado le caían sobre la frente alta. El pañuelo que llevaba al cuello le sentaba bien, y la corbata bien anudada lo hacía parecer más noble y arrogante. Y el cuerpo... por todos los cielos, los hombres mortales no tenían ningún derecho a tener cuerpos tan bien esculpidos, con los hombros anchos y poderosos bajo las capas de prendas impecablemente confeccionadas.

La recorrió con una expresión de entretenimiento mientras pasaban por las calles de Whitechapel a toda prisa. La piel oliva algo curtida contrastaba con el tono púrpura oscuro de los tapizados a sus espaldas.

—Es por su propio bien, señorita Digby —le aseguró sin una nota de arrepentimiento en el rostro.

Lord Spencer Seaton... el nombre no se le había ido de la cabeza. Estaba segura de que había oído hablar de él, pero no recordaba cómo. Los Seaton eran una familia conocida y respetada dentro de la alta sociedad, y todos los que seguían las novedades de los círculos privilegiados habían oído su nombre. Era probable que hubiera oído hablar de él o de su familia en los periódicos de chismes, aunque los detalles la eludían hasta el punto de producirle frustración.

En otras circunstancias, quizás se habría estremecido y temblado de estar hablando con alguien tan conocido como un Seaton. Su baile, su beso, los cumplidos que le había hecho... Todo se había sentido como un sueño... ¡Si no fuera un horrible libertino arrogante y egoísta!

—¡Debe dejarme bajar de una vez! —exclamó—. ¡No solo se ha comportado como un bribón, sino que también me comprometió delante de muchas personas!

—Se comprometió sola al salir de casa sin chaperona, querida. En especial para ir a Whitechapel.

Ella se mofó.

—Tengo un atuendo similar al de muchos criados. En Whitechapel, hubiera pasado desapercibida y nadie me habría reconocido.

Él estiró el cuello y la perforó con la mirada oscura.

—Exacto. No está comprometida si nadie sabe quién es.

Al responderle, apretó los dientes:

—Usted descubrió quién soy. Me siguió y encontró la dirección que se mencionaba en el papel de mi tío. Ahora sabe lo mismo que yo. ¿Para qué me secuestra en la calle?

—Había un hombre observándonos. —La sonrisa de diversión se le desvaneció.

—Había decenas de hombres cerca de nosotros —le dijo, aunque la ira y la convicción disminuyeron en el pecho.

—Iba tras uno de nosotros. O quizás, tras los dos.

Joanna parpadeó. A través de la ira incrédula, podía ver algo nuevo. Nunca antes había sido el objeto de atención de un hombre. Pero él era su Hades.

Mientras clavaba la mirada en las profundidades oscuras que recordaba haber visto detrás de la máscara, revivió el recuerdo de su aroma cautivante y la sensación sólida de su pecho y sus brazos musculosos. Su Hades había acechado casi todos sus pensamientos desde el baile. Su Hades la había salvado de una muerte casi certera el día anterior. Su Hades quería lo mismo que ella y estaba más que contento de interferir en sus planes para salvar a su hermana de la ruina...

—¿A dónde me lleva? —le preguntó.

—A mi casa. A Sumhall.

Sumhall se encontraba en el centro de Mayfair.

—Sabe muy bien que no me pueden ver entrando en su casa sola. A diferencia de Whitechapel, aquí alguien podría reconocermé.

—Está bien, en ese caso, no nos verán juntos. Le pediré a Carl que le diga al ama de llaves que salga por la entrada de servicio y nos encuentre en el carruaje para ser su chaperona. Luego hablaremos.

Joanna suponía que, a pesar de que ese plan tenía sus riesgos, quizás era la mejor opción para proteger su reputación.

—¿De qué hablaremos?

—De lo que está buscando. De sus motivos. Y del hecho de que no me pueda olvidar de ese beso.

Ese beso... La sangre se le subió a las mejillas y el cuello, y le ardió la piel. No podía olvidarlo... ni tampoco el modo en que la había mirado, como si fuera lo único que le importaba en la vida.

Era peligroso. Era demasiado peligroso permitirse creer que eso era real. Tenía que mantener la cabeza fría. Lo que sea que sintiera por él o que él le hubiera mostrado era una simple mascarada. Se debía a la sensación intoxicante de que podría ser alguien... y, por lo tanto, podría haber atraído a un hombre atractivo y poderoso. Pero no era ingenua. Eso solo había sido un sueño. Esa era la realidad, que significaba que era oscura e invisible y no debería cambiar.

—Hablaré con usted —comenzó alzando el mentón— si me dice qué busca y por qué.

Una sonrisa lenta se le extendió en los hermosos labios masculinos, y la mirada se le oscureció e intensificó. Como una pantera, se movió con gracia hacia ella y se sentó a su lado en el asiento del carruaje. Joanna inhaló una profunda bocanada de su aroma a junípero, madera de cedro y el aire fresco del mar, y la cabeza le dio vueltas. Apoyó el brazo en el tapizado detrás de su espalda y la atrapó con su cuerpo grande lleno de músculos que se tensaban bajo la tela del abrigo y los pantalones. Recordó cómo se sentían esos músculos y el peso de él sobre ella que la había hecho querer derretirse en él. La boca se le secó bajo el ardiente escrutinio.

—No juegue estos juegos conmigo, señorita Digby —le ronroneó con la voz tan baja que le resonó en el centro del ser—. No podrá ganar. Simplemente no tiene mi dinero, ni mi poder, ni

mis recursos. Además, es una mujer.

Eso la hizo soltar un jadeo.

—¿Y mi género qué tiene que ver con que vaya a perder, señor?

—No tenía la intención de ofenderla, querida —le aseguró recorriéndole el rostro con la mirada oscura—. Por el contrario. Soy un gran admirador del sexo débil.

—¿Débil? —repitió indignada.

Él soltó una carcajada; era evidente que se lo estaba pasando en grande a sus expensas.

—Déjeme ser bien claro. Es más que obvio que es una mujer capaz, inteligente e ingeniosa, por no decir deliciosamente atractiva —le dijo. Y, muy a su pesar, no pudo responderle nada.

Nadie jamás la había llamado deliciosamente atractiva. Nadie jamás le había elogiado la apariencia. Por eso, en lugar de ponerlo en su lugar, se limitó a observarlo boquiabierto.

—Tiene que ver con las reglas de nuestra sociedad —continuó—. Como soltera, no puede seguir saliendo sola para ir a lugares peligrosos como Whitechapel. Si da un solo paso en falso, su reputación quedará arruinada para siempre. Vivimos en una realidad de lo más lamentable. Como hombre, puedo ir a cualquier lado y hacer lo que sea.

—Sí que es una realidad lamentable —soltó—, pero eso no me detendrá. Aunque tenga todo eso en contra, me está subestimando.

Una sonrisa le asomó a los labios, pero logró contenerla a tiempo. El efecto de sus rasgos cambiando de manera apenas perceptible era cautivante. En particular, le llamaba la atención la cicatriz que había quedado oculta debajo de la máscara y que no había visto la noche anterior en la ópera o ese día entre todo el caos de sus planes interrumpidos. La cicatriz era una línea larga y delgada que iba desde la sien hasta casi alcanzar el ángulo increíblemente pronunciado del mentón. La naturaleza no tenía ningún derecho a crear hombres que se vieran tan arrebatadores como él. En concreto, hombres que se veían aún más hermosos con una cicatriz.

La ira se le evaporó al verlo dolido. Sintió el impulso de recorrerle la línea con el dedo y suavizarla hasta hacérsela desaparecer. Sin poder contenerse, alzó la mano enguantada y le acarició la piel rosada.

—¿Qué le pasó? —le preguntó.

Antes de responderle, cerró los ojos unos instantes, y el brillo pícaro desapareció para dar paso a una arruga profunda en el ceño que parecía hundirse con el peso de la culpa. Se inclinó contra su mano y acomodó el rostro contra la palma. A pesar de la barrera del guante, la calidez y suavidad de su mano creaba un contraste sutil con la barba incipiente, le producía una sensación rasposa contra la palma y le generaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Joanna nunca antes había sentido el rostro de un hombre contra la mano, y la sensación la dejó sin aliento.

Las pestañas arrojaron una sombra oscura sobre los pómulos y, de repente, pareció enfermo y herido. A Joanna le rompió el corazón pensar que ese hombre poderoso pudiera ser frágil o encontrarse indefenso. Como no dijo nada, la mente se le aceleró en búsqueda de alguna explicación.

—*Lord Spencer Seaton...* —susurró, y de repente logró unir las piezas del rompecabezas.

El nombre le sonaba familiar por un motivo: era reconocido en la alta sociedad porque había sido uno de los solteros más adinerados, deseables, prósperos y libertinos... y había muerto de manera inesperada y trágica el año anterior.

Mientras asimilaba la información que acababa de recordar, el corazón se le aceleró descontrolado. Era como si se encontrara con el célebre héroe de una novela popular, alguien de quien solo había leído en las páginas de sus libros favoritos. ¡Pero la había besado! ¡Y la había llevado encima del hombro! ¡Su mano le había acariciado el muslo... un sitio que ningún

hombre jamás había tocado!

—Usted era el duque de Grandhampton, ¿no? —se obligó a preguntarle—. ¿Acaso no oí que lo habían matado en una pelea de boxeo ilegal...?

Mientras la pregunta pendía en el aire, *lord* Seaton abrió los ojos y se apartó de ella para mirar hacia afuera de la ventana. Estaban pasando el barrio de Farringdon con sus humildes edificaciones.

—Estaba en la guerra —le dijo—, pero en contra de mi voluntad.

Eso la hizo fruncir el ceño.

—¿En contra de su voluntad? ¿Qué pasó?

La pregunta hizo que se le tensaran los músculos del mentón.

—Su tío pasó —masculló.

La respuesta la dejó perpleja. Un millón de preguntas se le vinieron a la mente... ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué habría hecho *lord* Seaton para enfurecer a su tío? Pero todo eso perdió importancia al comprender algo que la llevó a guardar silencio durante unos minutos.

—¿Quiere vengarse? —le preguntó al final.

—Sí —repuso—. El hombre me arruinó la vida, y debe ser responsable de peores crímenes. Debe ser castigado.

Entonces la miró a los ojos. Al parecer, los dos eran víctimas de su tío, aunque los crímenes que había cometido contra cada uno de ellos eran muy diferentes.

—Sí —susurró mostrándose de acuerdo—. Sí.

Lord Seaton tragó con dificultad al tiempo que se le suavizaba el rostro.

—Al parecer queremos lo mismo. Esto es peligroso para usted. Debe dar un paso al costado y permitir que me encargue de todo.

Joanna frunció el ceño.

—¿Dar un paso al costado? Yo soy la que encontró la información que nos condujo a esa casa en Whitechapel. Si no me hubiera seguido, no la habría encontrado.

—Si no se hubiera cruzado en mi camino en el estudio de Ashton, habría conseguido esa información y mucho más.

Información cuya importancia seguía desconociendo. ¿Acaso él podría comprender mejor el contenido de la carta? ¿Qué significaban esos números y esas ubicaciones? Lo mejor sería preguntarle a la persona que iba todos los domingos a la calle Petticoat 12.

Le frotó los nudillos contra la mejilla y le produjo una ola de calor contra la piel como rayos de sol líquidos.

—Señorita Digby... —comenzó con una voz que sonó como una caricia—. Ya le he dicho mucho más de lo que quería. Es su turno. ¿Qué le hizo Ashton?

Joanna consideró evadir la pregunta, pero él acababa de ser honesto con ella. ¿Qué daño habría en responderle? Si de verdad tenía la humanidad que le había dejado entrever, podría comprender la situación desesperada en la que se encontraba su familia. Podría tener piedad y dar un paso al costado.

—A mí, nada —le respondió soltando el aliento mientras él le seguía recorriendo el lateral del rostro con los nudillos. Tanto su aroma como su cercanía le estaban derritiendo los huesos—. A mi familia.

—Oh —le dijo con una semisonrisa arrugándole los ojos—. Es una protectora, ¿no?

Siempre y cuando siguiera hablando con ese hermoso tono de voz ronco, podría cantarle canciones obscenas, y las escucharía. No podía quitarle la mirada de la boca... que se acercó cada vez más. De repente, la estaba besando. Comenzó con un roce suave y delicado de los

labios. Debería detenerlo. Debería poner espacio entre ambos y sentarse en el asiento opuesto. Pero ese beso le encendió un calor delicioso, y el hombre con el que lo compartía la atraía como una fuerza invisible.

Y cuando volvió a apretar los labios contra los de ella, el beso fue amable y largo... y ya no pudo ni quiso apartarse. Sus labios se sentían tan bien como los recordaba del estudio de Ashton. Ese beso era más lento. Más suave. Y cuando le rozó los labios con la punta de la lengua, entreabrió la boca para dejarlo entrar y deleitarse con la sensación aterciopelada de su lengua contra la suya. Se concentró en el sabor dulce y almizcleño de su boca y en la dureza de sus brazos envueltos alrededor de ella para acercársela aún más.

Entonces ya no se pudo apartar de él, y mientras la mente le gritaba que se estaba comportando de forma escandalosa, que no era mejor que el príncipe regente, que le había hecho una propuesta de lo más indecente a su hermana, le pasó los brazos por el cuello. Él le recorrió el cuerpo con las manos hasta llegar a las caderas, le sujetó los muslos y la alzó en vilo para colocársela a horcajadas.

Hacía dos días, habían compartido un beso acelerado. Una conmoción. Un acto de necesidad. Ese beso era todo lo contrario. Era una exploración. Eran preguntas y respuestas, curiosidades y descubrimientos agradables. El contraste de su presencia cálida y dura contra su silueta suave y delicada hizo que se le tensara el estómago y se le hincharan los senos que tenía apretados contra la fuerza sólida de su pecho.

Una de sus manos se detuvo en uno de los senos y la mano grande no llegó a cubrirlo por completo. Joanna jadeó contra su boca ante su audacia y el modo en que su cuerpo se sobresaltaba con el placer de sus caricias.

—Mmm —murmuró contra sus labios—. He estado soñando con granadas desde el baile.

Luego le dibujó círculos alrededor del pezón a través de las capas de prendas, y le produjo varias descargas de placer en el cuerpo. El pezón sensible se volvió un capullo doloroso. No podía dejar de gemir. Quería más, aunque una parte de su ser le decía que debía detenerse, que estaba jugando a algo peligroso. Pero no podía detenerse. El juego era demasiado interesante.

Desde una esquina remota de la mente, tomó consciencia de que el carruaje ya no repiqueteaba ni se bamboleaba y movía bajo sus pies. Oyó pasos afuera, sobre la calle y se apartó de Spencer jadeando, ebria de placer, y sintiendo una humedad en la entrepierna. Se hundió en el asiento de enfrente como un saco de patatas y se apresuró a acomodarse el bonete y el jubón antes de concentrarse en los mechones de cabello que le caían alrededor del rostro. Al igual que ella, Spencer estaba sin aliento y desaliñado, y le clavó una mirada oscura y peligrosa que le impidió moverse. Durante un momento, pensó que se arrojaría sobre ella... y que le daría la bienvenida.

Alguien estaba abriendo la puerta. Por fin, Spencer apartó la mirada de ella y apoyó la mano en el pestillo para asegurarse de trabarlo. Joanna podía ver la cabeza del cochero por la ventanilla. Se encontraban en Mayfair, en una hermosa calle frente a una mansión blanca con grandes ventanales y una puerta de entrada majestuosa.

—Carl, ve a buscar a la señora Girdwood —le instruyó Spencer—. Dile que necesito que acompañe a una dama a su casa.

El hombre no dijo nada durante unos instantes, pero al final asintió con la cabeza.

—Como desee, *milord* —dijo y emprendió el camino hacia la mansión.

—La señora Girdwood se asegurará de que su reputación siga intacta, señorita Digby —le dijo mientras se enderezaba en el asiento. Se lamió los labios mientras le recorría el cuerpo con la mirada—. Aunque me atrevería a decir que no es fácil intentar no arruinarla.

Joanna se rio.

—Un caballero se ofrecería a hacer lo correcto con la mujer que escandalizó.

Él arqueó una ceja.

—Créame, querida, que no me quiere como marido.

—Iba a decir que no estoy buscando marido. Ni ahora ni nunca.

Siempre había asumido que jamás encontraría uno, considerando que su hermana era el centro de toda la atención masculina. Joanna era el trasfondo contra el que brillaba Charlotte, pero con él no se sentía así. Por primera vez en la vida, sintió como si alguien la viera de verdad.

—Qué bueno. Solo la puedo arruinar, señorita Joanna. No puedo salvarla. Seré su canalla, pero no su héroe.

—No soy ninguna damisela en apuros que necesita que la rescaten, *lord* Seaton —le aseguró con frialdad.

Una risa suave y llena de interés se le escapó de los labios.

—Qué bueno. Debo pedirle que detenga su investigación porque, de lo contrario, acabará arruinando la mía. Iré a Whitechapel el próximo domingo a averiguar qué hace el hombre alto y delgado cuando va a la casa de la calle Petticoat.

Ella soltó un bufido.

—¿Qué le hace pensar que me detendré?

—Es una buena pregunta.

Una idea se le vino a la mente y la hizo sentarse erguida. No sabía qué se había apoderado de ella. A lo mejor la Joanna tímida e invisible había perdido la cordura, y una nueva versión de ella había salido a la luz. Una persona mucho más audaz.

—¿Y si hacemos una apuesta, *lord* Seaton? —le propuso y se arrepintió en cuanto acabó de formular la pregunta.

Él arqueó una ceja y se inclinó hacia adelante para apoyar los codos sobre las rodillas.

—¿Una apuesta?

Aún podía echarse atrás y asegurarle de que había sido una broma. Pero la mente se le aceleró excitada con la idea. Él tenía razón. Tenía muchos puntos a favor: era adinerado, poderoso y, por mucho que detestara admitirlo, era cierto que era más fácil ser un hombre. Sin embargo, las personas invisibles como ella podían hacer mucho más de lo que la gente les reconocía.

Si la subestimaba, podía ganar. Y, si ganaba, él se detendría y podría lograr su objetivo mucho más rápido sin que se entrometiera. Sin que la siguiera a todas partes y se interpusiera en su camino. Se estaba quedando sin tiempo. Solo faltaban trece días para que Charlotte tuviera que comunicarle su decisión al príncipe, y Joanna no tenía nada.

—El primero que consiga la información del hombre gana —le dijo—. Y el que pierde debe abandonar la investigación.

Tragó con dificultad mientras lo observaba pensar.

—Me gusta esa idea. —Formó una sonrisa ancha y diabólica que le dio un aspecto de lo más atractivo—. No le temo a una pequeña competencia, en especial con alguien como usted. Pero hay algo mucho más interesante que me puede ofrecer.

La boca se le secó.

—¿Qué cosa?

—Ha pasado mucho tiempo desde que estuve con una mujer. Propongo que, si gano, me dará lo que más anhelo: tenerla en mi cama de la manera más íntima que pueden estar un hombre y una mujer. Por una larga noche de pecado.

Al principio, no les dio crédito a sus oídos. ¿En su cama...? ¿De manera íntima...? ¡Quería arruinarla!

—Ya le dije que no seré su héroe.

¿De verdad la deseaba tanto como mujer? No, alegó la parte racional de su mente. Estaba jugando. Era su rival y quería que se echara atrás, que sintiera temor y quisiera proteger lo único que tenía que le permitiría a una mujer asegurarse un futuro: la virginidad.

Pero no la conocía en lo más mínimo. A ella no le interesaba el matrimonio, y podría asegurarse su futuro a través de la escritura. Quizás un día ganaría lo suficiente y encontraría los contactos necesarios para abrir un periódico que le brindara más seguridad y le permitiera marcar una diferencia en el mundo. Podría ser invisible, y si pensaba que la iba a hacer acobardar, se equivocaba. Determinada, enderezó los hombros.

—Esos términos no son equitativos —señaló.

—¿Ah, no? —Se rio—. Estoy intrigado.

Joanna se aclaró la garganta.

—Si gana, le daré mi virginidad.

—Mmm —murmuró, y el sonido fue como si estuviera saboreando un melocotón en la boca.

—Pero si gano —continuó—, no se detendrá. De ser necesario, utilizará toda su riqueza, poder y fuerza masculina para ir contra todos los criminales de Whitechapel o la alta sociedad londinense para ayudarme.

La estudió en silencio durante varios minutos; sus ojos reflejaban una tormenta de conflictos y tenía el mentón apretado mientras le recorría el rostro con la mirada.

Dos siluetas comenzaron a acercarse al carruaje desde la casa. Una de ellas era Carl, el cochero. La otra era una mujer de unos cincuenta años. Debía tratarse de la señora Girdwood, el ama de llaves.

—¿*Milord*, me llamó? —le preguntó la señora Girdwood al detenerse al lado de la puerta del carruaje. Spencer le dirigió una mirada rápida antes de asentir con la cabeza y destrabar el pestillo de la puerta, que se abrió con suavidad.

—Por favor, suba y acompañe a la señorita Digby a casa, señora Girdwood. Confío en que no le dirá a nadie que estuvo aquí a solas conmigo.

Spencer se apeó del carruaje antes de que la señora Girdwood tomara asiento al lado de Joanna y le dirigiera una mirada de curiosidad amistosa. Joanna se preparó para que Spencer rechazara su propuesta. *Lord* Seaton apoyó la mano en la puerta del carruaje mientras Carl se acomodaba en el asiento del cochero y se volvió a mirarla con los ojos destellantes. Estiró un brazo hacia ella y le estrechó la mano al tiempo que decía:

—Acepto la apuesta.

VISITAR la nueva casa de Penelope y Preston era lo último que quería hacer Spencer.

El hecho de que Newdale Place fuera una residencia hermosa y que se asemejara al hogar que había esperado tener con su propia esposa no lo hacía más fácil. La casa de estilo georgiano se encontraba en una hilera de hogares de adinerados aristocráticos que eran sus vecinos.

Solo tenía tres días hasta poder ganar la apuesta contra la pequeña señorita Joanna Digby. Y, a pesar de su valentía frente a ella el día anterior, a decir verdad, no estaba seguro de poder ganar. Había algo en su feroz oponente que le decía que no se daría por vencida con facilidad.

Había anhelado a una mujer, sí. Tras varios meses de celibato, el deseo de una conexión física le producía pesadez y dolor en el cuerpo. Pero no se trataba solo de lujuria. Había algo en ella que le producía una excitación que no había sentido en mucho tiempo.

Por eso tenía que asegurarse de comenzar con ventaja y la forma de lograr esa ventaja era adentrándose en la guarida del león. La esposa de Ashton debía saber algo acerca de los asuntos de su marido. Tenía que encontrar alguna pista, cualquier información que a lo mejor fuera insignificante para la duquesa, pero algo que le diera un indicio de qué podría estar haciendo Ashton en Whitechapel.

El único problema era que jamás le habían presentado a la duquesa, y el protocolo social no le permitía llegar a su hogar sin una invitación. Apenas conocía a Ashton de la Cámara de los Lores, donde, por la diferencia de edad y sus intereses divergentes, habían ido formando parte de distintos círculos sociales. Como la duquesa era la patrona del arte de Penelope, eso hacía que su cuñada fuera la candidata ideal para presentarla.

Mientras tomaba el elegante llamador de león en la mano para golpearlo, soltó el aliento. El viento acarreaba el exquisito aroma de las flores y la vegetación del pequeño parque al otro lado de la calle, donde Carl había aparcado el carruaje y donde paseaban varias damas y caballeros con sus elegantes atuendos.

Mientras aguardaba de pie sobre las escaleras a que el mayordomo abriera la puerta, el pecho se le tensó. Ese podría haber sido su hogar, el sitio donde hubiera pasado sus días y sus noches con su hermosa esposa embarazada. En lugar de eso, era un intruso. Un visitante que iba a ser testigo de la felicidad de otros mientras la vida le pasaba por delante.

Pasó muchos meses en ese barco sin saber si alguna vez regresaría a casa. Sin saber si su familia se encontraba a salvo. Pero ahora que había regresado y que su familia se encontraba bien, ¿por qué no se sentía como si por fin hubiera llegado? ¿Como si estuviera en casa? ¿Como si pudiera soltar todo y permitir que su familia se le acercara como lo había hecho antes? Porque por dentro solo sentía vacío y pérdida.

La puerta se abrió, y vio a Porter, su mayordomo de Chalworth. El rostro digno del hombre

adquirió una máscara de sorpresa bajo el cabello blanco inmaculadamente peinado. Durante años, desde que su padre falleció y Spencer se convirtió en el decimoprimer duque de Grandhampton, Porter le había servido en la mansión medieval que se había quemado al poco tiempo de que Preston y Penelope se casaran.

—Duque... —comenzó Porter, pero se dio cuenta de su error de inmediato. Se aclaró la garganta y estiró el cuello para reprenderse—. Disculpe, *lord* Seaton. Por favor, disculpe mi insolencia. Se me olvida.

Spencer sonrió, y el pecho se le llenó de calidez y dolor al mismo tiempo.

—Por favor, no te disculpes, Porter. Debería haber escrito para informarte. Han pasado... muchas cosas... desde septiembre.

Porter asintió con la cabeza, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por supuesto que recé porque regresara a salvo, pero no me atreví a escribirle o a visitarlo para preguntarle por su salud y su bienestar. Sin embargo, me tomé la libertad de preguntarle a su hermano por usted a diario.

—Gracias —le dijo Spencer. Porter era otro recordatorio de la vida que jamás recuperaría. De la persona que había perdido en alguna parte de las aguas oscuras y tormentosas del océano Atlántico. Sin embargo, no sentía ningún resentimiento hacia Porter por permanecer al servicio de Preston a pesar de su regreso. Por el contrario, siempre había sentido mucho aprecio por su mayordomo y le deseaba lo mejor—. ¿Los duques se encuentran en casa?

—Sí, permítame...

—Si me muestras dónde están, me gustaría entrar. Me temo que tengo prisa.

Porter asintió con la cabeza.

—Desde luego, *milord*, por favor, pase. Y, si me permite expresar mis emociones personales, estoy muy contento de su regreso.

—Gracias —repuso, y sintió una calidez en las cosquillas que no había sentido hacía mucho tiempo.

Siguió a Porter a través de un hermoso pasillo moderno con preciosos cuadros en el que se fue deteniendo a admirar brevemente y le recordaron a las conversaciones de arte que había tenido con Penelope. Siempre había sabido que pintaba y la había alentado a desarrollar ese talento a pesar de que su padre se lo había prohibido. Se preguntó si el talento puro y crudo que veía en la composición y en las pinceladas era de ella. Si lo era, unos sentimientos de orgullo y alegría lo colmarían.

Una parte de él deseaba poder estar libre para poder reanudar su amistad con Penelope. Deseaba no sentir dolor constante de solo pensar en ella y sentirse, en cambio, muy feliz por ella y por su hermano.

Sin embargo, cuando Porter abrió la puerta de la sala de estar y los vio a los dos acurrucados en el sofá, el hueco vacío que tenía en el pecho hizo que se le congelaran los pies en el suelo como una escultura de hielo hueca. Preston tenía la mano apoyada en el vientre de Penelope, el rostro en la curva del cuello, y la otra mano envuelta en su cuerpo. Spencer no recordaba la última vez que había visto a su hermano tan feliz y despreocupado.

Ese podría haber sido él. Ese hombre, el que tenía ese brillo de admiración en los ojos oscuros y el color sonrosado en las mejillas, podría haber sido él. Y esa mujer, con el vientre redondeado, el rostro destellante y las mejillas sonrosadas que brillaban bajo las caricias de su marido... esa mujer que parecía un pájaro feliz que cantaba acerca de lo magnífica que era la vida... podría haber sido su esposa embarazada, que habría cantado acerca de lo maravillosas que eran sus caricias en su propia casa.

Cualquier indicio de competencia que la señorita Joanna Digby le había despertado, se había desvanecido. Spencer jamás se había sentido más muerto que en ese instante. Era un observador que veía la vida pasar por delante sin él. Y todo gracias a un hombre... Ashton.

Una furia amarga y corrosiva comenzó a hervirle en la médula ósea. Haría que Ashton pagara. Era evidente que, además de contratar hombres que atacaran y reclutaran a Spencer por la fuerza, el duque estaba involucrado en actividades ilegales en Whitechapel. Por centésima vez, Spencer se preguntó por qué Ashton quería deshacerse de él hasta el punto de enviarlo a morir a una guerra. Pero no importaba... Cuando tuviera pruebas de los crímenes del duque, sin importar cuáles fueran, comenzaría un caso criminal contra él. Destruiría su buen nombre y lo pasaría a la historia como un hombre despreciable.

Como el odio le daba fuerza y poder, Spencer entró en la hermosa e iluminada sala de estar. Entre paredes de color celeste pastel, se veían unos muebles modernos distribuidos encima de alfombras claras con diseños intrínsecos. Se preguntó si los cuadros con jardines florecidos y los paisajes primaverales eran obra de Penelope. Sobre los aparadores, había jarrones ancestrales de los Grandhampton y otros objetos de arte que solían decorar Chalworth, al igual que varios de los cuadros que había visto en el vestíbulo de entrada y en la sala de estar. Spencer solía disfrutarlos en Chalworth. Pero ya no le pertenecían. Siempre le habían pertenecido al duque, y ahora ese era su hermano. Eran otra señal de la vida que había perdido y jamás lograría recuperar.

A sus espaldas, apenas notó que Porter se retiraba cuando Preston alzó la mirada, por fin consciente de su presencia. Se miraron a los ojos. Al momento siguiente, Preston se incorporó de un salto como un saltamontes y se apartó de Penelope como si lo hubieran atrapado con una dama a la que no debía tocar. Tanto el brillo como la expresión de felicidad desaparecieron del rostro de Penelope al tiempo que se incorporaba ansiosa.

—¡Spencer! —exclamó Preston.

Spencer sintió que se le tensaba el mentón.

—No hace falta que parezcas un adolescente atrapado con una criada, hermano. No soy tu padre.

Penelope se aclaró la garganta, y un rubor atractivo le cubrió el rostro. Hizo un gesto para señalar a la silla al otro lado del sofá.

—Por favor, entra.

—Gracias —dijo Spencer cerrando la puerta a sus espaldas, pero sin tomar asiento. Había tenido que ver la imagen feliz de su hermano con la mujer a la que solía amar para que la parte fría y determinada de su ser recordara lo que en realidad importaba. La señorita Joanna era una distracción de su objetivo, de lo único importante que le quedaba en la vida: la venganza.

—No me quedará mucho tiempo —les aseguró—. Debo pedirte un favor, Penelope.

Era tan hermosa que era difícil mirarla. Pero ¿era más hermosa que la señorita Joanna? ¿O su admiración por Penelope era una simple añoranza de la vida que jamás volvería a tener? ¿Una añoranza del hombre seguro y confiado que solía ser?

—Oh... —le dijo. Intercambió una mirada rápida con Preston que a Spencer le recordó a unos padres que no querían asustar a un niño que de pronto les mostraba afecto—. Claro. ¿Qué necesitas?

—Que me presentes a la duquesa de Ashton. Hoy. Ahora... —Le echó un vistazo a Preston, que lo observaba con los ojos oscuros abiertos de par en par—. Si no estás ocupada.

La sala de estar estaba tan silenciosa, que Spencer oyó un carruaje que pasaba por la calle al otro lado de la ventana.

—Eh... —titubeó Penelope y miró a Preston como haciéndole una pregunta—. Me encantaría presentártela. Pero ¿puedo preguntar por qué?

Spencer ni se inmutó.

—No.

—¿Por qué de repente, Spencer? —le preguntó Preston con tranquilidad.

Por todos los diablos, esa cautela que mostraban hacia él le estaba poniendo los nervios de punta. No estaba hecho de porcelana y ciertamente no estaba a punto de romperse.

—Con todo respeto, hermano, no es asunto tuyo.

—¿Tiene que ver con la señorita Joanna Digby? —le preguntó Preston.

Spencer soltó una maldición por lo bajo y miró a Penelope.

—¿Me vas a ayudar o no? Creo que Sebastian y Emma estarían encantados de presentármela. Y la abuela también, pero ayer se marchó a visitar a los Kerridge.

—Sí —le respondió Penelope deprisa antes de volver a mirar a Preston que asintió en señal de aprobación. El gesto lo hizo enfurecer más, porque implicaba que a su hermano no le preocupaba que Spencer amenazara la felicidad de su matrimonio—. Iré a pedir que traigan el carruaje.

Se acercó a la campana de los criados, pero antes de que pudiera jalar, Spencer anunció:

—Mi carruaje se encuentra afuera, y Carl nos está esperando.

—De acuerdo —repuso Penelope apoyándose las manos en el vientre.

Era la duquesa perfecta. Tenía modales, clase y belleza, así como también una sensibilidad extraordinaria y una comprensión del corazón. Si hubiera sido de Spencer, estaría orgulloso de llevarla a eventos sociales como sin dudas lo estaba su hermano.

—¿Quieren que los acompañe? —preguntó Preston con cautela.

—Como desees —repuso Spencer—. Solo me interesa que me presenten a la duquesa. Nada más.

Preston asintió con la cabeza y la postura más tensa que una piedra. Le hacía acordar a una piedra entallada con brusquedad, con bordes pronunciados y ángulos extraños.

—Quizás sea mejor que vaya yo y los presente, cariño —sugirió Penelope mirando a su marido.

Preston la miró con el ceño fruncido, pero no de furia ni de envidia, sino como si intentara comprenderla y no pudiera.

—Corrígeme si me equivoco, hermano —prosiguió volviéndose hacia Spencer. Ahora era un hermano para ella—. Pero parece que es un asunto delicado... ¿no?

No esperaba con ansias viajar en el mismo carruaje que Penelope, pero sería aún peor tener que observar a su hermano y Penelope juntos de camino a la mansión de Ashton.

—Solo necesito la presentación, hermana —le aseguró y pronunció la última palabra como quien tenía la garganta llena de gravilla.

—De acuerdo —dijo Preston, y las arrugas de la frente se le alisaron como si por fin hubiera comprendido—. No, claro que es delicado. Debo ponerme al día con los últimos asuntos a tratar en la Cámara de los Lores. Recuerda devolvérmela entera —le pidió bromeando, pero solo logró demostrar lo incómodo y extraño que se sentía.

Spencer no estaba acostumbrado a que Preston se sintiera culpable e intentara complacerlo.

—Lo haré —le prometió y, con un gesto de asentimiento, se despidió de su hermano.

Aguardó en el vestíbulo de entrada mientras Penelope se ponía el jubón y el bonete antes de despedirse de Preston con un beso casto que demostraba lo tensa e incómoda que se sentía.

Spencer tenía la intención de guardar silencio hasta llegar a lo de Ashton, pero debería haber

sabido que no sería posible. Cuando descendieron las escaleras, Penelope lo llamó a sus espaldas.

—Spencer...

Era la voz que creyó oír durante meses llamándolo mientras se sujetaba a la baranda del barco o yacía inconsciente de la infección que tuvo luego de la herida que le atravesó la piel y que casi logró acabar con su vida. La idea de que ella lo llamara por su nombre era lo que lo había ayudado a tener esperanzas; su voz había sido como una cuerda jalándolo de regreso hacia el mundo de los vivos.

Se detuvo y se dio media vuelta rezándole a Dios que no supiera lo mucho que le costaba mirarla a los ojos. Porque eso significaba mirar a la persona que había sido en el pasado y que jamás volvería a ser. Porque ya no sabía quién era.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Bueno, es que... —Se estrujó las manos cubiertas por los guantes—. Espero que no te parezca osado de mi parte... —Bajó los últimos escalones y, cuando llegó hasta él, alzó la mirada tierna y delicada que le recordaba a la mujer que había amado... a su primer amor—. Te eché de menos. Aún te echo de menos. Y me preguntaba si podríamos volver a ser amigos y hablar de arte como lo solíamos hacer. Y hablar de lo que sea... como lo hacíamos antes.

Antes de todo. Antes de que lo reclutaran por la fuerza. Antes de que Preston se casara con ella. Antes de que se enamorara de su hermano.

A Spencer se le cerró la garganta. Su primer amor... pero ya no era la mujer que había conocido; no era la mujer de la que se había enamorado. Había cambiado. La joven dama que había conocido, la que era tímida, reservada e insegura acerca de sus habilidades, se había convertido en una mujer que conocía sus ideas y su valor. Le alegraba mucho ver esa transformación... para la cual sin dudas había contribuido el amor que sentía hacia su hermano.

Solía ser su amiga. Alguien con quien había compartido sus ideas más que con cualquier otra persona, a pesar de que no le había contado nada demasiado personal ni le había dejado entrever la profundidad de su alma. Spencer siempre había preferido mantener las cosas livianas y alegres, pero ahora apenas recordaba a ese hombre.

—No lo sé —repuso con la voz ronca—. No sé si pueda.

No sabía si tenía algo para dar... como amigo o como otra cosa. La guerra y Ashton le habían robado muchas cosas físicas y lo habían dejado con una pierna herida y otras cicatrices que no podía ni contar. Pero también le habían robado algo que no podía tocar: quizás se trataba de un trozo de su alma. Sin embargo, como no expresó nada de eso en voz alta, Penelope malinterpretó sus palabras.

—Nunca quise hacerte daño, Spencer. Lo siento mucho. Por todo.

La garganta se le ciñó y tuvo que aclarársela para poder obligarse a pronunciar las palabras. Se suavizó. Sabía que no era culpa de ella. A pesar de que seguía estando enfadado, no era con ella, aunque le era difícil hablar del tema.

—No, por favor, Penelope, no hace falta que te expliques...

—Necesito decirlo, Spencer. Tienes que conocer mi lado de la historia. Jamás supe que tenías sentimientos por mí. Siempre creí que éramos amigos... Que solo te interesaba perseguir faldas que se ajetreaban tentadoras a tu alrededor sin sentir nada serio por una persona... y mucho menos por la joven tímida a la que solo le interesaba el arte. De haber sabido que tú tenías sentimientos hacia mí, hubiera cesado nuestras conversaciones.

El rechazo le dolió. Penelope hubiera dejado de verlo y de ser su amiga de haber estado al tanto de lo que sentía por ella... Si le hubiera pedido la mano en matrimonio, lo hubiera

rechazado. Esa revelación fue como una bofetada a su ego herido. Ella siempre había tenido únicamente ojos para Preston. No para él. Todas sus esperanzas habían sido en vano. ¿Qué veía en su hermano que jamás vio en él?

La bofetada emocional le despejó la mente, que de inmediato se concentró en la señorita Digby. De pensar en ella, se le encendía una chispa. ¿Acaso Penelope había tenido un efecto similar en él? ¿Era posible que no solo se hubiera engañado con los sentimientos por ella, sino también con los suyos propios? Y si ese era el caso, ¿por qué le dolía tanto todavía?

—Espero que sí —le aseguró—. Lo digo en serio. Espero que un día podamos ser amigos como lo éramos antes. Pero tengo que ser honesto contigo, no veo que eso vaya a ocurrir pronto.

A Penelope se le humedecieron los ojos, a Spencer se le ciñó el pecho al ver su tristeza. Deseaba tener una mejor respuesta, pero eso era todo lo que el vacío en su pecho podía ofrecer.

Con un gesto del brazo que sintió que le pesaba dos peñascos, señaló el carruaje, donde Carl seguía sosteniendo la puerta. Se subieron y, cuando Carl comenzó a conducir, Penelope intentó llenar el silencio del trayecto a la casa de los Ashton con conversaciones amables que terminaron siendo incómodas para Spencer. Le resultó bastante agotador, en especial en comparación con las horas de conversaciones relajadas que ellos habían solido tener...

Pero ¿cómo le podía contar las cosas que le habían ocurrido? ¿Cómo podía contarle quién era en realidad, el hambre que había pasado en el barco y el régimen de disciplina estricta y el temor que había vivido en el centro del estómago y se sentía como una quinta extremidad? Una parte de ese temor provenía de encontrarse atrapado en el navío de madera que se veía tan frágil en la vastedad del océano, pero otra parte provenía de saber que los cañones del enemigo pronto comenzarían a disparar bolas en el aire a una velocidad inconcebible. Volvió a sentir las astillas perforándole la piel y volvió a inhalar el aroma acre a pólvora que podría significar su muerte o la de sus amigos.

Mientras lo habían mantenido prisionero durante los primeros días, conoció a un joven, Sam Holter, de Whitechapel, que había sido el único en creerle que era un duque. Se habían sentado en las entrañas del barco juntos a conversar. Spencer había desarrollado un gran interés por el joven que había aprendido a curar gracias a su abuela. Cuando los liberaron juntos para trabajar en el barco y aprender a navegar, luchar y disparar los cañones, se convirtieron en grandes amigos, y siempre estuvieron al lado del otro para ayudarse y brindarse apoyo moral.

Cuando Spencer sufrió la herida en el muslo, Sam estuvo a su lado en los momentos más oscuros. Si Spencer hubiera sucumbido a la infección, no se habría enfrentado solo a la muerte. Sam había estado a su lado sosteniéndole la mano y ofreciéndole apoyo con palabras tranquilizadoras y una mirada firme. ¿Cómo podría una dama de la nobleza como Penelope comprender esa experiencia?

Como una duquesa, guiaba la conversación. Le hacía preguntas, y él soltaba respuestas vacías cuando lo que en realidad quería era huir de toda esa situación desagradable. Para distraerse, pensó de qué formas podía superar en ingenio a la señorita Joanna para ganar la apuesta... y, cuando la hubiera ganado, de qué formas estiraría el placer y saborearía la noche en la que la haría suya.

Solo tenía que sobrevivir a esa presentación y se encontraría mucho más cerca de la meta. Cuando tuviera pruebas y más información acerca de las actividades de Ashton, por fin podría destruir al duque como se lo merecía.

A la media hora, se detuvieron delante de Neverton Place, y se le retorció el vientre al pensar en la noche que persiguió a su Perséfone entre esas paredes... La primera vez que la había visto, no había podido mirar a nadie más. Era la Perséfone de su Hades. Había aparecido justo cuando

la había necesitado. Y ahora que sabía quién era en realidad, la deliciosa señorita Joanna Digby, la deseaba aún más.

El hambre de verla era una necesidad perturbadora en el centro del cuerpo. Quería ganar la apuesta. Quería mantenerla alejada del peligro y lograr vengarse de Ashton. Ser su primer amante sería el mejor premio. A lo mejor debería sentirse culpable de su plan porque podía acabar poniéndole el futuro en peligro. Pero se aseguraría bien de que nadie se enterara... Además, las damas tenían muchas maneras de hacerle creer a un marido que eran vírgenes. Por no decir que la deseaba de una manera que nadie se la podía negar...

Esperaba que al hablar con la esposa de Ashton pudiera descubrir algo que le permitiera adelantarse en el juego y le diera alguna pista acerca de la conexión que guardaba Ashton con Whitechapel. A lo mejor podría descubrir más acerca del hombre que iba a la calle Petticoat los domingos.

Cuando se apeó del carruaje y ayudó a Penelope a descender, se sorprendió de ver a varios hombres que conversaban de pie en las escaleras y lo observaban. Había algo en ellos que no encajaba con la imagen de lacayos: tenían el cabello enmarañado, los mentones sin afeitar y algunos moretones en los rostros. Se parecían mucho a los hombres que lo habían reclutado por la fuerza... y al que había visto observándolos a él y a Joanna en Whitechapel. No pudo evitar sentir un estremecimiento. ¿Por qué motivo Ashton tendría a esos matones a la vista de todos?

Tras llamar a la puerta, Penelope le anunció al mayordomo que quería visitar a la duquesa de Ashton y que llevaba a su cuñado, *lord* Seaton, con ella. El mayordomo desapareció para ver si su señora aceptaba la visita y regresó al cabo de algunos minutos para invitarlos a pasar.

Tras atravesar la gran puerta de entrada de caoba se encontraron en el vestíbulo. El mayordomo abrió las puertas que conducían a la sala de estar y los anunció al tiempo que entraban. La duquesa estaba sentada en un diván elegante y majestuosa, con la espalda erguida y el cabello sujeto en un tocado a la moda.

Al otro lado de la mesa, con los ojos abiertos de par en par y la boca colgando, Joanna pasaba una mirada perpleja y enfadada entre él y Penelope.

HACÍA CASI MEDIA HORA, el mayordomo había conducido a Joanna hacia la sala de estar mientras ella no dejaba de estrujarse las manos. Había estado preparada para que su tía la rechazara, pero había tenido la esperanza de que no lo hiciera. La sala opulenta era tal y como la recordaba cuando había vivido allí cuatro años, tras la muerte de sus padres en un accidente de carruaje. Estaba llena de pinturas y obras de arte complejas, muebles que bien podrían haber pertenecido al palacio de Versalles con patas talladas y cubiertas de oro. El cielorraso alto y las ventanas con cortinas carmesí y patrones florales permitían el ingreso de mucha luz de sol.

Su tía se había puesto de pie para saludarla y, antes de que volviera a ponerse la máscara de duquesa amable e indiferente que tenía todo lo que una persona podría desear y no se preocupaba por nada en el mundo, Joanna divisó a la persona que había visto en muchas ocasiones durante el tiempo que vivió en Neverton Place: una mujer profundamente sola e infeliz.

—Joanna —la saludó con cariño su tía—. No te estaba esperando.

—Espero ser bienvenida —dijo Joanna.

Una expresión efímera de culpa le cruzó por el rostro a la duquesa.

—Claro que sí. Por favor, toma asiento.

La duquesa le pidió a Goodridge, que se encontraba en el umbral esperando órdenes de la señora, que les llevara el té. El mayordomo hizo una reverencia antes de desaparecer.

—Mi tío no está en casa, ¿no? —preguntó Joanna con cautela.

La tía le sonrió con amabilidad antes de responder.

—No. No te preocupes por mi marido.

En la habitación se hizo el silencio. Había muchas cosas calladas entre ambas. ¿Cómo su tío podría haberle robado la herencia a Gideon? ¿Por qué el contacto entre las dos partes de la familia se había interrumpido de manera tan abrupta en los últimos tres años? ¿Por qué la duquesa no había tomado ninguna acción para asegurarse de que su marido hiciera lo correcto con Gideon? ¿Tenía idea de que su marido estaba involucrado en algo criminal relacionado con Whitechapel y que podría ponerla en peligro? ¿Y estaba al tanto de que quería prostituir a su propia sobrina con el príncipe regente?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la duquesa—. ¿Cómo están Charlotte y Gideon?

Joanna se aclaró la garganta. Quizás debería decirle a su tía acerca de Charlotte... o de Whitechapel. Pero ¿por qué tomaría el lado de Joanna sabiendo que perdería la seguridad, la posición y la riqueza si algo le ocurría a Ashton? ¿Por qué la duquesa haría algo ahora si en el pasado no le había hecho frente a su marido para proteger a sus sobrinas y a su sobrino el día que Gideon cumplió la edad legal... el día en que, en lugar de celebrar su cumpleaños, Ashton los había echado de la casa? No, era mejor proceder con cautela. Su tío les había dejado en claro que

estaban por su cuenta, y a pesar de las lágrimas de su tía, ella no había hecho nada para contradecirlo.

—Todos se encuentran bien —dijo Joanna con una sonrisa tensa—. Gracias por la invitación amable al baile.

—Oh, claro. ¿Lo pasaste bien? —le preguntó la duquesa.

¿Si lo había pasado bien? A Joanna se le llenó la mente del recuerdo del momento más dichoso de toda su vida: el baile... la conversación... y el beso.

—Muy bien —repuso con las mejillas algo sonrosadas.

La puerta se abrió, y el mayordomo entró seguido de dos lacayos que llevaban bandejas con tazas de té, una tetera y platos de plata con pastelillos, galletas, tartas, bizcochitos y bollos de Bath y de Chelsea. Mientras ellos preparaban todo en la mesa de té redonda cubierta con un immaculado mantel de encaje, Joanna y la duquesa se sentaron a la mesa. Cuando quedaron a solas, Joanna bebió un sorbo de té con leche. Los ojos tristes de la duquesa se posaron en ella.

—Me arrepiento de que ya no seamos allegadas, Joanna —le confesó la duquesa con los ojos llenos de lágrimas—. Como sabes, tu tío y yo nunca fuimos bendecidos con nuestros propios hijos. No tengo hermanos ni primos. Y cuando tú y tus hermanos se quedaron con nosotros, sentí como si experimentara la maternidad por primera vez. Ustedes tres fueron lo más cerca que estuve de tener mi propia familia.

La tristeza le llenaba el pecho, y Joanna no pudo saborear el té en la boca. A lo mejor se había equivocado en cuanto a su tía.

—En ese caso, ¿por qué no detuviste a mi tío y nos protegiste?

La figura perfecta de reloj de arena de su tía soltó un suspiro profundo. Miró al bizcochito que tenía en el plato sin tocar.

—Porque es imposible discutir con Stuart. Siempre gana.

Joanna le cubrió la mano con la suya.

—Siempre es una palabra muy absoluta. Hasta los más poderosos pueden ser influenciados de vez en cuando.

Su tía la miró con una expresión llena de dolor.

—No lo conoces como yo. Es... —Abrió los labios temblorosos para decir algo, pero se contuvo y apartó la mano fría de debajo de Joanna. Con la mano temblorosa, tomó el cuchillo de mantequilla y con movimientos extraños untó el bizcochito con crema—. Puede ser muy paranoico. Como el reciente y repentino aumento en lacayos excéntricos que lo cuidan como perros. O sus otras extravagancias... Su egoísmo... Por eso Gideon es muy listo al no intentar luchar para recuperar su herencia. Solo lograría empeorar las cosas. Debería permanecer tranquilo y obediente como lo ha hecho hasta ahora y aguardar a que Stuart fallezca. Luego podrá heredar el título y todo esto. Sería un gran error enfadar al duque. Créeme.

Joanna tragó con dificultad. Su tía le temía a su propio marido. Qué terrible debía ser para ella vivir toda su vida con alguien que no había sido su soporte, sino que además era su atormentador.

Con la cuchara de té, su tía tomó una pequeña porción de una conserva de color rojo oscuro que había en un plato. Podría preguntarle acerca de Portsmouth... o de Chesapeake Bay. Podía preguntarle qué era Valiant. O podía comenzar con la pregunta más obvia.

—¿Tiene algún negocio en Whitechapel? —le preguntó Joanna.

La duquesa se congeló con el bizcochito de camino a la boca. La expresión se le tornó alerta y afilada.

—¿Por qué haces esa pregunta tan peculiar?

Joanna se humedeció los labios. ¿Le podía dar un indicio de algo? ¿O debería proceder con cautela?

—Tía, como tú dices, el tío es un hombre peligroso. Él...

La puerta se abrió, y el mayordomo volvió a entrar.

—La duquesa de Grandhampton y *lord* Seaton.

A Joanna se le desplomó el estómago a los pies. Cuando la silueta alta y musculosa apareció en el umbral, se quedó sin aire en los pulmones y, cuando sus miradas se encontraron, sintió como si la hubiera partido un rayo. Por fortuna, la conmoción que sintió se vio también reflejada en el apuesto rostro de Spencer. ¿Cómo podía ser tan apuesto, como una obra de arte viva, con esos rasgos orgullosos y los intensos ojos oscuros?

La descarga de alegría y el entusiasmo temporal quedó reemplazado por una irritación que la hizo hervir. Había progresado con su tía y, si se basaba en su reacción preocupada, sabía algo acerca de Whitechapel. Joanna podría haber ganado una poderosa aliada. ¡Pero Spencer la había interrumpido! Al igual que el día anterior.

—¡Oh, Penelope! —exclamó su tía claramente aliviada, pero su expresión seguía mostrando que estaba nerviosa—. Y *lord* Seaton...

—Mi cuñado —dijo la duquesa de Grandhampton, y fue entonces que Joanna vio a la mujer con detenimiento.

Oh, era encantadora. Su rostro no solo era atractivo, sino también hermoso, con esos ojos grandes acompañados de pestañas alargadas, los pómulos altos y rollizos y los labios carnosos. Era el rostro de una mujer que debía atraer muchas miradas masculinas.

Había algo en ella que hacía que le agradara a la gente como persona: quizás el brillo de amabilidad e inteligencia en sus ojos y la sonrisa amistosa. No había ningún indicio de la arrogancia que muchos hombres y mujeres de la aristocracia solían demostrar.

A lo mejor era una tontería, pero a pesar de que la duquesa de Grandhampton había dicho que Spencer era su cuñado, Joanna sintió incomodidad entre ellos. A lo mejor se debía a la distancia física que había entre ambos, que era mucho más grande que la requerida por la sociedad. O, acaso, a la tensión que pesaba sobre los hombros de los dos. O en las máscaras de amabilidad rígida...

Algo en la mujer que tenía de pie en frente le recordó a cómo Charlotte le había robado al primer y único chico del que Joanna se había enamorado, y eso la hizo sentir un aguijonazo de celos hacia la joven duquesa. Y, a pesar de que la dama no había hecho nada para merecer eso, no pudo evitarlo. La sensación se aferró a ella, y no se la pudo quitar de encima.

—Es un placer conocerlo, *lord* Seaton. Por favor, siéntense a tomar el té con nosotras —los invitó la duquesa de Ashton—. Goodridge, por favor tráenos más tazas de té para los invitados.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró. Spencer y la duquesa tomaron asiento a la mesa.

—Esta es mi sobrina, la señorita Joanna Digby —la presentó la duquesa.

—Es un placer conocerla. —La duquesa de Grandhampton le ofreció una sonrisa radiante, y Joanna se obligó a sonreír con amabilidad. Era muy difícil sentir desagrado por esa mujer.

—El placer es mío, *milady* —repuso Joanna.

—Encantado de conocerla, señorita Digby —le dijo Spencer, y Joanna sintió la rodilla que le rozaba la suya por debajo de la mesa.

Se estremeció de la sorpresa y de lo inapropiado y escandaloso que era eso. ¡Enfrente de su propia tía! La taza de té que sostenía en la mano repiqueteó contra el plato y derramó té sobre el mantel y la mano. Jadeó. Mientras las dos duquesas se incorporaban, Spencer se movió más

rápido. Tomó la servilleta y se la apoyó sobre la mano. La caricia la abrasó más que el té caliente.

La temperatura del té no la quemó en absoluto. Fue más el estremecimiento de derramárselo que cualquier daño que hubiera sufrido en realidad, y en un instante se dio cuenta de que no se había lastimado la piel. La sensación de ardor se pasó rápido y la dejó más anonadada que dolorida.

—Estoy bien —les aseguró sintiendo el peso de sus intensos ojos.

—Quizás un poco de agua fría... —comenzó a sugerir.

—Estoy bien —repitió interrumpiéndolo—. Mi té no estaba caliente.

Apoyó la servilleta sobre la mesa.

Cuando el mayordomo llevó más tazas, la tía le pidió que trajera agua fría, pero, sintiéndose embarazosa ante toda esa atención, Joanna se negó.

El mayordomo y los lacayos se marcharon, y comenzaron una conversación incómoda. Primero hablaron acerca de la ópera y el incendio, así como también de otros incendios que habían ocurrido en Londres, luego, del tiempo. Tras hablar de como en breve Londres quedaría vacía porque todas las familias se marcharían para pasar el otoño y el invierno en el campo y la ciudad estaría tranquila, las duquesas hablaron largo y tendido de arte.

Joanna sentía como si estuviera sentada sobre agujas. La rodilla de Spencer se volvió a acercar a la suya, y la piel se le derretió a través de las capas de la enagua y el vestido simple. Sabía por qué él había ido allí. El lobo astuto había tenido la misma idea que ella.

Joanna deseó haber acudido antes. De verdad necesitaba preguntar si su tía había visto a su marido hacer algo sospechoso. Pero ¿cómo podría hacerlo ahora, delante de las visitas?

—¿Cómo se encuentra su marido, duquesa? —le preguntó Spencer—. No lo he visto en mucho tiempo.

Su tía colocó la taza sobre el plato sin hacer el más mínimo sonido.

—Se encuentra bien, gracias. Es un tema popular hoy. —Se rio y miró a Joanna nerviosa.

—¿Ah, sí? —preguntó Spencer, fulminando a Joanna con la mirada—. Bueno, al fin y al cabo, es un hombre importante, ¿no? —Se volvió hacia la duquesa de Ashton—. Por favor, dígame, por casualidad, ¿el duque hace obras de caridad para los menos afortunados? Por ejemplo, en Whitechapel...

A la duquesa se le abrieron los ojos como platos y miró a Joanna.

—Mi sobrina prácticamente me hizo la misma pregunta hace un rato.

Joanna sintió la mirada abrasadora de Spencer.

—¿Ah, sí?

—¿Por qué lo quiere saber? —le preguntó Joanna.

La duquesa de Grandhampton pasaba la mirada entre Spencer y Joanna con los ojos entrecerrados y una expresión de sospecha.

—Porque me gustaría contribuir a una buena causa —repuso Spencer.

—En ese caso, ¿por qué no le pregunta al duque de Ashton? —replicó Joanna.

—Le podría hacer la misma pregunta —repuso.

—Bueno, el duque no está aquí, ¿no?

—Excelente observación. Debería acudir a usted cuando las necesite.

—Sí, señor. Si no las puede hacer por su propia cuenta, estaré contenta de ayudarlo.

—Cuánta amabilidad —señaló—. ¡Cuánta gracia!

—Al parecer, debe aprender algo de eso también.

En la distancia, Joanna sabía que su tía estaba sentada y los observaba confundida. La

duquesa de Grandhampton ocultaba una sonrisa. Al comprender lo mucho que se habían dejado llevar, Joanna entreabrió los labios para disculparse con las dos duquesas. ¡Era como si se hubiera olvidado que había otras personas en la habitación! Pero, antes de que pudiera decir algo, la puerta se volvió a abrir, y su tío entró y se congeló con la mano en el pomo al verla. Acto seguido, su mirada se posó sobre Spencer y se oscureció. Se le dilataron las fosas nasales y dejó ver los dientes durante un instante efímero.

Spencer se puso pálido, pero el color regresó de inmediato a sus pómulos altos y a su cuello. Cerró la mano en un puño alrededor del cuchillo de la mantequilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos. A Joanna le dio un vuelco el estómago al ver a su tío. Jamás había sido cercano a ninguna de sus sobrinas ni a su sobrino tampoco. Cuando eran niños, siempre había actuado como un desconocido en presencia de ellos.

—Buenas tardes a todos —los saludó Ashton—. Qué visitas más inesperadas.

—Oh, *milord* —comenzó la duquesa de Ashton y le ofreció una sonrisa forzada mientras evitaba mirarlo a los ojos—. Justo estábamos hablando de usted. Al parecer, a nuestras visitas les gustaría saber si tiene algún negocio en Whitechapel.

Ashton caminó lento hacia la mesa sin despegar los ojos de Spencer.

—De hecho, sí. Aunque de seguro tenga que buscar más información en mi estudio. A veces me falla la memoria. ¿No está de acuerdo, *lord* Seaton? La información más importante suele guardarse en el estudio, ¿no?

Spencer le sostuvo la mirada como si la vida le dependiera de eso. El muslo aún le rozaba el suyo por debajo de la mesa, pero se había puesto más rígido que un tronco. Joanna le vio una vena en la sien que le latía visiblemente.

—Sí, por lo general, sí —repuso Spencer apretando los dientes.

—Por favor, deme un consejo, *lord* Seaton —prosiguió Ashton mientras se inclinaba contra la silla de su esposa—. Digamos que alguien se escabulle en su estudio para hurgar en sus secretos, ¿qué haría con esa persona?

—No tengo secretos.

—Digamos que los tiene. Y que son importantes y no lo involucran solo a usted. ¿Qué haría?

Joanna tragó con dificultad. Su tío lo sabía. ¡De alguna manera, sabía que había sido Spencer el que se había escabullido en el estudio! Pero ¿sabía que ella también había estado presente? No parecía ser el caso. Lo cierto era que jamás había reparado en ella.

—Hay secretos que son crímenes ocultos, y el hombre que los tiene es un criminal. Si quiere mi opinión, los criminales deben ser castigados.

En un instante, el rostro de Ashton se tornó peligroso y adquirió el aspecto del de una serpiente. Al siguiente, volvió a sonreír con falsa cortesía, pero sus ojos no dejaron de disparar veneno.

—Exacto. Deben ser castigados. ¿No cree que se merecen una bala rápida y precisa en la sien?

—Yo iría por la horca —le confesó Spencer—, para que hasta el último plebeyo pueda verlo.

Joanna sintió que se le estremecían las piernas sin control, y Spencer le cubrió la mano con la suya debajo de la mesa. La sintió tan cálida y reconfortante que le pareció un hogar en un día frío.

—Me temo que debo regresar a casa —dijo Joanna incorporándose de un salto.

No debería haber ido allí. Y Spencer tampoco. ¿Por qué tenía la sensación de tener la punta fría de un cuchillo contra la columna vertebral?

—Sí, nosotros también —añadió la duquesa de Grandhampton poniéndose de pie—. Ha sido

maravilloso verla —le dijo a la duquesa de Ashton—. Y siempre es un placer verlo, *milord* —añadió con amabilidad al volverse hacia el duque.

Spencer también se puso de pie.

—Ashton. —Asintió con la cabeza de manera imperceptible para darle el menor reconocimiento posible.

Joanna sintió que debía huir a un sitio seguro y se apresuró a salir tras mascullar una despedida hacia el duque y la duquesa de Ashton. Joanna, Spencer y la duquesa de Grandhampton bajaron las escaleras de entrada y recorrieron el sendero de gravilla hacia el carruaje de los Seaton, donde Spencer la había besado el día anterior. Las mejillas se le sonrosaron al recordarlo. Pero Joanna no tenía un carruaje que la aguardara y tenía pensado caminar hasta Hyde Park para contratar un coche.

—Por favor, señorita Digby, permítanos llevarla a casa —sugirió la duquesa de Grandhampton.

—Gracias, pero no hace falta —rechazó la oferta.

—Insistimos —añadió la duquesa.

—Mi cuñada tiene razón —intervino Spencer—. No es ningún problema.

Como no sabía qué otra excusa ofrecer, Joanna asintió con la cabeza.

—Gracias.

La duquesa de Grandhampton ya se encontraba en el carruaje, y Spencer ayudó a Joanna a subir y le sostuvo la mano más tiempo del que debía. Se acercó a ella y, con el aliento rozándole el cuello, le murmuró:

—Buena jugada, señorita Digby. Ya veremos qué tan bien le va el domingo. Espero con ansias la siguiente ronda. Pero le aseguro, que siempre juego para ganar.

EN LA LUZ tenue del domingo temprano por la mañana, Joanna se agachó al lado del carruaje de Spencer en las caballerizas que se encontraban detrás de Sumhall. Era un día ventoso, con nubes enfadadas que prometían lluvia. Con una pequeña llave inglesa que sujetaba con fuerza en la mano, se acercó al eje de la rueda. Tenía un plan simple, pero esperaba que fuera efectivo: desajustar la rueda del carruaje lo suficiente como para causar una demora, pero no para que fuera peligroso.

Mientras trabajaba en las tuercas que sostenían la rueda en su sitio, sintió una mezcla de adrenalina y ansiedad. La llave inglesa hacía un ruido apagado con cada vuelta; era casi inaudible en el aire con olor a jazmines. Echó un vistazo alrededor, pero tanto la mansión blanca inmaculada como los establos y las dos edificaciones frente a las caballerizas se encontraban en silencio. La puerta de los criados no se movió; las persianas y las cortinas de todas las ventanas de la casa de cuatro plantas permanecían cerradas. Echó un vistazo hacia la pared de ladrillo al otro lado de las caballerizas. Su ruta de escape con el barril que había al lado de la pared seguía despejada. Al otro lado de la pared, se encontraba el caballo que había contratado de un establo a varias manzanas de distancia de la casa.

Con cada vuelta que daba, calculaba con detenimiento hasta donde había aflojado el eje para asegurarse de disminuir la marcha del carruaje sin provocar una separación. No quería que hubiera un accidente; su único objetivo era comprar algo de tiempo.

Mientras trabajaba, agradeció en silencio la falta de corsé, enaguas y faldas, pero maldijo la estrechez del abrigo de su hermano alrededor del busto. Los pantalones le brindaban libertad de movimiento, que había sido de gran ayuda a la hora de trepar la pared, por no mencionar lo conveniente que era montar a horcajadas.

Si nadie la miraba muy de cerca y se bajaba el sombrero de Gideon para ocultar el rostro, podría pasar por un caballero de estatura baja y algo relleno. Cabalgar por Mayfair era menos arriesgado a esa hora de la mañana, cuando la mayoría de los habitantes adinerados del barrio acababan de regresar a casa luego de acudir a bailes y veladas y se estaban yendo a dormir. Cuando acabara con el carruaje, partiría hacia Whitechapel para buscar al hombre y conseguir la información que necesitaba. Claro que Spencer podía contratar un coche de alquiler, pero perdería tiempo, y eso le daría ventaja de cualquier modo.

El día anterior, había acabado la historia para el periódico antes de la fecha de entrega, pero no había logrado hacer nada para la investigación. Sin embargo, necesitaba el ingreso, y más ahora que tenía gastos adicionales, como contratar caballos y coches de alquiler y, a lo mejor, sobornar a los informantes. Tenía que ganar. Estaba desesperada por lograr que Spencer perdiera. No solo por su virginidad y por el honor y la reputación de su hermana, sino también porque

Spencer le había dejado en claro que quería que Ashton fuera castigado por los crímenes que había cometido. Si lo condenaban, le quitarían el título, las propiedades y el dinero, y Gideon no recibiría nada. Tanto ella como sus hermanos lo perderían todo, incluso el hogar familiar en el que habían crecido y que seguía en posesión de su tío. Se estaba quedando sin tiempo, y aún no habían oído nada acerca del señor Linsby, que tampoco había pedido la mano de Charlotte en matrimonio.

Joanna se detuvo para aguzar el oído en busca de alguna señal de actividad de los criados de Sumhall, pero todo estaba en silencio. Satisfecha con el trabajo, comenzó a apartarse del carruaje, pero la llave inglesa se le resbaló de los dedos sudados y repiqueteó contra los adoquines con un sonido que le pareció ensordecedor.

El corazón se le subió a la garganta y se apresuró a recoger la llave inglesa al tiempo que echaba un vistazo hacia la casa. Las cortinas permanecían inmóviles y las puertas, cerradas. Sintió un profundo alivio, pero el entusiasmo del acto osado no se desvaneció. Se volvió para correr hacia la cerca, pero Spencer se encontraba delante de ella como una pared y le bloqueaba la ruta de escape.

—¿Necesita ayuda con eso, señorita Digby?

El estómago le dio un vuelco. ¿Cómo podía ser que un hombre tan grande se moviera con tanto sigilo?

Al ver el pecho enorme bajo el atuendo azul marino contuvo el aliento. Una mata de vello suave y oscuro le cubría los poderosos músculos del pecho que conducían a unas clavículas anchas y el cuello grueso de un luchador. Tragó con dificultad y lo miró a los ojos con la boca seca.

—Buenos días, *lord* Seaton —lo saludó—. Me estaba asegurando de que pudiera llegar a Whitechapel a tiempo.

Al oírla, chasqueó la lengua y la recorrió de pies a cabeza con la mirada.

—Casi logra engañarme. Me pareció ver a un hombre intentando manipular las ruedas de mi carruaje. Pero era usted y lo estaba arreglando.

Se rio nerviosa con la llave inglesa pesada y fría en la mano.

—Debería marcharme. Parece que su carruaje está bien.

Intentó agacharse para pasarle por delante, pero él la atrapó de la mano y sujetó la llave inglesa con la otra para dejarla caer al suelo. El ruido del hierro rebotando contra las piedras le provocó dolor en los oídos, pero fue el roce de sus dedos cálidos alrededor de la muñeca lo que la hicieron estremecer como si la hubiera atravesado una lluvia de estrellas fugaces.

—¿Qué haré con usted, señorita Digby? Es una chica muy traviesa. Además, juega sucio, ¿no?

Bajó la mirada a los muslos y la clavó allí mientras se le oscurecía. En respuesta, Joanna sintió un cosquilleo en la piel acompañado de la sensación de que la tela se le encogía alrededor de las piernas.

—Usted es quien juega sucio, señor —repuso—. Al poner mi honor y mi virginidad en riesgo.

Eso lo hizo reír. Luego la jaló contra su pecho cálido y duro como una pared.

—Estás suplicando que te castigue, ¿no, Perséfone? Estás suplicando estar en mi cama, ¿no? Permíteme complacerte.

Antes de que pudiera responderle, flexionó las rodillas y se la arrojó por encima del hombro. Ella soltó un grito e intentó retorcerse para escapar de sus brazos, pero él era demasiado fuerte.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Suéltame!

Pero el suelo le pasó volando delante de los ojos, y él mantuvo sus muslos contra su cuerpo como un tornillo de banco. No era una mujer pequeña. ¿Cómo podría haberla levantado con tanta facilidad? Atravesaron la puerta de entrada de los criados, donde varios lacayos, criadas y cocineros anonadados los observaban con las bocas abiertas.

—*Milord*, ¿todo...? —comenzó uno, pero Spencer lo interrumpió.

—¡Todo está bien! —ladró.

—¡Nada está bien! —exclamó Joanna—. ¡Deben ayudarme!

—No lo escuchen —les ordenó Spencer—. Es un amigo de la fuerza naval. Estamos bromeando.

A lo mejor se había equivocado con eso de que podía cargarla con facilidad o quizás los intentos de escabullirse, las patadas y los puñetazos que le había asestado por fin comenzaban a surtir efecto, porque para cuando comenzaron a subir las escaleras cojeaba y caminaba más despacio. Varios gruñidos de dolor se le escaparon de la boca. Joanna sabía que, si lo pateaba con más fuerza en ese momento, se encontraría libre, pero antes de poder lograrlo, la metió en una recámara y cerró la puerta con llave a sus espaldas.

Con una sorprendente suavidad, la colocó en el suelo y jadeó con el rostro arrugado de dolor y cubierto con unas perlas de sudor. Comenzó a frotarse el muslo. Joanna no debería sentir ni pena ni preocupación por él; sin dudas, él no había sentido ningún tipo de preocupación por su comodidad cuando se la arrojó sobre los hombros.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó—. Fue mi culpa. Soy muy pesada...

Oh, pero ¿qué estaba haciendo? ¡Él acababa de secuestrarla, y ella se disculpaba porque su peso le había generado algunas molestias!

—Señorita Digby —masculló enderezándose—. Tiene el delicioso peso apropiado para mí.

La boca se le volvió a secar y, por fin, entendió que se encontraba a solas con él en su recámara. Había una hermosa cama entallada tan grande que parecía ocupar toda la habitación, a pesar de que había suficiente espacio entre ella y el hogar con rejillas para el carbón, el escritorio que se encontraba frente a las ventanas, todas las sillas y la pequeña mesa redonda. Era un espacio masculino en el que predominaban los colores del océano, con azules oscuros, verdes, ocre y arena en los patrones de las vides y las flores que decoraban los tapizados, las sábanas y las cortinas.

—No es usted quien me provoca molestias. Es mi pierna... —murmuró cojeando alrededor de la sala y deteniéndose para flexionar y enderezar la rodilla como si estuviera intentando aliviar la rigidez—. Es la maldita herida.

Sintió el impulso de pedirle que se la mostrara e intentar ayudarlo, incluso cuidarlo, aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo.

—Nunca me contó lo que le pasó...

El rostro se le oscureció por un momento y los ojos parecieron acechados. Al verlo abrir la boca, creyó que le iba a responder. Pero, en cambio, el rostro se le ensombreció y dio tres zancadas hacia ella para sujetarla de las muñecas.

—Y usted nunca me contó qué decía esa carta. —La jaló hacia una silla y le apretó los hombros para obligarla a sentarse. Joanna soltó un jadeo indignada.

—¡*Lord Seaton*!

Se incorporó de un salto, pero antes de que lo lograra, él se sentó a horcajadas de ella, y su peso le supo demasiado y al mismo tiempo no le bastó. Atrapada entre sus muslos poderosos, inhaló una profunda bocanada de aire. Tenía el pecho y el estómago duro tan cerca de ella que se empapó con su esencia masculina. Estaba tan anonadada con el ataque de su presencia que no le

dio demasiado significado al hecho de que se quitara el cinturón del salto de cama. Estiró los brazos a espaldas de ella, y la piel del pecho le rozó la nariz y los labios... tan cálida... tan increíblemente suave... y algo salada... y con un aroma tan delicioso... que anheló lamerla.

—Aguarde un momento, señorita Digby —continuó—. Y me podrá disfrutar toda la noche. Con algo de suerte, esta misma noche.

Había estado tan distraída por su cercanía que se dio cuenta demasiado tarde de lo que estaba haciendo. ¡Le estaba amarrando las muñecas a la espalda! Soltó un jadeo de indignación e intentó retorcerse para liberarse, pero la sostuvo con mucha fuerza y le sujetó el cinto con rapidez.

—¡Va a pagar por esto! —gruñó—. ¡No dejaré que se salga con la suya!

Soltando una carcajada se estiró para tomar algo del escritorio que había detrás de la silla. Sin ponerse de pie, se inclinó hacia un costado y continuó sujetándole un tobillo a la silla con una corbata. Joanna se retorció y se rebatió, pero él era demasiado fuerte y soltó un gruñido que sonó más de placer que de dolor.

—Señorita Digby, le suplico que haga el mejor intento de descansar mientras me espera aquí —le dijo casi sin aliento. Le acarició la otra pantorrilla antes de sujetársela a la silla—. Luego de interrogar al hombre en Whitechapel, regresaré a cobrar la apuesta.

—Es un monstruo —le soltó mientras lo veía incorporarse y observarla con una sonrisa de satisfacción—. ¡No tiene idea de lo que le está haciendo a mi familia!

Tomó una profunda bocanada de aire y lo soltó.

—Se lo advertí, ¿recuerda? No espere actos honorables de mi parte. Pero si me dice qué decía la carta que leyó en el estudio de Ashton, consideraré dejarla libre.

Joanna soltó un gruñido. ¿Qué debía hacer? Si él sabía el significado de lo que decía la carta, tendría muchas más ventajas sobre ella. Eso, combinado con que llegaría antes a la calle Petticoat, significaría la derrota total.

—¿Y me llevará con usted? —le preguntó.

—De ninguna manera. Pero sería entretenido ver cómo intenta llegar allí antes que yo sin su caballo.

Lo fulminó con la mirada. Si le daba la información, de todos modos, perdería. Era un canalla de pies a cabeza.

—Váyase al diablo.

Él se le acercó, se agachó y le plantó un beso en la boca. Joanna detestó cómo el cuerpo se le llenó de deseo y dolor con algo tan simple como el roce de sus labios contra los de ella.

Acto seguido, recogió algunas prendas y un par de zapatos, se metió en el cambiador que estaba al lado de la recámara y salió a los pocos minutos lleno de confianza, tranquilidad y seguridad. Le recorrió el cuerpo con la mirada y, cuando se detuvo en la intersección de las piernas, le produjo un calor abrasador en todo el cuerpo.

—Esta es la postura perfecta para comenzar —señaló con la voz ronca—. Casi me da pena dejarla así.

Joanna soltó maldiciones por lo bajo como nunca antes en su vida y lo observó marcharse de la habitación. El muy arrogante ni se había molestado en cerrar la puerta con llave ahora que la tenía bien amarrada.

Al oír los pasos que se alejaban, Joanna recorrió la habitación en busca de alguna forma de escapar. ¡Cielos, cómo lo detestaba! Y se regañaba a sí misma. Prácticamente había entrado caminando en esa trampa, se había entregado a sus garras con sus propios actos. De no haber ido a aflojar las ruedas del carruaje, no se encontraría allí. Podría estar en Whitechapel y ser la

primera en encontrar al hombre.

Joanna echaba humo mientras recorría la habitación con la mirada. Estaba enfadada con lo masculino y cómodo que se veía todo. Olía a él: una mezcla de junípero y madera de cedro. Hasta había un saco de boxeo. ¡Y qué seductor había sido que la sujetara de ese modo!

Soltó un largo suspiro. Tenía que guardar la calma y hacer algo para salir de allí. Posó la mirada en el atizador que se encontraba al lado del hogar, pero no le pareció lo suficientemente afilado. Necesitaba un cuchillo o algo similar. ¿Un abrecartas quizás? Pero no había nada sobre el escritorio.

Miró hacia el vestidor. A lo mejor habría algo allí... Con dificultad, comenzó a sacudirse sobre la silla, que apenas se movió sobre la alfombra espesa y afelpada. Al cabo de varios intentos, por fin comenzó a avanzar. Jadeó, sintió que tenía el estómago lleno de agujas y le costaba respirar. Pasados unos veinte minutos, llegó a la puerta del vestidor cubierta en sudor y sin aliento.

Pero cuando vio una hoja de afeitar sobre un aparador, supo que había encontrado la manera de escapar. La mesa se encontraba más alta de lo que le llegaban las manos inmovilizadas. Joanna reanudó los movimientos hacia adelante para ir acercando la silla más. Iba a tener que tirar la hoja de afeitar de la mesa e inclinar la silla de algún modo para recogerla del suelo. Con cada centímetro que se acercaba, la euforia le recorría el cuerpo.

Bien podía ser que *lord* Spencer Seaton le hubiera sacado ventaja, pero aún no la había derrotado.

CUANDO UN HOMBRE alto y delgado avanzó hacia la casa en la calle Petticoat, Spencer se despegó de la edificación en la esquina sobre la que había estado apoyado mientras esperaba y comenzó a andar a paso relajado entre la hilera de puestos del mercado en esa dirección.

El hombre tenía puestas prendas que no lo distinguirían del resto de los habitantes de Whitechapel: un saco que solía ser verde, pero que estaba tan desgastado que se había tornado marrón y unos pantalones cocidos y enmendados que debieron haber estado de moda hacía al menos veinte años. Tenía el cabello largo y sucio sujeto en una trenza que le llegaba hasta los omóplatos y un hueco pelado en el centro de la cabeza.

El hombre se detuvo en la puerta, echó algunas miradas furtivas hacia la derecha y la izquierda por la calle desierta sobre la que solo quedaban algunos niños traviesos y adultos que se apresuraban a ir a la iglesia para asistir a la misa que había empezado hacía quince minutos. El viento ondulaba las lonas de los puestos del mercado y acarreaba nubes de polvo por la calle de barro. Unas nubes grises y oscuras circulaban por el cielo, la atmósfera estaba pesada y olía a lluvia. Hacía poco habían comenzado a abrir los puestos del mercado y, para sorpresa de Spencer, encontró unas granadas de buena calidad que compró y dejó en el carruaje con Carl.

Se las daría a su Perséfone... El recuerdo de sus ojos echando chispas mientras la amarraba a la silla de la recámara y la imagen de su silueta atractiva se le vinieron a la mente. El pensamiento lo hizo tomar una profunda bocanada de aire para calmarse.

«Más tarde», se dijo mientras observaba al hombre que introducía la llave en el cerrojo con dificultad. Tenía que aguardar un poco más para recolectar su premio maduro y abierto para él. No recordaba la última vez que había anhelado algo tanto como ese momento. Ni las peleas de boxeo, ni los sueños de regresar al lado de Penelope, ni la idea de por fin volver a poner los pies sobre tierra firme. ¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

Tenía que proceder con cautela. Se recordó que la apuesta se trataba de su apuesta, de satisfacer la necesidad que se le había acumulado en el cuerpo a lo largo de los meses. No quería sentir nada por nadie, ni tampoco abrir la mente o el corazón a alguien. De modo que el efecto que tenía en él debía de ser solo físico y, cuando lo saciara, no volvería a pensar en ella.

Cuando el hombre por fin abrió la puerta, Spencer se le lanzó encima. Con una última mirada alrededor, se aseguró de que nadie lo observara y lo empujó al interior de la casa para cerrar la puerta a sus espaldas. El hombre delgado se dio media vuelta con los ojos abiertos como platos. Tenía una nariz torcida que remitía al pico de un pájaro y una boca pequeña como la de un conejo. Jadeó al observar a Spencer.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Eso no importa. Dime por qué vienes aquí todos los domingos y no te haré daño.

El lugar de responder, se puso pálido como unas sábanas recién lavadas y salió disparado por el pasillo angosto y oscuro que se encontraba vacío. Mientras se adentraba en la casa, Spencer soltó una maldición y corrió tras él. El aire olía mohoso y polvoriento por los manchones negros que crecían en las paredes revocadas y hechas añicos y en el cielorraso con soportes de madera podridos y con la pintura saltada.

El hombre salió disparado a lo que debió de ser una sala de estar al final del pasillo y corrió en un gran círculo alrededor del único mobiliario: dos sillas que se encontraban en el centro de la sala. Spencer predijo la trayectoria y salió corriendo hacia un costado, pero tuvo que valerse del muslo herido y soltó un enfadado gruñido de dolor al no poder lanzarse hacia adelante. Con los dedos intentó sujetar el saco del hombre, pero acabó tocando el aire vacío.

Con un grito agudo, el hombre echó a correr por el pasillo y los pasos resonaron contra las tablas de madera que no dejaban de crujir bajo sus zancadas. Spencer corrió tras él estirando las manos para sujetarlo antes de que llegara a la puerta, pero el contrincante fue más veloz. Abrió la puerta de par en par y salió corriendo a la tormentosa luz grisácea del día.

Luego giró a la izquierda y salió disparado a toda velocidad, dejando a relucir las suelas de los zapatos. Como las calles estaban vacías, no tenía ningún obstáculo en el camino. Además, era evidente que las dos piernas le funcionaban de lo más bien. Sin embargo, Spencer no desistió de perseguirlo ignorando la agonía que sentía en el muslo y el sudor que el dolor le generaba en la espalda y la frente. Por todos los diablos. Mientras que antes de la guerra había estado en perfecto estado físico y ya lo habría atrapado, ahora cojeaba tras él.

El hombre volvió a girar a la izquierda en la siguiente intersección. Las calles de Whitechapel eran torcidas y oscuras, y cuando se adentrara en el laberinto del barrio se desharía de Spencer sin mayor dificultad. Ya se encontraba a unos tres metros de distancia y pronto se reduciría a una silueta oscura al final de la calle. Cada varios pasos, volvía la cabeza hacia atrás y la calvicie le destellaba en la luz opaca del día.

Al llegar a la siguiente esquina, giró a la derecha, y a Spencer el estómago le dio un vuelco de desilusión. Si no lo atrapaba ese día, no solo no podría reclamar su premio más tarde con su deliciosa contrincante, sino que también podría acabar asustándolo para siempre. Sin dudas, las noticias de la persecución llegarían a oídos de Ashton, que podría tomar medidas más drásticas contra Spencer. Y entonces podría perder todo por lo que vivía.

Recurrió a todas las reservas que le quedaban para obligar a su cuerpo a ignorar el dolor y correr, y a usar ese dolor como una fortaleza para apretar el paso. Cuando siguió al hombre a la derecha, acabó en otra calle serpenteante y polvorienta. El fugitivo se encontraba a unos cinco metros de distancia. Spencer vio unas piedras de unas casas que se estaban reduciendo a escombros. Siempre había sido bueno para jugar al críquet, había sido el mejor lanzador. Tomó dos piedras más grandes que sus puños y siguió corriendo. Apuntó y lanzó la primera, pero cayó a unos pasos del blanco.

Soltando una maldición, Spencer tomó la segunda piedra en la mano derecha y la lanzó con el objetivo de lastimarlo lo suficiente como para ralentizarlo. La piedra formó un gran arco antes de golpear al hombre en la espalda. Soltando otro grito, se cayó hacia adelante agitando las manos en el aire. Spencer sintió una ola de triunfo mientras avanzaba cojeando hasta él mientras rogaba no haberlo matado.

Por fortuna, yacía sobre el vientre y gruñía sacudiendo la cabeza confundido. Tenía una herida que le sangraba en la cabeza, que se debía haber hecho al golpearse contra el suelo. Spencer le recorrió la espalda con la mirada, pero no vio ningún agujero en el saco. Aliviado, vio que podía mover las manos y las piernas, de modo que no le había roto la espalda. En el peor de

los casos, se había quebrado una costilla, pero eso sanaría.

—Vamos, amigo —le dijo Spencer mientras lo ayudaba a levantarse y le pasaba un brazo alrededor del cuerpo—. Es hora de hablar.

El hombre apenas podía mover los pies, pero intentó apartarse de él sin éxito. En un momento, vació los contenidos del estómago, lo que confirmó que tenía una conmoción cerebral, pero Spencer no sentía compasión por alguien que contribuyera a los crímenes de Ashton.

Para cuando logró llevarlo de regreso a la casa y lo sentó en una de las sillas, sentía el muslo en completa agonía. Spencer se sentó en la silla de enfrente y lo recorrió con la mirada. En la herida que tenía debajo de la línea del nacimiento del cabello se le estaba formando un chichón y se estaba tornando azulado y violáceo. Se expandía bajo su propia mirada, y el espacio debajo del ojo se le hinchó y le deformó el rostro. Como a Spencer lo habían golpeado unas cuantas veces en el cuadrilátero de boxeo, sabía que la hinchazón desaparecería en cuestión de días y se recuperaría.

—Y bien, amigo, ¿cómo te llamas?

El hombre parpadeó unas cuantas veces como si estuviera pensando.

—Joseph.

—Joseph, si hubieras respondido mi pregunta desde el principio, no habrías sufrido ningún daño. Sé que vienes aquí los domingos durante la misa. Dime por qué.

Los pequeños ojos que tenía se parecían a los de un conejo, y pasó la mirada alrededor buscando otra ruta de escape.

—No te diré nada.

Spencer se rio.

—De acuerdo. ¿Y si te ofrezco esto? —Se introdujo la mano en el bolsillo y dejó caer una bolsa llena de monedas en el suelo entre ellos. Al hombre se le agrandaron los ojos. Sin embargo, no hizo ningún movimiento y volvió a mirar a Spencer.

—No hay suma de dinero que valga mi vida. No la hay.

Spencer entrecerró los ojos. Era evidente que le tenía miedo a Ashton, y él entendía ese temor. El hombre se encontraba más motivado por el temor que por el dinero. Spencer asintió con la cabeza y tomó la bolsa bajo su mirada atenta. Luego extrajo una pistola que llevaba en la espalda, jaló el percutor y se la apuntó.

—Quizás esto ayude a persuadirte —le dijo.

Joseph volvió a soltar un grito agudo y los ojos se le agrandaron aún más. Parpadeó rápido y se hundió en la silla. Spencer no sintió ni alegría ni satisfacción de ver el temor en el rostro del sujeto. Jamás había tenido la intención de hacerle daño. La primera vez que había matado a alguien en la guerra le había desgarrado algo en el alma, una parte que sabía que jamás sanaría. Cada vez que una bala o una espada de él había atravesado el cuerpo de un enemigo había cambiado un poco. Jamás se quitaría el peso de haber acabado con tantas vidas. Sin embargo, podía amenazar al hombre para conseguir la información que buscaba.

—¿Llevas mensajes? —intentó adivinar.

—¡No sé nada! —exclamó Joseph alzando la voz—. ¡Nunca los veo! ¡Ni siquiera sé leer! ¿No te das cuenta?

Spencer soltó una maldición por lo bajo. Tenía razón acerca de los mensajes, pero eso no lo ayudaba demasiado cuando el hombre no le podía dar ninguna información acerca de lo que estaba escrito en ellos.

—¿A dónde los llevas? —le preguntó.

—A Tilbury Port. A una empresa de transporte que se llama Pottinger Shipping Company.

Lo único que hago es pasarlos por debajo de la puerta. Nada más.

Spencer se inclinó hacia atrás en su propia silla y soltó una larga bocanada de aire. Tilbury era un puerto pequeño y emergente al sur del Támesis, a unas cuatro o cinco horas a caballo de Londres.

—De acuerdo. Estamos progresando. Y alguien te paga, ¿no?

—Con cada carta, gano una libra.

—Una libra... No es demasiado para tratarse por el precio de tu vida, según tus propias palabras.

—¿Por...? ¿Por qué?

—Porque al llevar esos mensajes, estás ayudando a un hombre muy poderoso a cometer crímenes, Joseph. —Aunque Spencer no tenía ni idea de qué crímenes serían... Pero, de seguro, ningún hombre honesto utilizaría semejante sistema para enviar información.

Joseph tragó con dificultad.

—Solo soy el asistente de un carnicero, nada más... —dijo con la voz estrangulada.

—¿Quién te encontró? ¿Quién te ofreció este trabajo?

—Un tipo... Estaba tomando una cerveza en Portside con mis amigos... hace como dos meses. Y alguien me escucha quejar acerca de cómo voy a alimentar a mi nuevo hijo ahora que el mayor ha dejado de robar para ir a la escuela de la hermana del señor Thorne Blackmore. Me dice que tiene un trabajo fácil, que solo tengo que caminar. Me dice que el sujeto que lo hacía antes se largó sin decir nada. Me da esta llave y me dice que lo único que tengo que hacer es venir todos los domingos, tomar lo que encuentro aquí e ir rápido a Tilbury para dejar los papeles debajo de la puerta. Me lleva medio día ir hasta Tilbury y a la vuelta duermo en el bosque para no pagar un carruaje y ahorrar más dinero. El carnicero solo paga diez libras al año.

Spencer asintió con la cabeza.

—¿Sabes el nombre del sujeto?

—No.

—¿Lo has vuelto a ver desde esa noche hace dos meses?

—No, ni una vez.

Spencer soltó un suspiro y bajó el arma. Se sentía mal por el pobre hombre. Joseph no sabía nada, y lo acababa de lastimar, de modo que probablemente le costaría trabajar si en efecto tenía un traumatismo cerebral. Tenía niños pequeños, uno de los cuales iba a la escuela de Jane en lugar de robar y cometer crímenes. Además, bien podría haberlo puesto en peligro al interrogarlo. Los espías de Ashton podrían estar observando la casa en ese mismo momento.

—Muy bien —continuó Spencer y extrajo diez libras para entregárselas—. Esto es por tus molestias. No le digas a nadie lo que me has dicho, ¿de acuerdo?

Joseph asintió con la cabeza sin despegar la mirada de los billetes.

—Vete —le dijo Spencer.

Joseph le sacó los billetes de la mano y avanzó tambaleándose por el pasillo. Spencer se puso de pie y recorrió el pasillo mientras se volvía a guardar el arma en la cintura y se preparaba para marcharse.

Cuando abrió la puerta para salir, vio que, a dos pasos de la casa, Joseph se había dado de bruces con Joanna y casi la había tirado al suelo.

Con el seductor atuendo masculino puesto, observaba a Joseph con la boca abierta mientras huía. Luego se volvió a mirarlo a él. A Spencer le dio un vuelco el estómago ante la extraña mezcla de triunfo, alegría y furia de verla.

—¿Cómo diablos logró escapar? —le preguntó.

Ella encuadró los hombros y los ojos se le llenaron de lágrimas para reflejar una emoción que no logró discernir.

—Dejó una hoja de afeitar en el vestidor —le respondió—. Pero ¿qué importa si igual llego tarde? Felicitaciones, *lord* Spencer. Ha ganado.

Spencer había anhelado ese momento desde que se le ocurrió la apuesta. Pero al verla de ese modo, derrotada, enfadada y llena de temor, no sintió victoria. Por segunda vez en ese día, sintió arrepentimiento en el alma. Se sentía como un canalla sin corazón... y no le gustaba.

Un trueno resonó en la distancia, y una ráfaga de viento frío le meció los mechones del cabello que se le habían salido a Joanna de la gorra. Se veía de lo más atractiva en esas prendas. Los pantalones le abrazaban las caderas redondeadas y el saco de hombre lograba acentuarle el busto y le daba un aspecto más generoso y llamativo que antes. Tenía los ojos iluminados y concentrados y los labios succulentos apretados en una línea determinada.

—¿Cree que es el único con algo en juego aquí? Tengo mis propias batallas que luchar, *lord* Seaton. Batallas de las que no sabe nada.

Había abierto la boca para responderle, pero un estremecimiento en el cuello lo puso alerta y lo llevó a alzar la mirada. En el espacio entre unos puestos vacíos del mercado, al otro lado de la calle, vio al mismo sujeto que los había estado observando hacía cuatro días, la primera vez que Spencer siguió a Joanna hasta esa dirección. Era el hombre que tenía una cicatriz en el rostro.

Al instante siguiente, se ocultó en las sombras y, a pesar de que Spencer había considerado correr tras él, Joanna le interrumpió cualquier pensamiento y lo hizo regresar la mirada hacia ella.

—¿Me puede decir qué descubrió al menos? —le preguntó—. ¿Quién era ese hombre?

Spencer consideró la petición. La voz le había sonado temblorosa. Antes había mencionado algo acerca de proteger a su familia... Volvió a sentir un aguijonazo de arrepentimiento en el corazón. ¿Era cruel al no compartir la información con ella? ¿Era lo suficientemente egoísta como para perseguir su objetivo sin importar cómo afectara a la señorita Digby?

La pierna le dolió al cambiar el peso. Era un recordatorio constante de todas las pérdidas que había sufrido gracias a Ashton. No. Tenía sus motivos para ser egoísta y querer vengarse. Sin importar cuáles fueran las razones de la señorita Digby, no la conocía. Era una extraña, sin importar lo atractiva y seductora que fuera. No podía anteponer sus deseos por encima de los suyos. No podía abrirse y sentir algo por ella.

Mientras salía de la casa y cerraba la puerta a sus espaldas, el viento le arrojó las primeras gotas de lluvia al rostro. Era evidente que no iría a Tilbury ese día, ni hasta que los caminos se secaran. Miró a Joanna y bloqueó cualquier aguijonazo de arrepentimiento o empatía hacia ella.

—No le diré nada, señorita Digby —le dijo con frialdad—. Sin embargo, he ganado y usted ha perdido. Me debe su virginidad y tendré mi premio esta noche. La espero en Sumhall esta noche luego de la cena. Use la entrada de los criados. De seguro, la reconoce de esta mañana. —Comenzó a caminar sintiendo un martillazo lacerante en el muslo herido con cada paso que daba. Estaba enfadado consigo mismo por mostrar su debilidad y se volvió hacia ella para añadir—: Y si no viene, iré a buscarla a su casa. Créame cuando le digo que no quiere llegar a eso.

Tras decir eso, se marchó cojeando. La expresión de desilusión y perplejidad en el rostro de Joanna fueron como echarle sal a una herida. Debería estar regocijándose. Había alcanzado la meta que había establecido para ese día. Le había demostrado que podía derrotarla porque era más adinerado, más poderoso y todo era más fácil siendo hombre.

A pesar de que la alegría de la victoria y la anticipación de disfrutar de su cuerpo habían desaparecido, era demasiado débil como para renunciar a la idea de tomar su virginidad. Lo

único que deseaba era sostenerla en sus brazos y acallar todos sus temores.

LAS EDIFICACIONES de las caballerizas detrás de Sumhall parecían formas oscuras con siluetas destellantes en la lluvia mientras Joanna seguía la lámpara que sostenía el mayordomo de Spencer, Teanby, en una mano y el paraguas que chorreaba agua hacia los adoquines en la otra. Prácticamente podía respirar la desaprobación del mayordomo, que se limitó a aclararse la garganta al abrir la puerta para dejarla entrar.

Iba a ser la amante de su señor, y tenía la audacia suficiente para visitarlo en un hogar. Era una mujer tan desvergonzada que vestía prendas masculinas, cabalgaba a horcajadas y hasta había intentado sabotear el carruaje de su señor. Quizás ante los ojos de Teanby era una rebelde, pero Joanna no se reconocía en ninguna de esas acciones. No era ni audaz, ni valiente, ni segura de sí misma. Tampoco era alguien que hiciera apuestas peligrosas. Pero era innegable que se encontraba en problemas.

Spencer tenía razón. Era más fácil para los hombres... y, sin lugar a dudas, había sido más fácil para él ganarle. En los tiempos que corrían, las mujeres se encontraban en una realidad injusta en la que sus vidas se veían gobernadas por los caprichos de los hombres. Obligada a proteger a su hermana de la influencia de un hombre poderoso, Joanna había sentido el deseo de abocar por las mujeres. Pero, al hacerlo, había caído en la trampa de otro hombre poderoso.

La tormenta seguía azotando y le arrojaba los bordes de la capucha y salpicaduras de agua fría contra el rostro. Sentía como si un conejo bebé le estuviera saltando en el pecho. El carruaje de los Seaton brillaba bajo la luz tenue de la lámpara que se encontraba por encima de la entrada de los criados, y unas gotas de lluvia destellaban mientras se resbalaban por la superficie de madera negra pulida.

Mientras recorría el pasillo de servicio, varias criadas alzaron la cabeza para verla. Quizás era mejor ser invisible a ser infame... Al comenzar a subir las escaleras que conducían a las habitaciones, se maldijo por dentro. ¿Qué estaba pensando al permitir que la arruinaran sin oponerse? Debería haberse quedado en casa y lidiar con Spencer si la iba a buscar. Aunque Gideon no hubiera permitido que se la llevara, lo hubiera desafiado a un duelo... y uno de ellos habría acabado muerto.

Aún podía decir que no. ¿Qué haría si se negaba a entregarse a él? ¿Sería el tipo de hombre que la forzaría? La idea la hizo estremecerse. La evidencia demostraba que ese podría ser el caso. Le había dicho que era un canalla, no un héroe. Se la había arrojado por encima del hombro y la había llevado en contra de su voluntad... ¡en dos ocasiones! La había besado, la había tocado... ¡y la había amarrado a una silla! Y, además, estaba resuelto a quitarle la virginidad.

Era una joven ingenua y tonta que se había metido en la guarida del león por voluntad propia... ¡y, sin dudas, la devoraría! ¿Acaso estaba tan desesperada por que le prestaran algo de

atención que estaba dispuesta a ponerse en riesgo? Pero se sentía tan bien ser el objeto de atención de ese hombre, sentirse deseada por él y desearlo a la vez... Lo cierto era que jamás se había sentido tan viva, como si estuviera haciendo algo que en realidad importaba, algo imprescindible para intentar rescatar a su hermana. Y para ser el centro de atención de él.

Esa pequeña apuesta que habían hecho, esa carrera, le había acelerado la respiración más que nunca antes. Se había devanado los sesos en busca de formas de salir victoriosa. Se le habían erizado todos los vellos corporales y se había sentido viva de solo pensar en competir contra Spencer.

La había llamado Perséfone, y ahora descendía al inframundo a las garras de Hades. Pero no se rendiría sin luchar. No había ido a perder la virginidad con Spencer. Había ido a descubrir qué le había dicho el hombre en Whitechapel. A lo mejor la apuesta le aceleraba la respiración, pero también la hacía plantarse más fuerte, y él solo podía culparse a sí mismo por eso.

El mayordomo abrió la puerta, y Joanna vio la silueta alta de Spencer de pie bajo la luz de la vela. Estaba de espaldas a ella mirando la oscuridad tormentosa al otro lado de la ventana y sus hombros gigantes estiraban la tela del abrigo. Se veía muy solitario... solitario y perdido. A pesar de sí misma, una parte de ella anheló acercarse a él y decirle que no se encontraba solo.

—Ha llegado su invitada, *milord* —la anunció Teanby, y Spencer se volvió para mirarla a los ojos.

Durante un instante, lo único que vio en su expresión fue una soledad irremediable, una oscuridad desesperada y una pérdida irrecuperable. Joanna sintió el fuerte impulso de envolverlo en sus brazos e infundirle fuerza y optimismo y se movió hacia él. No podía negar que algo iba muy mal con ella. ¿Cómo podía sentir pena por el hombre que le había puesto un obstáculo tras otro? Le estaba quitando tantas cosas... No podía darle su compasión también.

La expresión desolada se le borró del rostro y quedó reemplazada por la expresión fría que le había visto llevar en circunstancias sociales.

—Gracias, Teanby —le dijo sin apartar la mirada oscura de Joanna—. Por favor, entre, señorita Digby. La he estado esperando.

Entró en la habitación con la que ya se había familiarizado y, cuando la puerta se cerró a sus espaldas, se sobresaltó un poco. Inhaló el aroma de él, la fragancia masculina y almizcleña que estaba en todos lados y en la que se quería bañar. Despacio, como un león que camina alrededor de su presa, la rodeó. Sin dejar de cojear, se detuvo a sus espaldas. La piel le cosquilleó al tomar consciencia de su proximidad.

—Permítame quitarle el abrigo —le dijo, y sintió las manos en los omóplatos al tiempo que le desataba los lazos con destreza.

La protesta le murió en la garganta cuando los dedos le rozaron la piel a través de las capas de ropa. Luego el abrigo húmedo cayó al suelo con un sonido apenas audible. Spencer lo recogió y lo colgó en la silla... en la misma silla a la que la había amarrado ese día más temprano.

—¿Le puedo ofrecer algo de beber? —le preguntó en un murmullo, y el aliento le acarició el cuello—. ¿O algo de comer?

Joanna bajó la mirada a la pequeña mesa redonda con dos sillas al lado del hogar. Había un plato cubierto con una campana y un decantador de cristal con vino tinto junto con dos copas. También había otro decantador que contenía un líquido amberino.

—No me quedará mucho tiempo —le respondió.

—Eso queda por verse. —Se rio entre dientes—. Estoy bebiendo *whisky* escocés, ¿quiere un poco?

Iba a tener que ser más valiente de lo que se sentía en ese momento para sobrevivir a esa

noche.

—De acuerdo, un poco. Nunca lo probé.

—Me atrevería a decir que probará muchas cosas nuevas esta noche —le prometió mientras avanzaba hacia el hogar y tomaba el decantador con líquido ambarino.

Mientras servía, los ojos de Joanna aterrizaron en la cama gigante y se le encendieron las mejillas. Con la mirada oscura fija en ella, Spencer se acercó y le ofreció la copa de *whisky*. Al aceptarla, se rozaron los dedos, y sintió una descarga eléctrica en la mano.

—Por una noche de primeras experiencias —propuso devorándola con la mirada oscura.

—Ya lo veremos —repuso.

Brindaron, y Joanna bebió un sorbo del líquido. Como no había esperado el sabor fuerte de la bebida, sintió que le ardía la garganta y tosió.

—¡Oh, cielos! —exclamó con la garganta en llamas—. No suelo beber mucho.

Se rio y vació el contenido de la copa.

—No puedo decir lo mismo. Siga bebiendo, señorita Digby. Le prometo que le comenzará a agradar.

El estómago le ardió de buena manera, y pudo sentir que los sentidos se le tensaban y la cabeza le daba vueltas. Bebió un gran sorbo, y el líquido feroz le bajó por la garganta con suavidad en esta ocasión. Saboreó las notas ricas y ahumadas del *whisky* y cerró los ojos para permitir que el paladar se le siguiera abriendo y le cosquilleara la garganta.

—Señorita Digby —murmuró Spencer y cuando abrió los ojos y lo miró, vio un hambre voraz en su expresión—. Si sigue haciendo esas caras tendré que amarrarla a la silla otra vez. Me ha quitado el placer de llevarla a la cima cuando no tenía a dónde huir.

Joanna se quedó sin aliento y sintió como si unas llamas le lamieran el cuerpo de pies a cabeza. Se aclaró la garganta mientras buscaba una manera de distraerse de ese calor, de la debilidad que sentía en las piernas, de la dolorosa necesidad de experimentar lo que acababa de describir.

—Ahora estoy aquí, *lord* Seaton —logró decir con frialdad a pesar del calor que le habían producido sus palabras—. Para honrar nuestra apuesta y su victoria. ¿Podría al menos decirme qué le ha dicho el hombre de Whitechapel?

Spencer se rio entre dientes.

—No tengo ninguna obligación de hacerlo, querida. Has perdido.

Quizás se debía al alcohol, pero la ira le abofeteó los sentidos. Joanna avanzó hasta la mesa, bajó la copa de *whisky* con un golpe seco y se derramó una parte del líquido en la mano. El aroma intenso del alcohol le produjo ardor en las fosas nasales.

—¿Se da cuenta de lo que le está haciendo a mi familia? En nueve días, mi hermana quedará arruinada. Y ahora me va a arruinar a mí. Nadie se casará con ninguna de las dos luego de esto.

Frunció el ceño, y cualquier indicio de arrogancia le desapareció.

—¿Su hermana? —le preguntó—. ¿Qué está pasando con su hermana?

—Es la estrella de la familia —repuso con amargura. Ya se había cansado de ese juego—. Es mi hermana mayor. Siempre ha sido la hermosa, la encantadora, la que atrae la atención de todos los hombres y muchachos.

—La vi en la ópera —admitió—. No me llamó la atención. Pero usted, sí.

Detestaba que una parte de ella sintiera como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Ningún hombre le había dicho eso jamás, pero cómo había anhelado oírlo toda su vida. Desde el primer muchacho que le había gustado a los catorce años y que había creído que le correspondía los sentimientos. No obstante, había acabado perdiendo el interés en ella en cuanto apareció

Charlotte, y el corazón se le había hecho añicos.

Desde entonces, había sabido lo insignificante que era para el sexo opuesto. Donde estuviera Charlotte, ella siempre sería la que brillaría. Por eso, en los años siguientes, cada vez que había un hombre o un muchacho cerca, Joanna había dejado de existir para ellos en cuanto su hermana aparecía en escena.

—La busqué por todo el teatro —continuó—. Seguí a todas las cabezas rubias. Pero cuando por fin la vi, con esas curvas exquisitas, se me aceleró el corazón.

No podía respirar. ¿La había buscado?

—Oh —logró decir, prácticamente sin habla. Cada vez le era más difícil estar enfadada con él cuando le decía cosas como esa y la miraba como si las dijera en serio—. Bueno, no me ayuda a protegerle la virginidad a mi hermana.

Al oírla, parpadeó y frunció el ceño.

—¿De qué habla?

Joanna soltó un suspiro.

—Mi tío es allegado al príncipe regente, que está prendado de mi hermana y le ha hecho una oferta indecente... a través de mi tío. Quiere que Charlotte sea su amante.

—¿Ashton está ofreciéndole a su sobrina como amante al príncipe regente? —repitió casi con un rugido.

Se veía de lo más aterrador, y Joanna se alegró de no ser la receptora de esa furia. Spencer comenzó a recorrer la habitación de un extremo al otro.

—¿Acaso la corrupción de ese sujeto no conoce límites? ¿Por qué lo hace?

—No lo sé. Creo que haría lo que fuera para complacer al príncipe.

—¿Y usted intenta proteger a Charlotte? —Olvidándose de las formalidades, se detuvo y la fulminó con la mirada—. ¿Por qué no se niega?

—Mi tío tiene los títulos de la herencia de mi hermano Gideon. Cuando mis padres fallecieron, Ashton se convirtió en nuestro guardián porque Gideon era menor de edad. Tenía que administrar las propiedades y la fortuna de mi hermano hasta que cumpliera la edad legal para hacerlo él mismo. Sin embargo, nunca le devolvió nada. Y ahora dice que, si Charlotte no se convierte en la amante del príncipe, no solo se quedará con la herencia, sino que también se asegurará de que no herede el título de Ashton, por más que sea el siguiente heredero en la línea de sucesión.

Spencer soltó el aliento exasperado y se pasó las manos por el cabello.

—¿Qué es lo que busca en concreto al hurgar en los asuntos de Ashton, señorita Digby?

—Me apena decirlo, pero tengo que extorsionarlo. Debo utilizar su propia arma contra él. Sé que está enredado en asuntos malos, a pesar de que no sé exactamente en qué. Si es un criminal, no puedo permitir que vaya a juicio y lo condenen. Podría perder el título y todas las propiedades, junto con la herencia de mi hermano. De modo que Gideon no recibirá lo que se merece, todo lo que mi tío le ha robado...

Spencer asintió con la cabeza.

—Ya veo.

—Bueno, la situación es tan extrema que debo ganar dinero para mantenernos.

Eso lo llevó a fruncir el ceño nuevamente.

—¿Usted, señorita Digby?

De repente no quiso ocultarse detrás de su pseudónimo. Quería que lo supiera. Sería la primera persona en su vida en saberlo.

—Sí, *lord* Seaton. Yo. Escribo bajo el pseudónimo de Joaquim Digory en *La Gaceta de*

Londres. Mi historia...

—¿Es *Susurros en la oscuridad*? —le preguntó Spencer.

Joanna se relamió los labios.

—Sí.

—La conozco y disfruto mucho de su escritura. Nunca me imaginé que era... —La voz se le apagó y, de repente, se vio avergonzado. Joanna soltó un bufido.

—Una mujer quien la escribía —concluyó por él.

—Sí. Lamento mucho haberlo asumido, señorita Digby. No era mi intención ofenderla.

A Joanna se le escapó un suspiro.

—No lo ha hecho. Me he estado ocultando detrás de un nombre masculino desde hace dos años. No debería sorprenderme que asumiera que un hombre la escribía considerando que el nombre del autor es masculino.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Pero masculino o femenino, es muy talentosa. Ojalá todos supieran que es usted y no Joaquim Digory.

Ella sonrió. El cumplido, el apoyo era justamente lo que necesitaba y jamás se había atrevido a decir en voz alta.

—Es el primero en saberlo —le dijo—. Es un secreto. Por favor, no se lo cuente a nadie.

—No lo haré, señorita Digby. Gracias por su confianza.

Mientras Joanna encontraba la mirada de Spencer, casi pudo oír el sonido de sus defensas desmoronándose y no debido al desgaste de la confrontación. Sintió que algo se ablandaba en su interior. Los ojos de Spencer, que por lo general se veían impenetrables y protegidos, ahora parecían derretirse en piscinas sin fin que reflejaban un eco de su propia agitación y de las cosas que ella misma había enterrado en lo más profundo de su ser.

—Le toca a usted, *lord* Seaton. Ha dicho que mi tío era el motivo por el que se vio arrastrado a una guerra...

Spencer tomó una profunda bocanada de aire al tiempo que se le tensaba el mentón. Nuevamente, se veía desolado, o quizás incluso derrotado. Parecía un hombre enfadado que guardaba luto por sus pérdidas. Estaba sentado en el borde de la cama con una mirada acechada. Se apoyó los codos sobre las rodillas y clavó la mirada en la luz titilante de una vela. La tormenta que azotaba contra las ventanas producía un estrépito constante cuando las pesadas gotas chocaban contra los paneles de cristal.

—¿Qué ocurrió en concreto? —le preguntó Joanna con cautela mientras se sentaba en la cama con las manos plegadas y la mirada posada en él. Quería saber más acerca de ese hombre. Quería descubrirlo, desenvolverlo y desenmarañarlo como a un acertijo... un misterio destinado solo para ella.

—Ocurrió en septiembre del año pasado —comenzó—. Fui a una pelea en Portside y luego me siguieron varios hombres con uniformes de la Marina, me golpearon hasta dejarme inconsciente y me desnudaron. Cuando recobré los sentidos, me desperté en la oscura bodega de un barco y me estaban enviando a la guerra en contra de mi voluntad con muchos otros pobres infelices. Como encontraron a otro hombre con mis prendas, mi familia lo enterró creyendo que había muerto. —La mirada acechada en los ojos le jaló del corazón al tiempo que se imaginaba el tormento al que se habrían enfrentado todos en ese momento. Pero Spencer sacudió la cabeza—. Si me hubiera conocido en esa época, dudo que me hubiera reconocido. Era el duque. Luchaba en peleas de boxeo y ganaba. Me gustaba ganar. Me gustaba seducir y conquistar a las damas. Me gustaba beber. Me gustaba mi hogar, a pesar de que era oscuro, antiguo e

inconveniente. —Se rio con autocrítica—. Como sabe, la nobleza está exenta de los reclutamientos por la fuerza. Pero yo no lo estuve. Y, a decir verdad, todo comenzó una semana antes de eso, en agosto. Estuve en el lugar equivocado en el momento equivocado. Soy miembro de Tyche, ¿lo conoce?

Joanna asintió con la cabeza.

—He oído que es un club de caballeros en el distrito de Saint James, ¿no?

—Sí. Es un sitio donde los caballeros pueden apostar lo que sea por lo que sea. Me encantaba la distracción que ofrecía, aunque ya no la disfruto. Una noche, decidí caminar a una velada que estaba albergando mi amante de aquel entonces. Era una noche cálida. Giré en la esquina equivocada y acabé en un callejón angosto. Al final, vi a Ashton, a quien conocía del club. Le dio una bofetada a un muchacho callejero, un niño de menos de diez años, y le entregó un papel. Acto seguido, le arrojó una moneda en el rostro, que le golpeó el ojo y rebotó contra los adoquines y se marchó antes de que pudiera hacer algo al respecto. El niño recogió la moneda y caminó rápido hacia mí, probablemente sin haberse percatado de mi presencia. Cuando me vio, le pregunté si se encontraba bien, pero se asustó tanto que soltó el trozo de papel y echó a correr. Lo recogí de un charco de barro y corrí tras él para devolvérselo, pero era muy veloz. Cuando abrí el papel, la mitad de la escritura estaba borrosa por el agua y no lo pude leer. El resto no tenía sentido. Había una fecha, una letra griega y un número. El resto era ilegible.

A Joanna le temblaron las manos. Eso sonaba como el principio de la carta que había abierto en el estudio de Ashton. La fecha, la palabra «Valiant» a pesar de que no era una letra griega, y el número... doscientos sesenta. Se quedó sin aliento. ¿Debería compartir esa información con él? No, tenía que ser fuerte e intentar ganar por el bien de Charlotte y Gideon, y eso implicaba no compartir esa información con nadie.

—Mi tío no lo vio, ¿no?

—No. Pero cuando alcé la mirada, el muchacho estaba espiando desde una esquina. Luego desapareció.

—Pero ¿cómo haría para saber quién era?

—Quizás me siguió esa noche. Solo puedo asumir que lo hizo. Me podría haber seguido a casa y reportarle a Ashton lo que había ocurrido. Noté que alguien me observaba durante la semana siguiente, pero era un hombre y no un muchacho.

—Pero ¿cómo sabe que fue mi tío el que dio la orden de que lo reclutaran a la fuerza? —le preguntó.

—Lo descubrí mucho más adelante, a bordo del barco —le respondió—. Luego del incidente con ese muchacho, continué con mi vida como de costumbre, sin darle demasiada importancia a las palabras misteriosas que había leído en la carta. Sigo sin saber qué significan, pero deseo haber indagado más en el asunto y haber comenzado algún tipo de investigación. De haberlo hecho, quizás no hubiera ocurrido nada de esto. Por desgracia, estaba demasiado preocupado por discutir con mi hermano Preston y estaba enamorado... y me estaba preparando para hacer una propuesta matrimonial.

Joanna se tuvo que contener para no retorcerse de celos y se quedó sin aliento. Había amado a alguien... había estado a punto de pedir la mano de una dama en matrimonio... Ese hombre que parecía tan seguro de sí mismo y tan inalcanzable... Alguien se las había ingeniado para robarle el corazón, y había estado dispuesto a convertirla en su esposa.

Le había dicho que jamás se casaría con ella. Lo único que quería de ella era su cuerpo... por una noche. Por una apuesta. Sin embargo, se encontraba allí sentada escuchando. Y, si debía ser sincera, ardía de curiosidad y deseo de volver a sentir sus manos ásperas sobre la piel desnuda.

¿Qué tan bajo podía caer?

—¿Quién era? —le preguntó con la voz temblorosa.

Él la miró con los ojos tan lúgubres que parecía que le quedara nada por dentro.

—Penelope.

—¿Su cuñada?

En respuesta asintió con la cabeza. Joanna no podía sentir su propio cuerpo.

—¿Amaba a la esposa de su hermano?

—Sí. O eso creía. Era la única mujer con la que alguna vez consideré casarme.

Joanna reprimió el impulso de ponerse de pie y sacudirlo para quitarle esa tristeza. Cada palabra la cortaba como una daga. Ella no era más que una victoria para él, el medio para lograr un fin. Una fuente de entretenimiento para distraer su alma triste.

—¿Todavía la ama? —le preguntó con la voz tan distante que pareció pertenecerle a otra persona.

No respondió durante un instante prolongado, sino que se limitó a clavar la mirada en la oscuridad lluviosa del exterior.

—Era el motivo por el que regresé de la guerra vivo. Pensar en ella me trajo de regreso de la muerte.

Un estremecimiento frío la recorrió. Todavía la amaba. Debía amarla. ¿Qué otra cosa podría traer a una persona de regreso de la muerte? ¿Qué otra cosa podría mantener la esperanza viva durante meses, mantener a una persona buscando la manera de regresar a casa de la guerra, de cruzar un océano, sino el amor? Un amor que jamás sentiría por ella. Sin importar lo mucho que él la hiciera sentir vista, viva y el centro de atención... siempre amaría a su cuñada.

—Y al enviarlo a la guerra —continuó Joanna con cautela—, ¿mi tío le arrebató el título, su vieja vida y a la única mujer que ha amado?

En lugar de responder, asintió con la cabeza, con la mirada oscura destellando.

Joanna suprimió un estremecimiento. Deseó no saberlo, pero comprendía por qué estaba tan determinado a conseguir que arrestaran al duque y lo llevaran a juicio.

—Por eso quiero que se enfrente a los cargos de los crímenes que haya cometido. No puedo evitar sentir que debe ser algo de lo más horrible como para que se haya tomado el trabajo de liberarse de mí luego de que viera ese mensaje. ¿No le gustaría que lo castigaran por el bien de su hermana? ¿Y por el de su hermano? ¿O por su propio bien? Le quitó muchas cosas a su propia familia y los tiene de rehenes.

Joanna soltó el aliento.

—Nos quitó muchas cosas a los dos.

Spencer asintió y la miró a los ojos.

—Al parecer no somos tan diferentes, señorita Digby.

—Pero usted se deja llevar por la venganza, mientras que yo debo proteger a mi familia.

—Es cierto. Somos rivales, pero desde que la conocí parece que mis pensamientos oscuros no son tan predominantes como solían serlo.

Se acercó a ella en la cama, y el colchón se hundió.

—Solo por esta noche, seamos lo que siempre deseé que fuéramos desde el primer momento en que posé la mirada en mi Perséfone.

JOANNA SE INCORPORÓ de un salto. ¿Qué había esperado? ¿Una declaración de amor eterno?

No debería hacerse ilusiones con ese hombre. Estaba herido en cuerpo y alma. Amaba a alguien a quien jamás podría tener, y esa persona no era ella. Ella era un premio para aumentarle el ego. En su vida anterior, había sido un seductor, un libertino que perseguía faldas y arruinaba reputaciones... era un diablo, y el arte de la seducción se le daba bien. Era evidente que a ella también la había seducido.

Tuvo que luchar por recuperar el aliento, y la mente se le aceleró en un millón de direcciones mientras buscaba el modo de salir de esa situación sin ningún éxito. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—No.

Muy despacio, con una mueca casi imperceptible, Spencer se puso de pie con la mirada oscura fija en la suya. Tuvo la sensación aterradora de ser un ciervo acechado por un león.

—¿No? —le preguntó mientras daba un paso hacia ella—. Debería haber dicho que no a nuestra apuesta. Ahora es demasiado tarde, ¿no cree?

Ella enderezó los hombros.

—¿Y qué va a hacer, señor? ¿Tomarme por la fuerza?

La garganta se le tensó al tiempo que se le oscureció la mirada.

—Jamás. Se entregará a mí por voluntad propia o no será mía en absoluto.

Algo se ablandó en su centro al oír esa respuesta, una tensión que había tenido desde el momento en que llamó a la puerta de servicio.

—Muy bien —repuso—. Ahora lo respeto más, *lord* Seaton. Y es hora de marcharme.

—¿Cuál es su objeción, señorita Joanna? Si hubiera sentido lo mismo antes, no habría venido. —Dio un paso hacia ella y se detuvo tan cerca que lo pudo oler. Su aroma era más embriagador que el mismo *whisky*—. Pero vino, dispuesta a honrar nuestra apuesta. Estoy aquí. Y usted también. Yo la sigo deseando. Y usted también me deseó, lo sé con la misma certeza que sé mi nombre. Su cuerpo respondió a mí. —Alzó la mano y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Qué ocurrió? ¿Qué cambió?

Lo que había ocurrido había sido la conversación. Le había encantado oírlo abrirse ante ella. Aprender qué lo hacía ser el hombre que era. Qué lo había endurecido. Pero nada de eso le había hecho cambiar de parecer. Lo que la había llevado a eso era haber descubierto que su corazón le pertenecía a otra persona. Era algo de lo más tonto porque ni siquiera debería haber pensado en su corazón o en él casándose con alguien.

—Su cuñada —le dijo y lo vio fruncir el ceño—. Es evidente que la amó lo suficiente como para querer pedirle matrimonio. Sin embargo, me dijo que jamás se casaría conmigo.

Él ladeó la cabeza.

—Mi querida señorita Digby, le advertí desde el comienzo que el matrimonio jamás sería parte de este acuerdo. Si espera lo contrario...

—Ya lo sé. No espero nada. Sin embargo, me hizo comprender que en el fondo lo único que siempre he querido ha sido ser el centro de afecto de alguien. Y discúlpeme, pero no puedo entregarle mi virtud a alguien que no se siente de ese modo hacia mí. No requiero casamiento, pero insisto en que mi compañero me vea como algo más que una sustituta de su verdadero deseo.

Él se rio con suavidad.

—Mi querida muchacha... desde ese baile de máscaras, ha sido el único centro de mi atención y mi deseo más ardiente.

Se quedó sin aliento y se le secó la boca. Quería creerle. Pero no dijo que no amaba más a la duquesa.

—No se trata de amor, querida —le aseguró—. Mi corazón jamás será parte del acuerdo y el suyo tampoco. Lo que forma parte del trato es el placer —le prometió acercándose hasta que el aliento le acarició el cuello—. Todo el placer que pueda soportar... —Le depositó un beso suave en la mejilla, y Joanna inhaló una profunda bocanada de aire—. Y luego le daré más... —le dio otro beso en la otra mejilla y le produjo un cosquilleo en los senos—. Y más...

Le depositó un beso casto en los labios, que la hizo gemir y se rio satisfecho.

—Créeme, mi dulce Perséfone, que recibirás toda mi atención. Y todo mi placer.

Se humedeció los labios y se mecía hacia él como si la empujara el viento. La mente se le nubló de todos los besos, y no pudo pensar en ningún motivo para marcharse. Lo único que sabía era que quería más.

«Piensa en tu virtud —le dijo la pequeña parte racional que aún le quedaba—. Él jamás se casará contigo... ningún hombre lo hará. Quedarás arruinada para siempre». De cualquier modo, nunca creyó que alguien fuera a pedir su mano en matrimonio. No le interesaba el casamiento. Jamás le había interesado y jamás le interesaría. Y, por más que le interesara, ¿cuántos maridos se irían a preocupar por su placer?

Sería la amante de ese hombre. Saborearía esa parte de la vida que no experimentaría de otra manera. Viviría y sería el centro de su atención. Por unas horas llenas de pecado, conocería el placer del que hablaba y luego tendría algo que recordar durante el resto de su vida. Algo de qué escribir también.

—De acuerdo —repuso y observó una sonrisa lenta que se le estiraba en el hermoso rostro.

Para su sorpresa, avanzó hasta la mesa donde estaban los bocadillos bajo la campana de cristal y la levantó. Sobre una bandeja, había una selección de quesos, cortes de carne, uvas... Y una granada.

Contuvo el aliento mientras estudiaba la fruta abierta y madura con las semillas de color rojo oscuro entre unas delgadas venas blancas que destellaban a la luz de la vela. Como si estuviera presa de un encantamiento, se acercó a la mesa sin poder despegar la mirada de la fruta.

Spencer tomó una mitad y se la ofreció. Una gota de jugo oscuro le manchó el pulgar y se lo lamió. Mientras observaba la punta de la lengua que le recorría la piel, los músculos en la entrepierna se le tensaron y le ardieron deliciosamente.

—Si pruebas la fruta del inframundo, no podrás regresar, Perséfone —le dijo—. Y te quedarás aquí para siempre... serás mía para siempre. Es la última oportunidad, querida. ¿Estás segura?

El inframundo debía de ser el mundo prohibido del placer, y él era el amo. No había vuelta

atrás, lo sabía. El aroma intenso y áspero de la granada le caló las fosas nasales, y quiso saborear el jugo. Mientras intentaba tomar una bocanada de aire, estiró la mano para tomar la fruta que le ofrecía.

Apretó los dos laterales de la fruta para que se desgarrara el centro, y el jugo le salpicó el rostro y el cuello. A Spencer se le oscureció la mirada al posarse sobre una gota que le había caído cerca de la comisura de los labios. Con toda la delicadeza que pudo, arrancó una semilla y dejó la fruta sobre la mesa.

Quizás era una tontería, pero con la mirada presa de la de él, sintió como si fuera su reina, la reina de un señor oscuro que se apoderaría de su alma y de su cuerpo en cuanto se colocara la semilla de la granada en la lengua. Con detenimiento, se la colocó entre los labios y la aplastó con los dientes para sentir el sabor agri dulce en la boca. Fue delicioso.

Spencer soltó un gemido de tormento y, en cuanto tragó saliva, la poseyó. El beso fue una tormenta que la acariciaba y la devoraba como si fuera la comida por la que había estado famélico. La envolvió en sus brazos como un tornillo de banco, y sintió el pecho duro como una piedra. Soltó otro gruñido bajo que le resonó en el pecho.

—Sabes a granada —murmuró—. Y a ti. He estado pensando en el sabor de tus labios todas las noches.

—¿De verdad, *lord* Seaton? —le preguntó en un murmullo contra sus labios.

—Lláname Spencer, querida. Quiero oír mi nombre en tus labios cuando grites de placer.

Un estremecimiento cálido la invadió al oír esas palabras. Mientras le recorría el pecho con una mano y le tomaba un pezón, se sintió estremecer. Con besos ardientes se abrió camino por la garganta y el pecho y le produjo un intenso ardor en la piel.

—Seré tu primer amante, Joanna. —El nombre en sus labios sonaba muy íntimo. Solo su familia y sus amigos cercanos la llamaban así—. Quiero que todo tu ser sea mío.

La hizo girar y comenzó a desabrocharle el vestido en la espalda con movimientos veloces. Cuando se lo bajó por los brazos y el cuerpo, le cayó a los pies. La piel le cosquilleó de sentir la mirada de Spencer sobre su cuerpo. Era el primer hombre en verla desnuda... No era una de esas damas atractivas y delgadas como Charlotte que se consideraban hermosas. Tenía rollos, curvas y caderas anchas.

—Oh, mírate... —murmuró mientras le apretaba la espalda contra el torso y se inclinaba para besarle el cuello. Le tomó los senos entre las manos a través del corsé y la camisa—. Cada curva es... pura perfección.

La garganta se le secó... ¿Podía creerle? El cuerpo de seguro le creía, la piel le cosquilleaba, los senos se le habían hinchado y le dolían de la necesidad de que la acariciara. Quería más y más.

Spencer le desató el corsé, y Joanna intentó no pensar en los movimientos rápidos y expertos que había utilizado. Se lo bajó y, como siempre, se le quedó atorado en las caderas, pero Spencer jaló de la prenda para quitársela. Acto seguido, se concentró en las enaguas. Se arrodilló detrás de ella en el instante que dio un paso al costado del corsé y el círculo que había formado el vestido en el suelo. Joanna sintió las manos cálidas que se deslizaban por las piernas bajo la camisa y dejaban unos trazos cálidos sobre la piel.

—Mira este hermoso trasero —murmuró mientras le mordía la delgada capa de la tela de la camisa. Joanna soltó un jadeo y se estremeció, pero Spencer no le permitió apartarse, sino que la sujetó en su sitio con las manos enormes—. Mira ese hermoso cuerpo... esa cintura delgada... esos senos generosos... y ese trasero exquisito. —Joanna no supo qué hacía que la piel se le cubriera más de sudor, si sus palabras, sus manos o su boca mordiéndole las nalgas... Jamás se

había imaginado que alguien pudiera morderle el trasero... ¡y mucho menos que fuera a disfrutarlo!

Spencer se puso de pie sosteniendo los bordes de la camisa para quitársela por la cabeza. Como un predador, caminó alrededor de ella, recorriéndole cada centímetro del cuerpo con la mirada. Joanna se encontraba desnuda delante de él... Completamente desnuda. No tenía dónde esconderse. Ni detrás de una máscara, ni de un vestido horrible, ni las prendas de un hombre.

Por primera vez en su vida, se encontraba en el centro de atención. Temblando, lo miró al rostro en busca de algún indicio de repulsión, rechazo o arrepentimiento, pero lo único que vio fue un hambre voraz. Tenía una mirada tan oscura que no tenía fin y destellaba. Tenía el pulgar apoyado sobre el succulento labio inferior. El pecho se le movía despacio y se le sonrosaron las mejillas al tiempo que algo muy alargado y duro se le apretaba contra los pantalones en la entrepierna.

—Eres la diosa de la primavera, Perséfone —le murmuró mientras se acercaba a ella y le quitaba los alfileres del cabello para dejárselo caer por encima de los hombros y que le produjera un cosquilleo—. Tan solo mírate... toda hermosa, madura y tan llena de vida... No te escondas más, querida. No tienes nada de qué ocultarte. Deberías ser la que esté en primera plana. Has nacido para brillar.

Se sentía muy cálida de oír sus palabras, de sentir su mirada y de la anticipación nerviosa de lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando se le acercó, creyó que la llevaría a la cama y la besaría, pero la sorprendió arrodillándose delante de ella.

—Has nacido para el placer —le murmuró con el rostro delante de su sexo.

Soltó un jadeo mientras Spencer le depositaba besos suaves en los muslos alrededor de la entrepierna. Cada caricia, cada roce de la boca contra la piel la encendía en llamas. La cabeza le daba vueltas de todas las gloriosas sensaciones cálidas y húmedas que sentía en el cuerpo.

—Spencer... —murmuró aferrándose a sus inconmensurables hombros—. ¿Qué...?

—Ya te has escondido suficiente, Joanna —le murmuró y le apoyó los dedos sobre los labios del sexo para abrírselos—. Esta noche serás la reina de mi oscuridad. Esta noche todo se tratará de ti.

Y antes de que pudiera moverse o protestar, le bajó la boca a la piel y la besó allí... Joanna soltó un grito de sorpresa y placer al sentir las sensaciones que jamás antes había experimentado. La lengua le azotaba la parte interna de los labios como la tormenta contra la ventana. Esa lengua habilidosa jugaba y esbozaba círculos y bailaba salvaje siguiendo un ritmo maravilloso.

Con un brazo, Spencer le alzó un muslo y se lo colocó por encima del hombro para acercarse el sexo más a la boca y enterrarle el rostro entre los muslos. Le clavó los brazos en las caderas para sostenerla a salvo. A Joanna le temblaban las piernas y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no caerse.

Pero se encontraba de pie, y él, de rodillas delante de ella. Adorándola. Y cuanto más la lamía, más se le tensaba algo que iba en aumento y se alzaba en su interior. No pudo hacer nada más que limitarse a aceptar ese dulce asalto y rendirse a las sensaciones de otro mundo que le estaba generando. Iba a desaparecer. Iba a explotar en una nebulosa... Iba a evaporarse.

Al cabo de pocos segundos, eso fue exactamente lo que pasó. Se deshizo en sus brazos, se aferró a él como si fuera lo último que la mantuviera conectada a la tierra... Hasta que las piernas le terminaron de ceder y colapsó en sus brazos, y Spencer la atrapó.

Lo último que pensó antes de que la recogiera y la llevara a algún sitio era que en realidad no era el canalla que quería aparentar. No le había quitado la virginidad como había querido. De hecho, no le había quitado nada. Por el contrario, le había dado algo. Y la había convertido en

una diosa.

—VEN conmigo a Tilbury —le propuso Spencer y se retorció al oír las palabras en voz alta.

Con el cielo celeste y despejado, el sol matutino brillaba intenso a través de la ventana cubierta con gotas de lluvia y caía sobre el muslo de Joanna antes de que desapareciera debajo de la túnica que se estaba poniendo. Se encontraba en el centro de la habitación, con el cabello largo brillando como oro derramado sobre sus hombros, los ojos verdes radiantes y la piel deslumbrante y traslúcida como el sol que se cuele por entre las primeras horas de la primavera.

Joanna se quedó petrificada sosteniendo el corsé en las manos mientras lo miraba. Spencer seguía acostado en la cama, con una mano en la nuca mientras disfrutaba la vista de su Perséfone preparándose para marcharse. Le recorrió el cuerpo con la mirada a través de la túnica: los senos redondeados, la cintura delgada que se curvaba hacia unas caderas deliciosas y los muslos generosos entre los que le había encantado enterrar el rostro la noche anterior. Quería lamer cada centímetro de su ser y saborear cada pliegue de su piel.

Verla alistarse para marcharse le arrancó una protesta del pecho. Y tenía muy poco que ver con el hecho de que en realidad no le había quitado la virginidad. De hecho, tenía que ver exclusivamente con la sensación de tenerla cálida, suave y con su aroma a granadas en los brazos mientras dormía y con el sabor de sus labios y las descargas de energía que lo invadían cuando la tocaba, la miraba o le oía la voz. También guardaba relación con la pesada sensación de culpa que se le había asentado en la boca del estómago luego de que le contara acerca de la situación de su hermana, la herencia de su hermano y cómo se ganaba el sustento para ayudar...

Pero ¿qué estaba haciendo al pedirle que fuera con él cuando estaba determinado a no sentir nada por nadie? Solo quería disfrutar del placer físico con la señorita Digby... y ni siquiera lo había hecho. No como se lo había imaginado y no de todas las formas concebibles. Por eso quería que fuera con él, se dijo. Porque todavía le debía su virginidad.

—¿Qué hay en Tilbury? —le preguntó.

Se incorporó de la cama y avanzó hasta ella. Tras haberle dado su primer orgasmo la noche anterior, la hizo acabar dos veces más antes de que tuviera que luchar por mantener los ojos abiertos y acabara quedándose dormida en sus brazos. Spencer se había recostado doloroso y ardiendo de deseo por ella, pero no había tenido ningún apuro por tomar lo que tanto había anhelado desde la primera vez que la vio. Había dormido con los pantalones y la camisa puesta, mientras que ella se había quedado dormida desnuda.

No había pensado en Penelope ni una sola vez. No había sentido la sombra de su antigua depresión. La noche anterior lo había cambiado todo. No sentía que Joanna fuera su adversaria o su rival. Y eso era peligroso porque podría distraerlo de su misión y acabaría fracasando.

También había descubierto una nueva timidez alrededor de la herida antiestética en el muslo:

la carne cruda, hinchada y aún enrojecida del punto donde le habían volado la carne para dejar al descubierto una capa de músculos que se movían de manera antinatural debajo del tejido blando. El Spencer de antes jamás se habría sentido avergonzado de su cuerpo... ni preocupado por la reacción de una nueva amante.

Se detuvo detrás de ella y jaló de los bordes del corsé para comenzar a cerrar los lazos antes de arrepentirse de que se cubriera cuando lo único que quería hacer era verla desnuda durante muchas horas.

—Tilbury es nuestro siguiente destino, Joanna.

Dio vuelta la cabeza, y vio su perfil con los ojos abiertos de par en par reflejando sorpresa.

—¿Nuestro destino?

Spencer se rio. Compartir eso con ella y saber que podría ayudarla le produjo más calor en el interior que la adrenalina de la persecución y el deseo de derrotarla.

—Joseph, el hombre de la calle Petticoat, recoge cartas y las lleva a la empresa de transportes Pottinger Shipping Company. —La espalda de Joanna dejó de moverse bajo los lazos del corsé. Spencer jaló un poco más. Solo le faltaba la mitad. —Iré allí hoy, y me preguntaba si quizás te gustaría venir.

—Lord Seaton. —Se rio y le sonrió mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué pasó con el canalla que prometió ser?

La pregunta le hizo fruncir el ceño y jalar de los lazos con más fuerza. Era muy acertada.

—Nada —masculló—. Todavía me debes tu virginidad.

—Oh, claro. Y, sin embargo, creí que de repente se le había derretido el corazón de piedra. No tomó su premio y sigo siendo su rival, pero ¿me va a ayudar?

Jaló de los lazos por última vez y los sujetó.

—Como te dije, todavía me debes tu virginidad.

Y la idea de no verla en los siguientes días mientras se encontrara en Tilbury le producía una desesperación oscura que se abría en su interior como un abismo.

—¿Qué les digo a Charlotte y Gideon? No puedo huir. Debo regresar a casa de inmediato, antes de que se despierten.

—¿No les puedes decir que has ido a visitar a tu familia en el campo?

Joanna se mordió el labio inferior, y Spencer deseó besarle el tentador arco de Cupido.

—Supongo que les puedo enviar una nota disculpándome y diciéndoles que he ido a visitar a los Hodges. Les puedo decir que me tuve que marchar temprano por una urgencia. Priscilla Hodges es una prima lejana de mi madre. Se casó con un hombre del clero, y tienen nueve niños. Siempre hay alguna urgencia: alguien que se enferma o se rompe un brazo o sufre algún accidente, en especial durante la época de la cosecha, como ahora, que tienen que preparar un montón de conservas para el invierno. Siempre necesitan ayuda. Voy a visitarlos casi todos los años.

—Muy bien. Escríbeles una nota diciéndoles que tenías tanta prisa que te olvidaste de escribirles un mensaje y te acordaste antes de subirte a la diligencia. Puedo pedirle a un lacayo que lleve la nota.

—Es una buena idea —acordó—, pero si un lacayo lleva la nota será sospechoso. ¿No le puede pagar a un muchacho para que la entregue?

Él se rio.

—Claro. Qué estrategia más astuta.

Joanna negó con la cabeza.

—Me siento fatal de mentirles a mis hermanos. No suelo mentir.

—Es por Charlotte, querida. Lo estás haciendo por ellos.

—Es cierto. —Se volvió hacia él entusiasmada y ocultando una sonrisa al tiempo que los ojos verdes le destellaban—. De acuerdo, iré con usted. No porque le deba algo, sino porque necesito proteger a mis hermanos.

—Claro —acordó y sintió alegría en todo el cuerpo. Le pasó los brazos por la cintura y la jaló hacia su pecho—. Por tus hermanos.

Luego la besó.

Al cabo de tres horas, se había vuelto a deshacer en sus brazos, y habían desayunado en la habitación de Spencer mientras la señora Girdwood arreglaba el tocado de Joanna y empacaba algunas prendas de la difunta madre de Spencer tras asegurarle a Joanna que le quedarían bien. Acto seguido se subieron al carruaje de Spencer, que comenzó a repiquetear mientras recorría el camino húmedo, pero en relativamente buen estado que conducía a Tilbury. El destino se encontraba a unos cuarenta kilómetros de Mayfair. Si la carretera no se encontraba demasiado empapada por la lluvia, llegarían en cuatro horas. Y si tenía suerte, encontrarían una posada donde pasar la noche para poder pasar más tiempo en compañía de su encantadora Perséfone.

De camino a Tilbury, se la pasaron besándose, coqueteando y provocándose. Y hablaron. No pararon de hablar en ningún momento... bueno, solo para besarse. Hablaron de sus infancias, de lo que les gustaba y lo que no les gustaba, de poesía, literatura, ópera y arte... Durante todo el trayecto, Spencer experimentó una sensación liviana y cálida en el estómago, como si pudiera abrir los brazos y abarcar el mundo entero. En ningún momento sintió la oscuridad que lo había acompañado en todo instante durante los meses que había pasado en el barco. Se detuvieron en la mitad del camino para que los caballos descansaran y almorzaron. El resto del camino se pasó tan rápido que no se dio cuenta de que el cielo se estaba oscureciendo cuando el carruaje se detuvo, y Carl abrió la puerta.

—Hemos llegado, *milord* —anunció—. La empresa Pottinger Shipping Company de Tilbury.

Spencer asintió con la cabeza y sintió como si lo hubieran arrancado de un sueño dulce del que jamás quería despertar. Se apeó del carruaje y salió al aire cálido del anochecer, con el sol que comenzaba a ponerse detrás de las edificaciones de los depósitos y los mástiles altos de los barcos que se mecían en el agua.

Cruzando la calle, una robusta edificación de dos plantas de ladrillos desgastados y madera tenía un letrero con letras desgastadas que decía: Pottinger Shipping Company. Los travesaños de las ventanas se veían oscuros, considerando que las oficinas debían de estar cerradas. Había una puerta contra la pared de ladrillo de la fachada derecha, y Spencer supuso que debía de tratarse de una zona de almacenamiento.

En el aire pendía el delicioso aroma a pan recién horneado y estofado que provenía de la taberna que había al final de la calle y se oían varias carcajadas. Un farolero recorría la calle encendiendo las lámparas. Una mezcla de tierra y gravilla crujía bajo sus pies. Spencer oía voces, el avance de pesadas ruedas sobre los adoquines, y el rítmico sonido de los cascos de los caballos a dos calles de distancia, más cerca de los barcos.

Al ver que no había peligro a la vista y que solo se veían unos pocos marineros y trabajadores portuarios que pasaban por la calle o llevaban carretas con mercadería en la distancia, decidió que era seguro que Joanna se apeara también del carruaje.

—¿Quiere que pregunte en la taberna si tienen una habitación, *milord*? —preguntó Carl mirando alrededor—. ¿O que me den instrucciones para llegar a una posada donde podamos cambiar los caballos para regresar esta noche?

Spencer miró alrededor indeciso. No tenía un plan concreto de lo que quería hacer. No sabía

si confrontar al dueño en persona o si observar la edificación primero en busca de alguna pista acerca de cómo Ashton podría estar usando esa empresa en sus actividades criminales.

Necesitaban pruebas. Joanna las necesitaba para confrontar a Ashton, y Spencer para iniciar un caso criminal. Por ende, las pruebas, ya fueran cartas, mensajes o testigos, eran clave para los dos. No tenía que esperar al dueño para intentar encontrar cartas. Y como no había nadie en las oficinas de la empresa, no habría mejor ocasión para escabullirse.

—No, Carl —repuso—. No hagas nada. Cuida a la señorita Joanna mientras intento meterme. Joanna soltó un jadeo.

—¿Vas a intentar entrar? ¿Qué hay de mí?

—Es demasiado peligroso para ti. Deberías quedarte en el carruaje.

Soltó un suspiro de exasperación.

—No —repuso y marchó por la calle hacia la edificación.

Spencer soltó una maldición por lo bajo y la siguió. Miró alrededor y jaló de la puerta sabiendo que estaría cerrada. A continuación, intentó las ventanas, que también estaban cerradas.

—Tienes que romper la ventana —le dijo Joanna al tiempo que se agachaba para tomar una piedra del tamaño de su puño.

Spencer asintió con la cabeza.

—Por fortuna, no hay mucha gente alrededor.

Le quitó la piedra de la mano, la envolvió en el abrigo para amortiguar el ruido y golpeó la ventana. Mientras el cristal se hacía añicos que caían al suelo, se quedó quieto y miró alrededor. Sin embargo, la calle estaba tan serena y vacía como antes, a excepción de los marineros y trabajadores portuarios que se encontraban a varios metros de distancia y cuyas carcajadas quedaban amortiguadas por los sonidos de la taberna.

Intercambió una mirada con Joanna, empujó los restos del cristal al interior de la oficina con el codo y, con cuidado de no cortarse, pasó la mano por el panel para quitarle el pestillo. Alzó la ventana, se impulsó y se trepó al alféizar antes de dejarse caer al suelo como un costal de carne y huesos. Soltó un gruñido al sentir un tirón en el muslo, pero se incorporó rápido y abrió la puerta para Joanna, que entró y la cerró a sus espaldas.

—No se ve nada, necesitamos una vela.

—Sí —acordó mirando las siluetas de los escritorios, las sillas y las estanterías—. No se me ocurre otra alternativa.

Encontró una vela y un yesquero. Frotó el acero contra el pedernal y encendió la yesca para luego prender la vela. El cristal sucio de la lámpara brilló en la oscuridad e iluminó la zona de recepción en la que había un gran escritorio de madera con varios libros de contabilidad, algunos tinteros y unas plumas sobre una estantería. Tanto a la izquierda como a la derecha, había dos sencillos bancos de madera contra las paredes para que las visitas se sentaran a esperar. Unos mapas marítimos con rutas delimitadas y algunos cuadros y huecograbados de diferentes barcos decoraban las paredes. Entre ellos colgaban algunos candeleros con velas apagadas. Al lado de una puerta que daba a unas escaleras que subían a la segunda planta, había una gran pizarra con un itinerario para cada barco junto con lo que transportaba y algunas fechas. La habitación olía a polvo, moho y salmuera. Todo parecía bastante viejo y descuidado. Los bancos estaban cubiertos de tierra, al igual que los cuadros, que colgaban de paredes con manchas de agua grisáceas y amarillentas y también con varias manchas negras de moho.

—Revisa el escritorio —le dijo Joanna—. Yo buscaré en la estantería.

—De acuerdo —accedió Spencer. Dejó la lámpara sobre el borde del escritorio para que los dos pudieran ver y comenzó a revisar los tres cajones—. No hay nada aquí —anunció al cabo de

un rato—. No me pareció que fuéramos a encontrar algo en el vestíbulo de recepción.

Joanna asintió con la cabeza y se volvió hacia él.

—Aquí tampoco hay nada.

—Debe haber más oficinas arriba —sugirió Spencer—. Ven conmigo, ladroncita.

Subieron las escaleras y vieron dos oficinas más y un comedor con una mesa redonda en el centro y un sofá desgastado con varios agujeros. Ese sitio parecía más luchar por sobrevivir que ser un negocio próspero.

—Esta debe ser la oficina del dueño —dijo Joanna abriendo la puerta que daba a una habitación más grande donde había varias estanterías con libros de contabilidad contra una de las paredes, un escritorio lleno de pilas de papeles, rollos y más libros.

—Muy bien —dijo Spencer antes de poner manos a la obra.

—Aquí está el nombre del dueño —dijo Joanna con la cabeza inclinada sobre un trozo de papel—. Es el señor Owen Lucas Bailey Pottinger.

—Podría ser útil tener su nombre entero —dijo Spencer.

Mientras Joanna examinaba las estanterías, Spencer revisó cada papel que encontró sobre la superficie del escritorio, luego abrió todos los cajones. Pero no vio nada, excepto órdenes, listas de inventario, facturas, cuadernos de bitácoras y reportes.

Debieron de haber trabajado media hora antes de que a Spencer se le hundieran los hombros; estaba seguro de que había examinado hasta la última hoja de papel.

—No hay nada aquí —anunció.

—No hay nada aún —lo corrigió Joanna.

Pero cuando terminó de hablar, oyó unos pasos pesados que se acercaban por las escaleras, y Spencer y Joanna alzaron la mirada.

Un hombre de unos cincuenta años se encontraba de pie en el umbral con unas gruesas patillas blancas y un ojo de madera. El ojo le sobresalía mientras los miraba con temor e indignación. Tras dar media vuelta, comenzó a bajar las escaleras a toda prisa.

Spencer salió disparado tras él, pero el muslo herido le produjo descargas de dolor intenso con cada paso que daba. El apremio de cada movimiento anulaba cualquier malestar. Joanna los siguió de cerca, y sus pasos livianos produjeron un eco veloz sobre las escaleras silenciosas.

Cuando llegaron al pie de las escaleras, el hombre abrió la puerta principal y salió al aire frío de la noche. Spencer lo siguió de cerca, al tiempo que Joanna le pisaba los talones.

—¡Carl, síguelo! —le ordenó al cochero, que se encontraba alerta y salió disparado tras el hombre.

—¡Sí, *milord*!

Spencer veía la silueta encorvada del hombre mientras corría, y la melena blanca se divisaba en la luz tenue de la noche. Con las dos piernas saludables, Carl se le estaba acercando cada vez más, pero el hombre demostraba una agilidad sorprendente para una persona de su edad.

Al poco tiempo, giró en una esquina y Spencer aumentó la velocidad en el intento de alcanzarlo. Pero cuando dio vuelta la esquina, no vio más señales de él, y Carl lo seguía buscando como si pudiera materializarse de una sombra.

—¿A dónde fue? —preguntó Joanna sin aliento al llegar ante ellos.

—No lo sé, señorita —le respondió Carl.

Las calles de Tilbury se encontraban muy tranquilas. El hombre podría estar en cualquier sitio. Spencer sintió un dolor lacerante en el muslo y se tuvo que apoyar contra una pared para recuperar el aliento.

—Tenemos que encontrarlo —dijo con los dientes apretados y parándose erguido.

Joanna asintió.

—Debe tener algo que ver con las cartas.

Buscaron en las calles y callejones aledaños, que se encontraban inmersos en la oscuridad casi absoluta. Cuando Spencer divisó a un hombre que salía de una casa, le dio un susto de muerte al preguntarle si había visto al sujeto con las patillas blancas y el ojo de madera. El hombre se limitó a negar con la cabeza. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

—Maldita oscuridad —masculló Spencer pasándose una mano por el cabello—. Debe conocer estas calles como a la palma de su mano.

—*Milord* —lo llamó Carl—, no veo nada.

—Esto es absurdo —añadió Joanna.

—Sí —acordó Spencer—. Regresemos antes de acabar perdidos en este laberinto oscuro. Además, hemos dejado el carruaje desprotegido. Vamos.

Mientras regresaban por las calles oscuras, Carl le preguntó:

—¿Quiere que busque una posada, *milord*?

—Sí, por favor. No viajaremos a Londres en el medio de la noche. Y mañana me gustaría hablar con el señor Owen Lucas Bailey Pottinger, a quien sospecho acabamos de perseguir.

A pesar de que Spencer quería hablar con el hombre y aprender lo que fuera acerca de los tratos de Ashton, lo que más apreciaba aún era la excusa de pasar otra noche con su dulce Perséfone.

—*MILORD*, ¿una habitación para usted y su encantadora esposa? —le preguntó el posadero que se encontraba de pie delante de Spencer y Joanna.

Era un hombre robusto con una barriga que parecía un barril y miraba con avaricia el precioso carruaje de Spencer, con el escudo de armas de los Grandhampton destellando a la luz de las llamas. Se encontraban de pie en el patio oscuro de la taberna *The Wild Boar and the Blackbird*, donde aparcaban los carruajes, y unas pocas antorchas iluminaban el espacio. La posada era una edificación de dos plantas con un tejado de paja y vigas de madera. De las ventanas se veía una luz cálida que proyectaba unos tonos amarillos y anaranjados sobre el patio.

Joanna miró al posadero.

—Necesitamos dos habitaciones, por favor —le dijo antes de que Spencer pudiera responder.

—¿Dos? —El hombre frunció el ceño—. Lo siento mucho, *milady*, pero solo me queda una habitación.

—En ese caso, mi marido dormirá en el establo —anunció Joanna.

Habían pasado la última hora haciendo indagaciones en las calles que rodeaban la empresa de transportes para intentar averiguar algo acerca del hombre con el ojo de madera y las patillas blancas, pero solo habían logrado confirmar que se trataba del señor Pottinger. También habían conseguido la dirección del hombre, pero la casa se encontraba cerrada y en silencio, y no querían irrumpir en otra edificación. Además, necesitaba que el señor Pottinger cooperara y respondiera sus preguntas, y no lograrían nada con asustarlo más.

Por eso, al final decidieron alejarse de Tilbury en búsqueda de la posada que le habían indicado a Carl. Joanna se encontraba exhausta y no veía la hora de llegar a una habitación con una cama suave. Estaba determinada a no permitir que Spencer la volviera a seducir, sin importar lo bien que se hubiera sentido estar en sus brazos la noche anterior.

—Una habitación bastará —le aseguró Spencer con una sonrisa amable—. Mi esposa está bromeando, no permitirá que su marido duerma en el establo. Sin embargo, necesitaré un sitio para mis caballos y mi cochero. —Con la cabeza, señaló a Carl.

—Por supuesto, *milord* —dijo Carl, y Joanna se preguntó si habría algo que no estaría dispuesto a hacer por su señor.

—¡Spencer! —siseó Joanna por lo bajo mientras le asestaba una patada en la bota. Spencer hizo una mueca de dolor y apartó el pie de ella—. ¡No compartiré una habitación contigo!

—Tomaremos la habitación —le informó Spencer al posadero al tiempo que le pasaba un brazo por la cintura y se la acercaba más al cuerpo—. Mi esposa está enfadada conmigo.

—Claro —dijo el posadero mirándola con curiosidad—. *Lord*...

—Hade... —comenzó, pero se interrumpió a tiempo y tosió para aclararse la garganta—.

Hadecliff. Somos el señor y la señora Hadecliff.

—Deliras si crees que me quedaré en la misma habitación que tú, ¡y más en un sitio público! —le dijo apretando los dientes.

—Entonces, puedes pasar la noche en el establo, querida —le dijo Spencer, y Joanna apretó la mandíbula enfadada.

—Me ocuparé del caballo y del carruaje —anunció Carl—. Llámeme si necesita algo.

—Gracias, Carl —le dijo Spencer con un tono cálido—. Buenas noches.

El posadero echó un vistazo al carruaje.

—¿No viajan con criadas? ¿O algún ayudante de cámara?

—No —respondió Spencer—. ¿Quién necesita un ayudante con una esposa tan maravillosa como la mía? —La recorrió con una mirada que le encendió la sangre—. Y yo soy más que capaz de ayudarla a quitarse esas prendas.

Mientras Joanna ardía de vergüenza y deseo que no quería sentir, el posadero asintió con la cabeza con un gesto serio y sin reaccionar a las palabras de Spencer.

—Muy bien —dijo—. Me pueden seguir... —Comenzó a andar, y Spencer lo siguió luego de dirigirle una mirada de lo más entretenida a Joanna—. La habitación tiene un colchón excelente. La suelen recomendar mucho... parejas respetables como la suya.

—Me temo que el señor Hadecliff no disfrutará de la comodidad de su buen colchón —le dijo Joanna mientras los seguía y se preguntaba cómo era posible salir de esa situación en la que la había metido Spencer. La estaba obligando a compartir una habitación con él... ¡otra vez!

Una parte de ella estaba preocupada acerca de su virtud y su reputación, mientras que otra parte más grande se entusiasmaba al recordar lo que le había hecho a su cuerpo... y anticipar más.

—¿Ah, sí? —preguntó Spencer volviendo la cabeza por encima del hombro para mirarla con los ojos oscuros y taimados—. ¿Y qué hice en esta ocasión, esposa?

Ella puso los ojos en blanco y se apresuró a acercarse a él para que el posadero no la oyera.

—Ojalá me hubieras preguntado antes de declararme tu esposa. Una habitación separada hubiera sido mucho más segura por si alguien nos reconoce. No estamos tan lejos de Londres.

—¿Acaso no cree que la mantendré a salvo de los chismes y la ruina, señora Hadecliff? —le preguntó y soltó una carcajada—. Además, no dormiría tranquilo de saber que te encuentras sola en otra habitación sin mi protección, donde cualquier cosa podría ponerte en peligro o quitarte la tranquilidad.

Eso la llevó a negar con la cabeza y arquear una ceja.

—En este momento, lo único que me pone en peligro y me quita la tranquilidad es usted, señor.

Spencer le sonrió y se dirigió al posadero.

—Espero que tenga un buen cocinero. El mal genio de mi esposa suele mejorar tras un buen plato de comida.

Joanna soltó un jadeo.

—¿Mal genio?

Spencer le ofreció esa pícara sonrisa que anunciaba a la legua lo mucho que se estaba divirtiendo a sus expensas.

Entraron en el salón principal de la posada, y el brillo de muchas velas, incluidas las que colgaban de los candelabros, hizo que Joanna entrecerrara los ojos para acostumbrarse a la luz. Muchas miradas se volvieron hacia ella y Spencer. La mayoría de los presentes eran viajeros como ellos, pero también había algunos borrachos y oficiales de la fuerza naval de rangos

inferiores que se reían a carcajadas y chocaban las jarras de cerveza contra las mesas. En las paredes de paneles de madera había cabezas de ciervos, jabalíes y otros animales de caza. La atmósfera era alegre, y los aromas a carne asada y verduras hervidas hacían que se le hiciera agua la boca.

—Sin dudas, señor Hadecliff —le aseguró el posadero—. Hago mi propia cerveza. Además, mi plato de carne asada con patatas es famoso en el camino de Essex a Londres. ¿Le gustaría probarlo, señora Hadecliff?

—Solo lo mejor para mi esposa —le dijo Spencer—. Solo tienes que decirlo, amor. ¿Quieres carne asada con patatas?

—Sí —dijo Joanna—. Gracias —añadió con suavidad, recordando sus modales y que el posadero no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo.

De camino a la mesa, uno de los oficiales ebrios se rio tan fuerte, que arrojó la cabeza hacia atrás y la golpeó en la cadera. Joanna se trastabilló, pero Spencer la sujetó del hombro.

—Disculpe, señor —le dijo con un tono gélido—, ha empujado a mi esposa.

Joanna sintió el aleteo de muchas mariposas en el estómago al ver la mirada oscura y peligrosa de Spencer. En realidad, no era su marido. Jamás sería su esposa... Tenía que recordárselo. Porque se sentía demasiado delicioso ceder al juego y vivir esa fantasía como si fuera real. Porque no lo era.

Al oficial se le transformó el rostro al mirarla a ella y luego a Spencer.

—Disculpe, señora, eh... —les dijo arrastrando las palabras.

—Señora Hadecliff —le informó Spencer con un tono severo.

—Señora Hadecliff —añadió el oficial con los ojos casi cerrados—. Le pido un millón de disculpas.

Joanna asintió con la cabeza. Nadie jamás la había protegido de ese modo, ni siquiera de algún incidente tan insignificante como un borracho empujándola.

—No hay ningún inconveniente —le aseguró—. Es evidente que no tuvo la intención de hacerlo. Vayamos a cenar, señor Hadecliff.

—Muy bien —masculló Spencer y la condujo lejos de la mesa con los oficiales ebrios.

Se sentaron al lado del hogar que estaba apagado. La vela sobre la mesa redonda creaba reflejos taimados de fuego danzante en los ojos de Spencer. Con el pie, le rozó el suyo debajo de la mesa, y le acomodó una rodilla entre las de ella. Joanna se removió pensando que podría haber sido un error, pero él se movió junto con ella sin interrumpir el contacto visual.

—Dejando de lado las bromas, ¿de verdad quieres comer carne asada con patatas? —le preguntó Spencer—. Estaré encantado de pedir lo que desees. ¿Pollo? ¿Pescado? ¿O quizás oportó en lugar de cerveza?

Cualquier irritación que había sentido Joanna desapareció. Antes la había estado provocando, pero ahora se encontraba con el verdadero Spencer y experimentaba la maravillosa sensación de que era su marido que la protegía y defendía sus intereses hasta en asuntos tan mundanos como la comida, lo que le resultaba peligroso y tranquilizador.

Se tuvo que recordar que solo se trataba de una fantasía. Seguían siendo rivales. Eran competidores y no marido y mujer. Ni siquiera eran amantes que se tenían aprecio. A pesar de que sintiera que la apreciaba... a pesar de que su propio corazón se derritiera y disolviera con un gesto simple como una caricia...

—Carne asada con patatas y una cerveza suena excelente —le aseguró con suavidad, y los muslos le ardieron en el punto en que la rozaba con la rodilla.

El posadero ya se acercaba hacia ellos con una bandeja que contenía platos con carne asada

cubierta con una generosa porción de salsa, al lado de patatas, zanahorias y guisantes hervidos. Dejó los platos en la mesa, junto con dos jarras de la cerveza que hacía en la posada.

—Que lo disfruten, señores Hadecliff —les dijo el posadero—. La habitación está lista, así que cuando terminen de cenar, pregúntenme a mí o a una de las criadas. Es una de las mejores habitaciones. Es perfecta para una pareja de recién casados. Si me permiten el atrevimiento, ¿los puedo felicitar? En otras circunstancias, no habría asumido nada, pero entre ustedes dos hay cierto aire...

Joanna se aclaró la garganta con las mejillas sonrosadas mientras Spencer asentía con la cabeza y sonreía.

—Qué perceptivo. Sí. Muchas gracias por las felicitaciones.

El posadero se retiró complacido, y Joanna bebió un sorbo de cerveza con la esperanza de que le enfriara el calor que sentía.

Otras mesas redondas y cuadradas estaban ocupadas con personas de la clase media, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, así como también niños, que bebían y comían. De vez en cuando se oían sonoras carcajadas, y la gente no dejaba de mirarlos con curiosidad.

Joanna no había esperado eso. Comprendía que miraran a Spencer... Pero ¿a ella? ¿Sería por las prendas de su madre y el tocado sofisticado que le había hecho la señora Girdwood o habría cambiado algo en ella? Enderezó la espalda y miró a Spencer, que masticaba y cortaba un trozo de carne asada sin quitarle la mirada de encima.

—¿No tiene hambre, señora Hadecliff? —le preguntó—. Esto está exquisito.

No podía pensar en comer cuando estaba preocupada por lo que ocurriría el resto de la noche, por más que el estómago le gruñera al ver el plato lleno de comida caliente.

—No lo dudo —le dijo y cortó un trozo de carne asada. Estaba un poco seca, y el cuchillo no estaba del todo afilado.

Spencer la observó durante unos instantes, luego cortó un trozo de su carne y se lo colocó en el plato.

—Prueba —le dijo—. Esta parte está mucho mejor.

Con la boca abierta, observó cómo pinchaba el trozo de carne duro entre el cuchillo y el tenedor y se lo colocaba en su plato. Miró alrededor y se preguntó si alguien lo habría visto.

—Spencer, no esperaba que un duque se comportara de este modo. —Se rio.

Él se limitó a cortar la carne seca, empaparla en salsa y llevársela a la boca para masticar con satisfacción.

—Ya no soy un duque. Y ¿acaso no es algo que haría un marido enamorado de su hermosa esposa?

Joanna cortó el trozo de carne jugoso que le había dado; tenía la cantidad de grasa justa y era la porción más tierna. Era mucho más fácil de cortar y, mientras empapaba la carne con la salsa para llevársela a la boca, Spencer no le quitó la mirada de los labios. El sabor era excelente, suave y salado gracias a la carne, y agridulce gracias a la salsa.

—Pero jamás serás un marido —le dijo luego de tragar.

—Es cierto —admitió y bebió un sorbo de cerveza—. Pero esta noche, en esta posada, haré una excepción.

—Mmm... —dijo mientras bebía su propia cerveza, que era excelente—. Bueno, en ese caso, considerando que yo jamás me casaré en la vida real, al parecer debería disfrutar de mi marido por una noche.

Spencer frunció el ceño.

—¿Por qué no te casarás?

Ella se encogió de hombros y masticó otro trozo de carne cerrando los ojos de dicha.

—Siempre asumí eso. Nadie ha demostrado ningún interés en mí, mucho menos con Charlotte cerca y disponible. Además, mi reputación está en peligro constante contigo. Alguien podría reconocerme. A solas, contigo, en una posada... quedaré arruinada.

Tragó la comida y la observó.

—No lo estarás. Como te dije, protegeré tu reputación con ferocidad. Y en cuanto a la virginidad... las mujeres conocen muchas formas de engañar a un marido para que crea que se casó con una virgen. De modo que... ¿Por qué has asumido que jamás te casarías?

Antes de responder, se encogió de hombros.

—No sé con certeza qué me hizo pensar eso. Supongo que siempre supe que mi lugar estaba en el trasfondo. Ayudando a mis hermanos.

Spencer entrecerró los ojos para mirarla.

—Eso no suena como algo que se te habría ocurrido sola... Eres demasiado independiente como para pensar eso. Eres valiente y muy inteligente. Sabes lo que quieres, y cuando se trata de proteger a tus seres queridos no lo dudas. De modo que estar en el trasfondo no es tu instinto natural. Debe ser algo que aprendiste. Algo que te dijo alguien...

Al oírlo, tuvo una epifanía. Dejó de saborear la comida, se le endureció el mentón y se olvidó de los cubiertos que sostenía en las manos. Mientras el mundo a su alrededor se detenía de golpe, la mente se dejó llevar.

Desde sus primeros recuerdos, Joanna siempre había sido feliz haciendo feliz a los que la rodeaban. Mientras sus hermanos lloraban y se quejaban si alguien les quitaba un juguete, Joanna les entregaba los suyos de buena gana porque la hacía sentir mejor ver las expresiones de satisfacción en los rostros de Charlotte y Gideon. Al ser la más joven, jamás había tenido sus propias pertenencias, sino que siempre había recibido cosas usadas de su hermana. A menudo, la primera manzana roja de una cosecha o la primera fresa del año solía estar destinada para Charlotte. Joanna siempre había notado que la gente se sentía más atraída hacia su hermana: la institutriz, los criados, sus padres, otros niños y las visitas. Sin embargo, la noche que oyó a sus padres conversar, comprendió su verdadero lugar:

—Creo que tienes razón —admitió Joanna al tiempo que los recuerdos de la noche se le venían a la mente. Había estado caminando por el pasillo oscuro cuando los oyó—. Una noche, oí a mis padres hablar de nuestros futuros. Mi madre se preguntaba por qué Dios les había enviado a mí... Estaban muy contentos con un niño y una hermosa niña, y ella no había querido tener más hijos. Cuando mi padre le dijo que se lo había dejado más que claro, ella puso los ojos en blanco y le dijo que yo había nacido gracias a su borrachera. Luego soltó un suspiro y le señaló que era muy diferente a los otros niños. Comentó que no era tan sociable como Charlotte ni tan ambiciosa como Gideon, y que siempre estaba contenta con mis libros en mi mundo aparte. Mi padre le respondió que tenía un corazón de oro y que siempre antepone a los otros. Le recordó la vez en que rechacé un vestido nuevo para que Charlotte se lo pudiera poner en un baile y la ocasión en que me quedé despierta toda la noche para ayudar a Gideon a escribir un ensayo para *monsieur* Philippe. Mi madre asintió con una expresión triste y dijo que era su mástil, que siempre estaba allí para brindar apoyo y tranquilidad. Pero también expresó su temor de que jamás buscara reconocimiento público y de que me contentara con dejar que otros brillaran mientras me quedaba en las sombras. Ante eso, mi padre se mostró de acuerdo y se limitó a señalar que esa era mi naturaleza. Que algunas personas estaban destinadas a ser estrellas mientras que otras... son la fortaleza silenciosa a sus espaldas. Y entonces mi madre añadió que no podía imaginarse que alguien quisiera casarse conmigo.

Terminó de hablar y se quedó perpleja ante todo lo que acaba de contarle.

—No había pensado en ese recuerdo en absoluto... en años —añadió y miró a Spencer a los ojos oscuros, que brillaban con empatía y furia al mismo tiempo—. Creo que fue entonces cuando comprendí que mi lugar se encontraba en el fondo. Que, gracias a que mis padres pensaban eso, me merecía cosas comunes... prendas normales... y una vida común y corriente. Todo lo mejor era para Charlotte y Gideon. Hice las paces con eso de muy joven. Pero más adelante, cuando éramos adolescentes, había un muchacho que me gustaba... bueno, fue la primera vez que sentí algo hacia el sexo opuesto. Su familia nos estaba visitando durante ese verano, y Charlotte se encontraba de visita con los Hodges. El muchacho se llamaba Benjamin. Como Charlotte no estaba presente, sentí toda su atención... Leíamos juntos, cabalgábamos, jugábamos a los naipes... y nos volvimos amigos cercanos. Por primera vez en la vida, creí que podía ser el objeto de atención de alguien. Pero cuando Charlotte regresó a casa, él enfocó toda su atención en ella, como si yo jamás hubiera existido. Como me sentí enfadada y desilusionada, confronté a Charlotte, pero mi madre me dijo que estaba siendo muy egoísta y que el chico jamás se hubiera fijado en mí de cualquier forma. Que ni siquiera había tenido una oportunidad con él. Y entonces supe lo corriente que era como para ser la elección de alguien.

Spencer le quitó el cuchillo y el tenedor con cuidado que, de alguna manera milagrosa seguía sosteniendo. Joanna sintió las lágrimas que se le reunían en los ojos ante los recuerdos, las epifanías que le parecían unas garras de hierro que la mantenían prisionera. Ahora comprendía que por eso Spencer jamás la escogería: porque tenía a su propia Charlotte, que, en su caso, era su cuñada, Penelope. Se dio cuenta de que, al igual que con Benjamin, Joanna no era digna de su tiempo.

La mano cálida se sentía encantadora y tranquilizadora.

—Tu madre y tu padre te quisieron, sin dudas. Pero te encajonaron a ti y a tus hermanos en papeles de acuerdo con sus observaciones. Los míos hicieron lo mismo. Yo siempre fui el más fuerte. Preston, el heredero de repuesto, y no le dirigieron demasiada atención. Richard recibió menos atención todavía. Pero mi hermana, Calliope, era la princesa: tanto para mis padres como para nosotros tres también. Se crio sabiendo que la amaban y que era fuerte y libre para hacer lo que quisiera. Tus padres vieron tu increíble altruismo y bondad como una debilidad y no como la fortaleza que en realidad son esas cualidades. No sabían que el éxito y la felicidad pueden verse diferentes. No lograron ver que tu naturaleza puede hacerte brillar por derecho propio.

Joanna sintió los pulmones llenos de aire y tensos, a punto de explotarle en el pecho.

—Tu hermana y tu hermano no saben lo afortunados que son de tenerte —le dijo—. Tus padres no sabían que el mayor tesoro había nacido con su tercera hija. Solo se puede sentir pena por ellos. Te aseguro, querida, que no estás en el trasfondo para mí. Resaltas tanto en el primer plano, que no logro ver a nadie más que a ti.

Su aceptación y su comprensión eran casi tan impresionantes como las palabras de halagos. Joanna sintió algo cálido que se expandía en su ser, una sensación que no sabía que anhelaba hasta ese preciso instante. Lo miró a los ojos, que se mostraron firmes y sinceros, y se sintió realmente vista.

—Trabajemos juntos, Joanna —le propuso sorprendiéndola aún más.

Joanna parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Tenemos el mismo objetivo, a pesar de tener diferentes motivos para lograrlo y diferentes consecuencias. Pero es evidente que cuando trabajamos juntos, somos más fuertes. ¿Y si los dos podemos conseguir lo que necesitamos? Debemos buscar pruebas. Tú las puedes usar primero

para que Ashton te devuelva las escrituras y asegurarte de que tu hermana se encuentre a salvo del príncipe. Y luego, puedo comenzar un caso criminal en su contra para que lo castiguen. Quiero que lo castiguen, Joanna. Se lo merece.

Una ola de alegría la recorrió entera. No estaba segura de cómo ni por qué, pero le agradó ese plan.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer? —le preguntó.

—Mi familia. —Le ofreció una sonrisa—. Si alguien le hiciera una propuesta similar a la que le hizo el príncipe regente a tu hermana a la mía, le rompería el cuello. Por supuesto, que no puedo hacer eso, porque sería considerado traición. Pero sé lo que es intentar proteger a tu familia con todo tu corazón. Eso es lo que yo haría también. Y no quiero ponerte las cosas más difíciles de lo que ya son. Creo que podemos lograr las dos cosas. Tu meta y la mía. ¿Tienes alguna objeción?

—Si condenan a Ashton, Gideon jamás será duque.

—A lo mejor no. O quizás podamos lograr que la Corona le deje mantener el ducado considerando que has ayudado a encontrar pruebas de los crímenes. Pero, por más que nunca sea duque, tendrá su título y la fortuna de su padre. Y eso no es poco, ¿no? Eso te permitiría dejar de escribir para ganar dinero, y él podría dejar de trabajar como abogado. Podrían mejorar sus vidas y no tener que luchar tanto.

—Es cierto. Aunque no quiero dejar de escribir. Siempre he querido hacerlo. De hecho, me gustaría abrir un periódico para que las mujeres puedan escribir bajo sus propios nombres. Me gustaría publicar exclusivamente obras de mujeres. —Había pensado mucho en eso, y era el mejor modo que se le ocurría de ayudar a las mujeres a reclamar algo de poder en ese mundo, el modo de darles una voz que nadie pudiera acallar.

Al oírla, se quedó sin habla y se limitó a mirarla anonadado.

—Eres de lo más extraordinaria. Jamás he conocido a nadie como tú, Joanna.

Ella le ofreció una sonrisa, y sintió el cumplido como un rayo de sol sobre la piel.

—Vamos, Joanna —insistió—. Seamos aliados.

Aliarse... con ese hombre hermoso. Quería estar en el mismo bando que él y trabajar a su lado. Podía contarle de la nota, de la fecha, de la palabra y los números misteriosos, de las ubicaciones geográficas, como Portsmouth y Chesapeake Bay. Quería confiar en él, pero ¿podía hacerlo?

Lógicamente había muchos motivos para confiar en él. Para empezar, no le había quitado la virginidad. Además, la había llevado con él a Tilbury cuando no tenía por qué hacerlo. Era un canalla, pero jamás había roto una promesa... hasta el momento. Y la idea de pasar más tiempo con él, de trabajar con él y lograr esa meta común se sentía como probar una torta de miel cálida.

—Trabajemos juntos —le propuso con los ojos oscuros destellando—. Seremos más fuertes juntos.

Si eso era cierto, si le permitía hablar con su tío primero, antes de llevarlo ante la justicia, los dos podrían conseguir lo que buscaban. Además, solo le quedaban ocho días para descubrir algo antes de que se cumpliera el plazo que había establecido el príncipe.

Sin embargo, si la utilizaba para conseguir lo que quería, la engañaba y la abandonaba al final, no solo arriesgaría el futuro de su familia..., sino que temía que su corazón jamás se recuperaría de ese tipo de traición.

—¿Qué dice, señora Hadecliff? —le preguntó en un murmullo—. ¿Acabamos con Ashton juntos?

La idea sonaba deliciosa y seductora... Quizás se trataba de la extraña sensación de que

fuera una pareja, dos partes de un todo. O, a lo mejor, era su optimismo, su predisposición a ver lo mejor en la gente y a guardar esperanzas por un buen resultado en el que hubiera posibilidades de un futuro en el que él no fuera un canalla. En el que mantuviera su palabra y la ayudara. No seguirían compitiendo. No serían rivales. Estarían del mismo bando. Serían los dos, el señor y la señora Hadecliff, el rey y la reina del inframundo, contra Ashton. ¿Qué podría salir mal?

Debía creer en su buena naturaleza y aferrarse a la esperanza de que ese hombre la pusiera primero y la valorara de un modo que nadie antes lo había hecho. Haciendo a un lado las dudas que le ardían en la boca del estómago, asintió con la cabeza y selló su destino.

—De acuerdo, señor Hadecliff. Seamos aliados. Acabemos con él juntos.

CUANDO LA PUERTA se cerró a sus espaldas y quedaron a solas en la recámara, Spencer se acercó a ella cojeando y le mantuvo la mirada prisionera bajo la luz danzante de las velas.

—Aún no has saldado la deuda, Joanna —le dijo con un tono suave—. Te he dicho que quería ser dueño de todas tus primeras experiencias: tu primer beso, tu primer orgasmo y, si me lo permites, esta noche seré tu primer hombre.

La habitación estaba ubicada en la planta superior de la posada, tenía dos ventanas divididas con un parteluz a través de las que Joanna veía las llamas de las antorchas del patio. Las cortinas pesadas de color carmesí se alineaban con una capa de muselina para mantener el calor del verano a raya. Un hermoso jarrón de porcelana con un ramo de lavandas fresco decoraba un alféizar, y Joanna inhaló el agradable aroma que tanto le gustaba.

La cama de madera de nogal, con cuatro postes tallados y un dosel carmesí bordado con faisanes y flores silvestres, tenía sábanas blancas recién planchadas y una colcha de lana tejida con manos expertas. En frente a la cama había un hogar con una rejilla negra. Por encima del hogar, colgaba un espejo con marcos dorados posicionado para ampliar la luz que proyectaban las llamas de las velas y del hogar.

A la derecha de la puerta de la habitación, había un escritorio de madera de cerezo con ornamentos de latón que destellaban bajo la luz de las velas. Había una pluma, un tintero y una pila de papeles perfectamente acomodada en la superficie. En la esquina de la habitación había un armario de madera de nogal con asas de latón. Cerca de las ventanas, una pequeña zona de descanso con dos acolchonadas sillas de madera de caoba oscura con unos finos tapizados de zaraza. Entre ellas había una pequeña mesa con una tetera de porcelana y unas tazas a juego. Una delicada alfombra con unos patrones que combinaban con las flores silvestres del dosel de la cama cubría el limpio parqué del suelo.

Spencer se detuvo a un centímetro de distancia, y los ojos se le suavizaron. Joanna se aclaró la garganta y, de repente, sintió que el corsé y la túnica le apretaban mucho.

La recorrió con la mirada y le ofreció una sonrisa antes de ladear la cabeza hacia ella. Era atractivo hasta la devastación con esos rasgos divinos que le daban un aspecto de haber sido tallado en piedra, esos hombros anchos ocultos bajo el abrigo oscuro a la última moda y el pañuelo blanco que le cubría el cuello fuerte.

Y su aroma... Deseaba poder embotellarlo como un perfume y olerlo todos los días durante uno o dos minutos para saciarse. Si tenía que perder la virginidad con alguien, quería que fuera con él. A lo mejor, la señorita Joanna Digby no podía tenerlo por el resto de su vida, pero la señora Hadecliff podía pasar la noche con su marido.

Sin embargo, ¿era la decisión acertada? Perder la virginidad antes del matrimonio podría

resultar devastador si alguien se enteraba. Y, si por algún milagro, algún día se casaba, ¿cómo haría para explicarle a su marido que no era pura? Era demasiado honesta como para fingir algo como eso.

La parte que sonaba como su madre le recordó que jamás se casaría y que nadie jamás la querría... excepto *lord* Spencer Seaton... Así que, ¿qué tenía de malo ser egoísta por una noche y permitir que su cuerpo experimentara los placeres que ya le había dado y otros más? Cuando fuera anciana y se encontrara sola, al menos tendría esos recuerdos que atesorar. Esa sería una vida bien vivida. Por mucho que estuviera arriesgando esa noche.

Como si se estuviera observando desde afuera de su propio cuerpo, Joanna vio cómo le apoyaba una mano en el pecho. Spencer tenía los labios tan cerca de ella que podía sentir su aliento produciéndole un cosquilleo en la piel.

—Veo travesuras en tus ojos —le susurró Spencer pasándole los brazos por la cintura para acercársela aún más—. ¿Qué estás haciendo?

Durante un instante, sintió como si estuviera parada afuera de un barco aferrándose a la borda y mirando las olas que rompían varios metros más abajo. Estaba a tiempo de apartarse y decirle que no. De regresar a Londres siendo virgen y reanudar su vida solitaria en el trasfondo. Pero también podía saltar. Podía saltar y tomar el control de su vida y convertirse en la mujer valiente que siempre había anhelado ser. El estómago le dio un vuelco, el suelo se movió y desapareció.

—Quiero que cobres la deuda —le dijo y se sintió mareada y liviana—. Quiero que me arruines, Spencer.

Algo había cambiado esa noche. No solo eran aliados que fingían ser marido y mujer, forzados a compartir una recámara lejos de la vida real... sino que ella también era diferente. Jamás volvería a ser la misma chica tímida que se escondía detrás de una máscara en un baile.

Quizás él ya la había cambiado. Ahora quería beber la vida a grandes sorbos hasta que el jugo le chorreara por el rostro y el cuello. Quería que *lord* Spencer Seaton la convirtiera en una mujer. Quería tenerlo entero para ella.

En respuesta, Spencer soltó un gruñido de dolor y le selló la boca con un beso mientras la hacía retroceder hasta la cama y se caía sobre el colchón encima de ella. Le apoyó la boca y las manos en todos lados. La lengua tenía una infame habilidad para provocarla. Se redujeron a un enredo de brazos y piernas.

Joanna temblaba de deseo, tenía los pechos hinchados y doloridos. Spencer le apartó los muslos y las caderas con algo muy duro e insistente que le frotó contra el sexo hasta llegar a un punto hinchado, casi molesto y muy sensible. Joanna comenzó a mover las caderas hacia arriba y abajo para rozar esa parte anhelante contra él.

Era muy grande y maravillosamente pesado, robusto, duro y sólido. A diferencia de la noche anterior, que había ido más despacio, ahora había cierta urgencia en sus movimientos. Jadeó al echarse hacia atrás e incorporarse, se meció sobre ella y se quitó el chaleco y luego se pasó la camisa por la cabeza. Joanna se quedó sin habla observando los kilómetros de músculo sólido, las montañas del pecho y los bíceps y la colección de pliegues duros en el estómago. Tenía una cintura angosta, y los hombros se le veían tan anchos que parecía mucho más grande que el caballero promedio. Parecía más un guerrero que un aristócrata. La base del estómago descendía en una hermosa v que se perdía debajo de los pantalones. A Joanna se le secó la boca al ver el bulto enorme que se apretaba contra la prenda como había ocurrido la noche anterior.

—¿Quieres que te ayude, amor? —le preguntó con una sonrisa que le hacía estirar los labios de manera tentadora.

—Sí —le respondió casi sin aliento.

Spencer se rio, la hizo dar vuelta y antes de comenzar a desatarle los lazos del vestido, le pasó las manos grandes por las piernas y le masajeó los músculos a través de la tela. Las caricias eran tranquilizadoras y relajantes y la hacían arder y estremecerse al mismo tiempo.

—Qué trasero más hermoso —murmuró apretándole las nalgas y masajeándoselas. Joanna oyó un gruñido masculino seductor que la hizo reír—. Apetitoso, delicioso... impresionante.

Sus caricias le siguieron produciendo unas descargas eléctricas y le encendieron la carne en llamas. Al cabo de un instante, le desató el vestido y el corsé y le quitó la túnica y las enaguas. Joanna se quedó con las medias delgadas que le cubrían hasta las rodillas. Spencer la volvió a girar de modo que quedara recostada delante de él y se tomó todo el tiempo que quiso para recorrerla con la mirada y maravillarse ante cada detalle de la deliciosa cena que estaba a punto de devorar.

—Oh, amor —murmuró sacudiendo la cabeza—. Mi Perséfone. Qué festín más apetecible.

Joanna se sentó erguida alentada por los cumplidos y sintiéndose como si estuviera tomando el control de su vida y de su destino. Como si estuviera decidiendo qué ocurriría con su cuerpo, con quién y en qué términos. Spencer aún tenía puestos los pantalones, pero ella estaba desnuda por segunda vez delante de él. Le jaló el borde de la prenda para abrirlos, pero Spencer abrió los ojos perplejo y se echó hacia atrás. Joanna tragó con dificultad y parpadeó.

—¿Qué hice? Solo quería estar cerca de ti... Me has visto desnuda. Me has tocado por todos lados. ¿Acaso tú no debes experimentar lo mismo? ¿No te puedo hacer eso?

Cerró los ojos como si estuviera luchando contra una agonía interna. Respiró con dificultad, y unas gotas de sudor le rodaron por el pecho.

—Quiero darte placer —continuó en un susurro y se acercó más al borde de la cama—, como me lo has dado tú.

Spencer abrió los ojos y la miró con una expresión de dolor dulce.

—¿Puedo? —le preguntó en un susurro.

—Quiero dejarte, amor. No te imaginas cuánto lo deseo. Quería hacerlo anoche.

—¿Y entonces? —le preguntó acercándose más aún.

A pesar de que tenía los muslos separados, no sintió vergüenza. Por el contrario, se sintió deseada y poderosa.

—Mi cuerpo no es nada hermoso de ver.

Joanna comprendió y bajó la mirada al muslo que a veces lo hacía cojear.

—Oh... la herida... —susurró.

Spencer tomó una profunda bocanada de aire y asintió con la cabeza.

—Sí, nadie la ha visto a excepción del cirujano del barco que la trató y los compañeros que lo ayudaron o pasaban por allí.

El corazón le dolió por él.

—¿Crees que no me resultarías atractivo si te veo? —le preguntó.

Spencer asintió con la cabeza a regañadientes. De repente, le pareció un muchacho tímido y asustado en lugar de un hombre poderoso, el Hades del inframundo que la había perseguido para desafiarla, se la había arrojado por encima del hombro, la había amarrado, la había rescatado y le había hecho sentir un placer inimaginable.

Joanna se incorporó despacio y avanzó hasta él para apoyarle las manos en el pecho y observarle los labios carnosos.

—No hay nada en ti que me parezca desagradable, Spencer —le aseguró en un susurro antes de darle un beso en el pecho que lo dejó sin aliento—. De hecho, me pareces mucho más atractivo de lo que me gusta admitir.

Él le ofreció una sonrisa de alivio. Al verla, le depositó otro beso sobre el otro pectoral.

—Si me lo permites, me gustaría verte entero. Como me has visto tú.

—Eres perfección absoluta, Joanna —le confesó en un susurro—. No quiero asustarte.

—Nunca podrías hacerlo.

Spencer parpadeó con la respiración acelerada.

—Déjame verte —le pidió—. Eres un hombre hermoso. Déjame admirarte, adorarte y calmarte.

Spencer soltó el aliento y asintió antes de responder.

—Si quieres que me vuelva a subir los pantalones para cubrir la herida, dímelo. No me ofenderás. Si quieres que me detenga en algún punto, lo comprenderé.

—Te aseguro que no pasará —le dijo pasándole las manos por el torso.

—Pero si lo deseas, me lo puedes decir.

—Gracias. —Le regaló una sonrisa—. Ahora... ¿puedo?

Spencer asintió al tiempo que apretaba el mentón con fuerza.

Joanna se sintió como una diosa a la que él había puesto en un pedestal y como si estuviera tocando algo sagrado, vulnerable y precioso y le dolió el pecho. Con cuidado, le bajó los pantalones que se quedaron atrapados en el gran bulto que tenía en la entrepierna. De repente, algo largo y grueso salió disparado hacia adelante. Joanna se sonrojó mientras miraba el miembro con una expresión anonadada. Era tan fuerte y tan grande que por un momento se quedó sin habla. Se humedeció los labios y se preguntó si lo podría besar como él le había besado el sexo.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, tenía que terminar de quitarle los pantalones. Reanudó la tarea y, al llegar a las rodillas, se detuvo al ver la herida en el muslo. Tenía unas piernas gruesas y poderosas con los músculos de un guerrero y no de un duque. Le había dicho que le gustaba practicar boxeo, y lo había visto golpeando la bolsa de boxeo en su recámara. Por eso debía de ser tan fuerte.

La herida era irregular, cruda y dejaba ver la carne rosada sin la mata de vello que le cubría el resto de la piel saludable. Era retorcida y, era evidente que en algún momento la habían suturado. Podía ver el músculo que se movía debajo del tejido blando. Siguiendo un impulso, se inclinó para besarla y le produjo un estremecimiento violento, pero Spencer no se apartó.

—¿Te duele? —le preguntó con suavidad alzando la mirada hacia él.

—En este momento, no —le respondió—. ¿Quieres que me vista y me marche?

Joanna se rio y negó con la cabeza. Tenía el corazón que rebosaba de ese hombre.

—No, Spencer. Eso es lo último que quiero en este momento.

Spencer suspiró aliviado, y Joanna le besó la piel herida sin cesar hasta que sintió que los músculos se relajaban debajo de su mano. Le terminó de bajar los pantalones hasta que se incorporó para quitárselos de los pies y quedó de pie desnudo delante de ella. Esculpido, alto, poderoso y suyo... por esa noche... todo suyo.

Luego le fue besando el muslo hasta subir y, como recompensa, oyó que se le entrecortaba el aliento al tiempo que tomaba una profunda bocanada de aire. Cuando el rostro le quedó a la altura del miembro, dudó y se humedeció los labios. Al igual que su boca la había llevado al orgasmo la noche anterior, en varias ocasiones, quiso hacerle sentir lo mismo.

—¿Te gustaría que te besara aquí como lo hiciste anoche? —le preguntó mirándolo a los ojos.

Un gruñido bajo se le escapó de la boca mientras le acariciaba el cabello.

—Me gustaría tanto que no duraría mucho, Joanna. Ha pasado un tiempo desde que...

—Bueno, en ese caso... —murmuró.

—Pero... ¿estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó.

—Muy segura —le respondió y le dio un beso en la punta del miembro.

Tomó otra profunda bocanada de aire y arrojó la cabeza hacia atrás al tiempo que le enterraba las manos en el cabello. Joanna lo besó sin cesar, lo lamió y le produjo varios estremecimientos. Le gustaba lo que le hacía. Joanna recordó que él había usado la lengua la noche anterior y se le ocurrió que quizás podría hacer lo mismo. Extrajo la lengua y le dibujó círculos alrededor de la carne dura, caliente y aterciopelada. Le arrancó unos gemidos parecidos a los de un oso que la hicieron humedecer. Como le pareció que podía albergarlo entero en la boca, se lo fue introduciendo cada vez más hasta que lo oyó gruñir su nombre con una mezcla de éxtasis y adoración. Comenzó a mover la boca hacia arriba y abajo, pero de pronto Spencer se apartó respirando entre jadeos.

—¿No se hace así...? —comenzó, pero él jadeó mirándola como si fuera su próxima comida.

—Sí... lo haces muy bien... Te deseo tanto que voy a acabar... y no quiero acabar todavía.

—La ayudó a incorporarse—. Primero quiero hacerte mía.

La besó y le recorrió la piel con las manos suaves, le apretó los senos, jugó con sus pezones y bajó hasta su sexo para separar los pliegues y soltar un murmullo de satisfacción al rozarle el clitoris.

—Estás muy húmeda —le dijo contra los labios—. Estás lista para mí...

Joanna gimió y arqueó la espalda. Los senos le cosquillearon de placer y sintió pura dicha en el sexo.

—Dame más, Spencer —le suplicó—. Quiero tenerte tan dentro como se pueda.

Spencer se rio y la recostó sobre la cama con suavidad. Se recostó sobre ella y se valió de una de las manos grandes y callosas para separarle los muslos. Joanna movió las caderas para frotarse contra su miembro, sabiendo que, si le podía dar placer con la boca, también se lo podía dar con el sexo.

—Puede que te duela... —le advirtió—, pero solo será la primera vez... Si me pides que me detenga, que Dios me ayude, lo haré.

Se apoyó sobre los codos y le acercó el miembro a la entrada. Lo tomó con una mano y le dibujó círculos entre los pliegues. Joanna gimió y se arqueó más contra él para sentir más placer. De pronto, comenzó a penetrarla y estirarla. La presión fue creciendo, pero lo quería sentir más profundo. Spencer le apoyó un dedo contra el centro del placer y la frotó en el punto exacto que le hacía perder la razón.

Joanna soltó un gemido ante la inmensa necesidad de sentirlo en todos lados. Deseaba más. Spencer seguía haciendo presión en su entrada, pero no lograba penetrarla. Joanna se apretó contra él hasta que algo se rompió y le dolió. Entonces se hundió en ella, y el dolor se convirtió en parte del placer. Se relajó contra él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, ven aquí —le respondió.

Se lo colocó encima y le apretó las manos contra la espalda dura. Comenzó a moverse, y algo maravilloso fue aumentando en su interior. Era similar a la sensación que había experimentado cuando la besó allí, pero mucho más intenso. Tan intenso que sintió que estaba a punto de tragársela entera. Spencer se movió despacio y con suavidad al principio, pero no le bastó, y Joanna arqueó las caderas para embestirlo.

—Más rápido... —le suplicó—. Más duro.

Spencer soltó un gruñido.

—Oh, Joanna, vas a acabar conmigo...

La obedeció y comenzó a embestirla más rápido y más duro. Era tan magnífico, grande y sólido que lo sostuvo en sus brazos y no pudo hacer nada al comprender que se iba a deshacer debajo de él...

Cuando lo hizo, Spencer soltó otro gruñido, y los sonidos de la carne rozándose se intensificaron y aceleraron hasta convertirse en algo animalesco. Joanna sintió que se le estremecía el cuerpo, y cada terminación nerviosa le cosquilleaba del placer que la recorría como un mar tormentoso. Se tensaba y se relajaba, se redujo a un fluido sin peso que se deshizo en una nebulosa destellante como los fuegos artificiales.

Spencer se apartó con un gruñido similar a los que ella producía y derramó su semilla sobre las sábanas al lado de ella, aunque Joanna hubiera deseado permanecer conectados en ese momento. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia ella y la envolvió en sus brazos. Joanna se sintió flotar sobre olas de placer y suspiró apoyándose contra su pecho. Tenía el cuerpo pesado y cálido.

Se sentía feliz. Quería eso. Tenía el corazón rebosante de alegría. Nunca antes había sentido esa dicha en toda su vida. Él era el primero... Pero ahora sabía con una certeza devastadora que también quería que fuera el único.

LAS OLAS rompían contra el barco y empapaban a Spencer con la gélida agua salada. El suelo se mecía bajo sus pies como si una serpiente gigante lo arrojara arriba y abajo. Los hombres gritaban a su alrededor mientras recargaban los mosquetes. Cada tanto, oía las explosiones de las armas y se estremecía, y los disparos de la artillería naval de la Concord hacían que el estómago se le cayera a los pies. En el aire acre se olía el hedor de la pólvora, la madera, la carne y el cabello quemados y el intenso olor a salmuera.

Había barcos enemigos por doquier... rodeaban a la Concord... La costa del lago Erie se veía colorida, con el follaje rojo, amarillo y anaranjado, unos colores que no veía a menudo en Inglaterra.

Apuntó el mosquete al barco más cercano y disparó. Logró resistir la fuerza poderosa del culatazo en el hombro. Acababa de alcanzar la bolsa con cartuchos y pólvora para recargar el arma cuando un movimiento en el aire le hizo alzar la cabeza.

Una bola de cañón volaba directo a Sam Holter, el muchacho de Whitechapel que era lo más cercano a un verdadero amigo que había tenido en ese viaje. Sin pensarlo, se puso de pie y lo cubrió con su cuerpo.

La explosión de la madera le resultó ensordecedora, y el barco se movió por el impacto. Pero fue la agonía desgarradora de la madera astillada clavada en la pierna lo que lo hizo gritar. Era como si alguien le estuviera chamuscando la pierna con hierro fundido. Le dolían los pulmones. Se rebatió cubierto de sudor. Le punzaban la espalda, el estómago y el cuello.

Unos dedos suaves le acariciaron la frente. Sintió un cuerpo cálido y suave apretado contra él.

—Spencer —lo llamó una voz que le pareció una luz en la oscuridad—. Spencer, estás a salvo.

Abrió los ojos. Vio el rostro de Joanna encima del suyo y sintió los brazos de ella envueltos en los hombros. Parpadeó. El corazón le latía acelerado en el pecho como si quisiera escaparse de su cuerpo. Estaba empapado de sudor y le dolía el muslo. Pero no estaba en la guerra. Estaba en la cama con una hermosa mujer. Su Perséfone.

Soltó un profundo suspiro de alivio y se pasó los dedos por el cabello humedecido. Cerró los ojos y asimiló que el suelo no se movía, en el aire no pendía el hedor de la salmuera, ni el de la pólvora, ni el de la muerte. Solo respiraba el aroma embriagador de Joanna. Se encontraba a salvo en una cama con sábanas suaves, en una habitación tranquila.

—Estás a salvo —le repitió acercándose más. Pudo sentir sus delicados senos apretados contra la frente y se volvió hacia ella para saborear su aroma, la suavidad de su piel y la abundancia de su carne preciosa—. Estás a salvo.

—No te calles —le pidió en un murmullo mientras se volvía hacia ella. Le apoyó la cabeza en el hueco que se formaba entre su seno y su brazo—. Tu voz me calma.

—Estás a salvo —le volvió a decir, y la presencia tranquilizadora erradicó los recuerdos devastadores que vivían en su interior como si fueran una sangre invisible—. Estás a salvo.

Volvieron a hacer el amor dos veces más antes de saciarse y quedarse dormidos de nuevo. Tal y como quería, había sido su primer hombre. Todos los besos de ella le pertenecían a él, al igual que su cuerpo y su placer. Joanna no creía que fuera espantoso. Lo aceptaba tal y como era.

Y eso era precisamente lo que necesitaba. Los trozos rotos de su alma se sentían como si por fin encajaran. Pero lo que no había esperado era que no quería que eso acabara. No quería imaginar una noche en la que ella no se encontrara en sus brazos y en su cama. Quería más de ella.

En la oscuridad serena de la noche, los pasos amortiguados que se acercaban por el pasillo lo despertaron de unos sueños más alegres. Un tablón crujió, y Spencer se incorporó sobre los codos y aguzó el oído al tiempo que Joanna se movía en la cama. Oyó unos susurros acallados.

Alarmado, se puso de pie de la cama y le hizo un gesto a Joanna para que se ocultara en el armario. Joanna se colocó la túnica y avanzó hasta el mueble con la cautela de un gato. Spencer había dejado las pistolas en el carruaje y se maldijo por no haberlas llevado consigo. Vio dos cuchillos de mantequilla sobre la mesa al lado de las cucharas y tazas de té que había al lado de la ventana. Intentando no hacer ni el más mínimo ruido, se paró sobre la alfombra y los tomó. Le tendrían que bastar.

El corazón le latía desbocado mientras se acercaba con sigilo a la puerta. Por fortuna, la había cerrado con llave la noche anterior, pero ahora veía que alguien estaba girando el pomo antes de abrirla desde el otro lado.

Se preocupó por Joanna. ¿Cómo podía protegerla con dos cuchillos de mantequilla frente a quién sabía cuántos atacantes? ¿Estaría involucrado en eso el posadero? ¿Quién más tendría la llave para abrir la puerta desde afuera?

Al final, la llave cayó al suelo y la puerta se abrió. Una a una, tres figuras masculinas entraron sosteniendo unas pistolas y unas dagas que destellaron a la luz de la luna.

Spencer atacó al primero y le clavó un cuchillo detrás de la oreja con toda su fuerza. Mientras el sujeto gritaba de agonía, Spencer tomó la pistola y le disparó en el estómago a otro. Una luz intensa destelló y el disparo le resultó ensordecedor. Entre una nube de humo, el hombre cayó al suelo entre el olor acre de la pólvora.

Pero el tercer hombre, logró apuntarle el arma a Spencer, que vio otro destello y oyó otro estruendo que hizo que los nervios se le pusieran de punta como en la pesadilla. Le ardió el muslo, pero no de una herida... De hecho, no sentía dolor nuevo en el cuerpo. El hombre había errado el tiro.

Spencer se lanzó contra él y lo empujó. Sacando ventaja de su estado de desorientación, asumió una pose de boxeo y le asestó un puñetazo en la nariz. El golpe se la rompió y produjo una mancha de sangre que salpicó el suelo. Soltando un sinfín de maldiciones, el rufián se tambaleó mientras intentaba quitarse la sangre que le caía por el rostro. Tenía los ojos llenos de furia y miraba alrededor de la habitación en busca de alguna ventaja.

Spencer arrojó el siguiente puñetazo apuntándole al mentón, pero el hombre se agachó y le asestó un golpe en el abdomen. Girando sobre los talones, Spencer lo bloqueó, pero al moverse un dolor intenso le desgarró el muslo. La herida le produjo una agonía tal en la pierna que lo hizo tambalearse. El maleante aprovechó la oportunidad para lanzarse al ataque, pero Spencer se las ingenió para desviar casi todos los golpes. Sin embargo, un puñetazo le aterrizó en el mentón y

lo hizo tambalearse hacia atrás.

Spencer se sostuvo el lateral mientras intentaba recuperar el equilibrio y el foco, pero cada movimiento le producía un dolor desgarrador en el muslo. Una capa de sudor le empapó el rostro, y el rufián adquirió una sonrisa de predador.

Spencer estaba acorralado. Cada vez que intentaba avanzar, la pierna cedía, y el rufián le devolvía el ataque con un vigor renovado. Le asestó un gancho brutal que le dio vuelta la cabeza y le hizo ver las estrellas.

El intruso se acercó con los puños alzados para asestarle el puñetazo de la derrota. En ese momento, algo se movió, y Spencer divisó algo borroso por el rabillo del ojo que hacía que el rufián le quitara la mirada de encima. Antes de que el hombre pudiera reaccionar, el pesado atizador del hogar le golpeó el lateral de la cabeza. Con un gruñido, le cedieron las rodillas y se desplomó inconsciente al suelo.

Joanna se encontraba de pie respirando entre jadeos y sostenía el atizador en la mano. Spencer intentó incorporarse con la respiración agitada, pero hizo una mueca de dolor. Joanna soltó el atizador y se apresuró a su lado con los ojos llenos de preocupación.

—Has estado... increíble —le dijo con la voz ronca y una sonrisa temblorosa en los labios.

Joanna le devolvió la sonrisa y le ofreció la mano para ayudarlo a incorporarse. Spencer soltó un gruñido al ponerse de pie.

—Hacemos un buen equipo, ¿no? —le preguntó en un susurro.

—¿Qué pasó, *milord*? —le preguntó el posadero desde el pasillo sosteniendo una vela en la mano. A sus espaldas, había varios huéspedes de la posada que observaban la escena con los ojos abiertos de par en par—. Oí disparos.

Spencer miró a los tres cuerpos en el suelo y se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Tomó los pantalones y se los puso de inmediato. El cuerpo le dolía de la golpiza que acababa de recibir. Al observar la puerta, vio una herramienta improvisada que habían utilizado para forzar la cerradura y ahora colgaba del cerrojo.

—¿Se puede encargar de estos hombres? Intentaron robarme.

—Por supuesto, señor Hadecliff.

Cuando se quedaron a solas, Joanna humedeció un trapo y se lo apoyó contra las costillas y los nudillos golpeados.

—¿Quiénes crees que eran? —le preguntó.

—Hombres de Ashton. De alguna manera, lo sabe.

—¿Deberíamos marcharnos? Si sabe, ¿no podría enviar a más hombres?

—Sería más peligroso marcharse y viajar en plena noche. Estaríamos a merced de cualquiera que nos quiera atacar.

Asintió con la cabeza.

—¿Te sientes bien? Ha sido una pelea intensa y luego de la pesadilla...

Verla preocupada por él le hizo sentir un alivio que lo calmó más que el trapo frío.

—Estoy bien. Estaba preocupado por ti —le confesó.

Ella le sonrió.

—Háblame de eso —le pidió mientras le apoyaba el trapo en la sien—. Del barco... de la pesadilla... ¿Cómo acabaste allí?

Se aclaró la garganta. El hecho de que esos rufianes los atacaran le había hecho revivir la pesadilla. Pero, como se estaba haciendo costumbre, Joanna lo rescató. Quizás compartir eso con ella, sin importar lo difícil que fuera, también le resultaría sanador. Su familia no dejaba de pedirle que le contara su experiencia... pero no podía hacerlo.

Aunque ahora, se sentía lo suficientemente fuerte como para hablar del tema y no deshacerse. Por más que se deshiciera, sentía que Joanna lo aceptaba. No sentía la necesidad de mostrarse valiente y actuar como si todo estuviera bien. Ella sabía que eso no era cierto. No tenía que pretender nada. Podría contárselo sin vueltas. Los recuerdos lo invadieron como una marea implacable.

—Creí que estaba en el medio de una pesadilla cuando abrí los ojos en el barco —comenzó casi sintiendo los tablones de madera contra la espalda y el movimiento constante del navío que le revolvía el estómago—. Me dolía la cabeza. Me habían dado una buena golpiza en Portside. Recordé el ataque para reclutar a la fuerza... los oficiales que entraron corriendo, empujaron a la gente y sujetaron a varios hombres de las chaquetas para arrastrarlos. Pero, en el medio de toda esa conmoción, me dejaron inconsciente.

El caos de esa noche regresó con varios destellos: la invasión, el reclutamiento por la fuerza y las manos duras que capturaban a los hombres más incautos. Spencer cerró los ojos un instante y logró ver el calabozo tenue y sentir la desesperación en el aire.

—De pronto me desperté en el calabozo del barco. Había otras personas encerradas conmigo —continuó y concentró la mirada en un punto detrás Joanna, como si estuviera viendo los rostros hinchados y golpeados que lo habían rodeado en las penumbras del barco—. Éramos varias decenas de hombres atrapados juntos.

Recordó la sensación de sentirse indefenso y la absurdidad de su situación.

—Intenté demostrar mi identidad. —Una risa amarga se le escapó de los labios—. Solo llevaba puestas las prendas interiores y me aferré a los barrotes para pedir a gritos que me liberaran.

Negó con la cabeza, y el recuerdo de la expresión de incredulidad en el rostro del centinela y el resto de los prisioneros que se habían reído de él aún le dolía.

—Nadie creyó que hubieran reclutado a un duque por la fuerza. Mi título, mi posición y todo lo que era se redujo a nada en ese instante. Todos creyeron que se me había ocurrido esa excusa ridícula y que podía imitar el acento y el lenguaje sofisticado con facilidad. Porque era imposible que hubieran reclutado a un duque por la fuerza.

—Oh, cielos —Joanna se cubrió la boca con la mano.

—No fue hasta el día siguiente, en el mar, que nos dejaron salir del calabozo —prosiguió. El recuerdo del barco que avanzaba entre las olas y dejaba detrás todo lo que conocía hizo que se le ciñera el pecho—. Fue brutal. Nos daban palizas a menudo para asegurarse de que no nos amotináramos. Y luego comenzaron a enseñarnos las habilidades de un marinero: limpiar el barco, amarrar cuerdas, subir a las velas, arrojar el ancla y alzarla... A fuerza de necesidad, aprendí rápido. Un día por fin pude hablar con el capitán... —La frustración de ese momento lo llevó a apretar los puños—. Y, a pesar de que vi en sus ojos que me creía, lo negé todo. No tuve más opción que mantener la cabeza baja y convertirme en un marinero. Al poco tiempo comenzaron a enseñarnos a luchar y a disparar los cañones. Pasaron varias semanas, y supe que nos estábamos acercando a una zona de guerra. Sobrevivimos a dos tormentas.

Se detuvo, y una mezcla de emociones le ardió por dentro.

—De a poco fui entendiendo de navegación. Mis habilidades con las armas, la esgrima y el boxeo no pasaron desapercibidas. Como era un líder natural en medio de todos esos hombres y podía tomar buenas decisiones bajo presión, me ascendieron a oficial.

Podía oír el desapego en su propia voz. Era como si estuviera describiendo la vida de otro hombre y no la suya. Había sido un giro inesperado: un duque convertido en marinero y ascendido a oficial entre hombres que hasta hacía unas semanas habían sido completos

desconocidos.

—Antes de eso, jamás había pasado más que un par de días en un barco, pero me adapté y me convertí en una parte de ese mundo. —Se rio—. Creí que nos dirigiáramos a Canadá y que podría razonar con quien estuviera a cargo en alguno de los puertos. Esperaba poder enviarle una carta a mi familia para decirles que estaba vivo. No tenía ninguna intención de abandonar, pero tenía que asegurarme de que supieran que habían obligado a un duque a unirse a la fuerza naval. Pero llegamos al lago Erie... —Negó con la cabeza—. Fue mi primera batalla naval. Los estadounidenses eran mucho más fuertes de lo que creíamos. Tenían buenos barcos, con cañones fuertes, y nos dispararon. Recuerdo el momento vívido en que todo cambió... La bola de cañón volando en el aire... las astillas que caían como el agua en una fuente. El dolor agonizante en el muslo como si estuviera en llamas.

—Oh, Spencer... —le apretó la mano—. Oh, no...

—Luego, pasé varios días delirando de fiebre. Había muchos hombres heridos. Varios murieron. Y la idea de regresar con Penelope fue lo que me mantuvo vivo. Necesitaba aferrarme a algo. A algo bueno. Necesitaba algo que anhelar. Recuerdo que hubo un momento en que supe que iba a morir. No sé cómo lo sabía, pero no tenía ninguna duda al respecto. Podía soltarlo todo y dejar de luchar. Estaba muy cansado... exhausto. Pero también podía reunir fuerzas y salir adelante. Y pensar en ella me dio fuerzas. Mi amor por ella me salvó.

Joanna asintió con la cabeza y se secó los ojos. Spencer vio la tristeza en sus ojos al decir eso, y quiso añadir que jamás pasaría nada con Penelope. Le pertenecía a su hermano. Además, no había pensado en ella en varios días porque había tenido la mente y el corazón ocupados con Joanna... Pero no le dijo eso. De algún modo, admitir esos sentimientos era una línea que no estaba dispuesto a cruzar. Ella no quería casarse, y él tampoco. Había muchos motivos por los que su relación acabaría pronto, motivos por los que le había dicho que jamás se casaría con ella.

No le había dicho toda la verdad: jamás se casaría con nadie. No era un hombre completo y jamás lo sería. Además, ya no era un duque y, a pesar de que Preston se había asegurado de que Spencer tuviera una fortuna cuantiosa a su nombre con fondos que había extraído de su herencia del ducado, no tenía un título. Durante toda su vida se había entrenado para ser un duque, administrar las propiedades de la familia y participar en asuntos políticos. ¿Qué podía ofrecerle al mundo ahora que le habían arrebatado lo único que sabía, además de navegar? No podía convertirse en uno de esos dandis que lo único que hacían era asistir a veladas y cazar zorros. Lo cierto era que se sentía perdido. Su único plan tras lograr su venganza con Ashton era ver cuánto *whisky* podía consumir un hombre. Joanna se merecía algo mejor.

—Me alegra mucho que estés vivo —le susurró—. Estoy segura de que toda tu familia siente lo mismo.

Y entonces lo comprendió. Su familia... Todos debían de estar muertos de preocupación. Durante muchos meses, nadie había sabido dónde estaba y, desde que había regresado, no se los había puesto fácil a nadie al negarse a verlos. Pero le resultaba demasiado doloroso mirar todo lo que había perdido.

A decir verdad, en ese momento, a pesar de los asesinos que habían enviado tras ellos, a pesar del hecho de que su enemigo seguía suelto e impune y a pesar de que sabía que siempre estaría herido y jamás tendría a Penelope, por primera vez en muchos meses, tenía el corazón lleno de felicidad.

Mientras reflexionaba sobre su comportamiento del pasado, lo embargó una profunda culpa. No había sido amable, incluso había sido cruel con su familia. No se merecían ese trato de él. Cuando regresara a Londres, se reuniría con todos, pero en especial le importaba saber sobre el

bienestar de Calliope. Era su hermana favorita, la que más quería, y no se sentía bien, pero no le había preguntado nada. Su embarazo complicado le preocupaba.

—Sí, claro. Mi familia...

Hablaron hasta las primeras horas de la mañana y, al amanecer, decidieron que era hora de ir a buscar al señor Pottinger para interrogarlo. Spencer ayudó a Joanna a vestirse, y ella hizo lo mismo por él. Como actuaban como una verdadera pareja de casados, a Spencer le dolió el corazón al sentir que, para su sorpresa, era algo reconfortante y encantador. Pero también le hacía sentir el vacío en el alma. Al igual que muchas otras cosas, eso era algo que jamás tendría en la vida real, porque estaba muy dañado y sería una carga para una mujer, en especial para una tan bondadosa y alegre como Joanna. Él no haría feliz a nadie. Sin importar lo mucho que le gustara la idea de tomarla de esposa, al quedarse solo, le haría un favor al género femenino.

Tras desayunar, pagó y se subieron al carruaje. Mientras Carl los llevaba hacia Tilbury y la aldea comenzaba a despertarse, la alegría y felicidad de Spencer quedó reemplazada por determinación y precaución en cuanto al asunto serio de encontrar al señor Pottinger.

Aparcaron frente a la edificación de la Pottinger Shipping Company y observaron la calle, que se iba atestando y cobraba más vida de la que había tenido la noche anterior. Los trabajadores empujaban barriles y tiraban de algunas carretas mientras que los caballeros caminaban a toda prisa hacia sus oficinas.

Spencer no quería soltar la mano de Joanna de la suya, sus dedos suaves y femeninos se sentían como si hubieran estado hechos para él. No podía evitar admirarla y estar de acuerdo con ella en que hacían un buen equipo. Podría haber muerto si no fuera por su reacción valiente y rápida.

—¿Qué conexión crees que guarda el señor Pottinger con el duque? —le preguntó Joanna con la mirada clavada en la edificación—. ¿Qué cartas le podría estar llevando Joseph y por qué?

—Eso es precisamente lo que quiero descubrir —le dijo Spencer, que extrajo su pistola de confianza de debajo del asiento del carruaje y se la acomodó en los pantalones—. La persuasión por temor funcionó con Joseph y quizás también funcione con el señor Pottinger. Pero, de lo contrario, también tengo dinero. A juzgar por el estado deteriorado de la oficina, el señor Pottinger podría estar más motivado por el dinero...

La voz se le fue apagando al divisar al hombre de cabello blanco y el ojo de madera acercándose hacia las oficinas de la Pottinger Shipping Company. Tras introducir la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró.

—QUÉDATE aquí —le ordenó Spencer apoyando la mano en la puerta del carruaje.

—No —se negó Joanna—. Creí que habíamos acordado investigar juntos.

—Estoy intentando protegerte —le dijo Spencer.

—Si mal no recuerdo, anoche fui yo la que te protegió —le reprochó.

Spencer suspiró y no pudo contener un gruñido. Tenía razón. Estaba preocupado por ella, pero sabía que era lo suficientemente fuerte como para protegerse... y protegerlo. Lo cierto era que no le gustaba lo mucho que se preocupaba por ella. Y lo mucho que lo asustaba pensar en que pudiera resultar herida.

—De acuerdo —le dijo—. Pero ten cuidado.

Tras cruzar la calle, entraron en la oficina. Una campana sonó cuando abrieron la puerta, y el señor Pottinger alzó la mirada y dejó de revolver los cajones del escritorio. En las manos grandes y lo suficientemente fuertes como para cascar nueces sostenía una pila de cartas. Al verlos, el rostro perdió cualquier expresión.

—Bloquea la puerta, Joanna —instruyó Spencer mientras extraía la pistola y se acercaba al hombre, que se enderezó con el rostro sombrío y el único ojo sano bien abierto.

Joanna pasó el pestillo y se apoyó contra la puerta. Spencer no quería utilizar la pistola para hacerle daño al hombre, pero quería parecer convincente.

—¿Es el señor Pottinger?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Envió a esos maleantes a atacarnos anoche? ¿Les ha dicho que nos siguieran?

El hombre volvió a asentir con la cabeza. ¿Habría más gente observando la oficina en ese momento? ¿Deberían prepararse para más problemas? Lo cierto era que se alegraba de haber llevado el arma.

—Muy bien, señor Pottinger —continuó Spencer—. Tengo algunas preguntas para usted y, si las responde con honestidad y no nos da problemas, será libre de marcharse. Solo quiero información. No tengo ninguna intención de hacerle daño. ¿Entiende?

El hombre volvió a asentir más pálido que antes.

—¿Qué relación tiene con el duque de Ashton? —le preguntó Spencer.

Pottinger tragó saliva y encuadró los hombros antes de echarle una mirada rápida a Joanna.

—No conozco al duque de Ashton.

—Lo dudo mucho, señor Pottinger —repuso Joanna.

—Solo me envían estas cartas que debo llevar a un puerto en los Estados Unidos de camino al Caribe a bordo de uno de mis barcos de carga.

Spencer se quedó congelado al tiempo que se le aceleraba la mente. ¿Los Estados Unidos?

¿Por qué el duque de Ashton estaba enviando algo allí con barcos de carga? ¿Por qué sería tan sigiloso al punto de haber contratado a un hombre en Whitechapel? ¿Y por qué tenía miedo de que Spencer hubiera leído esa nota en el callejón cerca de Tyche y había ordenado que lo reclutaran por la fuerza? Las preguntas no dejaban de rondarle la mente.

Joanna había sospechado que su tío estaba involucrado en actividades criminales, y Spencer estaba de acuerdo. Intercambió una mirada larga con ella. Era evidente que también estaba pensando; tenía el ceño fruncido, la postura erguida, y el pecho le subía y le bajaba acelerado.

La respuesta a la pregunta yacía en las cartas evasivas que habían estado buscando, las cartas que, según sospechaba Spencer, sostenía el señor Pottinger en las manos grandes.

—Por favor, entrégume esos papeles —le pidió con frialdad—. De lo contrario, tendré que dispararle.

El señor Pottinger apretó los labios hasta formar una delgada línea. Acto seguido, volvió a encuadrar los hombros y dio un paso hacia atrás.

—Dispáreme si desea, pero no le entregaré nada.

A Spencer se le tensó el mentón. Estaba muy cerca de lograr su objetivo, podía sentir el temor palpable que le circulaba por todo el cuerpo. Si tan solo pudiera tomar esas cartas, tendría pruebas de los crímenes misteriosos de Ashton y podría abrir un caso criminal en su contra para que recibiera su merecido castigo por todas las heridas físicas y emocionales que le había infligido.

Tenía las pruebas que necesitaba al alcance de las manos. Pero ¿estaba dispuesto a hacerle daño a otro hombre para conseguirlas? ¿A un hombre que quizás también era víctima de Ashton como lo eran él, Joanna y su familia?

La resolución de Spencer se consolidó al mirar a Pottinger, que aferraba las cartas con desesperación. Al comprender que las palabras no bastarían, Spencer dio un paso hacia él para cerrar la distancia que los separaba. El ojo de Pottinger se agrandó y recorrió la sala mientras que el de madera se mantuvo fijo al frente. La expresión de temor traicionaba su fachada de resistencia.

—Señor Pottinger, no se lo volveré a pedir —le advirtió Spencer con un tono glacial. Tensó la mano alrededor de la pistola, aunque esperaba no tener que usarla.

Pottinger dio unos pasos hacia atrás hasta quedar apretado contra la pared. Buscó una vía de escape, pero no encontró ninguna. Joanna observó la escena con el ceño fruncido y lista para actuar. Pottinger se lanzó de golpe para intentar huir con las cartas apretadas contra el pecho, pero Spencer fue más rápido. Tomó a Pottinger del brazo y lo empujó contra una pared. Las cartas cayeron volando al suelo, y Joanna se apresuró a recogerlas.

—¡Ya es suficiente, Pottinger! —exclamó Spencer apretándolo contra la pared—. Esas cartas no valen más que su vida.

Pottinger se rebatió unos instantes, pero la fuerza de Spencer era abrumadora. Respirando entre jadeos, el hombre por fin dejó de resistirse. Los hombros se le hundieron en señal de derrota. Mientras tanto, Joanna abrió la primera carta y leyó rápido las oraciones que le hicieron fruncir el ceño.

—¿Qué? —le preguntó Spencer, pero no se atrevía a apartarse de Pottinger por temor a que el hombre pudiera intentar recuperar las cartas y acabara haciéndole daño a Joanna—. ¿Qué dicen?

Joanna negó con la cabeza.

—No entiendo. Es algo similar a lo que leí en la primera carta en el estudio de Ashton. Es un sinsentido total.

—Léelas en voz alta —le pidió Spencer.

—Doce de agosto de 1813, Corinthian, trescientos veinte, treinta y tres de ocho kilos, diez de quince kilos, Portsmouth, Boston.

Spencer entrecerró los ojos al tiempo que se le aceleraba la mente en el intento de descifrar la información.

—Portsmouth es el puerto naval más grande de Inglaterra... —murmuró—. Boston podría ser el puerto del interior de Inglaterra o el puerto marítimo de Estados Unidos... los kilos... —La epifanía lo golpeó como un chubasco con toda su fuerza—. Hacen referencia a treinta y dos armas de ocho kilos y a diez más pesadas...

La magnitud de lo que estaba comprendiendo hizo que el suelo virara bajo sus pies e intentara arrojarlo. Miró a Pottinger, que lo veía con una expresión de derrota triste, los hombros hundidos y ni un ápice de resistencia.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Joanna impaciente.

—Corinthian es la HMS Corinthian, Joanna, el barco de Su Alteza, una fragata —le respondió, y el cuerpo entero le tembló—. La fecha es el día de partida de Portsmouth con destino a Boston. Llevaba trescientos veinte hombres a bordo. Y es una embarcación armada con treinta y dos cañones de ocho kilos y diez cañones de quince kilos.

Se detuvo con el estómago retorcido y la bilis subiéndole por la garganta.

—Tu tío le está vendiendo información militar al enemigo. —La voz le sonó muerta al decirlo, pero la mente se le aceleró al recordar a las docenas de hombres a bordo de la Concord heridos o muertos. Sam se encontraba entre ellos. Miles de hombres a bordo de otros barcos habían perdido la vida. Y el duque, que se suponía que debía servirles en la Cámara de los Lores y quien era tan allegado al príncipe regente que parecían inseparables, estaba sacrificando sus vidas a cambio de dinero. La vida de Spencer había quedado destruida por la traición de Ashton.

Joanna parpadeó, abrió la boca anonadada y la carta le tembló en la mano.

—Está cometiendo crímenes de traición a la patria... —murmuró.

Ese tipo de crimen era una de las pocas ofensas por las que un par podría ser juzgado e, incluso, ahorcado.

A Spencer le tembló la pistola en la mano. La bajó y dio un paso hacia atrás para alejarse de Pottinger. Joanna siguió abriendo otros sobres y leyendo en voz alta más fechas, nombres de barcos, números y puertos de partida y de llegada. Había dicho que esa información era muy similar a la que había encontrado en el estudio de Ashton. Lo había sabido desde el comienzo... Le podría haber contado lo que había leído. De haber compartido esa información con él, habrían sabido antes lo que había hecho Ashton... O, por lo menos, se lo debería haber contado la noche anterior, cuando se convirtieron en aliados. Luego de que le quitara la virginidad. ¡Maldita sea, se lo debería haber contado! ¡Había confiado en ella! Pero ¿podía confiar en ella de verdad? Quizás no.

Seguido de eso, sintió la conmoción de comprender la magnitud del crimen de Ashton. Spencer solo oía cuervos y veía el cuerpo sin vida de Ashton meciéndose de una cuerda. Esa sería su retribución. Tendría que presentar cargos contra él y no solo por la destrucción de su vida, sino también por las vidas de miles de hombres que murieron en esos mares tormentosos al otro lado del Atlántico.

Spencer negó con la cabeza y volvió a mirar a Pottinger, que seguía de pie y encogido contra la esquina.

—¿Se da cuenta de que está cometiendo alta traición contra la Corona?

El hombre dejó caer la cabeza.

—Sí, pero el duque tiene todas mis deudas. Si las quiere cobrar, mi familia quedará arruinada. Mis hijos perderán su hogar y estaremos en la calle o en el asilo de pobres.

Joanna, que parecía completamente anonadada, comenzó a plegar las cartas y se las guardó en el jubón.

—Señor Pottinger, ¿no quiere liberarse de él? ¿Asegurarse de que su familia quede protegida y no esté amenazada por alguien que está traicionando a la patria?

Spencer tenía que admitir que Joanna era muy lista y sabía cómo hablar con el señor Pottinger. Quizás se debía a que se encontraba en la misma situación que él. Era más suave que Spencer y, era evidente que tenía más compasión y podía entender a la gente mucho mejor que él. Además, era altruista y bondadosa. O eso creía. A pesar de su ira, el corazón se le derretía por esa mujer, pero al mismo tiempo deseaba que pudiera ser más egoísta y pensar en sus propias necesidades.

Spencer clavó la mirada en Pottinger. No se podía negar que las palabras de Joanna lo habían afectado: había dado en el clavo. Debía ceder, pero algo no lo dejaba. Quizás necesitaba un poco más de persuasión. Avanzó hasta el escritorio y se sentó en el borde, a unos metros de Pottinger. Podía oler el aroma a sucio del hombre, así como también podía ver las costuras desparejas en el abrigo marrón y los parches en la camisa de lino amarillenta.

—Ahora tenemos suficientes pruebas como para incriminarlo —le dijo Spencer—. Y vamos a acabar con Ashton, pero puede escoger entre colaborar con nosotros o colgar con él.

Pottinger se puso más pálido.

—Si coopera con nosotros, puede testificar en contra de Ashton. Puede que lo perdonen y, al menos, que no lo cuelguen. Y si Ashton recibe su condena, usted no tendrá más deudas.

Pottinger pareció guardar esperanzas por primera vez. El ojo sano se le llenó de lágrimas.

—Soy un capitán retirado. Dejé de navegar y me metí en el negocio de transportes por mi pobre estado de salud. Soy un buen marinero, pero los negocios no se me dan bien. No me gusta traicionar a mi país. Pero él tiene mi deuda en sus manos y no dudará a la hora de dejarme en la ruina.

El odio que sentía hacia Ashton le hervía por dentro y le corroía el corazón. ¿Acaso había algún límite que el duque no cruzaría para obtener lo que quería?

—El duque hará cosas mucho peores si no lo detenemos —dijo Spencer sombrío—. Y no solo a usted.

Como si estuviera sincronizado con él, Joanna regresó al escritorio, extrajo una silla vacía y tomó una hoja de papel que dejó sobre el escritorio. Acto seguido, tomó una pluma y la hundió en el tintero.

—Por favor, señor Pottinger, es su única oportunidad. Colabore con nosotros. Díganos todo lo que sabe. Lo escribiré mientras habla y luego lo puede firmar. Luego, solo tendrá que estar listo para testificar en la corte cuando llegue el momento.

Qué mujer más lista. Spencer era muy afortunado de tener una aliada como ella. ¿Qué hubiera hecho si no estuviera allí? Sin su paciencia, hubiera recurrido a la fuerza física. Pottinger tragó con dificultad y asintió con la cabeza con la respiración acelerada.

—Lamento mucho haberle enviado un mensaje acerca de ustedes dos. También le avisé al hombre que tiene aquí para supervisar la seguridad de mi operación. Sin dudas, fue él quien envió a los maleantes.

Para matarlos. La implicación tácita era clara. Spencer apretó el mentón al tiempo que Joanna se ponía pálida y abría los ojos como platos.

—¿Está observando la oficina en este momento? —le preguntó—. ¿Sabe que nos

encontramos aquí?

Pottinger sacudió la cabeza.

—No lo sé.

A Spencer se le formaron nudos de tensión en el estómago. Sin dudas, el carruaje de los Grandhampton lo había delatado. Los rufianes de Ashton debían de haber seguido el carruaje o haber preguntado en las posadas cercanas; al fin y al cabo, no había muchas. Cuando el hombre de Ashton en Tilbury reportara que Spencer y Joanna habían logrado escapar de los asesinos la noche anterior, el duque sabría que Spencer había logrado progreso a la hora de develar el misterio y buscar pruebas en su contra. Eso lo volvería aún más peligroso... tanto para él como para Joanna. Se estaban quedando sin tiempo.

—Señor Pottinger —continuó Spencer mientras bajaba la pistola y miraba por una ventana cercana para ver si había alguien observándolos o acercándose a la oficina—. Díganos lo que sabe. Es por su propio interés.

Pottinger asintió con la cabeza a regañadientes.

—Los domingos me traen estas cartas. Bueno, no todos los domingos, pero es siempre por la tarde. Luego debo enviarlas a través de mi red de comercio a bordo de los barcos con destino a los Estados Unidos. Les pago a mis marineros, que trabajan a bordo de los barcos comerciantes. Cuando el barco llega a costa estadounidense, los marineros toman un bote inflable para desembarcar y van a un bar cerca de Washington, donde la información llega a las manos indicadas.

Joanna había estado ocupada escribiendo rápido y alzó la cabeza hacia Pottinger.

—¿Me puede decir las fechas en que envió las cartas? ¿Y los nombres de los barcos y de los marineros? Hablaremos con ellos y les pediremos que confiesen también para que no se enfrenten a cargos de traición.

Pottinger soltó un suspiro profundo y asintió con la cabeza. Tomó uno de los libros de contabilidad y comenzó a pasar las páginas para dictarle los nombres. Las fechas se remontaban a dos años. Cuando terminó, Joanna le entregó el papel y la pluma que había utilizado para escribir.

—Por favor, fírmelo, señor Pottinger.

Pottinger volvió a suspirar antes de firmar. Spencer y Joanna se miraron a los ojos; la pequeña victoria se sintió como una explosión de fuegos artificiales en el vientre. Era más dulce porque la podía compartir con ella. Joanna tenía razón, a pesar de su riqueza, su poder y su fuerza, ella tenía habilidades que él no poseía. Spencer no habría logrado conseguir el testimonio firmado sin ella. Observó a Joanna cerrar la carta y plegarla antes de entregársela. Spencer se la guardó en el bolsillo interno del chaleco junto con las cartas que tenía Pottinger en la oficina.

Sin embargo, algo en la mirada de Joanna le molestó. Algo no iba bien. Había una suerte de preocupación, una duda. El estómago se le retorció al no poder comprender qué iba mal. Pero ese no era el momento de hablar del tema. Como todavía no había acabado, se volvió a mirar a Pottinger.

—¿Cuánto dinero le debe, señor Pottinger? —le preguntó Spencer.

—Mil libras, señor —le respondió hundiendo los hombros aún más.

Era una suma de dinero considerable. Pero gracias a la generosidad de su hermano, Spencer podía permitírselo y asegurarse de que Pottinger no se retractara de su palabra y se encontrara a salvo del chantaje de Ashton.

—Consideraré invertir en su empresa —le dijo—. Cuando hayamos revisado los libros de contabilidad y los márgenes de ganancias.

Pottinger frunció el ceño.

—¿Cómo ha...?

—Considéreme su potencial inversor. Y créame que seré mucho más justo. Además... —se metió la mano en el bolsillo y extrajo la bolsa con dinero para dejarla sobre el escritorio—, esto es un adelanto. Tome a su familia y márchese por un tiempo. Asegúrese de que estén a salvo. Dígame dónde estará residiendo para que lo pueda encontrar cuando lo necesitemos para el juicio.

A Pottinger le temblaron las manos al tomar la bolsa.

—Gracias, señor... ¿De verdad confía en mí, que soy un traidor a la patria? Lo he delatado con el hombre que envió a esos maleantes tras ustedes... ¿Cómo me puede confiar tanto dinero?

Joanna no despegaba la mirada de Spencer y lo veía con asombro y una sonrisa en el rostro. ¿Qué le estaba haciendo? ¿Habría hecho algo como eso antes de conocerla? No, habría destrozado a ese hombre considerándolo tan culpable como Ashton. Pero su compasión, su bondad y su altruismo lo habían suavizado.

—Confío en que desea lo mejor para su familia —respondió Spencer—. Es evidente que eso no es ni Ashton, ni un calabozo. La mejor esperanza para su familia es colaborar conmigo y con mi encantadora compañera. Si cree lo contrario, simplemente perderé dinero, pero usted podría perder la vida. Confío en que tome la decisión correcta. Y cuando esto acabe y Ashton reciba su castigo, invertiré dinero. Necesito algo que hacer, y una empresa de transporte y comercio me viene bien.

Pottinger se aclaró la garganta y asintió con la cabeza. Tenía las pobladas cejas fruncidas hasta formar una línea.

—Haré lo que sea necesario para asegurarme de que sea una buena inversión, señor.

Cuando se marcharon de la oficina, Spencer sintió como si acabaran de lograr una gran victoria, pero miró alrededor de la calle en busca de alguna señal de peligro o de alguien que estuviera observándolos. La calle estaba ajetreada, pero no vio a nadie acechando donde no debía.

Habían descubierto muchas cosas... pero en lugar de sentir alivio y la alegría de la victoria, Spencer sentía como si llevara un peñasco sobre los hombros. Joanna también caminaba tensa.

—Hemos progresado bastante hoy —dijo Joanna con cautela cuando se sentaron en el carruaje, y Carl comenzó a conducir de regreso a Londres. Había cierta distancia entre ellos—. ¿Qué crees que debe pasar a continuación?

Spencer observó las edificaciones de los depósitos mientras pasaban por Tilbury. No podía quitarse la sensación extraña en la boca del estómago. ¿Por qué se mostraba tan cautelosa... y distante con él?

Lo que debía pasar a continuación era más que obvio. Ashton debía enfrentarse a los cargos de traición y morir en la horca, pero para un crimen tan serio como ese se iban a necesitar más pruebas. Unas cartas crípticas y el testimonio de alguien que le debía dinero a Ashton no bastaban para condenar a un duque con el rango y poder de Ashton.

De pronto, lo vio claro como el agua. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Debía de ser por la conmoción de la gravedad de los crímenes del duque. Si lo condenaban a la horca, le quitarían el título y todas las propiedades, que pasarían a manos de la Corona. Y eso significaba que Gideon jamás recuperaría su herencia ni tampoco recibiría el título de Ashton.

Spencer miró los hermosos ojos verde manzana de Joanna, que lo estudiaban con cautela. Joanna lo sabía. Debía de haberlo comprendido de inmediato. Se había mostrado cautelosa con él desde el principio, de lo contrario le habría dicho lo que decía la carta que había encontrado en el

estudio de Ashton. Jamás habría verdadera confianza entre ellos, sin importar lo mucho que lo deseara. Una ira amarga lo azotó con olas furiosas. Estaba enfadado con ella por haberle ocultado la información, pero también con él mismo por haber bajado la guardia.

No se podía negar que se encontraban en diferentes extremos del juego, y ahora mucho más que antes. Si Spencer obtenía lo que quería, la familia de ella perdería. Si ella obtenía lo que quería y chantajeaba a Ashton, Spencer tendría que esperar demasiado tiempo para iniciar un caso criminal y cientos o miles de hombres podrían morir antes de que el duque le devolviera la herencia a Gideon, por no mencionar que también perdería el título y las demás propiedades cuando condenaran al duque.

La alianza que se había sentido fuerte la noche anterior se había debilitado esa mañana... hasta ser más delgada que un papel. Y ella lo sabía. El arrepentimiento lo carcomió por dentro.

—¿Qué debe pasar a continuación? —repitió con la garganta cerrada—. Necesitamos saber más. No sabemos por qué Ashton está haciendo todo eso. Es muy allegado al príncipe regente. Tiene una gran fortuna. Luego del príncipe, ocupa el puesto más importante en el país, aunque no sea de manera oficial. ¿Por qué escogería traicionar a la Corona?

Joanna apretó los labios suaves y se le acentuó el arco de Cupido que tanto le gustaba sentir con la lengua.

—Esa información nos ayudará a construir un caso convincente.

Pero también significaba que todavía no tendría que apartarse de ella, y eso hizo que el pecho se le expandiera de felicidad. Sin embargo, cuanto más tiempo se demoraran en reunir pruebas, más probable era que Ashton volviera al ataque.

—Creo que lo mejor sería intentar hablar con mi tía otra vez —dijo Joanna—. Podría persuadirla a hablar en privado bajo las circunstancias adecuadas.

Spencer entrecerró los ojos. ¿Quería hablar con su tía a solas? Las metas diferentes que tenían volvían a salir a la luz. No habían roto la alianza de manera oficial, pero ¿podía confiar en ella? ¿O aprovecharía la oportunidad de utilizar cualquier información que develara para proteger los intereses de su familia?

Debía entender las implicaciones descomunales del caso ahora que sabían que estaban lidiando con un traidor a la patria. Miles de vidas podrían estar en peligro.

A pesar de que no le había compartido la información de la carta del estudio de Ashton, se sentía cercano a Joanna... más cercano de lo que se había sentido con alguien en mucho tiempo. Más cercano que a Penelope... Penelope, en quien había estado seguro de poder confiar... al igual que había estado seguro de poder confiar en su hermano.

Y ¿cómo había salido eso? Tenía el corazón herido y magullado. Al parecer, cuanto más se acercaban a Londres, más se alejaba de la felicidad que había experimentado en el papel del señor Hadecliff... y más se convertía en el torturado y sombrío *lord* Spencer Seaton. El lastimado *lord* Spencer Seaton. El que no confiaba en nadie, no luego de lo que le habían hecho y de todo lo que le habían quitado.

—Y te gustaría hablar con ella a solas, ¿no? —le preguntó sintiendo cómo la voz se le volvía gélida.

Una parte de él se preguntaba si debería haber compartido tanto de su ser con ella. Podría utilizarlo. Podría aprovecharse de él y de cada detalle vulnerable que le había contado. A pesar de que se había entregado a él, a pesar de que le había dicho que lo aceptaba y le había besado la herida con tanta dulzura.

—Sí, Spencer, a solas. Es mi tía. Me cuidó tanto a mí como a mis hermanos durante varios años tras la muerte de mis padres. ¿Crees que deberías estar presente? ¿Crees que estaría más

predispuesta a hablar contigo allí?

Spencer tragó con dificultad y asintió con la cabeza. Tenía razón. Tenía que estar de acuerdo con la lógica de sus palabras. Debería confiar en ella. Al fin y al cabo, seguían siendo aliados y compartían un lazo, una conexión más profunda que nada que hubiera tenido con Penelope. De hecho, era más profunda que nada que hubiera experimentado con nadie en toda su vida.

Pero ¿qué sería de él si lo traicionaba? ¿Si le destrozaba el corazón cuando todavía no había sanado? ¿Alguna vez lograría recuperarse de un golpe como ese? ¿Y qué había de él? ¿Qué escogería llegado el caso? ¿La venganza... o a Joanna? Se aclaró la garganta para aliviar la tensión que sintió en el cuerpo al plantearse la pregunta.

—Tienes razón, Joanna —le dijo.

De hecho, ahora que se estaban acercando a la meta, pronto su relación llegaría a su fin. Y tendría que alejarse de ella...

Pero antes de hacerlo, haría algo para ella que le cambiaría la vida para mejor.

—ALGO HA CAMBIADO en ti, Joanna... —señaló Charlotte a la mañana siguiente—. ¿No lo crees, Gideon?

Charlotte mordió la tostada con mantequilla y entrecerró los ojos para estudiar a Joanna, que tomó la tetera blanca con flores amarillas que estaba partida y le sirvió más té a Gideon en la taza que tenía una rajadura entre las flores azules. La sala del desayuno se veía gris bajo la luz de la mañana lluviosa. De la calle Gresham, cerca de Cheapside, provenían ruidos de cascos de caballos que avanzaban sobre los adoquines y el repiqueteo de las ruedas de los carruajes, acompañado de los gritos ocasionales de los cocheros. Algunos trabajadores limpiaban el estiércol de los animales de las calles. Se oían las campanas de una iglesia.

La luz de la mañana se colaba por dos ventanas sucias y caía sobre la sencilla mesa de madera que se encontraba en el centro de la pequeña pero ordenada habitación. Los acogedores aromas del té y el pan tostado pendían en el aire. En una de las paredes, había un hogar con una rejilla antigua que tenía la pintura negra saltada. Sobre el hogar, colgaba el cuadro con marcos de oro de sus difuntos padres, uno de los pocos retazos de su antigua riqueza. La repisa de la chimenea estaba decorada con unas figuras de cerámica y un candelabro de latón.

Gideon se estiró en la silla y se cruzó de piernas como un hombre acostumbrado a ciertos lujos sin ninguna preocupación. Al oír la pregunta de Charlotte, bajó el periódico y estudió a Joanna.

—Te ves bien, hermana —le dijo con una sonrisa de aliento.

Joanna se sentía diferente. Había regresado a casa la noche anterior en un carruaje que había contratado en la calle donde Spencer la había dejado para que nadie la viera apearse de su carruaje sin una chaperona.

Al oír el cumplido de su hermano, encuadró los hombros y alzó el cuello. Tenía ganas de ponerse su vestido favorito, que era de un hermoso tono verde que le resaltaba los ojos. Miró el periódico que estaba leyendo Gideon, *La Gaceta de Londres*, y vio que se reía mientras leía su historia. Sintió ansias de contarles a sus hermanos que era la autora y que la comida que estaban disfrutando la había comprado ella y no Gideon, como creían todos. Hasta había considerado visitar a una modista para encargarse un nuevo vestido.

Sin embargo, en el fondo, la sensación de un desastre inminente la hacía retorcer de temor y tensarse por la desilusión venidera, como si estuviera a la espera de un golpe. Su tío era un traidor a la patria. Y eso significaba el final de su alianza con Spencer. La traición era una sentencia de muerte garantizada, incluso para miembros de la alta sociedad como el duque. Y Spencer quería venganza. Quería vengarse no solo por lo que le había ocurrido a él, sino también por los hombres que habían luchado a su lado. ¿Mantendría su palabra y respetaría la alianza? ¿O

decidiría traicionarla?

Pero ¿cómo era posible luego de que se hubiera entregado a él por voluntad propia y se hubiera dado cuenta de que sentía mucho más por él de lo que había querido?

—¿De verdad? —preguntó Joanna y ni siquiera notó el sonrojo que le cubría la piel—. ¿Cómo?

A diferencia de hacía tan solo una semana, antes de que hubiera conocido a Spencer, algo había cambiado en su manera de pensar. Se merecía sentirse bien acerca de sí misma. No debería sentirse culpable o tímida. Se había convertido en una mujer, había tenido la experiencia más intensa y hermosa de toda su vida, había derrotado a un maleante y le había contado a Spencer las cosas más profundas de su vida que la hacían sentir vulnerable... cosas que jamás le había contado a nadie. Y él no había huido. Por fin sentía que tenía control de su vida... Excepto por Spencer. Las horas de pura felicidad que había compartido con él se esfumaron a la mañana siguiente tras develar la naturaleza de los crímenes de su tío.

Charlotte se humedeció los labios.

—Sí, te ves mejor. ¿Has perdido peso? ¿Qué te hicieron hacer los Hodges? ¿Trabajar en la cosecha? —Se rio, pero la sonrisa se le desvaneció al mirar a su hermano—. Creí que fuiste a cuidar a los niños.

Como tan solo faltaban seis días para que tuviera que presentarse ante el príncipe regente e informarle su decisión, su hermana debía de estar muy nerviosa. Ese debía de ser el motivo de su sarcasmo. Joanna también estaba nerviosa y preocupada. Habían hecho un gran avance en la investigación, pero ¿bastaría para confrontar a su tío? Probablemente no tenían suficientes pruebas como para condenarlo por traición.

—Creo que me veo bien en cualquier forma y tamaño, Charlotte —repuso Joanna sin reconocerse el tono de voz calmo—. No necesito perder peso para verme mejor. Las apariencias no son lo único que importa en la vida. Y, como la hermana mayor, tú deberías ser quien me lo dice.

Charlotte se puso rígida y abrió la boca mientras la miraba parpadeando.

—Joanna...

Gideon la miró con respeto y una sonrisa en los labios.

—¿De verdad eres tú, hermana? —Volviéndose a Charlotte, añadió—: Tiene toda la razón.

A Joanna se le infló el pecho. Charlotte tenía el rostro sonrosado y dejó el resto de la tostada en el plato para tomar la taza de té con la mano temblorosa.

—Tú no eras tan cruel, Joanna.

La culpa le pesaba en el estómago. La belleza de Charlotte la había metido en problemas con el príncipe, pero no se la podía culpar por eso. Su hermana no había hecho nada para alentar los avances del príncipe ni tampoco había mostrado ninguna señal de inmoralidad.

Joanna había abierto la boca para disculparse, algo que siempre había hecho, pero la puerta se abrió y el ama de llaves, la señora Parr, entró con una expresión perpleja y los ojos abiertos como platos.

—Lord Spencer Seaton y la duquesa de Grandhampton han venido a ver a la señorita Joanna.

Joanna se quedó anonadada y cerró la boca para volver a abrirla. La emoción de volver a ver a Spencer y recibirlo en el hogar de su familia... sin ocultarse, sin encontrarse en Whitechapel o en algún callejón, hizo que el cuerpo le vibrara como si tuviera un enjambre de abejas dentro.

Pero de pronto se dio cuenta de que la señora Parr también había anunciado a la duquesa de Grandhampton... Penelope, la mujer que Spencer amaba, había ido con él. Sintió un aguijonazo de dolor. ¿Por qué había llevado a Penelope? ¿Para frotarle en la nariz los sentimientos por su

cuñada luego de todo lo que habían compartido?

Gideon volvió a bajar el periódico y la miró con una expresión entretenida.

—Oh, los asuntos de la nobleza siempre ofrecen un espectáculo de lo más divertido. —Arqueó las cejas—. ¿Conoces a *lord* Seaton y a la duquesa, Joanna?

Joanna abrió y cerró la boca varias veces sin poder responder la pregunta. ¡No podía decirles a sus hermanos que había hecho una apuesta escandalosa y había perdido la virginidad con *lord* Seaton! Ni tampoco podían enterarse de que habían pasado varios días persiguiéndose y que habían estado varias horas a solas, sin chaperona, besándose, haciendo el amor y enfrentándose a maleantes.

Charlotte clavó la mirada en Joanna llena de curiosidad.

—¿Por qué han venido *lord* Seaton y la duquesa, hermana?

Joanna parpadeó rápido.

—No tengo ni idea. —Al menos esa parte era cierta.

—Supongo que ya nos vamos a enterar —repuso Gideon mirando el reloj de su bolsillo—. Debo darme prisa e ir a trabajar, pero, por favor, llévalos a la sala de estar. Es bastante temprano para un *lord* y una duquesa, ¿no? —les preguntó a sus hermanas mientras se incorporaba.

Los tres se dirigieron a la humilde sala de estar y, a los pocos minutos, se abrieron las puertas para que Spencer entrara. Joanna se quedó sin aliento. La intensa mirada oscura y destellante se posó en ella y, a pesar de que estaba sentada, sintió como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Estaba vivo... ileso... El rasguño y el moretón debajo del labio que resultaron del ataque en Tilbury le habían dado un tono rojo a su rostro que solo lograba resaltarle los rasgos perfectos.

Apenas logró tomar otra bocanada de aliento antes de mirar al lado de él y fruncir el ceño. No reconoció a la mujer mayor que se encontraba de pie a su lado, pero, a pesar de la diferencia de edad, podía ver ciertas similitudes entre ellos. La mujer tenía el cabello plateado perfectamente arreglado debajo del bonete, las mejillas de pómulos altos sonrosadas y unos bondadosos ojos celestes. Iba vestida a la moda del siglo pasado, aunque el vestido era hermoso e inmaculado, confeccionado para su figura majestuosa, y se apoyaba sobre un bastón. Fuera quien fuera, no era Penelope, el amor de su vida.

—Buenos días. —Spencer asintió con la cabeza.

—Eh... —comenzó Joanna—. Gideon, Charlotte, les presento a *lord* Spencer Seaton.

—Es un placer conocerlos —les dijo Spencer—. Permítanme presentarles a mi abuela, la duquesa viuda de Grandhampton.

Oh, su abuela... Los celos y la ira de Joanna se disolvieron de inmediato. Eso tenía sentido. La mujer era la duquesa viuda, mientras que Penelope era la duquesa actual.

—El placer es mío —le aseguró Gideon con modales impecables y amabilidad—. Por favor, pasen. ¿Quieren té?

La duquesa viuda entró en la sala y se sentó en el sofá al lado de Joanna antes de ofrecerles una sonrisa a ella y a Charlotte.

—Sí. Disculpen por haber venido tan temprano. Me temo que es descortés de nuestra parte interrumpirles el desayuno.

Gideon le hizo un gesto a la señora Parr para que preparara el té.

—Para nada. Es un placer recibirlos.

—Gracias —añadió Spencer—. Lamento no haber tenido la oportunidad de conocerlos antes.

—Pero conoce a mi hermana... ¿Cómo? —le preguntó Gideon.

—Nos conocimos en el baile de su tía —repuso Spencer con la mirada oscura clavada en Joanna—. Y tuvimos una conversación cautivante que jamás olvidaré.

«¿Cautivante?», repitió Charlotte en silencio mirando a Joanna con los ojos agrandados. Joanna la ignoró. El corazón le latía acelerado en el pecho. ¿Qué tenía en mente Spencer? ¿Por qué había llevado a su abuela?

—Oh —repuso Gideon frunciendo el ceño confundido—. No estaba al tanto de eso.

—Spencer habló mucho del interés de la señorita Joanna en la literatura —añadió la duquesa—. Es muy talentosa, ¿no, señorita Joanna?

—¡Joanna es una lectora ávida! —exclamó Charlotte.

—Y una escritora talentosa —repuso la duquesa—. Siempre estoy ansiosa de leer sus historias.

—Oh, sí, Jo escribía de adolescente —continuó Charlotte.

La duquesa se volvió a Spencer con el ceño fruncido.

—Tenía la impresión de que era algo más reciente.

—¿Hay algún asunto urgente, *lord* Seaton? —interrumpió Joanna con la respiración acelerada y sin poder respirar tranquila. La cabeza le daba vueltas. ¿Había hablado de ella con su abuela? ¿Le había contado su pseudónimo secreto? ¿Por qué la duquesa viuda hablaba de las historias de Joanna como si estuviera a punto de contarle todo a su familia?

—Sí, de hecho, sí —repuso Spencer—. De lo contrario, no habríamos interrumpido su desayuno.

El corazón se le aceleró.

—¿Qué sucede?

—Necesito su ayuda, y esperaba pedirle permiso a su hermano para que me acompañe a mí y a mi abuela.

Gideon frunció el ceño aún más.

—¿Acompañarlos a dónde?

—Estoy por comprar una propiedad y le debo dar una respuesta al propietario antes de las once de la mañana. Como la señorita Joanna tiene buen ojo para la arquitectura y un buen conocimiento de la zona, me gustaría contar con su opinión.

Nadie dijo nada. Tanto Gideon como Charlotte sabían que Joanna no tenía ni de casualidad buen ojo para la arquitectura. Quizás sabía cómo moverse en Cheapside, pero de seguro no tenía el conocimiento que cualquier cochero tendría de la zona. Y en cuanto a su opinión... Ningún hombre pedía la opinión de una dama antes de adquirir una propiedad a menos que estuvieran casados. ¿Qué demonios estaba haciendo Spencer?

Gideonladeó la cabeza como si estuviera reprimiendo una sonrisa de diversión.

—Qué manera más inédita de cortejar a una dama, Jo —le murmuró para que solo ella lo oyera—. Debo recordarla para el futuro.

Mientras Joanna reprimía el impulso de asestarle un puñetazo por semejante tontería, Charlotte parpadeaba sin dejar de pasar la mirada de Joanna a Spencer. Joanna se encogió y la confianza que había sentido hasta hacía unos minutos se desvaneció.

¿Qué estaba haciendo? De seguro no la estaba cortejando. Y si lo estaba haciendo... el corazón le vibraba y burbujeaba como el agua hirviendo. Pero había dicho que el matrimonio estaba fuera de discusión. Y ella jamás lo aceptaría mientras tuviera sentimientos por Penelope.

Cuando la puerta se abrió, la señora Parr entró con una bandeja llena de tazas, una tetera y unas galletas. Mientras dejaba el juego de té, Gideon se volvió hacia Joanna para preguntarle con la mirada si quería ir con ellos... qué quería decir todo eso... y qué quería que respondiera.

—Me temo que es un asunto urgente —añadió la duquesa—. Lamento no haberles avisado antes.

—Para nada —le aseguró Gideon—. Si creen que Joanna los puede ayudar... puede ir.

Joanna asintió con la cabeza y les ofreció una sonrisa amable, pero el corazón le latía tan acelerado que estaba a punto de desmayarse.

—Claro. Haré lo que pueda para ayudarlos.

A LOS VEINTE MINUTOS, el carruaje de los Seaton avanzó por las calles de Cheapside, y Joanna miró por la ventana. Las tiendas comenzaban a abrir las persianas para revelar vidrieras con telas, productos para el hogar y otras mercancías. Se veían a los empleados ordenando las vidrieras y acomodando la mercadería mientras se preparaban para el día.

Los edificios de Cheapside eran una mezcla de arquitectura antigua y moderna. Unos marcos de madera y plantas superiores sobresalientes se ceñían sobre la calle con unas fachadas de madera enmendadas con yeso. Las construcciones más modernas eran de ladrillo, y tenían unas líneas y simetrías más prolijas. La mayoría estaban pintadas con tonos pálidos y tenían ventanas más grandes. Las edificaciones más nuevas, algunas de las cuales seguían en obra, tenían un estilo neoclásico y elementos decorativos como cornisas y frontones.

Joanna compartía el asiento con la duquesa viuda, una conversadora talentosa que la había calmado acerca del objetivo del viaje. Spencer se encontraba frente a ellas y de vez en cuando contribuía a la conversación.

Al llegar, Spencer la ayudó a apearse del carruaje y, mientras le sostenía la mano, le produjo un estremecimiento. Joanna tomó una profunda bocanada de aire e intentó prestar atención al hombre que vestía una chaqueta y unos pantalones sencillos y los saludó. Se presentó como el señor Pattison, abogado, y llevaba una carpeta de cuero en las manos.

Se encontraban de pie en una parte ajetreada de Cheapside, en donde había un banco y varias oficinas de contadores y abogados en la acera de enfrente. Las oficinas de otros negocios se encontraban en las edificaciones marrones de estilo georgiano con ventanas guillotina. Podía ver la iglesia de St. Mary-le-Bow a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Se acercaron a una de las edificaciones de tres plantas con ladrillos oscuros y ventanas guillotina. No había ningún letrero que anunciara qué era. El señor Pattison abrió la puerta y los dejó pasar.

—Por favor, sígueme —le dijo Spencer mientras avanzaba hacia la puerta.

—Usted primero, querida —le dijo la duquesa viuda con una sonrisa amable que le iluminó los ojos.

—Gracias —repuso Joanna antes de entrar. Vio un espacio vacío con tablones de madera y cuatro columnas. Unas escaleras conducían a las plantas superiores, las ventanas guillotina permitían el ingreso de mucha luz natural y dos hogares en extremos opuestos de la habitación grande proporcionarían suficiente calor. El espacio daba una sensación de limpieza, comienzo nuevo y algo fresco y lleno de posibilidades. ¿Qué tenía en mente Spencer? ¿Y por qué la necesitaba?

—Como puede ver, *lord* Spencer, se encuentra en buen estado. No necesitará demasiado

trabajo para abrir un periódico. Puede tener a los escritores y editores aquí. —El hombre hizo un gesto con el brazo—. Y en la parte trasera hay mucho espacio para las impresoras y un depósito para el papel y los periódicos recién impresos.

¿Un periódico? A Joanna se le tensó la garganta mientras Spencer la observaba con un destello de entusiasmo en la mirada y una pregunta. Una sonrisa le asomó a los labios.

—Me temo que el señor Pattison ha arruinado la sorpresa —murmuró.

—Y arriba hay habitaciones separadas para las oficinas del jefe de redacción, los contadores, etcétera. ¿Les gustaría seguirme? —los invitó avanzando hasta las escaleras.

—¿Qué le parece? —le preguntó la duquesa viuda—. ¿Nos da su aprobación para abrir un periódico?

Joanna miró alrededor mientras subían las amplias escaleras de roble. En su imaginación, podía oír el murmullo de las plumas contra el papel mientras los periodistas, escritores e ilustradores trabajaban en el siguiente número, así como también las voces que debatían ideas y revisiones.

—Oh, sí, será perfecto —repuso mirando los ojos cálidos de Spencer.

Arriba había varias puertas que conducían a oficinas. En algunas había mobiliario como escritorios, sillas y estanterías.

Mientras el abogado seguía hablando de las ventajas de abrir un periódico en Cheapside, la duquesa viuda lo siguió para inspeccionar las habitaciones. Cuando desaparecieron de la vista, Spencer tomó a Joanna de la mano y la metió en una de las oficinas vacías para ocultarse detrás de una puerta abierta.

—¿Qué te parece? —le preguntó acorralándola contra la pared y recorriéndole el rostro con una mirada ardiente.

—¡Spencer! —exclamó en un susurro—. ¡Podrían entrar en cualquier momento!

—Al diablo con ellos —masculló y bajó la cabeza para besarle el cuello—. Mmm... cómo eché de menos tu aroma.

Joanna sintió un estremecimiento de placer.

—Nos vimos ayer. —Se rio e inhaló también su aroma.

—Exacto. Pero ¿qué dices? ¿Te gustaría que esta sea tu oficina?

Le dio un beso, seguido de otro y otro más, y el aliento cálido le quemó la piel. Joanna cerró los ojos y experimentó el placer de sentir sus labios contra su cuerpo hasta que al fin asimiló el significado de sus palabras. ¿Su oficina?

—¿Mmm? —le preguntó poniéndose sobria un instante para apartarse de él.

—Este es tu periódico para mujeres —le dijo al tiempo que le mordisqueaba el cuello con los labios y le producía estremecimientos por todo el cuerpo.

—¿Mi qué? —exclamó un poco alto, y Spencer se apartó para estudiarla.

—Hice una oferta ayer —le dijo manteniéndola cautiva entre sus manos, que estaban apretadas contra la pared—, y la aceptaron. Lo compré en tu nombre, Joanna.

No pudo hablar ni oír lo que decía.

—¿En mi...?

—En tu nombre, sí —le respondió. Se apartó de su lado y miró el escritorio de caoba con la hermosa vista de la calle—. Esta podría ser tu oficina. Jefa de redacción.

En ese momento, Joanna supo que lo amaba. Eso era demasiado. Demasiada felicidad, un regalo demasiado grande e innecesario, aunque maravilloso, que no podía aceptar. Pero lo amaba. Mientras que su tío le había robado a ella y a su familia una buena vida, ese hombre, a quien había conocido durante solo una semana, le había dado su sueño.

No. Era demasiado bueno para ser cierto. Quizás lo amaba, pero tenía que recordar que podía traicionarla. Aún podía hacerla a un lado para comenzar un caso criminal en contra de Ashton y lograr que lo colgaran. Entonces, su familia lo perdería todo.

—No lo puedo aceptar, Spencer.

—Sí que puedes —le dijo con suavidad y caminó hacia ella para besarle los labios y pasarle los nudillos por la mejilla—. Ya es tuyo. El señor Pattison solo te iba a dar las llaves y la escritura.

—La escritura...

Un hombre no le compraba un edificio a una mujer que había conocido hacía poco más de una semana... ¡sobre todo a una que había sido su rival! Y que, quizás, lo seguía siendo. Por no mencionar que era una mujer que no tenía experiencia dirigiendo un periódico, ni un nombre en la industria y que se seguía ocultando detrás de un pseudónimo masculino.

Joanna enderezó los hombros. La cabeza le daba vueltas. Tenía que pellizcarse y despertar.

—Te lo pagaré —le dijo—. No es un regalo. Es un préstamo. Nada más.

—No. Tengo suficiente dinero. No he hecho mucho por los demás, pero puedo hacer esto por ti. No es un préstamo ni una inversión. Es un regalo, Joanna. Considerando lo que ya te he quitado...

Mientras lo miraba a los ojos hermosos, sintió que era el centro de su atención. Y estaría en el centro de atención de muchas personas si llegaba a aceptarlo... a pesar de que era difícil de imaginar. Tendría que estar a cargo de periodistas, impresoras e ilustradoras para manejar las ventas, asegurarse de que el periódico estuviera a la altura de las expectativas de los lectores... ¡Y tendría que contratar a suficientes escritoras femeninas como para producir las columnas!

El pecho se le expandió de alegría y entusiasmo al tiempo que todos los planes le daban vueltas en la mente en un vals de pensamientos e ideas. Tendría que abandonar para siempre su lugar en las sombras para pasar a hacer historia... fundaría el primer periódico en publicar exclusivamente a escritoras femeninas de toda Inglaterra. ¿Por dónde comenzaría?

—Y ¿cuáles son las condiciones? —le preguntó alzando el mentón—. ¿Qué quieres a cambio? Ya sabes que no te puedo pagar por esto. Al menos no de momento, pero tampoco podré hacerlo, aunque Gideon reciba su herencia. Ni eso bastaría.

—Como te he dicho, Joanna, no tengo ninguna condición. Solo quiero cuidarte. Un día iremos por caminos separados. Y este será mi regalo para ti.

Un día irían por caminos separados... Y quizás muy pronto. No la estaba cortejando. No le estaba presentando a su familia porque le interesaba conectar sus vidas para siempre. Había tomado su virginidad, pero no se iba a casar con ella. Esa era su manera de compensarla. ¿Acaso no le había dicho que era un canalla? Y, sin embargo, lo amaba. Qué tonta.

—Es demasiado, Spencer.

La colocó sobre el escritorio y le apretó los labios contra los suyos antes de comenzar a besarle el rostro.

—Ya está hecho —le aseguró.

A Joanna se le llenaron los ojos de lágrimas de tristeza, pero dejó que la besara y la envolviera en sus brazos. Ese era su regalo de despedida. Una despedida que no diría ese día. Pero sí algún día. Y, a lo mejor, ese día llegaría muy pronto.

ESE DÍA MÁS TARDE, Joanna se llevó otra sorpresa al visitar a su tía durante las horas que pasaba en casa. El mayordomo fue a ver si la duquesa se encontraba allí, pero regresó para informarle que había salido.

Joanna asintió con la cabeza y no le quedó más remedio que marcharse. Decirle a alguien que no se encontraba en casa, era lo mismo que decirle que no era bienvenido. El mayordomo sabía exactamente bien cuándo la señora se encontraba en casa y cuándo había salido. De modo que o bien su tía no quería verla, o se encontraba indispuesta... o quizás tenía otra visita.

Cuando Joanna descendió los escalones para marcharse, se volvió y vio que su tía la miraba desde la ventana de la sala de estar. Tras mirarla a los ojos, se ocultó detrás de una cortina. A Joanna le dio un vuelco el estómago con la sospecha de que su tía podría tener miedo de hablar con ella tras las preguntas acerca de los Estados Unidos. ¿O sería que su tío había insistido en que su esposa se mantuviera fría y distante?

Sea como fuera, Joanna no tenía más alternativa que retirarse. Al día siguiente, regresó para ser rechazada de nuevo. Y lo mismo ocurrió el tercer día.

Como solo faltaban tres días para que se cumpliera la fecha que le había dado el príncipe regente a Charlotte para acudir a cenar con él y convertirse en su amante, se estaban quedando sin tiempo. A Joanna se le pusieron los nervios más de punta cuando Charlotte recibió un magnífico brazalete de rubí del príncipe. Junto al brazalete había una llave y una invitación a una dirección clandestina para una audiencia privada con él.

Para empeorar las cosas, no había oído nada de Spencer desde que le había entregado la escritura del edificio. Su tío debía de haber hecho algo... debió de haber intentado algo en los días siguientes a descubrir que Spencer había estado haciendo indagaciones en Tilbury. La amenaza de la que les había advertido el señor Pottinger no era ninguna broma.

Ashton podría haber descubierto que Pottinger lo había traicionado. Ya había intentado matar a Spencer y Joanna en una ocasión; podría volver a atacar en cualquier momento. Nadie la habría reconocido en Tilbury, pero podrían haberla descrito. ¿Habría logrado deducir que la mujer que estaba ayudando a Spencer era su propia sobrina? De ser así, su vida corría el mismo peligro que la de Spencer.

Era un milagro que Joanna hubiera logrado mantener su aventura en secreto. Estaba descartado escribirle una carta o aparecer en su casa. Cualquier intento de contactarlo directamente la comprometería. Sumado a que estaba preocupada por su bienestar, lo echaba de menos. Le había despertado necesidades físicas, una suerte de dolor constante que solo él sabía aliviar. Además, tenían que hablar acerca de los siguientes pasos y debatir el hecho de que Ashton podría ir a juicio por traición a la patria y lo que eso significaría para su alianza.

Solo se le ocurría una manera de contactar a Spencer sin destruir su propia reputación... pero era lo único que no quería hacer. Bajo ninguna circunstancia. Le habían presentado a Penelope... de modo que podía visitarla y hacerle preguntas discretas acerca de Spencer. Pero prefería bañarse en aceite hirviendo que visitarla.

De pronto recordó que Penelope no era su única alternativa y visitó a la duquesa viuda el tercer día después de que Spencer le entregara el edificio del periódico. Pero le dijeron que la duquesa había ido a un evento artístico de Penelope, la duquesa de Grandhampton, que estaba abierto a todos y que, si quería ver a la duquesa viuda, podría visitar el hogar de su nieto.

Joanna soltó un suspiro profundo y pidió la dirección del duque y la duquesa de Grandhampton antes de marcharse. No vivían lejos. Cuando subió los escalones de una mansión elegante y moderna en Mayfair, le pareció ver a un hombre apoyado contra un árbol que observaba la casa. Pero cuando se volvió a mirarlo, había desaparecido. Se quitó la sensación de intranquilidad y sintió un escalofrío que la estremeció.

Llamó a la puerta, y un mayordomo la abrió.

—¿Ha venido a la recepción artística, señorita?

Antes de responder, se aclaró la garganta.

—Sí, claro.

El hombre asintió.

—Por favor, sígame, ¿señorita...?

—Señorita Joanna Digby.

—De acuerdo.

Siguió al mayordomo por un pasillo decorado con excelente gusto y llegó a un gran salón donde había cerca de veinte personas. Las damas y los caballeros conversaban, bebían té y miraban las pinturas que colgaban de tres paredes.

—La señorita Joanna Digby —anunció el mayordomo, y varias cabezas se volvieron a mirarla.

Joanna se aclaró la garganta. Antes, hubiera estado incómoda y deseando esconderse, pero eso había cambiado. Era una mujer valiente, ingeniosa y determinada, y haría lo que fuera para ayudar a su familia. Además, era una escritora popular, a pesar de que escribiera bajo un pseudónimo. Cabía recordar que también había derrotado a un rufián para salvar a Spencer. No tenía motivos para esconderse y, quizás, nunca los había tenido.

Con perplejidad, vio a su tía en una esquina de la habitación hablando con una mujer de cabello oscuro. Su tía no le quitaba la mirada de encima. Tenía los ojos bien abiertos y llenos de culpa.

Al siguiente momento, Joanna apoyó la mirada en el hombre al que tanto había echado de menos. Se encontraba muy cerca de la duquesa de Grandhampton y se le aproximaba con mucha familiaridad. Delante de todo el mundo.

Joanna sintió una punzada de celos como una muralla de fuego. Penelope era increíblemente hermosa. Tenía el cabello rubio en un moño impecable y el rostro le destellaba saludable, los ojos le brillaban, y tenía un rubor que le daban un tinte rosado a las mejillas. Estaba ruborizada de hablar con él, y cuando la miró se le agrandaron los ojos de la conmoción.

Joanna era como una almohada atestada en comparación con la silueta elegante y hermosa de la duquesa de Grandhampton. No se podía sentir más como una intrusa. Como si nunca debería haber ido allí.

Sin importar lo que Spencer dijera, la intensidad con la que le hiciera el amor o la cantidad de edificios que le regalara... Jamás sería suyo. Siempre le pertenecería a Penelope.

—Señorita Digby... —murmuró Penelope acercándose a Joanna—. Bienvenida.

Joanna le echó un vistazo a Spencer, cuyos intensos ojos oscuros se posaron en ella. Un hombre alto y de cabello oscuro que se parecía a Spencer en cuanto al tono de cabello y lo apuesto que era se detuvo al lado de Penelope. Era más alto y tenía menos masa muscular y una figura más atlética que Spencer.

—Gracias —repuso Joanna.

—Permítame presentarle a mi marido, el hermano de Spencer, Preston, el duque de Grandhampton.

Joanna lo observó mientras recordaba todo lo que Spencer le había contado acerca de él. Ese era el hombre que le había robado al amor de su vida. El que se había quedado con su título, su posición, sus tierras y su mujer. Tenía rasgos pronunciados, pero diferentes a los de Spencer. De alguna manera, se mostraba más distante y frío, a pesar de la bondad que reflejaban sus ojos.

—Es un placer conocerlo, *milord* —dijo Joanna.

—El placer es mío. —Hizo una reverencia—. Por favor, pase.

—Gracias —le volvió a decir y se fue adentrando en la sala sin dejar de sentir la mirada intensa de Spencer clavada en ella.

—Me alegra que haya venido —añadió Penelope con un tono de voz dulce y amistoso—. Es la primera exposición de arte que organizo con la ayuda de su tía. Todos estos cuadros fueron pintados por artistas femeninas.

Joanna dejó de caminar y miró la pared. Casi toda la superficie estaba cubierta con cuadros. Eran magníficos... Flores, paisajes y retratos... Todos pintados por mujeres.

—Hay más en las salas adyacentes —dijo Penelope con la voz algo temblorosa. ¿Por qué Joanna pensaba que Penelope sonaba nerviosa? De seguro alguien tan elegante y compuesto como la duquesa no estaría nervioso—. Y todas las artistas se encuentran presentes. Solo somos cinco hoy. La señorita De Luca también ha venido. Es mi mentora. Y el señor Turner. Permítame presentarle...

¡Por todos los cielos! A Joanna le caía bien la mujer. Al igual que ella, parecía querer empoderar a las mujeres para que lograran tener más oportunidades en ese mundo. No era de sorprender que Spencer no se pudiera imaginar un futuro con Joanna cuando una vez anheló casarse con una mujer tan hermosa y encantadora como Penelope.

¿Y había dicho que el artista famoso William Turner se encontraba allí? Joanna había oído muchas cosas acerca de él cuando había vivido con su tía en Neverton Place. Su tía admiraba mucho las obras del señor Turner.

—Me encantaría, duquesa, pero ¿puede ser más tarde? —le preguntó—. ¿Puedo hablar con mi tía primero? No tenía ninguna intención de irrumpir en su exposición, pero la estaba buscando —mintió.

Pasó la mirada a Spencer, que avanzó despacio hacia ella.

—Oh, por favor, señorita Digby, no ha irrumpido —le aseguró el duque—. Mi hermano nos ha hablado de usted, y sé que mi esposa la tiene en buena consideración de cuando la conoció en la casa de su tía. Además, puede que no lo sepa, pero he sido testigo de su dramática caída en la ópera y del rescate de mi hermano.

Joanna se rio. Eso parecía algo tan lejano... Había sido una mujer muy diferente en ese entonces.

—¿La rescató? —preguntó Penelope con una chispa de humor en la mirada mientras miraba a Spencer, que se encontraba al lado de él.

—Señorita Digby —le dijo al saludarla—. Qué encantador verla aquí. ¿Cómo se encuentra su

hermana?

Joanna tragó saliva.

—Bien... Aunque algo nerviosa por la invitación... real... que será en tres días.

Los ojos de Spencer reflejaron preocupación. Penelope y Preston fruncieron el ceño e intercambiaron miradas llenas de confusión.

—Oh —dijo—. Entonces debemos hacer algo... y pronto.

—Sí, sin dudas —acordó Joanna—. Quería pedirle un consejo a mi tía.

—Es una buena idea. —Asintió con la cabeza.

—¿Ha vuelto a ver a sus amigos de Tilbury? —le preguntó tras examinarlo con la mirada en busca de alguna señal de herida, moretón o cicatriz. Por fortuna, no encontró nada.

—¿Quiénes son sus amigos de Tilbury? —le preguntó Preston anonadado—. ¿Es un nuevo club de caballeros del que no he oído?

—Lo intentaron —respondió Spencer ignorando a su hermano—. Me invitaron a una pelea de boxeo, pero no estaba de ánimos para eso. Estoy seguro de que regresarán.

Joanna sintió una punzada de preocupación que le hizo contener el aliento. De modo que el hombre que había visto afuera, observando la casa, podría ser uno de los hombres que había enviado Ashton para seguir a Spencer o hacerle daño.

—¿De qué hablas, Spencer? —preguntó Penelope—. ¡No estás como para boxear!

—Estoy de acuerdo —añadió Preston—. La próxima vez que vengan tus amigos de Tilbury, envíamelos a mí.

—Quizás sea mejor enviar un firme mensaje indiferente —sugirió Joanna—. En especial a la persona que quiere coordinar la pelea.

—Sin dudas —acordó Spencer con una sonrisa cómplice—. Debemos desalentar al organizador de volver a intentarlo.

Joanna asintió con la cabeza al tiempo que volvía a mirar a su tía. La duquesa de Ashton se encontraba en la esquina de la habitación y miraba a un cuadro de peonías que colgaba por encima de ella.

—Con permiso. Debo hablar con mi tía —se excusó.

—Oh, claro —dijo Penelope—. Es un placer recibirla, señorita Digby. ¡Espero que podamos ser amigas!

Joanna asintió con la cabeza y le ofreció una sonrisa. Apreciaba el sentimiento, pero dudaba en poder tener la madurez suficiente como para ser amiga de la mujer que ocupaba el corazón de Spencer.

—Gracias, duquesa —le dijo y, tras ofrecerles una sonrisa a Preston y Spencer, se acercó a su tía con el corazón latiéndole acelerado en el pecho.

Cuando se detuvo al lado de la duquesa de Ashton, alzó la mirada hacia el cuadro.

—Hola, tía.

—Joanna, ¿cómo estás? —le preguntó la duquesa al tiempo que se volvía a mirarla con una sonrisa amable y tensa.

—Bien. He ido a visitarte tres días seguidos... pero no estabas en casa —le dijo.

—Sí, lo siento mucho, querida —se disculpó con la voz suave. Joanna sintió que era genuina—. Estaba ocupada con el duque.

Eso le demostró que había tenido razón. Debía de ser la influencia de su tío. A lo mejor sospechaba que Joanna estaba trabajando con Spencer. O, quizás, no quería que Joanna involucrara a su tía en el asunto de Charlotte.

—Está bien, tía —le dijo Joanna—. Estaba preocupada por ti.

A la duquesa se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló el labio inferior. La miró con ternura.

—Oh, Joanna. —Inhaló profundo—. Eres tan dulce, querida.

Joanna le ofreció una sonrisa a su tía y miró los cuadros.

—Ojalá no hubiera nadie entre nosotras. Me gustaría mucho mantener nuestra amistad. Y estoy muy impresionada de que les des tu apoyo a estas artistas tan talentosas.

La duquesa asintió con la cabeza triste.

—Siempre fue mi ambición dedicarme al arte, pero jamás tuve la oportunidad de hacerlo. Al duque le parecía... poco femenino.

Joanna asintió con la cabeza.

—Mi tío puede ser muy estricto con sus opiniones.

La duquesa soltó un suspiro y comenzó a andar hacia la siguiente habitación; era una sala muy espaciosa, y Joanna supuso que se usaría para albergar eventos y bailes. Las puertas se encontraban al lado de ellas.

—Déjame mostrarte un cuadro en particular... mi favorito. —Entraron en la habitación, que estaba llena de cuadros en las paredes. A diferencia de la sala anterior, allí no había más nadie. Se detuvieron delante de un retrato de tres niños: un niño mayor y dos niñas. Los tres tendrían menos de diez años—. Es de la señorita De Luca. Es muy talentosa con los retratos... Mira la luz, la inocencia y la felicidad de los niños, la alegría en sus ojos... Pero ese no es el motivo de que sea mi favorito. Me encanta porque... me recuerda a ustedes tres. A tu hermana, a tu hermano y... a ti, querida.

Joanna sonrió, y una sensación agri dulce se le disparó en el corazón.

—Ya lo veo.

La tía le sonrió y volvió a mirar el retrato.

—Nunca tuve hijos —añadió con tristeza—. Durante toda mi vida solo fui un hermoso accesorio para un hombre poderoso. Los intentos de tener hijos fracasaron al comienzo y, al final, el duque dejó de venir a mi cama. —Se rio—. Disculpa por compartir esos detalles. Seguramente no quieras oírlos.

—No, no —le aseguró Joanna—. Quiero saber de ti y de tu vida.

—Pero tú... —La duquesa le rozó la mejilla con cariño—. Siempre has sido mi favorita. Jamás comprendí por qué tus padres te pasaban de largo. Quizás comparto el mismo sentimiento que tenías... el de ser insignificante para alguien... pero, a diferencia de mí, mantuviste tu fuerza y tu bondad.

A Joanna se le derritió el pecho y le rozó la mano a la duquesa.

—Tía, eso significa mucho para mí...

La duquesa le sonrió y apartó la mano para volver a mirar el retrato. Algo había cambiado en su tía, pensó Joanna. Siempre había sido la duquesa perfecta: amable, educada, hermosa, fuerte y una talentosa conversadora. Sin embargo, ahora se veía cansada. Prácticamente exhausta. Como si estuviera cerca del punto de quiebre... ¿Qué le habría hecho su tío en los últimos días? ¿O sería el efecto acumulado a lo largo de los años de matrimonio?

—Perdió todo el interés en mí hace mucho tiempo —continuó—. Oí rumores de su aventura con la duquesa de Loxchester... Ahora es la duquesa viuda, porque su hijo, el duque, se casó el año pasado. Y, si te soy sincera, no me molestó. Si Ashton me hubiera dado hijos, hubiera vivido por ellos. Al parecer, él no se percataba de nada más allá de su propia vida y no le importaba lo que ocurriera cuando pasara a otra vida. La mayoría de los duques quieren un heredero. La mayoría de los duques culparían a sus esposas por ser infértiles. Pero él jamás me criticó. Fue...

como si simplemente se hubiera... olvidado.

—Hubieras sido una madre maravillosa —le aseguró Joanna apretándole la mano—. Eres una tía maravillosa.

—Oh, querida. Lamento mucho lo que el duque le ha hecho a su propia familia. Quitarle la herencia a Gideon... y la dote a ti y a Charlotte... Siempre me ha resultado difícil verlo.

Joanna tragó con dificultad. No tendría un momento mejor que ese.

—A lo mejor, hay una manera de cambiarlo —dijo Joanna.

La duquesa soltó un suspiro y frunció el ceño.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Sé lo de Estados Unidos, tía —le dijo Joanna en voz baja—. Sé de la relación entre mi tío y los Estados Unidos.

Su tía tragó con dificultad y se puso algo pálida. El pecho le subió y bajó rápido.

—No sé de qué hablas.

—De que está metido en asuntos malos.

La tía soltó un bufido y caminó al siguiente cuadro apretándose una mano contra el cuello.

—No sé de qué hablas, querida. Mira el pelaje de este perro... qué realista, ¿no?

Joanna se humedeció los labios secos. Podría perder a su tía en cualquier momento.

—¡Es muy realista! También es muy realista el hecho de que mi tío no solo le está haciendo daño a Gideon al retenerle las propiedades y la herencia. ¿Sabías que hizo un trato con el príncipe regente para que Charlotte se convierta en su amante?

La duquesa soltó un jadeo y se volvió hacia Joanna.

—¿Qué hizo?

Joanna tomó las manos frías de su tía.

—Charlotte está enamorada de alguien que está luchando en las guerras de los países bálticos. A pesar de que aún no ha pedido su mano, está implícito. Y, aunque no estuviera enamorada, quedaría arruinada, tía. ¡Nuestra Charlotte se convertiría en una mujerzuela real! ¡Tu propia sobrina!

La duquesa frunció el ceño con una expresión triste y enfadada.

—¡No lo puedo creer!

—Es cierto. El príncipe regente le pidió a Charlotte que fuera a verlo a solas en tres días. El duque no nos devolverá la herencia ni permitirá que el título vaya a Gideon a menos que acepte convertirse en la amante del príncipe.

Su tía negó con la cabeza sin poder dar crédito a sus oídos al tiempo que sus ojos miraban un punto en la distancia.

—No, eso no puede ser. ¡No pudo haber caído tan bajo como para prostituir a su propia sobrina!

—Lo siento, pero lo ha hecho. Debe tener una motivación fuerte para hacerlo. No puedo creer que solo lo haga porque es un hombre cruel y egoísta.

—¡Esto es terrible! No puedo permitir que le haga eso a Charlotte. Yo fui ese mismo objeto negociado cuando mi padre me obligó a casarme con el duque. Estaba enamorada de otro... y quería casarme con él... pero mi padre quería las conexiones y el apoyo del duque. De modo que aquí estoy.

A Joanna se le hinchó el corazón de orgullo. Qué experiencia más terrible y miserable.

—¿Y si hubiera una forma de liberarte?

—¿De qué hablas? —le preguntó nerviosa.

—Imagina que eres libre de su control. ¿Qué harías? ¿Pintarías retratos? ¿Tallarías

esculturas? ¿Cómo sería tu vida si pudieras vivir el resto de tus días como siempre has deseado vivir? ¿Y si pudieras deshacerte de él?

La duquesa la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿A qué te refieres con deshacerme de él? No puedes hablar de asesinato.

Joanna negó con la cabeza.

—Claro que no. Pero mi tío debe ser castigado por los crímenes que ha cometido.

La duquesa apartó las manos de Joanna y se las apoyó sobre el estómago al tiempo que respiraba con dificultad.

—Ya sabes que es muy peligroso. Y ha estado muy nervioso durante los últimos días. Pierde los estribos cada vez más rápido. Se rodea de hombres con reputaciones bastante cuestionables. Y hasta...

De pronto, guardó silencio y se envolvió el estómago con la mano.

—¿Hasta qué? —insistió, sintiendo que se le congelaba la piel—. ¿Te ha puesto las manos encima?

La duquesa enderezó la espalda y soltó el aliento.

—No importa, Joanna. Es peligroso.

—Sí. Pero ya casi lo tenemos. Ya hemos reunido pruebas. Solo te necesitamos a ti. *Lord Spencer Seaton* ha estado trabajando en esto también y te protegerá si es necesario.

La duquesa tragó con dificultad.

—Joanna, no te puedes imaginar... Si Ashton se entera...

—Ya lo sé. Estamos poniendo en riesgo nuestras vidas y a nuestras familias. Y estamos muy cerca de lograr nuestro objetivo. Pero no podemos hacerlo sin ti.

La duquesa negó con la cabeza y se bajó la mirada a los pies.

—Joanna...

—¿Vivirías el resto de tu vida con cargos de conciencia? ¿Sabiendo que podrías haber impedido la ruina de tu sobrina, la injusticia contra miles de hombres que están luchando en la guerra y la miseria de tu propia vida?

A su tía se le arrugó el rostro y se le llenaron los ojos de lágrimas. Intentó respirar, y una lágrima le cayó al zapato. Joanna la abrazó por los hombros. Al final, la duquesa asintió con la cabeza.

—Tienes razón, querida. No lo soporto más. Si puedo ayudar, lo haré. ¿Qué necesitas?

Joanna le contó todo lo que sabían: lo que le había pasado a Spencer y la prueba que habían encontrado, así como también el testimonio.

—Pero no sabemos por qué lo hace —terminó.

La duquesa soltó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Cuando estaba en los Estados Unidos, hace treinta años, compró una propiedad en Springfield, Massachusetts: una fábrica de armas. La guerra le genera ganancias porque puede vender armas para que las usen en contra de sus compatriotas. Y la información que le da al enemigo lo ayuda a ganar y, por ende, protege sus intereses en los Estados Unidos.

Joanna se quedó abrumada por la conmoción. ¿Su tío estaba vendiendo armas para que asesinaran a sus propios compatriotas?

—¿Puedes encontrar el título de la propiedad? —le preguntó—. ¿Y los nombres de los directores?

La duquesa frunció el ceño pensando.

—Podría encontrarlo, sí —respondió—. Sé dónde guarda los documentos importantes, pero él no lo sabe.

—¿Lo puedes conseguir esta noche? —le preguntó Joanna con el corazón acelerado.

—No lo sé. Puede que no, pero haré lo mejor que pueda para conseguirlo en los siguientes días.

—Por favor, debes darte prisa, tía —insistió—. La vida de muchas personas está en juego. Incluyendo la de Charlotte, Gideon... y la mía.

Y la de Spencer... Oh, cielos, que no le ocurriera nada a Spencer. Ya había sufrido suficiente.

—Sí, Joanna. Pero no vengas a la mansión. Te enviaré los documentos por medio de un lacayo leal en el que puedo confiar. A tu casa.

—Gracias. Date prisa. Solo tenemos tres días.

—Te los enviaré antes, querida.

—¿Y testificarás en la corte de ser necesario?

La duquesa se puso pálida, pero, resuelta, asintió con la cabeza.

—Sí. Mi marido es un hombre peligroso. Si nos llega a descubrir, que Dios me ayude. Que ayude a *lord* Spencer y a ti también.

SPENCER REGRESÓ a Sumhall tarde de la exposición de arte de Penelope.

No había podido hablar con Joanna luego de que conversara con su tía. Se había retirado al poco tiempo, no sin antes dirigirle una mirada cargada de significado, como si hubiera descubierto algo importante. Y cómo había deseado absorber esa mirada y esa conexión tan preciosa y deliciosa. Las horas y los días sin Joanna se habían estirado como la resina.

Se había quedado a cenar para pasar tiempo con su familia, a pesar de que lo que más quería hacer era ver a Joanna. Sin embargo, no podía visitarla sin chaperona. Y, por más que hubiera una chaperona presente, sus intenciones se interpretarían como un cortejo, en especial luego de la visita con la abuela. La única forma de verla todas las noches luego de la cena sería casándose con ella.

Debería hacerlo. La había arruinado, le había quitado la virginidad. Si otra mujer se encontrara en el lugar de ella, podría haberlo delatado para obligarlo a casarse con él, lo podría haber amenazado con un escándalo. Pero Joanna no era ese tipo de mujer.

Las calles oscuras estaban iluminadas con lámparas de gas cuando se apeó del carruaje delante de su casa y vio al hombre que se encontraba de pie en la esquina de dos calles, de la acera de enfrente, a unos pocos metros de distancia. Era fácil no verlo, estaba casi tan oscuro como las sombras; llevaba unas prendas ordinarias de color marrón grisáceo y un aspecto común y corriente. Pero Spencer sintió la mirada pesada del hombre como piedras. Soltó una maldición por lo bajo y se detuvo.

¿La estarían siguiendo a Joanna también? No lo había dicho, pero ¿y si la estaban siguiendo? Por todos los diablos, alguien debía de haberlo visto ese día cuando fue a Newdale Place a la exhibición de arte. Podrían haber visto a Joanna también. De pensar en que pudieran hacerle daño, sintió un escalofrío en la columna vertebral.

Cruzó a la acera de enfrente de Sumhall, y estaba a punto de subir las escaleras para entrar. Carl aguardaba en el asiento del conductor para llevar a los caballos y el carruaje a la caballeriza. Spencer se volvió para ver si el hombre que lo había estado observando durante los últimos días seguía allí. No le cabían dudas de que lo habían seguido. De hecho, allí estaba. Sintió la sangre ácida en las venas. Ya se había ocultado suficiente. Era un luchador; no iba a huir. Y, sin embargo, eso era precisamente lo que le había hecho hacer Ashton. ¿Sería algo nuevo en él? ¿La parte cobarde? Cuando era el duque de Grandhampton, jamás había huido de una pelea, sino que las había ganado.

Spencer regresó hacia el carruaje y abrió la puerta. Levantó el asiento y tomó su pistola de confianza para guardársela en los pantalones. Estaba furioso con Ashton. Estaba furioso con esos criminales que seguían cada paso que daba. Estaba furioso consigo mismo y su cuerpo herido

que no podía hacer lo que quería hacer.

No era un tonto que creía que podía derrotar a cualquier hombre en una pelea, mucho menos con el muslo herido. Por eso decidió que le tendería una trampa. Lo asustaría. Se convertiría en el cazador en lugar de ser la presa. Spencer cruzó la calle sin apartar la mirada del hombre oculto entre las sombras.

—¡Milord! —lo llamó Carl.

—Quédate, Carl —le ordenó.

El hombre al otro lado de la acera se despegó de la esquina del edificio y se enderezó con una expresión de sorpresa en el rostro. Qué bueno. Ese movimiento inesperado le daría una ventaja. Con los siguientes pasos que tomó, el hombre se retiró, se dio media vuelta y echó a correr. Spencer soltó una maldición por lo bajo.

Carl lo llamó sin cesar, y Spencer consideró pedirle al cochero que fuera con él, pero el orgullo le impidió pedir ayuda. Siguió al hombre por entre las calles en penumbras de Mayfair con los sentidos alerta y hasta el último músculo del cuerpo tenso por lo que podría acercarse.

Quizás Spencer estaba corriendo tras su viejo ser, tras el hombre que había estado en control total de su vida: en la cima de la sociedad y con poder sobre todas sus decisiones. El hombre que había estado listo para enfrentarse a cualquier desafío.

Cada pocos segundos, el maleante se daba vuelta a mirar. En la siguiente intersección, continuó derecho, pero al final del siguiente edificio, giró abruptamente hacia la izquierda. Spencer soltó una maldición por lo bajo y lo siguió al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo en busca de su pistola. Se encontraba en un callejón oscuro y angosto, y Spencer no podía ver demasiado, excepto la lámpara de la calle que había al final.

—Alto o disparo —advirtió apuntando el arma a una silueta oscura a unos pocos metros de distancia.

El hombre se detuvo y se dio la vuelta, pero la sonrisa siniestra en su rostro produjo que un peñasco se le cayera en el estómago a Spencer. Antes de que pudiera reaccionar, cuatro figuras más aparecieron entre las sombras y comenzaron a caminar hacia él.

¿Se trataba de una trampa? El hombre debió de saber que sus cómplices se estaban escondiendo allí y lo había llevado hasta ellos. Y Spencer había caído en la trampa. Diablos.

Era difícil ver en la oscuridad, pero le apuntó a la cabeza al primer hombre, que se veía con facilidad contra la luz al final del pasillo, retiró el percutor y disparó. Como era evidente que esos hombres habían ido a hacerle daño, esa era la única oportunidad que tenía. Quizás no iba a tener tiempo para volver a cargar el arma.

El culatazo, el olor acre a pólvora y el humo le remitieron al barco: iba a tomar otra vida. Sintió un aguijonazo de arrepentimiento y duda seguido de asco hacia sí mismo por ese acto. El hombre gruñó y gritó al salir disparado. Agarrándose el hombro, se cayó al suelo y gruñó de dolor.

A Spencer le latía el corazón acelerado en el pecho y sintió conmoción en las venas. Eso era el final. Su última oportunidad de sobrevivir mientras que el resto de los maleantes tenía dagas y quizás armas también. Lo superaban en número. Había esperado que el disparo atrajera la atención de alguno de los habitantes de la calle. De hecho, lo mejor que podía hacer era echar a correr hacia la luz y pedir ayuda a los gritos.

Con esa idea en mente, se dio media vuelta y echó a correr cojeando. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de llegar a la luz. Unos pasos pesados y acelerados sonaron a sus espaldas y sintió el asalto en lugar de verlo. Siguiendo un instinto, se agachó, y vio un destello de acero que le pasaba cerca del torso.

A pesar del dolor lacerante en el muslo, Spencer se movió y le asestó un puñetazo en la nariz al atacante. El dolor satisfactorio que sintió en los nudillos y el crujido del hueso le produjeron una ola de triunfo en todo el ser.

Pero se extinguió cuando tres hombres más lo rodearon. El más alto le arrojó una daga a Spencer, y un aguijonazo le dijo que la daga le había rozado la piel. Intentó protegerse con un puñetazo que aterrizó en el mentón del atacante. Recurriendo a sus habilidades de boxeo, Spencer siguió moviendo los pies y arrojando puñetazos que había practicado con precisión, pero sentía una agonía lacerante en el muslo con cada movimiento, y comenzaron a acorralarlo contra una pared.

Le asestaron un puñetazo en las costillas que lo dejó sin aliento. Jadeó en busca de aire y le dolió respirar. En el momento que movió el cuerpo para mantener las defensas, otro hombre que no había notado antes se le acercó por detrás y lo sujetó intentando frenarle los brazos. Spencer se retorció y se giró, a pesar de la tortura intensa del muslo herido. Se las ingenió para liberarse, pero el esfuerzo lo dejó expuesto al cuarto hombre, al que probablemente le había roto la nariz, que se puso de pie para rodearlo junto a los otros tres.

Un golpe le aterrizó en la sien y le produjo una explosión de estrellas. Se tambaleó desorientado al tiempo que recibía otro puñetazo en el estómago. Se dobló luchando para mantener la consciencia.

Los atacantes no cesaban, y le asestaban puñetazos de todos los frentes. Spencer se defendió con las fuerzas que le quedaban, pero el cuerpo le dolía y los movimientos se le ralentizaron. La patada que recibió en el plexo solar lo dejó sin aliento. Se cayó respirando entre jadeos mientras recibía una lluvia de patadas. Lo único que logró hacer fue utilizar la técnica de boxeo que le permitía protegerse el torso con los brazos.

Luego, tan rápido como había comenzado, el ataque se detuvo. Pensó que debía de estar muerto mientras montaba las olas de dolor en varias partes del cuerpo. Pero lo que vio lo confundió: los pies se alejaban de él hacia otras tres siluetas. ¿Qué estaba pasando? ¿Quiénes eran los tres hombres nuevos? Comenzaron a luchar unos contra otros, arrojando brazos, puñetazos y patadas en el aire. ¿Por qué lo estaban ayudando?

Se valió de la pared para sentarse erguido. Les echó un vistazo a los luchadores intentando ver quiénes eran. Uno de los rescatistas, un hombre alto y de hombros anchos con una cicatriz que le recorría la mejilla atacó a uno de los maleantes con puñetazos precisos y fuertes que lo dejaron atónito. Otro hombre, más ágil y nervudo, se movía y atacaba rápido y dejaba a los contrincantes desorientados. El tercero, silencioso e imponente, asestaba golpes indolentes que dejaban sin sentido a cualquiera que se le acercara. A pesar de estar debilitado, Spencer intentó reunirse a la refriega, pero su cuerpo objetó y la vista se le nubló con cada movimiento.

El callejón era un remolino de puñetazos y gruñidos, una colisión de cuerpos que hacía eco por las paredes. Spencer se apoyó contra la pared con el pecho agitado y observó la marea cambiar a su favor. Con la confianza destruida, los asaltantes comenzaron a retirarse al comprender que los superaban en habilidad.

Con un último esfuerzo, los tres hombres desconocidos persiguieron a los atacantes para alejarlos del callejón y desaparecieron en la noche. Los sonidos de la persecución se fueron apagando, y, cuando Spencer se quedó a solas, se le aceleró la mente. ¿Acaso los hombres que lo asistieron serían lacayos de una de las casas cercanas? El caso era que no parecían lacayos. De hecho, quedó anonadado al pensar que el que tenía la cicatriz le resultaba familiar. ¿No era el hombre que había observado a Joanna y Spencer cuando fueron a Whitechapel y persiguieron a Joseph?

Con la esperanza de encontrar a los hombres, se apartó de la pared y salió caminando del callejón. Los pasos hicieron eco y le produjeron dolor en todos lados.

Al salir de la oscuridad, la luz tenue lo cegó y le hizo entrecerrar los ojos para acostumbrarse. La calle estaba tranquila a esa hora; solo se oía el traqueteo de un carruaje en la distancia que giró en una calle adyacente. Las ventanas de las modernas casas de estilo georgiano que se encontraban cerca estaban iluminadas con velas o lámparas de gas. Un caballero caminaba hacia él, pero no había ningún indicio de los maleantes que lo habían atacado ni de los hombres que habían acudido a ayudarlo.

Sentía dolor en la mejilla, y cuando se la tocó, hizo una mueca. Debería alegrarse de que, una vez más, había salido con vida. Pero no podía deshacerse del deseo de saber quién había acudido al rescate de manera tan inesperada y por qué.

—¿Seaton? —le preguntó una voz masculina, y Spencer se dio vuelta—. ¿Spencer?

Era Dorian, el duque de Rath, que caminaba hacia él con un bastón. Cuando miró el rostro de Spencer, el rostro de rasgos atractivos y afilados se le arrugó de preocupación y se apresuró a su lado.

—Oh, por Dios, Spencer, ¿qué te pasó? —le preguntó recorriéndolo con los ojos celestes como el cielo en busca de alguna señal de daño.

—Me atacaron.

—Diablos. Ven, mi casa queda por allí. Vamos.

Spencer se retorció.

—No hace falta, Rath. Vivo a dos manzanas de aquí...

—Y te llevaré allí cuando me haya asegurado de que no corres peligro.

Spencer soltó un gruñido y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Pero con gran orgullo rechazó el hombro que Rath le había ofrecido para ayudarlo a caminar.

Cuando llegaron a la casa de Rath, el mayordomo los condujo a la sala de estar y desapareció para buscar bebidas y llamar al ama de llaves que, según el duque, sabía tratar heridas, lo que consistía una buena habilidad en ese hogar. Spencer había visitado la casa de Rath antes de que se convirtiera en duque, y recordaba la atmósfera sombría y austera con tonos verdes y azulados oscuros, así como también berenjena y caoba que parecían absorber cualquier luz que pudiera colarse por las ventanas.

El ama de llaves, la señora MacArthur, una mujer atractiva de unos cincuenta años con el cabello oscuro, la espalda erguida y acento escocés, le ordenó que se sentara quieto mientras le limpiaba y vendaba los cortes superficiales de manera rápida y efectiva, le colocaba un ungüento sobre los cardenales y le entregaba hielo envuelto en un trapo para que se sostuviera sobre los más graves. Al acabar, se marchó con una jofaina llena de agua ensangrentada y una cesta de suministros médicos, como si atender a hombres golpeados y ensangrentados fuera tan normal como cambiar las sábanas.

Cuando Spencer y el duque se sentaron enfrentados cerca del hogar en el que ardía una leña costosa y no carbón, como en la mayoría de los hogares en esos días, Spencer bebió una copa de coñac.

—Supongo que la señora MacArthur suele tener la cesta con suministros médicos a mano —dijo Spencer arqueando una ceja.

Rath se rio entre dientes y asintió con la cabeza.

—Ya me conoces. —El silencio reinó en la habitación mientras Rath contemplaba a Spencer—. ¿Me vas a contar lo que pasó? —le preguntó al final con un tono de voz suave de lo más

inusual para él.

Spencer soltó un suspiro. Sin mayor ceremonia y, en contra de los modales aceptados, tomó el decantador de coñac y se sirvió otra copa. La bebida le estaba surtiendo efecto: le relajó los músculos e hizo que le girara la cabeza.

—Tengo un enemigo —le dijo—. Y, al parecer, un misterioso protector.

Rath frunció el ceño al tiempo que se apoyaba los codos sobre las rodillas y miraba a Spencer con una expresión intensa.

—¿Un enemigo?

Spencer soltó un suspiro y sintió que se le tensaba la mandíbula.

—Sí.

—¿Tiene algo que ver con que te hayan reclutado por la fuerza el año pasado?

Spencer asintió con la cabeza y la mirada fija en las llamas del hogar.

—Sí. El hombre responsable de eso es el duque de Ashton. Ha sido una amenaza constante desde que he regresado.

Rath entrecerró los ojos, y la fachada tranquila y compuesta comenzó a deshacerse para revelar una furia profunda. Mientras absorbía la gravedad de lo que le había dicho Spencer apretó tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Has dicho Ashton?

Spencer se inclinó hacia atrás, y el cuerpo le dolió con cada movimiento.

—Sí. Es peligroso y manipulador. Ha estado chantajeando a varias personas y controlándolas para su propio beneficio. Ha cometido crímenes de traición a la patria, Rath. Y ahora viene por mí y mis seres queridos.

La expresión de Rath se tornó sombría.

—Traición a la patria... Por todos los cielos. ¿Y chantaje? Eso me suena familiar. Mi tío, el almirante Langden, quedó atrapado en algo similar. Había un escándalo familiar que estaba desesperado por cubrir, y alguien lo estaba chantajeando para mantenerlo oculto.

Spencer sintió que se le despertaba el interés, pero escogió las palabras con cautela. Al parecer, tanto él como su amigo compartían un enemigo, en especial considerando lo que Calliope le había contado acerca de la participación de Langden en su desaparición y el destino que había corrido. A pesar de que nadie sabía oficialmente quién lo había matado, Spencer sabía que había sido Calliope para salvar a Nathaniel. Pero no podía compartir eso con Rath porque estaría poniendo en riesgo a su hermana.

—Ashton sabe encontrar las debilidades de las personas y explotarlas. Es un maestro en ese juego.

Los ojos de Rath destellaron.

—Aguarda. ¿Por eso me pediste que te ayudara a escabullirte en su baile de máscaras?

Spencer asintió con la cabeza. Recordó que Dorian le había preguntado qué había sucedido y le había pedido que le contara sus motivos para acudir al baile, pero Spencer lo había apartado como a todos los demás. Sin embargo, no quería seguir haciéndolo. ¿No era fascinante cómo Joanna había roto sus barreras en tan poco tiempo?

—Sí —respondió al final.

Rath escupió una maldición.

—¿Será que Ashton está detrás de la ruina de mi tío? —la voz de Rath, por lo general suave y controlada, adquirió un tono más afilado, y cada palabra estuvo cargada con veneno.

—Lo siento, amigo —le dijo Spencer—. Estoy seguro de que Ashton era el que estaba obligando a Langden a asegurarse de que me subieran a bordo de la Concord y me enviaran a la

guerra.

El rostro del duque se sonrojó, y una vena le palpitó en la sien. Cuando se puso de pie de manera repentina, arrastró la silla contra el suelo.

—Qué sujeto más inmoral y detestable. No solo lo hizo con mi tío. Manipula y destruye otras vidas también. Y ¿para qué?

—Eso es lo que no sé —le dijo Spencer—, pero sospecho que es para su propio beneficio.

Joanna le había dicho que había visto a un hombre con un acento particular entregarle dinero a Ashton. Y, considerando los mensajes que había enviado a los Estados Unidos en conexión con los barcos militares, lo más probable era que le estuviera vendiendo información al enemigo.

Rath soltó un gruñido y comenzó a recorrer la habitación mientras abría y cerraba los puños. Rath había sido su compañero de boxeo, y sabía lo bien que podía utilizar esos puños. La ira que Dorian llevaba dentro le daba tanta fuerza que sus golpes eran de lo más peligrosos.

—Esto es... ¡imperdonable! —Rath alzó la voz—. Los hombres como Ashton son una plaga para la sociedad. ¡Se aprovechan de la gente inocente y vulnerable!

Spencer se quedó sentado observando el desplante de Rath. Había visto el temperamento del duque antes, pero jamás con tanta intensidad. Spencer bebió un sorbo de coñac y permitió que el líquido lo calentara por dentro y por fuera. Sabía que había tocado un nervio en el duque y había despertado una ira profundamente dormida que había estado intentando salir a la superficie durante muchos años.

—Lo voy a destrozar —le aseguró Spencer—. Ese es el objetivo.

—Bueno, dime qué necesitas —le pidió Rath con los dientes apretados—. Haré lo que haga falta.

Spencer tragó con dificultad y se le tensó la garganta. No podía pedirle eso a sus hermanos porque no lo mantendrían en secreto y se lo contarían a sus esposas. Tampoco podía pedirselo a Nathaniel por el mismo motivo. Pero tenía que proteger la vida de Joanna y su reputación. Podía pedirselo a Dorian, que sería capaz de protegerla a ella y a sus hermanos, no solo físicamente sino también con su dinero y sus contactos. Spencer confiaba en Dorian como en sus hermanos. Pero no tenía que temer por su seguridad; el duque era uno de los hombres más adinerados y poderosos de toda Inglaterra. Y sus puños podían ser mortales. De modo que Joanna iba a estar a salvo.

—Necesito que protejas a alguien —le pidió Spencer—. Y debes ser muy discreto.

Dorian dejó de andar.

—¿Discreto? —Entrecerró los ojos—. Supongo que se trata de una dama, ¿no? ¿Acaso es la misma que perseguiste en el baile de máscaras?

Spencer miró a su amigo perplejo.

—Sabía que eras listo, pero hoy no se te escapa nada. Sí, necesito que protejas a una dama.

Dorian asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Solo dime a quién.

SPENCER TOMÓ una piedrita y la arrojó. Rebotó contra lo que esperaba que fuera la ventana de la habitación de Joanna. Le había dicho que su habitación era la única con vista a las caballerizas, pero había otra ventana. Esperaba haber llamado a la ventana indicada. Con la mirada, escaneó el pequeño patio apartado, donde en la oscuridad solo se colaban unos destellos lejanos de las lámparas de la calle.

Había sido difícil perder el carruaje que lo había seguido cuando se marchó de casa, pero pensó que por fin lo había logrado. Se sentía mucho mejor tras una noche de descanso. Le dolían los cardenales y los cortes, pero no era nada en comparación con lo que había soportado en la guerra. De hecho, en comparación con eso, estaba como nuevo.

Sin embargo, seguía más débil de lo que quería admitir, y casi se había partido el cuello trepando por la cerca de las diminutas caballerizas de la casa. ¿Cómo diablos se las había ingeniado Joanna para hacer lo mismo cuando intentó sabotear el carruaje? Se frotó el muslo adolorido, que sentía como si estuviera a punto de desgarrarse desde que aterrizó sobre los pies.

Se quiso llamar cosas peyorativas, sentía mucho resentimiento hacia su cuerpo malherido... pero se contuvo. No sentía la misma necesidad de caer en ese hábito como cuando recién había regresado a Inglaterra. Lo cierto era que estaba enfadado, malhumorado y terriblemente irritado con las atrocidades que había tenido que sufrir no solo él, sino también miles de otros hombres por culpa de Ashton.

Pero eso no era lo que lo había inquietado o le había producido ese dolor extraño y persistente en el centro del pecho. Un dolor que había sentido desde que le había entregado el edificio a Joanna y se había alejado de ella durante unos días. Era el hecho de haber estado sumamente preocupado por ella, en especial desde el ataque de la noche anterior, y no poder verla. Había considerado ir con una chaperona para hablar con ella y mandar al diablo a quien asumiera que la estaba cortejando. El simple hecho de conversar con ella sería una bocanada de aire fresco. Lo que en realidad quería hacer era enterrarse en su interior y sentirla deslizarse por su miembro, aunque el solo verla bastaría para calmar el dolor que llevaba en el corazón.

Tomó otra piedrita para arrojarla y oyó un golpe apenas audible contra el cristal.

El problema con visitarla era que siempre había alguien vigilando su casa, y podrían seguirlo... Y podía poner a Joanna en peligro. El pensamiento hizo que el corazón se le retorciera tanto que creyó que le iba a estallar en miles de pedazos diminutos y afilados.

En una ocasión había amado a una mujer. Una mujer con la que creyó que pasaría el resto de su vida. Y luego la había perdido. No solo a ella, sino también a todo lo que era.

Había regresado de la guerra como un hombre roto, malherido y vacío. Pero Joanna lo había llenado. Había iluminado su vida y sus días. Y si llegaba a perderla... El corazón se le volvió a

retorcer, y el cuerpo se le cubrió de sudor. Sintió como si lo estuvieran volviendo a lastimar a bordo de la Concord.

Le había pedido a Rath que la cuidara, pero había tenido que ir a verla con sus propios ojos, aunque solo fuera una vez, para asegurarse de que se encontraba bien. De que Ashton no mostrara ningún indicio de saber nada acerca de ella.

Había conducido la calesa tirada por su purasangre tan rápido que los hombres que estaban vigilando su casa debían de haber tragado polvo a sus espaldas.

Por fin vio un movimiento en la ventana oscura de la segunda planta y apareció Joanna con el largo cabello dorado derramado sobre el camisón. Verla le iluminó todo el cuerpo. Echaba de menos cada minuto que no estaba con ella. A pesar de que la había visto el día anterior en la exposición de arte de Penelope, la extrañaba. ¿Entendía lo profundo que la llevaba en el cuerpo y la mente?

Spencer le hizo una señal para que bajara a verlo. Con la boca y los ojos abiertos, Joanna lo miró fijo antes de encender una vela, asentir con la cabeza y desaparecer.

Soltó el aliento con el corazón latiéndole tan acelerado que bien podría haber corrido ocho kilómetros. Miró alrededor, pero no había nadie más que él en el pequeño patio trasero cubierto de gravilla. La pintura se estaba descascarando, y vio una cuerda para la ropa, una letrina externa y una pila de basura.

Al cabo de uno o dos minutos, la entrada de servicio se abrió, y Joanna salió con un chal envuelto en los hombros y una vela en la mano. La necesidad le ardió en el interior: la de tocarla, envolverla en sus brazos y no soltarla jamás. La de tenerla en su vida por el resto de sus días.

Pero entonces tendría que casarse con ella... Y no podía hacerlo... Joanna se merecía un marido entero y saludable que pudiera adorarla y entregarle todo lo que una mujer magnífica como ella se merecía. No podía imponerle a un lisiado como él, tan paralizado por dentro como por fuera. Él era la sombra triste de un hombre roto y miserable. No podía forzarla a intentar arreglarlo durante el resto de su vida cuando tenía tanto por lo que vivir: el periódico, su familia y, algún día, un hombre afortunado con dos piernas saludables y ningún demonio oscuro en el interior que la vería como el tesoro que era. Y entonces le agradecería por hacerse a un lado y no arruinarle la vida.

—Spencer, ¿qué demonios estás haciendo? —le susurró enfadada mientras lo empujaba hacia la ventana de una esquina formada por una pequeña extensión de la puerta de los criados.

El jadeo que soltó le hizo saber que se había percatado de la magnitud de sus heridas. Spencer hizo una mueca de dolor. Deseaba poder quitarse los cardenales de la mejilla y el corte hinchado por encima de la ceja para no conmocionarla tanto.

—¿Qué te pasó? —le preguntó casi sin aliento.

—Los hombres de Ashton —le dijo sin importancia—. Tenía que verte —añadió en un susurro. Luego apagó la vela, se la quitó de la mano y la colocó sobre el alféizar de la ventana más cercana para acorralarla contra la pared—. ¿Te encuentras bien? ¿Alguien te ha estado vigilando o siguiendo? ¿Alguien se atrevió a intentar algo?

Cielos, era hermosa: suave, acogedora y seductora como un postre hecho solo para él.

—Estoy bien —le aseguró—. No vi a nadie. Pero ¿qué tanto te lastima...?

No le permitió terminar la palabra. Estaba aliviado de que nadie la hubiera amenazado. Fue como si el animal en su interior hubiera tomado las riendas y se dejara llevar por la necesidad de ser uno con ella... de tocarla... de estar conectado... Era una fuerza imparable. Le estaba besando los labios dulces e inhalando su exquisita fragancia femenina para empaparse de ella. Sus curvas suaves se sentían tan bien bajo las manos que su cuerpo reaccionó a ella como un

semental fugitivo. El dolor que le acechaba el corazón vacío y roto se calmó. Ya no estaba tan vacío. Ella se había asentado allí.

—Spencer, ¿qué tanto te lastimaron? —le susurró contra los labios, y la voz le salió ronca, como cuando estaba excitada.

¿De qué hablaba? No se sentía lastimado con la erección apretada contra su vientre y prácticamente pulsando.

—¡Estoy bien! —le aseguró con un gruñido.

—Vamos —le dijo tomándolo de la mano. Alzó la mirada a la ventana con una expresión pensativa—. Quiero asegurarme de que no estés malherido. Si no haces ruido, podemos escabullirnos a mi habitación. Pero solo si guardas silencio. Gideon ha salido, como de costumbre, está en una de sus salidas de soltero. Charlotte tiene el sueño profundo, y la señora Parr duerme arriba.

Spencer se encontraba bien, pero tenía que estar loco para rechazar una invitación a la recámara de Joanna. Le permitiría examinarlo donde quisiera.

—Seré más silencioso que una tumba —le prometió con una risita.

Joanna abrió la puerta, y comenzaron a bajar por la escalera angosta y chirriante. El aire se fue tornando más frío a medida que se acercaban a la cocina subterránea, donde había un espacio estrecho con una mesa de madera en el centro. Las paredes llenas de estanterías tenían una serie de frascos y utensilios de cocina. En una esquina, había una gran tina de madera y una tabla de lavar.

Tras ascender unas escaleras angostas, salieron al pasillo que conducía a la puerta de entrada. Era un espacio simple, con paredes escuetas y unos modestos cuadros y retratos familiares. Las tablas del parqué crujían bajo sus pies. Mientras continuaban avanzando hacia la planta de las recámaras, Spencer se movía con temor, alerta de la diferencia brutal entre ese hogar sencillo y todos los lujos de Sumhall.

Entraron en una habitación pequeña y ordenada. Una única ventana con cortinas confeccionadas a mano permitía que se colara la luz de la luna, que proyectaba un brillo suave sobre la recámara. Cuando Joanna encendió la vela, pudo ver las paredes pintadas de un tono lavanda. El color combinaba a la perfección con ella. En una esquina, había una sencilla cama de madera cubierta con una colcha de diferentes tonalidades de azul y púrpura. El edredón tenía patrones intrínsecos y le debió llevar horas de arduo trabajo a quien lo hubiera confeccionado.

Al lado de la cama había un pequeño aparador en el que Joanna colocó la vela. La llama titilaba y proyectaba sombras contra las paredes. Al lado de la vela había un libro desgastado.

En el otro extremo de la recámara, había un modesto escritorio contra la pared. Sobre la superficie yacían muchas hojas de papel, una pluma y un tintero, así como también una copia de *La Gaceta de Londres* sobre una pila de papeles. Debajo del periódico, se encontraba un manuscrito escrito con caligrafía prolija y elegante.

Detrás del escritorio, había una estantería estrecha que casi llegaba al cielorraso llena de libros. Los títulos iban desde poesía hasta filosofía, e incluían libros de historia y novelas recientemente publicadas. Era evidente que a la dueña de esa recámara le gustaba leer y tenía un gran intelecto. En el extremo de la cama, había un pequeño aparador con un espejo con marcos de madera. Allí, vio un cepillo de pelo, un joyero y un jarrón con una margarita.

Mientras la mirada de Spencer recorría la habitación, tomó nota de la ausencia de lujos a los que estaba acostumbrado, pero sintió una calidez y comodidad abrumadoras. Esa habitación, con los amoblamientos sencillos y los toques personales, era el espacio perfecto para Joanna: genuina, atenta y rebosante de una fortaleza callada.

Joanna cerró la puerta a sus espaldas y se volvió hacia él. El corazón le podría haber estallado de lo mucho que la había echado de menos y lo feliz que estaba de verla.

¿Cuándo volvería a verla? La respetaba lo suficiente como para no ofrecerle una posición de amante... y, sin embargo, tampoco podía casarse con ella. Pero... de solo besarla y sostenerla en sus brazos, de solo hablar con ella y estar tan cerca de ver su espacio íntimo era como estar en casa.

Sin pensarlo, eliminó la distancia que los separaba, le tomó el rostro entre las manos y la besó. La erección se le había calmado mientras subían las escaleras, pero cobró vida nuevamente, con más urgencia y persistencia de tocarle la piel. Le devoró los labios anhelando deshacerse del dolor desesperado que había sentido por ella en los últimos días. Los labios se deslizaron contra los de él, suaves y aterciopelados, y su boca sabía celestial.

—Spencer... —murmuró.

—¿Sí? —le preguntó contra los labios.

—Déjame ver cómo te encuentras...

Spencer se detuvo y, de buena gana, dio un paso hacia atrás y abrió los brazos.

—Inspeccióname, enfermera. —Comenzó a quitarse los ganchos del abrigo—. De hecho, permíteme ayudarte.

Joanna abrió los ojos de par en par y miró hacia la puerta.

—Spencer, no estoy segura de que debas...

—Es demasiado tarde —le dijo con una sonrisa disfrutando del sonrojo que le subía seductoramente por las mejillas—. Lo has pedido, y estoy contento de satisfacerte.

Se quitó el abrigo y, con una mueca, se extrajo la camisa blanca por la cabeza para quedar con el pecho al descubierto. Joanna le recorrió el torso con la mirada, que se le nubló de compasión al tiempo que se acercaba a él para pasarle los dedos por los moretones, el pecho y los brazos. Tragó con dificultad. No le dolía. Solo lo excitaba. Y el amor y la empatía que le veía en el rostro hacían que se le hinchara el corazón que no dejaba de golpearle el pecho.

—¿Te duele? —le preguntó.

—No —le respondió acercándose a ella otra vez—. Tú me quitas el dolor.

Le apretó el trasero al tiempo que se lo acariciaba con una mano y luego llevó la otra hacia arriba para masajearle un pecho a través del camisón. El chal se le cayó de los hombros. Joanna se arqueó hacia él y suspiró.

—Eres un demonio.

Luchó por controlar el temblor de su cuerpo mientras la anhelaba y tragó con dificultad.

—¿Quieres que me detenga?

Durante un tiempo, no le respondió, pero luego lo envolvió en sus brazos.

—¿Y Penelope?

Spencer sacudió la cabeza confundido.

—¿Qué tiene que ver Penelope con nada?

—Los vi en la exposición de arte ayer... —Las pestañas le temblaron—. Y nunca me respondiste si todavía la amas.

Spencer negó con la cabeza. ¿Penelope? En ese momento, le parecía tan distante e irrelevante como un elefante imaginario. Era como si Joanna siempre hubiera tenido un sitio en su corazón y hubiera eclipsado cualquier sentimiento del pasado. Penelope jamás lo había consumido en cuerpo, corazón y alma con la intensidad con que lo hacía Joanna.

El corazón le latía desbocado al comprender lo que no se atrevía a admitir: amaba a Joanna de un modo en que jamás había amado a Penelope o a nadie más. Sin embargo, admitirlo

implicaba la posibilidad de que le rompieran el corazón y lo hiciera sufrir un dolor mayor a cualquiera que hubiera experimentado antes.

—No estoy parado bajo su ventana arrojando piedritas, ¿no? —le dijo.

—Está casada con tu hermano. Yo no.

—Y gracias a Dios por eso —murmuró mientras se inclinaba contra el cuello y le dejaba un rastro de besos.

Joanna volvió a soltar un gemido y se lo acercó más.

De repente, una puerta crujió en algún punto del pasillo acompañada de unos pasos que hacían eco sobre las tablas de madera. Joanna se congeló en sus brazos, con la respiración superficial y acelerada contra él. Se miraron aguzando el oído para seguir los pasos que retrocedían en la distancia.

—Creo que es Charlotte —susurró—. A lo mejor está buscando un vaso de leche.

—¿No dijiste que tenía el sueño profundo? —le preguntó en un susurro.

—Por lo general, sí. Pero está muy nerviosa y no es ella misma ahora que se avecina el día de tomar una decisión.

Las palabras de Joanna le pesaron mucho, y la voz se le quebraba de dolor. Spencer la apretó contra el pecho y deseó alivianarle la carga de todos los problemas.

Unos pasos amortiguados sobre las tablas de madera les hicieron saber que Charlotte estaba bajando las escaleras, de seguro de camino a la cocina. Joanna intentó desprenderse de Spencer, pero él la retuvo abrazada.

—¡Spencer! —protestó—. ¡Podría entrar aquí!

La idea de que los atraparan le resultó demasiado buena. Si lo descubrían con Joanna, se vería obligado a casarse con ella y... ¿sería tan malo? Estaba aterrado de lo mucho que le agradaba ese pensamiento. Aunque fuera egoísta, quería atrapar a Joanna en un matrimonio con él. Pero la amaba. Y no podía hacerle eso. Ella se merecía a alguien mejor.

Al cabo de unos minutos, los pasos regresaron. El corazón se le subió a la garganta cuando se detuvieron delante de la puerta de Joanna, que se puso tensa contra él, y le hizo sentir el aliento dulce y cálido contra la piel. En un momento, si los atrapaban, podría tenerla para siempre. No tendría ninguna excusa.

Sin embargo, los pasos reanudaron y, al cabo de tres o cuatro más, una puerta se abrió con un crujido y se cerró. Luego reinó el silencio. Joanna exhaló y negó con la cabeza.

—¡Creí que ibas a huir! —exclamó riéndose.

—Estoy aquí. —La besó—. Rompiendo todas las reglas... besando este precioso cuello... —Despacio, bajó por su cuerpo y la mordisqueó—. Estos preciosos senos...

Le mordisqueó los pezones y, con la boca, jaló de la piel firme y suave a través de la tela. Le deslizó las manos por el cuerpo, trazó cada curva de la delgada cintura y las caderas generosas para llegar a la suave extensión de los muslos.

—Y este delicioso estómago...

Se arrodilló y le subió los bordes del camisón para pasarle la lengua por la cara interna del muslo con lentitud y sentirla estremecer con satisfacción.

—He soñado con hacer esto durante muchos días —le murmuró contra la piel—. No solo ocupas mi mente, sino que, como una bruja, también me has hechizado.

Le arrastró la lengua más arriba para deleitarse con el delicioso sabor familiar de su piel. Al llegar a la intersección de las piernas, se estremeció de deseo al inhalar el aroma embriagador y sentirla contra él. Le separó los pliegues, contento de ver que estaba húmeda de deseo por él.

—¿Crees que tengo cualquier poder de decisión cuando se trata de ti? —le preguntó y le selló

la boca contra el sexo húmedo, suave y delicioso. Joanna jadeó y le apoyó las manos sobre los hombros—. Eres tú, mi amor —le dijo apartándose un instante—. Tú eres quien tiene el poder. Yo soy el que se encuentra de rodillas. Siempre seré el que se encuentre de rodillas.

Se volvió a acercar a sus pliegues y le permitió devorar la comida que había anhelado cada minuto de cada día. La sintió temblar a su alrededor, con la pierna apoyada sobre el hombro, y su esencia cálida y húmeda abierta a él. No recordaba si alguna vez había disfrutado de darle placer a una mujer tanto como disfrutaba dárselo a su Perséfone. Ella le pertenecía; se lo gritaba su cuerpo y su corazón. Eso se sentía bien, como no se había sentido nada en toda su vida.

Cuando le pasó la lengua por el centro del placer, la oyó soltar un grito amortiguado. Claramente tenía miedo de despertar a alguien, pero apoyó la cabeza contra la puerta mientras llegaba a la cima del placer en sus brazos. Spencer sintió el miembro que le palpitaba y se le extendía, y no pudo contener unos gruñidos, como si estuviera deshaciéndose como lo acababa de hacer ella.

Cuando dejó de oír los gemidos suaves, la sintió relajarse contra la puerta y respirar entre jadeos. Se levantó y la tomó entre sus brazos. A pesar de que los músculos con cardenales le dolieron, no le pudo importar menos. La llevó a la cama y la recostó de costado para unirse a ella de espaldas y apoyarle la mano en el vientre.

—¿Fue suficiente, mi amor? —le preguntó.

—¡Spencer! —exclamó riéndose con un tono juguetón.

—Dime... —murmuró besándole el cuello, acariciándole un seno y jugando con el pezón aterciopelado—. Dime qué quieres. ¿Hablar...? ¿Volver a dormir...? ¿O cabalgar mi miembro?

Se quedó petrificada, y Spencer sintió que el pecho se le movía rápido debajo de la mano al oír sus últimas palabras.

—Me lo puedes decir abiertamente —le aseguró—. No seas tímida. Nunca seas tímida conmigo. Recuerda que ahora eres parte del inframundo, Perséfone. No hay timidez, ni secretos, ni nada que ocultarme en el inframundo. Le daré la bienvenida a cualquier pensamiento sucio que tengas y desearías haber tenido y lo haré realidad.

—Quiero cabalgar tu miembro... —le respondió con la voz apenas audible y tan ronca que hizo que le palpitara el sexo—. Eso será mejor para los cardenales, ¿no?

Spencer soltó un gruñido y, sin poder contenerse, le frotó la erección contra el hermoso trasero.

—Olvídate de mis cardenales, mi reina voraz —le murmuró antes de enterrar el rostro en la curva del cuello y la mano, entre sus pliegues. Seguía estando cálida y húmeda, y le frotó los pliegues para sentirla estremecerse de nuevo—. Y cabálgame.

Con la otra mano, se desabotonó los pantalones y se los bajó por las piernas. El miembro se le estremeció de dolor y deseo por ella. Necesitaba entrar en ella... conectar con ella de la manera más íntima que dos personas podrían hacerlo. Darle más placer, sentirla deshacerse alrededor de él mientras él se deshacía en su interior.

Rodó sobre su espalda y la colocó encima de él. Le subió el camisón para quitárselo por la cabeza, y se le secó la boca al verla. Era pura curvas femeninas con los senos sensuales, los firmes pezones rosados y el contorno curvilíneo suave del estómago que deseaba morder. Y las piernas estiradas a lo largo de las de él, llenas y maduras, lo volvían loco del deseo de enterrarse entre ellas.

—Jamás deseé a nadie como te deseo ahora —le confesó.

Le acercó la erección a la entrada y se enterró en ella con una embestida. El sexo estrecho y suave le provocó placer en todo el cuerpo. Joanna jadeó, se acercó a él y arqueó la espalda.

Spencer comenzó a moverse y embestirla. Los hermosos senos le rebotaron y crearon una vista tan deleitante, que el placer comenzó a aumentar rápido en su interior y pronto estuvo a punto de estallar...

Sin embargo, se contuvo y observó el rubor de placer que le cubría el cuello y el pecho mientras echaba la cabeza hacia atrás. Joanna rebotaba encima de él, y Spencer la embestía con cada movimiento. Los cardenales no eran más que un eco, como una mosca molesta, pero los ignoró por completo. ¿Qué podía haber además de ese calor, esa expansión y esa conexión con esa mujer que se sentía tan sagrada y eterna como si estuvieran hechos el uno para el otro?

Por mucho que se contuvo para no acabar antes que ella, al poco tiempo la sintió tensarse sobre él. Con una maldición, sintió que el placer se multiplicaba mientras continuaba cabalgándolo. No podía soportarlo más. Y, al cabo de unos instantes, se deshizo. Mientras sentía el clímax que lo consumía por completo, supo que ella era su luz. Jamás amaría a nadie más que a ella. Por el tiempo que le quedara de vida.

JOANNA SE QUEDÓ acostada en la cama con Spencer y sintió sus brazos largos y magníficos envueltos en la cintura. Tenía la espalda apretada contra el torso de él. Se sentía cálida, satisfecha y feliz. Con suavidad, le recorrió el antebrazo con las yemas de los dedos.

—¿Te dolió? —le preguntó—. ¿Te hice daño?

—No, enfermera. —Le besó la sien—. Me hiciste bien.

Se rio mientras le recorría los músculos duros. La vela titiló ligeramente. La noche estaba oscura y serena, y Joanna tenía la sensación de que eran las únicas dos personas en el mundo. ¿Podría eso durar para siempre? Estar ella y él solos, derretidos en un solo ser. Se sentía completa.

—¿Qué te dijo la duquesa? —le preguntó Spencer, y la burbuja de paz y felicidad estalló.

Joanna se puso tensa. Claro que no podían permanecer de ese modo. Tenía que atrapar a un villano, proteger el honor de su hermana y rescatar el futuro de su hermano. A regañadientes, se liberó de sus brazos y se sentó en el borde de la cama. Spencer seguía acostado de lado, pero se subió los pantalones y asomó la cabeza entre el brazo para observarla con los ojos suaves y oscuros.

Las preguntas se le arremolinaron en la mente... ¿Y eso qué significaba? Spencer había ido para asegurarse de que no la lastimaran, o eso le había dicho. ¿Cuál era el verdadero motivo? ¿O era solo una excusa para descubrir la información que estaba buscando? ¿Sería que rompería la alianza o mantendría su palabra? ¿Acaso no quería acabar con su aventura? ¿Y Penelope? Aún no le había respondido la pregunta de si amaba a la duquesa o no. Había ido en busca de Joanna a pesar de su acuerdo, y le había dicho todas esas cosas, pero no había mencionado nada acerca del matrimonio. ¿La quería de amante? Y, si ese era el caso, ¿accedería a serlo? Eso implicaría volver a convertirse en la mujer invisible y oscura. Alguien a quien no amaría lo suficiente como para poner en el centro de su vida. Ya no era esa mujer.

Se puso de pie delante de él y se cruzó de brazos a la altura del pecho. Una vez más, experimentó la sensación persistente, la sospecha que había sentido cuando Spencer sugirió que se convirtieran en aliados. ¿Y si la estaba usando? Había hecho mucho por ella... la había llamado hermosa, le había asegurado que era la única, y le había confesado que se encontraba a su merced total.

Pero todo eso no eran más que palabras. Lo cierto era que no le había pedido matrimonio. Eso era lo que hubiera hecho un caballero en su lugar. Un hombre que le decía todas esas cosas hermosas se casaría con ella. Si de verdad las creía. Si no mentía.

—¿Todo bien, Joanna? —le preguntó con una mueca de preocupación.

—Sí —repuso.

Sin importar lo que él tuviera en mente, ella era una mujer de honor y no rompería su palabra. Todavía creía que eran un equipo. Sin embargo, una parte de ella no podía quitarse las dudas, ni hacer oídos sordos a la advertencia de tener cuidado. Todo era demasiado bueno para ser cierto con Spencer. Los cumplidos, la protección, el edificio que le había regalado... Joanna le había entregado su virtud. ¿Acaso intentaba comprar su cuerpo? ¿Por qué no se comprometía con ella si de verdad no quería a nadie más? ¿Si ni siquiera quería a Penelope?

—Mi tía —comenzó Joanna— dijo que mi tío tiene una fábrica de armas en Springfield que le provee armas al ejército estadounidense.

Spencer se sentó en la cama.

—¿Cómo has dicho?

—Quiere dinero —le dijo—. Al ayudar a los estadounidenses, protege sus intereses monetarios, que son mucho mayores al dinero que recibe con el espionaje.

Spencer clavó la mirada en el espacio y se enterró los dedos en el cabello.

—Por todos los cielos...

Joanna asintió con la cabeza y se clavó la mirada en el pie desnudo. Con un dedo del pie, jugó con un hueco que había en una tabla de madera.

—¿Algo más? —le preguntó Spencer volviendo a mirarla con el ceño fruncido, y Joanna asintió con la cabeza.

—Logré conseguir su ayuda. Va a buscar el título de la propiedad y me lo enviará. También aceptó ser mi testigo.

Esperaba que la felicitara o que se alegrara de ese importante logro; pero, en lugar de eso, Spencer se puso de pie y comenzó a recorrer la habitación cojeando y gruñó una maldición.

—Jamás detesté tanto a un hombre. ¡Y todo por el dinero! ¿Cuánto dinero necesita una persona? Ashton podría haber confeccionado las armas que mataron a los hombres que estaban conmigo. Oh, va a pagar por todo.

—Es horrendo —le dijo confundida—, pero ¿no era lo que sospechábamos? El dinero.

—Sí, pero las armas... —Soltó un suspiro y sacudió la cabeza al tiempo que se apoyaba contra el respaldo de una silla y dejaba que la cabeza le colgara entre los hombros—. Luego de que me lastimaron... había un joven, Sam Holter, que estaba estudiando con el cirujano. Sam me cuidó y atendió mi herida. Cuando yacía delirante y ardiente por la herida infectada, no se apartó jamás de mi lado. Era de Whitechapel y había aprendido conceptos de medicina de su abuela. Decía que siempre le había gustado sanar, pero jamás había tenido la oportunidad de aprender. A bordo del barco, podía seguir al cirujano y aprender mientras atendía. Tenía una prometida en Whitechapel. Estaba a punto de casarse con la chica, la boda era al día siguiente de que lo reclutaran por la fuerza, pero jamás regresó a casa. Hubiera pagado por su educación para que pudiera estudiar medicina en la universidad. Tenía toda la vida por delante.

Sacudió la cabeza y enterró los dedos en el respaldo de la silla hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—En la última batalla cerca de Boston le dispararon y lo mataron. Y ahora sé que podría haber sido con un arma de Ashton. A lo mejor también dio información acerca de nuestra ubicación al enemigo. La costumbre de reclutar por la fuerza es de lo más injusta. No sé cómo es legal. Es increíblemente injusto forzar a alguien a participar de una guerra que no desean, como si sus vidas no importaran.

Joanna observó las sombras del tormento en el rostro de Spencer, cada línea y arruga oscura de tristeza. Se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que se acercaba a Spencer, que había soltado el respaldo de la silla y estaba encorvado con la mirada clavada en el suelo. Le apoyó una

mano sobre el hombro tembloroso.

—Lo siento, Spencer.

—Tuve que ser el que le contó de su muerte a su prometida. La encontré en Whitechapel. Le dije lo mucho que la había amado y le di un poco de dinero; la Fuerza Naval no le habría pagado nada por el simple hecho de que no estaban casados. Pero deberían haberlo estado.

Joanna no recordaba haber visto a Spencer en ese estado. Lo había visto luego de la pesadilla. Había visto cuánto odio había en su mirada cuando se posaba en Ashton. Lo había visto cuando le había contado de las atrocidades de su vida a bordo. Pero eso... esa oscuridad sin fin en sus ojos, esa expresión fría de asesinato y destrucción era algo que temía mirar.

—Spencer... —comenzó—. Pronto será vengado. Estamos muy cerca.

Spencer sacudió la cabeza, con algo frenético en lo más profundo de sus ojos.

—Cerca no basta, Joanna. Debemos actuar. Debemos conseguir esos títulos de propiedad hoy mismo. Cuando amanezca, debemos ir allí. Y comenzar los procedimientos criminales de inmediato.

—¡Pero me pidió que aguardemos! —protestó Joanna, con el vientre retorcido de preocupación y pánico—. Mi tía sabe que solo nos quedan dos días. ¡Enviaré al lacayo!

¡Eso no era lo que habían acordado! Se suponía que eran un equipo. La preocupación y el pánico la hicieron dudar de todo. Tenía los sentidos exaltados. Spencer iba a traicionarla. Esa voz... esa mirada... La miraba como una serpiente retorciéndose en una esquina para asestar su golpe mortal. No veía a nada, excepto a su enemigo. No la veía. Se había olvidado de ella. Como lo hacían siempre todos.

—¿Qué hay de mí? —le preguntó con la voz temblorosa.

Spencer la miró con el ceño fruncido y parpadeando confundido.

—¿De ti?

—Sí. Solo me quedan dos días para cambiar la situación de Charlotte y Gideon. Debo presentarle las pruebas a Ashton para persuadirlo de desistir del plan con Charlotte, devolverle las propiedades a Gideon y hacer los cambios en el testamento a favor de mi hermano. ¡Y entonces podrás proseguir con todo vigor para iniciar los procedimientos criminales!

El rostro casi se le transformó.

—Eso está fuera de discusión, Joanna.

Allí estaba, la sensación fría y retorcida de temor. La iba a traicionar. Había estado en lo cierto al no confiar en él.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque es peligroso! —Se enderezó y la miró con los ojos abiertos de par en par—. Las cosas han cambiado. Y ha llevado mucho tiempo. Hay hombres que me siguen sin cesar. Me atacaron ayer. Esto pone mi vida, la tuya y la de mi familia en peligro.

Joanna soltó un bufido.

—Pero de todos modos podemos confrontarlo primero.

—No.

—Porque si lo hacemos no lograrás vengarte, ¿no? Porque eso es lo único que te importa. ¡Pero no es lo que habíamos acordado! Por favor, entrégame las cartas, Spencer. Iré a negociar con Ashton primero. Luego, cuando me haya dado el título de la propiedad de Gideon y le diga al príncipe regente que mi hermana no está disponible, puedes presentar cargos criminales en su contra.

Spencer la miró profundamente.

—No lo permitiré.

El temor se le expandía en el pecho hasta comprender que tenía toda la razón en sentirlo.

—Nunca me pondrás primero, ¿no? —le preguntó en un susurro—. Quieres acostarte conmigo, pero no quieres casarte conmigo. Quieres usarme para conseguir tu venganza, pero no honrarás ni nuestro acuerdo ni mis intereses. ¡Me dices que soy la única en la que piensas, pero solo piensas en ti mismo y en tu propia agenda!

Spencer frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, Joanna, ¿qué dices...? Es él, es peligroso... y no... No puedo...

—¿Qué no puedes? —le preguntó furiosa—. ¿No puedes entregarme las cartas?

La resolución le endureció el rostro.

—No te daré las cartas. No te dejaré ir a verlo.

Las lágrimas le nublaron la mirada.

—Y no te casarás conmigo.

Tragó con dificultad, con pánico puro en los ojos.

—No... no puedo, Joanna.

—¿No puedes o no lo harás? —se bufó. El rechazo le ardía como el ácido. ¿Qué esperaba? Ella no era Perséfone, y él tampoco era Hades. No estaba buscando a una reina. Solo buscaba una mujer con la que satisfacer sus necesidades físicas. No era lo suficientemente buena como para ser su final feliz—. Sabía que no debía confiar en ti. ¡Cómo pude haberte creído! —exclamó—. ¿Qué era todo lo que había entre nosotros? ¿Solo un medio para llegar a tu fin?

Algo se apagó en sus ojos.

—Yo era lo mismo para ti.

Oh, no podía estar más equivocado. Lo amaba. Y había sido lo suficientemente tonta como para entregárselo todo: su lealtad, su apoyo, su cuerpo...

—Me habías dicho que eras un canalla —le dijo—, pero no creí que fueras cruel. Te puedes quedar con el periódico, con las cartas y con todo lo que quieras. No quiero tener nada que ver contigo.

Le sostuvo la mirada durante unos instantes, con una agonía que le ardía en lo más profundo. Asintió con la cabeza, se acomodó los pantalones, recogió el abrigo y se dirigió a la puerta. Al abrirla, la miró abriendo la boca para decir algo, pero luego cambió de parecer. Tras un gesto de asentimiento, desapareció en la oscuridad.

—BLACKMORE, ¿me va a ayudar o no? —le preguntó Spencer al día siguiente.

Casi nunca sentía verdadero miedo a ningún hombre, pero de mirar los ojos fríos y mortales de Thorne Blackmore, el estómago se le tensó de temor. Blackmore se reclinó en la silla detrás del majestuoso escritorio. La luz del día que se colaba por los ventanales a sus espaldas, le caía sobre los hombros y la espalda y le daba un aspecto más oscuro contra la luz. Blackmore era puro ángulos, un hombre alto con hombros anchos y una extraña mezcla de postura aristocrática y malicia criminal.

—¿Quiere que mis hombres se metan en la casa de uno de los hombres más peligrosos y poderosos de Inglaterra y le exijan a su esposa que les entregue unos documentos?

Spencer asintió con la cabeza.

—Sí. Por la suma de dinero que sea. Dígame cuánto quiere y se lo daré.

—La última vez que alguien me pidió un favor relacionado con usted, casi acabó muerto... y casado con mi hermana.

A Spencer se le tensó el mentón.

—Sé que Richard se casó con Jane, créame. Eso lo convierte en mi cuñado. Además... no le estoy pidiendo ningún favor. Le estoy pidiendo un servicio por el que estoy más que feliz de pagar.

Blackmore entrecerró los ojos oscuros con un dejo de entretenimiento.

—¿Y no le molesta el hecho de que podría haberle contado todo lo que sabía a Richard? ¿Que podría haberle contado a su familia la misma noche que lo subieron a bordo del barco a rastras que en realidad no estaba muerto...?

La verdad de la situación hizo que la furia se le encendiera en el vientre. Podría haber culpado a Blackmore de lo mismo por lo que culpaba a Ashton. Si Blackmore hubiera sido un hombre de honor, la familia de Spencer podría haber actuado mucho antes para recuperarlo. Quizás antes de que la Concord se alejara del Támesis.

—Penelope no se habría casado con Preston. Y usted no estaría relacionado con el *lord* criminal de Londres. Y su preciosa hermana no habría acabado casada con el duque más pobre de Londres. ¿Nada de eso le molesta?

Spencer apretó los dientes. Todo eso era cierto. Penelope podría haber sido su esposa en otra vida. Y los dos habrían sido miserables para siempre. Porque ella se habría sentido atraída por su hermano, que jamás la deshonraría, ni a ella ni a Spencer. Al final, con tanta indiferencia, habría acabado perdiendo cualquier sentimiento por ella.

Seguiría siendo duque... Tendría la pierna entera. No tendría pesadillas ni un vacío oscuro en lo más profundo del alma. Habría seguido boxeando, bebiendo, disparando y admirando el arte.

Jamás habría conocido a la señorita Joanna Digby. Su pequeña Perséfone, que sabía a granadas y olía como el paraíso. La reina de su oscuridad. La luz de su vida.

No, no culpaba a Blackmore por lo que le había pasado. El hombre simplemente estaba haciendo negocios y no tenía nada que ganar al contarles a los Seaton del destino de Spencer. A quien podía culpar, sin embargo, era a Ashton, el verdadero responsable. Ashton.

—Tengo cosas que me preocupan más, Blackmore. Además, mis hermanos y mi hermana son muy felices. Están enamorados. Y, por más que no lo viera cuando regresé... admito que estoy feliz por ellos.

Blackmore se quedó de pie y caminó hasta el aparador para servir una copa de un líquido ámbar.

—¿Quiere *whisky*? —le ofreció a Spencer volviéndose a verlo—. Es de la bahía de Lagavulin. Al parecer, es una antigua receta del clan MacDonald.

Spencer se aclaró la garganta.

—Me gusta mucho el *whisky*, pero jamás oí hablar de ese.

Blackmore asintió con la cabeza, sirvió más en la segunda copa para entregársela y bebió un sorbo de la suya. Spencer lo imitó y se tuvo que contener de cerrar los ojos ante la dicha pura que experimentó en la lengua.

—Es un *whisky* excepcional —le dijo con la vista en la copa.

—Sí —coincidió Blackmore—. ¿Qué son esos documentos que busca, *lord* Seaton?

—Antes de responder esa pregunta, debo saber qué opina del duque de Ashton.

Blackmore se encogió de hombros.

—Viene aquí para acompañar al príncipe regente. Sé que vive una vida mucho más lujosa de que la que puede permitirse. En parte, debe mantener ese estilo de vida opulento para consentir al príncipe, que tiene una avaricia que jamás podrá satisfacerse. Está haciendo algo ilegal, aunque no sé qué es. Jamás me interesó lo suficiente como para investigar, porque no guardaba ninguna relación ni conmigo, ni con mi negocio.

Spencer asintió con la cabeza. Blackmore le agradaba cada vez más a pesar de sí mismo. Quizás era el realismo del hombre o la oscuridad similar a la suya que lo miraba desde la profundidad de sus ojos, tan torturados como los de él desde que lo arrojaron a bordo de la Concord.

—Ashton ha cometido crímenes de alta traición contra la Corona. Él fue quien ordenó que me reclutaran por la fuerza, y ha sido responsable de la muerte de muchos hombres en la guerra porque le envía datos de inteligencia militar al enemigo. Además, les vende armas que produce en territorio estadounidense. El documento que busco es el título de propiedad de esa fábrica. Y lo necesito para lograr que lo cuelguen. Quiero que todo el país lo sepa. Que todos en Londres vengan a ver su cuerpo colgando de la horca.

Blackmore asintió con la cabeza y luego brindó con Spencer.

—La venganza es una motivación noble para mí —le confesó—. Le diré algo, *lord* Seaton. Lo voy a ayudar y no aceptaré su dinero. Considérelo como una disculpa por haber estado a punto de matar a su hermano y por haber enviado a mis hombres tras usted esa noche.

Spencer asintió con la cabeza algo anonadado.

—Gracias.

—No me lo agradezca todavía. Sin embargo, algún día podría necesitar que me haga un favor. —Blackmore le ofreció una sonrisa torcida—. No sé si ese día decidirá haber preferido pagarme con dinero.

Spencer se encogió de hombros.

—Preferiría pagarle ahora mismo.

—No —lo rechazó Blackmore con una sonrisa que hizo que se le erizara el vello de los antebrazos—. Como usted dijo, ahora somos familia. Y no habrá compensación monetaria entre nosotros.

¿Por qué sería que esas palabras le produjeron un escalofrío?

Antes de poder responderse esa pregunta, oyó unos pasos acelerados que provenían del corredor y, al poco tiempo, la puerta se abrió. Jane entró y alzó la mirada de una carta que sostenía en las manos.

—Thorne, tengo una idea para una caridad... Me pregunta... —Al alzar la cabeza, se detuvo de manera abrupta—. Oh, Spencer... Es decir, *lord* Seaton... —Se aclaró la garganta—. Disculpe, no sé cómo llamarlo. Ahora es mi hermano, pero solo lo he visto en dos ocasiones...

Fue como si una aguja le hubiera atravesado el corazón. Estaba en lo cierto... Era la esposa de Richard... Richard, su hermano bondadoso y de corazón compasivo que había jurado hacía varios años que jamás se casaría, aunque todos sabían que era un romántico sin remisión. Y esa mujer había atravesado el exterior de un libertino descuidado y le había arrebatado el corazón a su hermano. Y Spencer jamás había hablado con ella.

—Spencer —le dijo con una sonrisa—. Llámame Spencer.

Ella le ofreció una ancha sonrisa, y Spencer pudo ver de inmediato la amabilidad alegre en sus ojos inteligentes.

—En ese caso, llámame Jane.

Blackmore arqueó una ceja.

—¿Qué decías de una caridad, cielo? —le preguntó—. ¿Es para tu escuela? ¿Quieres que done dinero? Solo tienes que decirlo. Ya sabes que puedes contar con cualquier cosa que necesites.

Spencer no daba crédito a la transformación que había observado en los ojos fríos de Thorne derriéndose de amor en cuanto miraba a su hermana. Calliope, su propia querida hermana, estaba luchando con su embarazo y no se sentía bien, y él aún no la había visitado. Jane asintió con la cabeza.

—¿Sabes qué, hermano? ¿Te puedo responder más tarde? Spencer, no quiero ser entrometida, pero todos te echan mucho de menos, en especial Calliope. Mañana la familia se reúne a festejar el cumpleaños de tu abuela en la casa de Calliope y Nathaniel para que tu hermana no tenga que viajar.

¡Oh, claro! Era el aniversario de su abuela. ¿Cómo podría haberlo olvidado? El corazón se le llenó de otro tipo de dolor, y se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos a su familia. Los había echado de menos en los largos meses que había pasado en el mar y en la guerra. Y ahora, estaba de regreso. No tenían un océano que los separara. Se encontraban a su alcance. Y él era quien los había apartado. Él había querido que lo dejaran a solas. Él les había ladrado y los había espantado. A pesar de que había cenado con ellos luego de la exposición de arte e intentaba ser menos egoísta, seguía manteniendo una distancia emocional. Tragó el doloroso nudo en la garganta.

—Gracias por recordármelo, Jane —le dijo—. Tienes razón. No me puedo perder la celebración de mi abuela.

Y Joanna... La única persona fuera de su alcance ahora era Joanna. Deseaba que pudiera ir con él para poder presentársela a todos.

Estaba desgarrado entre la lealtad hacia ella y la necesidad de vengarse. Por un lado, quería protegerla pidiéndole a Blackmore que interceptara esos documentos antes de que pudiera

utilizarlos para confrontar a su peligroso tío. Pero, por el otro, no podía deshacerse de la sensación de haberla traicionado. ¿De verdad lo hacía únicamente por su seguridad o también era un acto egoísta? La batalla continuaba en su interior, mientras intentaba decidir.

—¿Cuándo le gustaría que le entregara lo que me pidió? —le preguntó Blackmore.

—De ser posible, hoy. A más tardar, mañana —repuso Spencer.

Al día siguiente, el príncipe regente aguardaba la decisión de Charlotte, era el último día que tenía Joanna para convencer a Ashton de que dejara en paz a su hermana y le devolviera las propiedades a Gideon.

—De acuerdo, señor —repuso Blackmore poniéndose de pie—. Lo tendrá hoy.

EN LA LUZ tenue de la temprana hora de la mañana, la habitación de Charlotte era un remolino de telas y urgencia susurrada. Joanna entró con el camisón puesto y el cabello sin peinar, exhausta tras la noche que había pasado desvelada. Mientras que los ojos de Charlotte estaban enrojecidos de las lágrimas contenidas, sus movimientos eran rápidos y erráticos, y las manos le temblaban mientras sostenía prendas y chucherías y las metía en la maleta desgastada con desesperada precisión. Cada varios segundos, echaba una mirada furtiva hacia la puerta, como si esperara una visita desagradable. De repente, vio a Joanna.

Ese era el día en el que había sido invitada a la residencia real para tener una audiencia privada con el príncipe. Si Spencer le hubiera entregado las cartas y el testimonio escrito como debió de haber hecho, podría haber acudido ante su tío y hacer algo. Pero Joanna no tenía nada, y el pecho le dolía por su hermana. Los días habían ido pasando sin oír ni una palabra de su tía. Tras la orden directa de la duquesa de que no la visitara, a Joanna no le había quedado más remedio que esperar.

—Joanna, ¿me puedo llevar tu vestido de seda azul? —le preguntó Charlotte mientras regresaba a su tarea y detenía las manos sobre la pila de prendas—. Es el más hermoso, y puede que lo necesite. Puedo pedir que lo modifiquen para mí.

La petición, hecha de manera tan casual, le tocó una fibra sensible. Ese era su vestido favorito, un extraño capricho que se había permitido. Sin embargo, Charlotte había asumido que se lo podía pedir, como si las preferencias de Joanna no fueran más que secundarias.

Joanna abrió la boca para decir algo, pero los pasos acelerados y pesados de Gideon se oyeron desde las escaleras y, al cabo de un instante, su hermano apareció en la puerta casi sin aliento.

—Joanna, ¿has visto mis guantes negros? ¡Llego tarde a mi cita!

—No he visto los guantes —le respondió Joanna más irritada que antes—. No soy la guardiana de los guantes.

—Llego muy tarde... —La mirada cayó sobre la maleta y la pila de prendas sobre la cama de Charlotte—. Charlotte, ¿a dónde vas?

Charlotte se enderezó y lo miró a los ojos con las mejillas sonrosadas. Decirle a Gideon la verdad estaba fuera de discusión, las dos estaban de acuerdo en ese punto.

—Voy a visitar a los Hodges un tiempo —le respondió.

—¿Eh? —preguntó con el ceño fruncido—. No he oído nada de ellos.

—Le escribieron a Charlotte ayer —intervino Joanna—. Tuvieron que despedir a la institutriz, y nuestra tía necesita ayuda con la pequeña Annie y los niños.

—Y la temporada ya casi ha terminado —siguió Charlotte encogiéndose los hombros con lo

que parecía desinterés.

—Pero debería ir contigo... No puedes ir sola a York, sin chaperona.

Charlotte se obligó a sonreír.

—Claro que sí. Las damas viajan solas todo el tiempo. No te preocupes, enviarán un carruaje a recogerme en York.

Gideon negó con la cabeza. Tenía una expresión de desconfianza.

—¿Cuándo te marchas? Joanna, de verdad tengo prisa... ¡Los guantes!

Charlotte se volvió para volver a acomodar la pila de prendas.

—Hoy. Esta tarde. Joanna, por favor, ¿me puedes traer tu vestido azul?

¿Ahora asumía que Joanna se lo iba a dar? Ser su criada, saber dónde estaban sus guantes y regalarles los mejores vestidos a Charlotte, enmendar las prendas y el disfraz para el baile de máscaras... Y renunciar a su virginidad para que su hermana no acabara arruinada.

El dolor familiar de ser pasada por alto, de ser un personaje secundario en la narrativa de la familia la carcomió. Sintió resentimiento de encontrarse siempre en el trasfondo, de olvidarse de sus propias necesidades y deseos... y ese resentimiento le burbujeó por dentro. Siempre había estado al lado de ellos, sin asumir nada, sin cuestionar nada e incluso ignorando sus propias ambiciones. Pero, justo con toda esa frustración interna, había un amor profundo por su hermana, un instinto protector que siempre la había llevado a anteponer las necesidades de Charlotte.

Una mezcla de emociones se le arremolinó en el interior: frustración, amor y una determinación recién descubierta. Ya había tenido suficiente. Se había cansado de ocultarse para que Charlotte pudiera brillar, y no iba a apoyar a nadie en silencio ni a seguir anteponiendo a todos los demás. Estaba cansada de proteger el ego masculino de Gideon conteniendo la información de que había estado contribuyendo con la mitad de los ingresos en la casa durante los últimos dos años.

Había hecho lo mismo con Spencer. Le había permitido involucrarla en esa estúpida apuesta, se había callado sus preocupaciones y se había enamorado de un hombre que jamás la pondría primero. Debería querer ser la primera, pero no para otra persona, sino para sí misma.

Tomó una profunda bocanada de aire.

—Charlotte, Gideon, tengo que decirles algo —comenzó con la voz más tranquila de lo que se sentía. Charlotte alzó la mirada con una expresión de curiosidad.

—¿Qué sucede?

Gideon frunció el ceño.

—¿Sí, Joanna?

Joanna dudó, el secreto que había guardado durante todo ese tiempo parecía ser clave para su propia liberación.

—He estado escribiendo —comenzó, y las palabras se sintieron extrañas, pero fortalecedoras al escaparse de sus labios—. Para *La gaceta de Londres*. Una serie de ficción, pero la he publicado con un pseudónimo masculino. Logré cubrir la mitad de nuestros gastos con ese ingreso, y ninguno de los dos lo ha notado.

A Charlotte se le agrandaron los ojos de la sorpresa.

—¿Tú? ¿Has estado escribiendo para ganar dinero?

Gideon frunció el ceño aún más y bajó los brazos que tenía cruzados al pecho.

—Sabía que eras una buena escritora, hermana... ¿Por qué no nos lo dijiste?

Joanna se encogió de hombros, y una sonrisa semiamarga le asomó a los labios.

—Supongo que no pensé que importaba. Siempre he estado en el trasfondo, ¿no? Mis logros, mis deseos... siempre parecieron secundarios a las necesidades de la familia.

A Charlotte se le suavizó la expresión al tiempo que una epifanía le cruzaba el rostro.

—Joanna... jamás quise que te sintieras de ese modo.

Gideon negó con la cabeza.

—¿De verdad te sentías así?

Joanna estiró la mano para tomar la de su hermana.

—Sí.

—Lamento mucho haberte hecho sentir así, Joanna —le dijo Gideon con suavidad—. He estado preocupado, y tú siempre has estado apoyándonos... Gracias.

Joanna le soltó la mano a Charlotte.

—Es hora de que me aleje de las sombras. Soy mucho más que una hermana compasiva. Tengo mis propios sueños y mi propia voz.

Tras la confesión sintió como si acabara de mutar de piel para revelar una persona nueva y más fuerte. Joanna enderezó los hombros con mucha resolución. Una paz la recorría donde antes había habido tensión. ¿Cuántos años había pasado de ese modo, luchando contra su instinto natural de ser su propia persona y reduciéndose para que otros pudieran ser más grandes y estar más cómodos?

Ya era suficiente. Amaba a su familia, pero ya era hora de brillar al lado de su hermosa hermana y de su hermano inteligente. Era hora de ser ella misma y no poner más excusas. Se paró más alta, encuadró los hombros como si el mero acto de decir la verdad fuera a empoderarla.

Se preguntó qué habría pasado si le hubiera dicho a Spencer que lo amaba. ¿Habría cambiado en algo las cosas? ¿La habría traicionado? ¿La habría dejado arruinada y soltera? ¿Sintiéndose usada? Si hubiera sido así de fuerte desde el comienzo, no se lo hubiera permitido.

—Y, en cuanto al vestido —continuó con una nueva confianza en la voz—, me gustaría quedármelo. Es mi vestido favorito. De hecho, pensaba ponérmelo hoy.

Charlotte asintió con la cabeza sintiendo una mezcla de respeto y remordimiento.

—Claro, Joanna. Discúlpame por haber asumido que me lo darías.

Ese momento fue un punto de quiebre para Joanna; comprendió que se merecía ser vista y oída. No era solo un personaje en el fondo de la historia de alguien; era la autora de su propia historia.

Joanna sabía que no podía quedarse sentada a esperar. A pesar de que no tenía ninguna prueba, tenía que ir a ver a su tío y quizás sus palabras bastaran para detenerlo; más adelante, le daría las pruebas que necesitara.

—No te marches hasta que regrese, Charlotte —le pidió Joanna antes de volverse para ir a su recámara y prepararse—. Iré a Neverton Place a ver si nuestro tío te puede ayudar con el viaje.

Al cabo de una hora, Joanna se encontraba de pie en el estudio de Ashton, y un escalofrío le recorría la piel como una ola de fiebre. Era extraño estar en esa habitación a plena luz del día, cuando hacía casi dos semanas, había recibido su primer beso allí, debajo del hermoso cuerpo duro de un verdadero libertino del que se había enamorado.

Su tío no se veía bien. Tenía el cabello enmarañado, y removía unos papeles sobre el escritorio con las manos temblorosas y movimientos demenciales.

—Tío, gracias por recibirme —le dijo mientras se acercaba a él—. Esperaba que no me rechazaras... Se trata de Charlotte y la oferta indecente que le hizo el príncipe regente. Por favor, he venido a rogarte que lo detengas y hagas lo correcto: que liberes a Charlotte de esta aventura escandalosa y me devuelvas las propiedades de Gideon, que le pertenecen por derecho.

Ashton alzó la mirada hacia ella y sus rasgos compuestos reflejaron gran angustia.

—¿Charlotte? ¿Gideon? Por favor, márchate. Tengo problemas más serios.

Joanna se acercó hasta el escritorio con una ola de ira ardiéndole en el estómago. No sentía ningún tipo de remordimiento. Le había dado una oportunidad. Se detuvo delante del escritorio, y su tío alzó la mirada hacia ella.

—¿Qué sucede?

—Lamentablemente, tío, no me dejas más alternativa que decirle a todos lo que has estado haciendo.

Ashton se enderezó con una expresión violenta en el rostro.

—¿De qué demonios hablas?

—De traición —le respondió sintiendo como si el mundo se hubiera movido debajo de sus pies. Una parte de ella deseaba esconderse en algún lado y evitar todo eso—. Sé todo acerca de tu operación con la Pottinger Shipping Company y la casa en la calle Petticoat, así como también estoy al tanto de tu fábrica en Springfield, Massachusetts.

Cualquier remanente de amabilidad social se desvaneció, y los rasgos del duque le recordaron a una serpiente. Unos ojos fríos la miraban sin parpadear y llenos de malicia, como si estuviera listo para atacar. La embargó un temor que nunca antes había experimentado. Ashton bajó los papeles despacio y dio la vuelta al escritorio, para acercarse a ella. Inconscientemente, dio varios pasos hacia atrás. No debería haber ido.

—¿Y quién crees que te va a creer? —le preguntó deteniéndose cerca de ella. Tenía un extraño aroma a pimienta, alcohol y boca sucia.

Era demasiado tarde para huir o cambiar de parecer. Lo único que podía hacer era intentar ganar. Y esperar que la mentira funcionara.

—Tengo pruebas —le dijo alzando la cabeza—. No querrás que las use.

—No tienes nada.

—Libera a mi hermana de los avances del príncipe regente. Devuélvele la herencia a Gideon. Y no tendrás que averiguarlo. Estoy segura de que esas cosas no son nada en comparación con tus actividades criminales. Los millares de personas que murieron como consecuencia de tus actos.

Al duque se le agrandaron los ojos de par en par como si estuviera teniendo una epifanía.

—Eres la compañera que *lord* Spencer Seaton ha estado arrastrando a todos lados. ¿Y también eras tú en el baile de máscaras? ¿Estabas con él en mi estudio? —Señaló el escritorio—. Ahí mismo.

—No —lo negó sintiendo como si estuviera perdiendo la batalla—. No sé de qué hablas.

Con una expresión asesina, la sujetó del codo y la arrastró afuera del estudio, hacia el pasillo donde el lacayo ocultaba una mirada de sorpresa y preocupación.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame!

—¡Henry —lo llamó—, trae los carruajes de inmediato! Que los hombres se preparen para acompañarme.

—¡De acuerdo, *milord*! —dijo el lacayo antes de echar a correr por el pasillo.

—¿Crees que te daré el título de propiedad? —Ashton siseó mientras la arrastraba y Joanna lo empujaba—. ¿Crees que me importa tu encantadora Charlotte? Lo que el príncipe regente quiere, lo tiene. ¿Por qué crees que necesito todo ese dinero que no tengo? ¡Es para él! Quiere ananás, café, té, perlas del Caribe, oro de los Estados Unidos, seda del Oriente, tigres, elefantes, avestruces, bailes de máscaras, fuegos artificiales... Y debe tenerlos.

Se estaban dirigiendo hacia la planta inferior, y Joanna intentó liberarse de los dedos que su tío le clavaba en los brazos.

—¡Los mejores artistas y toda una habitación cubierta con sus retratos! Banquetes enormes, ríos de champaña, vino y oporto que tanto él como sus invitados beben a diario... ¿Te das cuenta de lo costoso que es ser su favorito, su confidente, su mano derecha? Y tolerar sus bromas o complacer cada capricho de inmediato porque, si no lo haces, pierde el interés por ti.

—¡Tía! —exclamó Joanna cuando llegaron a la puerta de entrada—. ¡Tía! ¡Ayuda!

El mayordomo miró sorprendido a Joanna que se rebatía en los brazos del duque.

—No hay nada de qué preocuparse, Goodridge —le dijo Ashton—. Es un juego tonto de mi sobrina, y debo disciplinarla. Ya sabes lo traviesas que eran mis sobrinas y mi sobrino cuando vivían aquí.

El mayordomo asintió con la cabeza, en señal de aprobación de cualquier medida disciplinaria. Atravesaron las puertas de entrada y bajaron las escaleras hacia el carruaje que se acercaba.

Dos carruajes más se aproximaron al poco tiempo, cada uno lleno de hombres vestidos con uniformes de la fuerza naval. Cuatro de ellos se apearon rápido y se acercaron a Ashton y Joanna. La metieron a empujones en el primer carruaje.

—¿De verdad le tienes tanto miedo a una mujer que necesitas dos carruajes llenos de hombres, tío? —le preguntó.

—Podría matarte con mis propias manos —repuso Ashton—, pero debo tener cuidado de un ataque de aquellos que resienten mi éxito a sus expensas... en especial ahora que ese condenado Thorne Blackmore forma parte de la familia Seaton.

Luego de gritarle instrucciones al cochero para que los llevara a Tilbury, Ashton tomó asiento en frente de ella.

—Tío —le rogó Joanna con el corazón latiéndole desbocado—. ¡No tienes que hacer esto! Me puedes dejar marchar.

—No, sobrina, no puedo. Estoy demasiado comprometido. —Soltó un suspiro y se apoyó la cabeza entre las manos mientras el carruaje avanzaba—. Si me detengo, todo esto habrá sido para nada. Estoy muy cerca de lograr que me dé acciones en la West Indies Trading Company, la empresa más rica y poderosa del mundo. Luego por fin podré soltar todo. De modo que podrás ver lo malo que sería que circulen rumores de que he cometido alta traición.

Joanna miró fuera de la ventana y vio las casas londinenses que dejaban atrás.

—¿Por qué vamos a Tilbury?

—Porque allí hay un embarcadero que no usa nadie. Y nadie se percatará de que estás desaparecida.

ESE MISMO DÍA MÁS TEMPRANO...

—¿Spencer? —Calliope se incorporó sobre un codo en los almohadones del diván.

Mientras Spencer entraba en la sala de estar algo dejada de Roxburgh Place, la casa londinense de Nathaniel y Calliope, el corazón se le volvió a romper al ver los grandes ojos celestes de su hermana. En contraste con su rostro pálido, casi verdoso, se veían aún más grandes.

El resto de la familia, incluidos Preston, Penelope, Richard, Nathaniel y la abuela, lo miraron fijo con diferentes niveles de perplejidad. Excepto Jane, que se puso de pie y se acercó a saludarlo.

—Le dije que nos reuniríamos aquí —dijo su cuñada, y Spencer les sonrió a todos.

—Bien hecho, Jane —la felicitó la abuela.

—No me podía perder tu celebración —le dijo Spencer—. Muchas felicidades.

Se sentía culpable de saber que los había alejado a todos cuando habían intentado acercarse a él y recuperarlo. Pero suponía que aún no había regresado por completo. Y quizás jamás lo haría.

Se adentró en la sala y le depositó un beso a la abuela en la mejilla suave y delgada. Acto seguido, dejó el sombrero sobre un aparador y le entregó una caja envuelta.

—Es para ti.

—Oh, gracias, querido —le dijo y lo besó—. Sabía que no te perderías el cumpleaños de tu anciana abuela.

—Spencer... —Preston se puso de pie de su asiento al lado de Penelope. Spencer volvió a quedar anonadado al asimilar la expresión doméstica y suave en su rostro... un rostro que Spencer solía ver feroz y frío—. Ven.

—¿Quieres un poco de té, hermano? —le preguntó Calliope que, a pesar de su estado de salud, se acercó a la mesa para servirle una taza de té.

—Sí, gracias —aceptó y apretó los puños deseando tener algo en qué ocupar las manos.

—Yo lo hago, amor —se ofreció Nathaniel, pero Calliope negó con la cabeza.

—Estoy bien —insistió mientras vertía el té—. Me temo que nos encontramos aquí por mi culpa. Aunque las galletas de jengibre de Penelope me ayudan. Hoy no siento tantas náuseas.

—Qué bueno —dijo Spencer aceptando la taza y el plato que le entregó.

Se paró entre ella y Preston y, mientras Jane regresaba a su asiento al lado de la abuela, en la sala reinó el silencio. Todos estaban tensos e intercambiaban miradas incómodas... y todo por su culpa. No debería haber ido. Los echaba de menos, pero ahora que se encontraba allí, se sentía

más solo que nunca antes.

Bebió un sorbo de té con leche, y el repiqueteo de la taza contra el platito fue el sonido más alto de la habitación. Eso era un error. Se quedaría un poco más y se disculparía.

Blackmore había cumplido. La noche anterior, dos atractivos hermanos gemelos habían llegado a su puerta, uno vestido de negro y el otro de blanco, y le habían entregado un rollo de cuero. Spencer se preguntaba quiénes eran y cómo habían dado con esos documentos, pero los dos habían desaparecido antes de que pudiera preguntárselos. Pero leyó la tinta negra sobre el papel blanco y comprendió que se trataba de los títulos de propiedad, acompañados de reportes financieros, nombres de clientes y directores.

Sin embargo, en lugar del triunfo de la victoria, Spencer experimentó una sensación dolorosa de profunda pérdida. Se había perdido a sí mismo. Había perdido a su familia, su cuerpo y su título. Y, lo más importante de todo, había perdido a Joanna.

—¿La señorita Joanna Digby se encuentra bien? —preguntó la abuela, como si le estuviera leyendo los pensamientos. La taza de Spencer repiqueteó mientras apretaba el asa con mucha fuerza.

La mención de la mujer que amaba era como un cuchillo que le perforaba directo el corazón. Le echó un vistazo a Penelope y Preston, que se encontraban sentados en el diván. Veía la mano de su hermano tocando la de ella, como si nadie más lo notara; Spencer acariciaba los dedos de su esposa con el meñique. Penelope tenía un rubor saludable en las mejillas, y su hermano un brillo de absoluto amor y felicidad en los ojos.

A diferencia de dos semanas atrás, cuando Spencer creyó que se ahogaría de tristeza de saber que Penelope jamás sería suya, ahora Spencer solo sentía alegría y satisfacción por la felicidad que compartían los dos. Ahora lo único que quería era sentarse de ese modo con Joanna y provocarle un rubor saludable y feliz en las mejillas, mientras le acariciaba la mano como si nadie pudiera percatarse.

—No lo sé, abuela —respondió con la voz tensa—. No sé cómo se encuentra.

—¿Quién es la señorita Joanna Digby? —preguntó Calliope mientras tomaba otra galleta de jengibre.

—Spencer le compró un edificio en Cheapside —dijo la abuela con picardía.

A Spencer se le tensó el vientre al tiempo que todos los pares de ojos se volvían a posar sobre él.

—Abuela —dijo—. ¡Prometiste que no ibas a decir nada!

—¿Ah, sí? —preguntó con un aire inocente—. Discúlpame, querido. Supongo que mi mente vieja está algo olvidadiza.

Le ofreció una sonrisa dulce y satisfecha a su nieto y al resto de la familia.

—¿No es la sobrina del duque de Ashton? —preguntó Preston—. ¿No es la que atrapaste antes de que se cayera del balcón?

La habitación se llenó de jadeos.

—¿Le atrapaste cayéndose de un balcón? —preguntó Richard—. ¿Quién es el romántico ahora?

Spencer negó con la cabeza.

—Te aseguro que yo no.

No lo considerarían romántico en lo más mínimo si llegaran a enterarse de la apuesta que le había hecho a Joanna... y que había ganado.

—Bueno, ¿qué está pasando entre tú y ella? —preguntó Calliope—. ¿Y cómo está conectada con el duque de Ashton? ¿De verdad es su sobrina?

Spencer consideró negarlo todo, apartarlos como lo había hecho desde el comienzo. Consideró huir una vez más. Huir de ellos, del dolor y de mirarse en el espejo.

Pero echó un vistazo alrededor de la habitación. Su mirada se posó en su hermana feliz, que era la duquesa del duque más pobre de toda Inglaterra y vivía en una mansión enorme caída a pedazos. Sabía que no había querido casarse, que siempre había parecido muy fuerte e independiente como para tener un marido. Sin embargo, había renunciado a su independencia y aceptado un matrimonio de conveniencia para que Nathaniel la ayudara... a buscarlo.

Y ella no era la única. A continuación, miró a Richard, que había accedido a casarse con la hermana del señor del crimen más peligroso de Londres para obtener información que lo ayudara a dar con el paradero de Spencer. Su hermano menor casi había recibido un disparo por eso.

Por último, miró a Preston. Para vengar su muerte, su hermano, que había estado tan acongojado por su muerte y tan lleno de rabia, se había casado con la hija de su enemigo: *lord* Neville Beckett. El hombre había contratado a Thorne para darle una paliza a Spencer, la paliza que todos creyeron que lo había matado.

Todos habían cambiado sus vidas y habían sacrificado algo por él. Entonces ¿no merecían que hiciera lo mismo por ellos? ¿Que demoliera las paredes que protegían a ese nuevo Spencer vacío y vulnerable que había regresado de la guerra? ¿Que bajara las defensas y se volviera vulnerable ante su familia como ellos lo habían sido por él?

—¿Qué sucede, Spencer? —preguntó Preston.

Spencer extrajo el rollo de cuero con todas las pruebas, el resultado de todo el trabajo arduo a pesar de la rivalidad con Joanna, y lo abrió delante de ellos.

—Está todo aquí —dijo—. Todas las pruebas contra el hombre que me robó la vida. Y creo que merecen saber quién ha sido.

—Es el tío de la señorita Digby —repuso Calliope—. El duque de Ashton.

A Spencer se le abrió la boca.

—¿Cómo lo sabes?

Calliope se encogió de hombros.

—Teníamos que mantenerte vigilado, por más que no quisieras vernos. Sabíamos que era probable que el hombre no se detuviera, y contratamos a alguien para que te siguiera.

—Aguarda... ¿El hombre con la cicatriz que me siguió a Whitechapel? ¿Y los tres hombres que me rescataron hacía tres días?

—Sí —le dijo—. Pusimos a varios agentes. Un poco de información por aquí —siguió con un tono despreocupado—. Un chisme por allá. Varias personas habían visto al duque y al almirante Langden conversando tensos en incontables ocasiones, y eso fue lo primero que nos llamó la atención. Luego Sebastian mencionó una carta de Ashton a su madre, cuando Ashton estaba visitando los Estados Unidos. Y luego Nathaniel vio a Ashton caminando con un bastón en la Cámara de los Lores... un bastón con un cabezal de mármol... y terminamos de resolver el misterio.

Spencer la observó anonadado.

—¿Cómo pude llegar a creer que te mantendrías alejada de este peligro y que había algún modo de evitar que descubrieras la verdad? —Se rio, y el corazón se le llenó de amor por su hermana.

Calliope le ofreció una sonrisa.

—Lo olvidaste... y tienes todo el derecho de hacerlo considerando todo lo que te pasó.

Spencer asintió con la cabeza y soltó un suspiro.

—¿Puedo leer esos documentos? —preguntó Calliope—. Para poder ver las pruebas.

Spencer asintió y le entregó el pergamino de cuero a su hermana. El resto de la familia se acercó a ella, y todos recibieron una carta o un documento para examinar.

Pero mientras Penelope se ponía de pie para tomar un documento, Spencer la detuvo.

—Penelope —la llamó—. Preston. ¿Puedo hablar con ustedes?

Penelope se humedeció los labios e intercambió una mirada con Preston antes de afirmar con la cabeza.

—Claro.

Los dos siguieron a Spencer hacia las ventanas con los paneles de cristal rasgados y la pintura saltada en los marcos de madera. Spencer miró al exterior y se concentró en el pobre estado de la puerta del jardín. Estaba agradecido de saber que Nathaniel heredaría una vasta y próspera herencia cuando naciera su hijo, como estaba establecido en el testamento de su padre. Vio que ya habían comenzado con las reparaciones y estaba seguro de que pronto ese hogar regresaría a su antigua gloria en las manos de su hermana. Pero se imaginó que Calliope habría experimentado una gran conmoción al ver el estado de su nuevo hogar el día de la boda. El corazón se le llenó de gratitud.

¿Se imaginaba haciendo un sacrificio como ese por sus seres queridos? ¿No había sido bastante egoísta? ¿Y qué había de Joanna? Se había pasado la vida haciendo sacrificios por otros, mientras que él había vivido su vida de manera egoísta, como el heredero de un ducado adinerado y luego como el duque. Le había arrebatado todo: la virginidad, el honor y ahora la única oportunidad de salvar a su familia. Y todo por su deseo egoísta de venganza.

Pero ahora al menos podía liberar a su hermano y su esposa de cualquier obligación. Mientras Penelope y Preston se detenían delante de él, se aclaró la garganta. Eran un ejemplo perfecto de la felicidad. Verlos le hacía sentir dolor por lo que casi había tenido y nunca más volvería a tener con Joanna. Lo que más quería era una vida llena de felicidad con la mujer que amaba.

—Solo quería disculparme por haberlos hecho sentir incómodos con mi comportamiento —les dijo.

—No hay ninguna necesidad... —comenzó Penelope, pero la interrumpió.

—Por favor, Penelope. Claro que sí. Quiero asegurarme de que no haya más resentimiento entre nosotros. Una vez te amé —le dijo y, curiosamente, esas palabras no le generaron la angustia que le habían producido antes—. Pero ya no.

Vio el alivio que le llenaba los ojos a su cuñada y una suerte de tensión que se desvanecía del cuerpo de su hermano.

—Creo que hace muchos meses que ya no te amo... y quizás nunca lo hice en realidad. Confundí el amor verdadero con la idea de la mujer ideal, la voluntad de vivir y la nostalgia de una vida perdida. Pero ahora que me he enamorado de otra mujer, sé la diferencia.

Preston y Penelope intercambiaron una mirada de alivio y curiosidad.

—Está bien, Spencer —le aseguró Penelope con suavidad—. Lo más importante es que te encuentras a salvo y de regreso en casa vivo. Espero que podamos volver a ser amigos como antes. Siempre te quise como amigo y te querré aún más como hermano ahora que somos familia.

Sintió una sonrisa genuina y cálida que se le formaba en los labios.

—Eso me gustaría mucho. —Miró a Preston y le apretó el hombro—. Estoy muy feliz por ti, hermano. Sean felices. Los dos. Lo digo en serio.

No mentía. Comprender que estaba liberando a esas dos personas de su ira, de la culpa y de la incertidumbre constante de sus intenciones era como abrir una presa y permitir que un arroyo

fluyera libre.

Preston le sonrió y le dio un abrazo de oso. Spencer lo envolvió en sus brazos, y algo comenzó a unirse en su alma. Cuando se apartaron, Penelope tenía unas lágrimas de alegría en los ojos y una sonrisa suave en los labios.

—Gracias por tus palabras, Spencer —le dijo—. Significa mucho para nosotros.

—Ahora, dime algo —intervino Preston—. ¿La señorita Joanna Digby es la mujer de la que te has enamorado?

Spencer tomó una profunda bocanada de aire. Una cosa era admitir algo como eso para sí mismo, pero era otra admitírselo a otros. Sin embargo, no tenía nada que perder ahora que la había perdido.

—Sí —le respondió y se volvió a abrir la grieta en su corazón—. Sí, es ella.

—¿Y por qué no nos la presentas? ¿Por qué no le has propuesto matrimonio? ¿Porque es la sobrina de Ashton?

—No —respondió—. Porque lo he arruinado todo.

De pronto, el agua rompió la presa, y comenzó a hablar. Les contó todo lo que había pasado entre él y Joanna. Les habló de su hambre voraz de venganza, de su rivalidad y cómo habían comenzado a trabajar juntos... Por último, les contó cómo la había traicionado.

—Así que a pesar de que la amo y lo hice para protegerla, le quité la única oportunidad de salvar a su hermana de la ruina y de evitar que su hermano perdiera todo lo que le debían. Quiere que me case con ella, pero no puedo.

—¿Por qué no? —le preguntó Penelope.

—Porque... porque no tengo mucho para ofrecerle. Ya no sé quién soy. He perdido muchas cosas. Lo he perdido todo.

—Pero la has ganado a ella —le dijo Preston y Spencer lo miró con el ceño fruncido—. Entiendo los sentimientos de pérdida, hermano —prosiguió—. Nosotros te perdimos. Pero has regresado. No eres la persona que solías ser, quizás te sientas vacío, pero quizás solo significa que eres diferente ahora. Es como si tu viejo ser hubiera muerto y no pudieras evitar sentirlo. Pero hay una nueva persona en ti, la que ha regresado. La que necesita encontrarse en esta nueva vida.

A Spencer se le aceleró el corazón en el pecho. La verdad de las palabras de Preston le resonó en el alma. Quería que fuera cierto.

—No estaría en esta situación de no ser por Ashton —gruñó con terquedad—. Y le ha hecho daño a tantas personas que debe ser castigado.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué planeas hacer?

—Comenzar un caso criminal. Con tu poder como duque de Grandhampton y el apoyo de Sebastian, contrataremos a los mejores abogados de Inglaterra y nos aseguraremos de que acabe en la horca.

Preston alzó la cabeza.

—Entiendo y comprendo que haya que detenerlo. Pero ¿buscas justicia o venganza? Si quieres vengarte, no conseguirás conquistar a la mujer que amas. Porque si acaba en la horca, su hermano se puede olvidar de la herencia y del título. Su familia no recibirá lo que le deben. Y ella jamás te perdonará.

Spencer lo miró furioso frunciendo el ceño. Detestaba a Ashton y nada podría cambiar eso. Ashton se merecía la horca y no solo por el bien de Spencer, sino por los miles de hombres que habían muerto, y por las mujeres y las familias que los habían perdido. Por Inglaterra.

—He estado donde estás ahora —le dijo Preston—. Busqué venganza al costo del amor de

esta mujer maravillosa. Y tuve que perdonar a mi enemigo porque un día comprendí que el amor era más importante. Porque supe que, al aferrarme al odio y al deseo de venganza, estaba perdiendo lo único que de verdad me importaba: Penelope, el amor de mi vida. Perdonar no significa justificar las acciones del duque ni implica que no lo lleves ante la justicia, solo significa que lo debes hacer con la mente clara y no enfurecido. Entonces podrás sanar. Y ser feliz.

Spencer guardó silencio unos instantes.

—¿Feliz? No todos logran un final feliz, hermano.

Nunca le había prometido un final feliz a Joanna y jamás se había imaginado que eso fuera posible para él luego de haber perdido todo lo que le importaba. Sin embargo, la había echado de menos. Se había sentido de lo más infeliz sin ella. Había estado tan triste que era como si le estuvieran arrancando el corazón del cuerpo. Había experimentado cómo sería su vida sin ella, y Preston tenía razón. Spencer se la pasaría ardiendo de odio y egoísmo. Solo. ¿Y luego qué? ¿Qué pasaría luego de que ejecutaran a Ashton? No tendría nada. Solo vacío y soledad. Moriría solo, lleno de arrepentimiento y sin lograr dejar de pensar en ella.

Spencer estaba a punto de lograr su objetivo, pero había perdido al amor de su vida por su propio accionar. No necesitaba traicionarla. Tenían un mismo objetivo y habían trabajado como un equipo. El amor era más importante, tal y como Preston le había dicho. Joanna era más importante.

Por una vez en la vida, era hora de ser altruista por ella. De mostrarle que no tenía que ser la que hiciera todos los sacrificios. La amaba, y era hora de que alguien la antepusiera, como siempre se lo había merecido. Había llegado el momento de renunciar a la venganza. Aunque no lograra recuperarla, quería que ella consiguiera lo que buscaba y se merecía.

—Tienes razón, hermano —le dijo y le echó un vistazo a su familia, que seguía leyendo las pruebas y conversaban en tonos bajos, pero enfadados—. Tienes razón. Se merece algo mejor. Quería usar las pruebas para comenzar el caso criminal, pero hoy es el último día de su hermana... —Se detuvo. No era su secreto para revelarlo—. El último día para hacer una diferencia. Haré lo que quería hacer desde el comienzo. Negociaré con Ashton por ella.

—Pero ¿no perderás la oportunidad de comenzar un caso criminal? —le preguntó Penelope.

—Quizás —repuso Spencer—, pero mientras Joanna y su familia se encuentren a salvo, valdrá la pena. Preston tenía razón. Vale la pena vivir por eso. —Aun así, se aseguraría de que la red de espionaje y la fábrica de armas de Ashton cesaran de operar para que nadie más muriera por causa del duque y para que no siguiera traicionando al país.

Al decir eso, por primera vez en un año, se sintió como si por fin fuera él mismo.

—Oigan —llamó a su familia—. Por favor, devuélvanme los documentos. Debo ir a confrontar a Ashton.

Calliope se puso de pie con los papeles en la mano.

—Oh, hermano, si crees que irás solo, estás muy equivocado. No te dejaremos enfrentarte solo a ese hombre.

—Además —intervino Richard—, lo que hizo no solo te afectó a ti, sino a todos nosotros.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Sí, iremos contigo.

LAS RUEDAS de la calesa de Spencer repiqueteaban mientras conducía, y el ruido de los cascos de los caballos perforaba el aire.

A sus espaldas, lo seguía su familia en los carruajes de Preston y Richard, excepto por la abuela, que había querido darle un mensaje personal a Ashton y había decidido montar en su propio carruaje con un ejército de tres perros: el raposero de Jane, Hercules, y los dos perros enormes de Calliope y Nathaniel, el mastín, Argos, y el que era una mezcla de razas, Orion. Las hermanas de Nathaniel, Hazel, y las gemelas, Violet y Poppy, junto con el tercer perro, el *beagle*, Cerberus, se quedaron en casa y fuera de peligro.

Para su sorpresa, Spencer se alegraba de contar con el apoyo de su familia. No tenía que alejarlos más para sanar. Por el contrario, dejar que la gente que más lo quería se le acercara, le daba fortaleza y le permitía sentirse completo. La única persona que le faltaba era Joanna.

Neverton Place se veía al final del sendero, entre árboles. Era una mansión majestuosa, como un palacio, rodeada de una reja de hierro fundido. Quedaba a una distancia de quince minutos a carruaje de Mayfair, en una zona donde no había ninguna edificación cerca. Spencer iba a hacer lo único bueno que podía: negociar en favor de la familia de Joanna a cambio de no presentar cargos criminales contra Ashton. Cuando se hubiera asegurado de que Charlotte se encontraba a salvo y que Gideon había obtenido su herencia, iría a ver a Joanna, se arrodillaría delante de ella y le rogaría que lo perdonara y accediera a casarse con él.

Pero mientras se acercaban, un carruaje lujoso salió por las puertas y, cuando llegó al lado de Spencer, vio el escudo de armas de Ashton en la puerta del vehículo. Dos caballos negros tiraban del carruaje a alta velocidad, y una sensación de intranquilidad le revolvió el vientre. Por supuesto que podría tratarse de la duquesa de Ashton, pero... Jaló de las riendas y se detuvo para observar el carruaje con el ceño fruncido. Mientras le pasaba por delante, miró adentro de la ventanilla. Vio dos personas en el interior... La primera, la más alejada de él, era un hombre. Ashton. Y la segunda, al lado de la ventanilla, era... ¡Joanna!

Ninguno de los dos reparó en él mientras el carruaje le pasaba por delante rápido, porque tenían la mirada clavada en el otro y parecían sumidos en una acalorada discusión. Dos carruajes llenos de hombres en uniformes de la fuerza naval los seguían. ¡Debían de ser doce hombres en total!

A Spencer se le aceleró el corazón en el pecho. Dio vuelta la calesa y les gritó a los cocheros de la familia que lo siguieran. Acto seguido, espoleó el caballo y se lanzó a toda velocidad.

¡Joanna estaba en peligro! Esa era exactamente el tipo de situación en el que no quería ponerla... y todo era su culpa. Si no la hubiera obligado... si no se hubiera dado cuenta de lo egoísta y tonto que había sido... si hubiera sido más como ella, amable, dulce y altruista, ya

tendría a Ashton en la palma de la mano, y ella jamás se habría visto involucrada en nada.

Siguió el carruaje de Ashton, y vio que su familia también lo seguía. De repente, vio otro carruaje que conducía a toda velocidad hacia ellos. Se ralentizó para permitir que el vehículo de Ashton pasara y, cuando Spencer miró por la ventana, se asombró de ver a Dorian, que miraba todo con una expresión de confusión y furia en el rostro. En el momento en que se miraron a los ojos, Spencer le hizo un gesto para que fuera en la misma dirección que ellos. Cuando volvió a mirar al cabo de unos minutos, vio que el carruaje de Dorian los seguía.

Condujeron por Londres y se dirigieron al este hasta que, al final, giraron en la carretera que Spencer y Joanna habían tomado para llegar a Tilbury. Allí había menos tráfico, y Spencer por fin vio una oportunidad de superarlos. Por eso, apresuró al caballo y siguió avanzando. Podía sentir el viento a su alrededor, así como también cada piedra e imperfección del camino en el cuerpo. Sabía que eso era muy peligroso. La calesa era liviana y se movía rápido, pero si golpeaba una superficie despareja y la calesa perdía el equilibrio, podría acabar debajo del vehículo o del caballo. Ese tipo de accidente podría costarle la vida.

A pesar del peligro, siguió avanzando y, al final, pasó los dos carruajes llenos de hombres y alcanzó el de Ashton para ver el interior. Joanna se volvió hacia él y abrió los ojos y la boca anonadada. Spencer la miró a los ojos y le prometió en silencio que estaría bien. No permitiría que le ocurriera nada.

Por desgracia, Ashton también lo vio. El rostro se le llenó de furia y frunció el ceño lleno de ira. Alzó el bastón para golpear la pared opuesta, y el carruaje aceleró la velocidad.

Spencer espoleó el caballo para intentar alcanzarlo. Pero cuando volvió a tomar ventaja, el vehículo de Ashton se lanzó al costado intentando empujarlo contra la zanja al costado del camino. La maniobra fue arriesgada y, por un momento tenso, las ruedas de la calesa se balancearon peligrosamente cerca del borde.

A Spencer se le aceleró el corazón, y los instintos tomaron el control de la situación. Jaló de las riendas con fuerza hacia la izquierda y esquivó la zanja por poco. El caballo negro soltó un relincho desafiante y siguió andando con renovado vigor. Las ruedas de la calesa se movían precariamente, pero las habilidades expertas de Spencer para conducir el vehículo evitaron que se diera vuelta.

De repente, algo explotó a sus espaldas. Y un remolino de aire caliente le pasó por la oreja. Sintió como si la explosión le hubiera dado en el estómago. Se le tensó la espalda como una tabla de madera; se le atoró el aliento en la garganta como si dos puños gigantes le estuvieran apretando la tráquea. Sintió que la calesa se mecía violentamente debajo de él, como el barco, y casi podía ver las balas de los cañones volando a su alrededor y a punto de asestar en el blanco. Las imágenes de la guerra, el horror en aumento y el aliento de la muerte que se ceñía sobre él lo hicieron querer acurrucarse y huir. Pero Joanna...

Joanna... De solo pensar en su nombre, se sentía bendecido. Necesitaba ser fuerte por ella. No podía deshacerse. Una vez más, como en el barco, tenía que creer en el amor. Tenía que vivir... por amor. Pero, en esta oportunidad, por un amor más profundo y verdadero. El amor de alguien real y no solo de una imagen perfecta y encantadora. Sin saber si la perdería como había perdido a Penelope, porque el amor valía cualquier riesgo y porque los dos se merecían un final feliz.

Tomó una profunda bocanada de aire, y el ataque del terror le circulaba por todo el ser como olas punzantes. Sin sentir ni las piernas ni los brazos, se dio la vuelta y vio el humo que envolvía uno de los carruajes llenos de los hombres de Ashton. Uno de ellos, que iba sentado al lado del conductor, sostenía una pistola en la mano y la estaba recargando. A sus espaldas, los seguían los

tres carruajes de su familia y el de Rath.

Adquiriendo más velocidad, Spencer se las ingenió para adelantarse al carruaje de Ashton. Podía oír los gritos del cochero de su familia a sus espaldas, mientras espoleaba a los caballos, pero no podía permitirse mirar hacia atrás. Toda su concentración estaba en el camino por delante y en el peligroso juego del gato y el ratón que estaba jugando con Ashton.

Con un último movimiento lleno de determinación, Spencer interceptó el carruaje de Ashton con la calesa y lo obligó a detenerse con un sonido chirriante. Los caballos se pararon en dos patas y sacudieron los cascos en el aire al tiempo que el carruaje se mecía peligrosamente. Spencer se apeó de un salto de la calesa con los ojos pegados en los de Ashton desafiándolo a hacer un movimiento.

A sus espaldas, se oían los sonidos de los dos carruajes llenos de hombres y los de su familia, pero Spencer solo podía pensar en Joanna. Debía acercarse a ella y asegurarse de que se encontrara a salvo.

Ashton se apeó del carruaje furioso. Un veneno maligno le distorsionaba el atractivo rostro. Extrajo una pistola y se la apuntó a Spencer.

Spencer apenas era consciente de que más hombres estaban descendiendo de los carruajes, y oyó el grito de Nathaniel y lo vio apuntar su pistola a la multitud de hombres al tiempo que extraía su sable. Dorian se apeó de un salto de su carruaje con una pistola en una mano y un sable en la otra.

A Spencer le latió el corazón acelerado. Calliope... Jane... Penelope... y su abuela... ¡todas ellas también se encontraban allí! Todas las personas que quería en el mundo se encontraban allí, y todas estaban en peligro mortal. Por su culpa.

—Las manos en el aire —demandó Ashton, sosteniendo la mirada de Spencer. Miró al cochero—. Peter, sujétale las manos en la espalda.

Spencer no iba a dejar que nadie le sujetara las manos. El cochero de Ashton era un hombre grande, pero Spencer había luchado contra hombres más grandes todavía en los cuadriláteros de Portside. Peter se le acercó con una cuerda larga en la mano y el rostro lleno de amenaza. El cochero tenía los hombros anchos y rechonchos y un aspecto tosco. A Spencer le dio la sensación de que le agradaba la idea de derrotarlo.

Spencer echó un vistazo hacia los carruajes de su familia y vio que sus dos hermanos se encontraban afuera. Junto con Dorian, luchaban contra los rufianes de Ashton. El sable de Nathaniel destellaba bajo la luz opaca del día mientras la blandía. Richard y Preston movían los puños, y Dorian luchaba contra dos hombres de Ashton. La abuela había abierto la puerta del carruaje, y se oyeron unos tremendos ladridos antes de que los tres animales se lanzaran contra los maleantes.

Pero Spencer tenía su propia batalla que liberar. Mientras Peter se lanzaba al ataque e intentaba sujetarle los brazos, Spencer dio un paso al costado y se aprovechó del impulso del cochero. Peter se tambaleó, pero recuperó el equilibrio pronto antes de darse vuelta para mirarlo con una mueca.

Spencer no confiaba en la fortaleza o los movimientos de sus pies debido al muslo. Por eso, se valió del ingenio y la agilidad. Hizo un amague de moverse a la izquierda y, cuando Peter lo siguió, se apresuró a agacharse por debajo de los brazos abiertos del cochero y lanzarle un puñetazo en el plexo solar. Peter soltó un gruñido, hizo una mueca de dolor y le devolvió un golpe salvaje dirigido a la cabeza. Spencer se agachó y sintió el aire moverse cerca de su rostro cuando el puño erró. Contraatacó con otro golpe en el rostro, sintiendo la satisfacción del contacto. Pero sintió más dolor en el muslo y recordó su propia vulnerabilidad.

Como si pudiera sentir el estado debilitante de Spencer, Peter sonrió con malicia y lo volvió a atacar. En esta oportunidad, Spencer no fue lo bastante rápido. La mano del cochero le sujetó la muñeca y le hizo perder el equilibrio. Los dos hombres se rebatieron intentando ganar el control de la situación.

Por el rabillo del ojo, Spencer notó un destello de un vestido blanco. De repente, una autoritaria voz femenina interrumpió la tensión.

—¡Ya es suficiente!

Los dos hombres se quedaron perplejos y se volvieron para ver a Joanna que se encontraba de pie y le apuntaba una pistola a Ashton. Tenía el rostro pálido, pero lleno de determinación, y los ojos llenos de fuego.

Ashton se puso de pie con una mirada de sorpresa.

—Suéltalo, Peter —le ordenó con la voz firme—. O te juro que apretaré el gatillo.

—Maldita perra —gruñó Ashton—. ¡Me has hurtado la pistola!

Ashton se llevó la mano a la espalda, donde se había guardado el arma discretamente, en la cinturilla de los pantalones. En efecto, no la llevaba más allí.

Joanna arqueó una ceja.

—A veces, ser invisible tiene sus ventajas.

Cuando Spencer miró a Joanna con determinación, un remolino de emociones se le despertó en el interior. El cabello dorado le brilló bajo el sol, y unos mechones se le habían escapado de debajo del bonete para enmarcarle el rostro en un destellante halo. Los ojos verdes, que solían ser suaves y acogedores, brillaban con una determinación feroz que solo le resaltaba la belleza. Era magnífica. A Spencer se le hinchó el corazón de admiración. En ese momento, no era solo la mujer que amaba, sino una fuerza a tener en cuenta, y sintió un orgullo y deseo abrumador.

—¡Joanna, no seas ridícula! —masculló Ashton, mientras caminaba hacia ella con la mano estirada—. No me vas a dispa...

El estruendo desgarró el aire y espantó a una bandada de pájaros que alzaron vuelo detrás de una línea de árboles. El humo llenó el aire alrededor de Joanna, y Spencer sintió que el corazón le daba un vuelco. Había esperado ver a Ashton en el suelo, pero se encontraba sano y enfadado.

—¡Qué muchacha más tonta! —exclamó—. ¡Has perdido la única oportunidad!

Sin dejar de luchar contra Peter, Spencer tomó provecho de la distracción del cochero. Con un movimiento veloz, le retorció el brazo y usó todo su peso para obligar al hombre a arrodillarse.

—Ya basta, Peter —le gruñó con un tono de voz bajo y peligroso—. Se ha acabado el juego de tu jefe. Será mejor que colabores.

Jadeando y claramente derrotado, Peter asintió a regañadientes.

—De acuerdo —escupió—. No me pagó en seis meses, no le debo ninguna lealtad.

Spencer lo soltó y se puso de pie a pesar del dolor en el muslo. Otra explosión alta perforó el aire, y Spencer experimentó un dolor agudo en el hombro izquierdo. Bajó la mirada para ver una mancha oscura que se le expandía por el abrigo.

Cuando volvió a mirar a Ashton, había recuperado la pistola y, al parecer había logrado recargarla durante la refriega. En ese momento, echaba humo con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Una mujer soltó un grito, y Spencer se volvió hacia Joanna. Lo miraba con una expresión de horror, y estaba a punto de echar a correr hacia él cuando Ashton se llevó la mano a la bota y se lanzó contra ella. El terror le paralizó el corazón. El tiempo se ralentizó.

Spencer intentó moverse, pero sintió como si se moviera por el barro. A unos metros de

distancia, continuaba la pelea de su familia contra los rufianes. Uno de los hombres de Ashton movía el sable apuntando a Argos, Hercules y Orion, y los tres animales le gruñeron mostrándole los dientes. Tenían el pelaje erizado y los labios abiertos para revelar unos colmillos afilados. Hercules era el más pequeño de los tres y se lanzaba hacia adelante para intentar morder al hombre en el tobillo.

El sable de Nathaniel volvió a destellar bajo la luz tenue mientras bloqueaba los ataques de dos contrincantes. Lo estaban acorralando contra un roble y tenía una máscara de furia en el rostro. Spencer vio a Calliope, que seguía sentada en uno de los carruajes, tomar una pistola y apuntar por la puerta abierta antes de disparar. Uno de los atacantes de su esposo se cayó soltando un grito, pero otro tomó su sitio. Spencer se llenó de orgullo por las habilidades de su hermana, pero sabía que le iba a llevar tiempo recargar la pistola.

En ese momento, Richard golpeó la cabeza de otro hombre contra el segundo carruaje de Ashton, y el rufián se cayó. Sin perder tiempo, Richard corrió al lado de Preston, a quien dos hombres acorralaban contra una esquina. De repente, apareció un bastón por la puerta abierta del carruaje de la abuela, y uno de los oponentes de Preston cayó. Eso le dio ventaja a Richard. A pesar de que el hombre se estaba incorporando, no tenía suficiente fuerza, y Richard entonces le asestó un puñetazo fuerte en el mentón.

Todo pareció ocurrir en un instante, y Ashton extrajo la daga que tenía guardada en la bota para continuar lanzándose contra Joanna, que abrió los ojos de par en par y se tambaleó hacia atrás. Spencer se quedó sin aliento. Luchó contra el dolor, el cansancio y el temor por la vida de su amada.

—¡Joanna! —gritó forzando a su cuerpo cansado a incorporarse. Sin embargo, se movía demasiado despacio. ¡Llegaría demasiado tarde! Era como si estuviera atrapado en una pesadilla, obligado a mirar cómo la mujer que amaba se enfrentaba a un peligro mortal sin poder hacer nada al respecto. Por fin logró ponerse de pie. La sangre le caía por el brazo y se encontraba demasiado lejos. Con un rugido, dio unos pasos tambaleantes para protegerla del peligro.

Joanna se atoró el pie contra una piedra y se cayó al suelo. Ashton se ciñó sobre ella, con una expresión triunfal en el rostro. Alzó la daga, listo para asestar el golpe final al tiempo que su sobrina abría la boca en un grito silencioso. Todo el mundo de Spencer estaba a punto de hacerse añicos como el barco volado en mil pedazos por una bala de cañón, como su pierna... pero en esta ocasión, jamás volvería a recomponerse. Si podía llegar a sanar, si la vida podía llegar a tener algún sentido, solo sería con ella viva.

Sintió una ola de pánico en el pecho y se lanzó al ataque. Sentía como si la tierra conspirara en su contra y se aferrara a sus pies para ralentizarlo.

Dorian, que había estado luchando cerca de ellos, vio a Joanna. Con un grito de guerrero, se liberó del oponente y se lanzó contra Ashton. El contrincante lo siguió, pero el grito bastó para que Ashton detuviera el brazo y alzara la vista. Dorian se lanzó contra él a toda velocidad.

Con la guardia baja, Ashton se volvió al tiempo que el cuerpo de Dorian impactaba contra el suyo. Los dos hombres se cayeron al suelo, pero el oponente de Dorian lo tomó del abrigo y jaló de él. Cuando logró darle vuelta, le asestó un fuerte puñetazo en el rostro.

Como si se hubiera transformado en otro hombre en un instante, el rostro del duque de Rath se convirtió en una máscara de furia. Si el dios de la guerra, Ares, existía, se encontraba allí mismo, en el cuerpo de Dorian. Tras varios puñetazos veloces y precisos como balas, su oponente quedó desorientado y se retiró.

Mientras Joanna se incorporaba, Ashton la siguió con la daga en la mano. Spencer se encontraba a unos pocos pasos de distancia. Dorian le había dado tiempo suficiente.

Spencer soltó un rugido y se arrojó contra Ashton valiéndose del brazo sano para arrojarlo al suelo. Se las ingenió para sostenerlo debajo de su cuerpo con su propio peso.

—Me lo has arrebatado todo —gruñó—. Pero no me la quitarás a ella.

Ashton tenía los dientes al descubierto, el rostro distorsionado por la furia y no dejaba de mover la daga al costado de Spencer. A pesar del dolor, Spencer bloqueó el antebrazo de Ashton con el suyo. Mientras se debatían en la tierra, a Spencer se le tensaron todos los músculos del cuerpo mientras buscaba controlarse.

Al final, Spencer logró sujetar la muñeca con la que Ashton blandía la daga con el brazo sano y le apretó el herido contra la garganta. Los intentos de liberarse del duque se debilitaron, y al cabo de unos instantes, comenzó a respirar entre jadeos.

—¡Suéltame, tonto! —exclamó con la voz ronca.

—Has arruinado un sinfín de vidas —le dijo Spencer apretando los dientes—. ¡Has dejado familias enteras sin padres, hermanos o hijos!

—¡Solo fabrico las armas! —se defendió Ashton con un gruñido apretándole el cuello a Spencer con la mano libre.

Spencer le sujetó la muñeca con tanta fuerza, que la daga se le cayó. Por la visión periférica, vio que Joanna la tomaba y se alejaba. Qué muchacha más valiente y lista.

—¡No me pueden volver responsable de una guerra! —continuó Ashton—. Yo solo tomo buenas decisiones de negocios. Y en cuanto al espionaje... ¡Los estadounidenses conseguirían la información en otro lado si no fuera a través de mí!

—Eres un bastardo —escupió Spencer—. ¡Ni siquiera ahora puedes hacerte responsable! ¡He esperado casi un año este momento!

Al alzar la cabeza, vio que su familia se apresuraba a su lado. Los hombres de Ashton yacían en el suelo inconscientes o huían al bosque cojeando o sujetándose las heridas. Con la cabeza en alto, Calliope se acercó a Ashton. El vestido amarillo relucía contra la naturaleza verde a sus espaldas.

—Oh, mírate. Ya no te sientes tan poderoso o intocable, ¿no? —le preguntó triunfal.

—¿Te encuentras bien, hermana? —le preguntó Spencer. Luego miró a su familia. Sus hermanos tenían algunos cardenales y cortes en los rostros, las prendas desgarradas y los puños abiertos. Penelope, Jane y Calliope tenían las prendas llenas de polvo. Jane sostenía la daga ensangrentada en la mano, Penelope, una tabla de madera que sostenía como un palo de golf, y Calliope tenía una pistola que emanaba humo.

—Sí, estoy bien. Y ahora mejor —respondió—. Ahora quiero saber todo. ¿Cómo terminaste entregándole información confidencial a los estadounidenses? —le preguntó.

Con el ceño fruncido, Ashton miró a Rath, que se acercaba a ellos, intentando descubrir quién era. Como el duque guardó silencio sin despegar los ojos de Calliope, Spencer lo apretó con más fuerza.

—Todo comenzó en una velada —jadeó al final—. Un hombre que fingía ser un diplomático se me acercó. Era encantador y conocía muy bien el arte de la conversación. Me dio a entender que estaba al tanto de mis problemas financieros y me ofreció dinero a cambio de información secreta. Al principio, parecía un buen acuerdo, pero se convirtió en una trampa de la que no pude escapar.

—¿Quién es tu contacto en los Estados Unidos? —le preguntó Calliope.

Como Ashton la fulminó con la mirada, Spencer lo volvió a apretar con fuerza.

—El coronel Jonathan Gargrave, un miembro de alto rango del Departamento de Guerra —repuso el duque con los dientes apretados—. Tiene mucho poder y es responsable de reunir datos

de inteligencia británica.

—¿Qué sabías del almirante Langden? ¿Por qué te tenía tanto miedo?

—No te atrevas a responder eso —le advirtió Dorian con frialdad y le llevó el sable al cuello. El hombre tragó con dificultad y asintió—. No es tu secreto para compartir.

Spencer comprendía a su amigo y no quiso presionarlo. Sabía que Calliope también lo comprendería.

—De acuerdo, pero eres responsable de lo que les pasó a las hermanas de Nathaniel. ¡Esto es por ellas!

Calliope echó el brazo hacia atrás y le asestó un puñetazo en la nariz. En el aire se oyó el sonido de un hueso roto, y Ashton gruñó de dolor.

—Violet tendrá una cicatriz de por vida, y Poppy siempre tendrá pesadillas con el intento de secuestro.

—¡Ay! —gritó Ashton—. ¡Maldita perra!

—No te atrevas a llamarla nada que no sea duquesa —le advirtió Spencer. Echó el codo del brazo sano hacia atrás y le asestó un golpe de boxeo que había practicado durante varios años en el rostro con los nudillos. Tras el fuerte sonido del golpe, Ashton cayó inconsciente.

JADEANDO, Spencer, se apartó de Ashton y sintió el dolor lacerante en el hombro. El mundo a su alrededor era una nebulosa de ruidos y movimientos, pero solo se podía concentrar en la sensación ardiente en el hombro y en el peso de la pelea que acababa de desatarse.

Un roce suave en el brazo lo devolvió a la realidad. Joanna se encontraba a su lado y lo miraba preocupada.

—¡Spencer! —exclamó mientras le recorría la herida del hombro con los dedos. El roce era frío y calmante, un contraste abrupto con la ferocidad del dolor.

Extrajo un pañuelo del bolsillo y se lo apretó contra la herida. La tela blanca se tornó roja, pero no le quitó las manos de encima.

—Sostenlo —le indicó mientras le apoyaba una mano contra el pañuelo. Spencer le hizo caso sin despegarle la mirada de los ojos. En la mirada le vio una mezcla de temor y alivio. Y una ternura que hizo que el corazón se le hinchara en el pecho—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó con un tono lleno de preocupación.

—Sí, ¿te encuentras bien, hermano? —intervino Preston acercándose a ellos.

Spencer asintió con la cabeza y tragó con dificultad.

—Sí, estaré bien —repuso con la voz ronca—. Gracias a todos ustedes.

Se puso de pie y miró a Joanna con el corazón latiéndole desbocado.

—En especial gracias a Dorian. Ella habría muerto de no ser por ti.

Los feroces ojos celestes de Dorian se suavizaron.

—Por favor, ha sido un honor luchar a tu lado, Spencer.

Miró a su familia y a sus amigos, que lo observaban con amor y aceptación, y el pecho estuvo a punto de explotarle de amor y gratitud por ellos. Todos los hombres tenían cardenales y cortes, así como también labios o párpados hinchados.

—¿Están todos bien? —les preguntó.

—Sí —respondió Calliope, que inspeccionaba los cortes de Nathaniel y extraía un pañuelo—. En general, sí.

La abuela se acercó con las mejillas sonrosadas.

—Yo también ayudé —anunció con una sonrisa y movió el bastón en el aire—. Este palo no solo sirve para caminar. Es excelente a la hora de ponerle una traba a alguien.

Spencer se rio, mientras la abuela observaba a Joanna preocupada.

—Señorita Joanna...

Spencer se volvió a Joanna y la miró desesperado en busca de algún rasguño, cardenal o alguna herida grave.

—Joanna... ¿Te encuentras bien?

La sujetó de los hombros y observó cada centímetro de su cuerpo voluptuoso bajo el vestido simple que llevaba puesto. El jubón gris tenía unos cortes, pero no parecía tener ninguna herida. Olía a polvo y a ella misma. Los ojos verdes... Oh, cielos, cómo había echado de menos esos labios aterciopelados y el aroma a granada que olía por encima de la pólvora.

—Estoy bien —aseguró con los ojos llenos de preocupación por él.

Le tomó el rostro entre las manos y Spencer se acercó aún más para permitirse un momento de dicha y sentir su piel contra la suya. La había echado mucho de menos. El mundo no era igual sin ella. Joanna miró la silueta inconsciente de Ashton.

—Supongo que no salió como ninguno de los dos quería. Yo no conseguí lo que quería de él... pero quizás tú aún puedas conseguirlo.

Spencer negó con la cabeza sintiendo culpa en el estómago.

—Fui a Neverton a exigirle que dejara de atosigar a tu familia, que dejara en paz a Charlotte y le devolviera la herencia a Gideon.

Joanna entrecerró los ojos.

—¿Cómo has dicho? Antes querías confrontarlo, presentar cargos...

—Sí, pero no pude hacerlo, cariño. —Le tomó el rostro entre las manos y nada se había sentido tan bien desde la última vez que la había tocado—. Sabía que te perdería para siempre. Y no hay venganza alguna que valga eso.

—Spencer... ¿Qué quieres?

—Quiero a la mujer que amo —le respondió—. A ti.

Joanna tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Me amas?

—Te amo, Joanna Digby. Eres mi Perséfone, mi reina de la oscuridad que me ha llevado de regreso a la luz. Me preguntaste si alguna vez me casaría contigo, y fui un cobarde al no decirte que eso era lo que más anhelaba. Toda esta lucha, todo lo que atravesé... todo me llevó a ti. A ti, Joanna. Desde el momento en que te vi en ese baile, siempre has sido tú. Has estado en el centro, en el frente, en el fondo y en cada costado de mi mente.

A Joanna le temblaron las pestañas mientras le sujetaba las muñecas que le sostenían el rostro.

—Spencer... Me has hecho sentir muy traicionada. Te lo di todo y... No sé si pueda volver a confiar en ti.

Eso le dolió, pero sabía que tenía razón. Le apartó las manos y asintió con la cabeza. Luego se las introdujo en el bolsillo interno del abrigo y extrajo un pergamino de cuero lleno de cartas y documentos.

—Ten. Esto es todo lo que tenemos. Las propiedades en los Estados Unidos y el testimonio escrito de tu tía, que como un canalla le robé antes de que te los enviara. Ten. Úsalos como desees. Está todo en tus manos ahora.

Joanna aceptó el pergamino y miró el interior antes de apretar los labios y asentir.

—Gracias.

—Puedes negociar con Ashton, y no comenzaré ningún caso criminal en su contra si no lo desees. Pero la Corona podría estar agradecida por haber delatado a un traidor y quizás permita que Gideon conserve el título y las propiedades. La elección es tuya. Pero comprenderé si no quieres correr ningún riesgo.

—Si le dan el título a Gideon, los títulos de su propiedad pasarán a ser suyos.

—Sí.

Le tomó el rostro entre las manos.

—Y Ashton no tendrá ningún poder sobre mi familia. De modo que Charlotte quedará libre.

—Sí, si deseas proceder con un caso criminal, es probable que lo castiguen, aunque quizás no acabe en la horca. Pero de esa forma, podrías conseguir lo que deseas.

—¿Y tú no? —le preguntó.

—Sí... —respondió tomándole el rostro entre las manos—. Si te consigo a ti.

Joanna se mordió el labio con las mejillas sonrosadas.

—No hay nada en mi vida que brille más intenso que tú —le dijo y se arrodilló delante de ella. Oyó los jadeos que soltaba su familia. No tenía ningún anillo, pero lo conseguiría si ella lo aceptaba—. No hay nada más poderoso que mi amor por ti. Te amo. Siempre te amaré. Por favor, cástate conmigo, Joanna.

Joanna soltó el aliento.

—Durante toda mi vida creí que no me merecía lo mejor. Que mi sitio estaba en el trasfondo. Que jamás sería el centro de atención de nadie. Y tú me has demostrado que estaba equivocada. Gracias a ti, aprendí que me merezco todo lo que deseo... Y que mi lugar está en el frente... o dondequiera que esté.

A Spencer le latía el corazón desbocado. Su mundo estaba a punto de partirse en dos para nunca más ser arreglado... o de explotar en colores intensos y alegres.

—Tienes toda la razón, cariño —le dijo.

—Quiero que ese sitio sea a tu lado —le dijo—. Porque te amo, Spencer Seaton. Y me casaré contigo.

Unos vítores felices sonaron a su alrededor, y Spencer y Joanna miraron a la familia que aplaudía con sonrisas de felicidad en el rostro. Todos se acercaron hasta formar un círculo a su alrededor, incluyendo a los tres perros. Dorian se quedó de pie incómodo a un lado, pero la abuela le tomó la mano y lo jaló hacia el círculo.

Spencer sonrió y sacudió la cabeza. Había hecho las paces con el amor de su vida. Era hora de hacerlas con su familia.

—Gracias a todos por su ayuda —comenzó—. No lo hubiera logrado sin ustedes. No puedo creer que perdí a Joanna y a todos ustedes por mi deseo de venganza.

—No nos perdiste, hermano —le aseguró Richard con una sonrisa—. Si estamos luchando todos juntos... luchando por nosotros y no en nuestra contra.

La garganta se le tensó de la emoción. Allí estaban todos, de pie a su lado. Había pasado las últimas semanas luchando contra ellos porque estaba aterrorizado de dejar que se le acercaran, de que vieran la coraza del hombre en que se había convertido durante la guerra. Y, sin embargo, durante todo ese tiempo, ellos habían estado luchando por él, sin importar lo que él deseara... Habían estado luchando por él, a pesar de que no lo sabía, no lo apreciaba y no quería aceptarlo. Qué equivocado había estado. Había estado equivocado con muchas cosas.

—Todos tenemos nuestro propio camino —le dijo Penelope con una sonrisa suave—, y el tuyo te ha llevado a la señorita Digby, una dama que te ama tanto como tú a ella.

—Sí —asintió Spencer, envolviendo a Joanna en sus brazos.

Joanna estaba de pie con una sonrisa en el rostro y ningún indicio de timidez.

—Y el mío me condujo a ti.

—Cuando regresé —continuó con la voz ronca—, creí que era un hombre que lo había perdido todo. Pero estaba equivocado. Joanna me mostró que a pesar de que la vida ha cambiado, mientras tuviera a mis seres queridos a mi lado, podía volver a ser feliz. —Miró a Preston a los ojos, y luego a Calliope, Richard y la abuela, su familia adorada que había renunciado a tanto por encontrarlo. Acto seguido, se volvió hacia Penelope, Jane y Nathaniel, sus nuevos hermanos, y a

Dorian, que había demostrado su amistad de una forma poderosa en el transcurso de las últimas semanas. Por último, se volvió hacia su hermosa novia, que lo miraba con ojos destellantes como hojas de primavera. Y dejó que las palabras más genuinas le salieran del corazón... a través del dolor, de la tristeza y de la estrechez que las contenía—. Mientras los tenga a todos ustedes.

—Creo que se puede decir que todos compartimos ese sentimiento —dijo Jane—. Todos encontramos al amor de nuestra vida gracias a una aventura descabellada. Y, de manera retorcida y extraña, gracias a Ashton.

Todos miraron al duque traidor, que seguía desparramado en el suelo con los ojos cerrados, pero respiraba.

—¿No nos apartarás más? —le preguntó Calliope a Spencer—. Porque te eché mucho de menos.

Spencer negó con la cabeza y abrió los brazos para su hermana.

—Nunca más, hermana.

Calliope se acercó y se hundió en el abrazo con Spencer y Joanna. Pronto, más pares de brazos se acercaron al abrazo y, al cabo de un momento, se encontró envuelto en una bola segura y cálida de extremidades. Los ojos se le llenaron de lágrimas de amor y gratitud. Todo el cuerpo se le expandió. Se sentía grande, liviano y maravillosamente lleno.

Ya no había ninguna parte rota de él, a pesar de que no era el hombre que había sido un año atrás. Y jamás lo sería. Ahora era otra persona. Pero eso estaba bien. Le agradaba la nueva versión de su ser. Y eso no era todo. Por fin había regresado con su familia. Y había encontrado al amor de su vida.

Por fin estaba en casa.

EPÍLOGO

QUINCE MESES MÁS TARDE...

—¡Es un gran honor anunciar que el *Perséfone* está abierto! —anunció Joanna arrojando las manos en el aire. A Spencer se le hinchó el corazón al punto de amenazar con escaparse de su pecho.

La multitud de varias decenas de personas que había a su alrededor prorrumpió en aplausos. Spencer también aplaudió y sonrió tanto que le dolió el rostro. Esa era su esposa. Llevaba puesto un hermoso vestido de color celeste y un jubón de un tono más oscuro con un borde dorado y unas flores y parras bordadas. Se veía preciosa con el rostro deslumbrante y los ojos brillantes.

Entre el alboroto de Cheapside y las personas que se habían reunido allí para celebrar la apertura de su periódico, los ojos brillantes se clavaron en él, y todo el caos a su alrededor se desvaneció como si jamás hubiera existido. A lo mejor, la tierra giraba alrededor del sol, pero él giraba alrededor de esa mujer. No lograba comprender cómo había llegado a pensar que su sitio se encontraba en el trasfondo. Había nacido para liderar. Detrás de ella se encontraba el primer periódico en Inglaterra que imprimiría historias escritas exclusivamente por mujeres. Por encima de la entrada, se encontraba el orgulloso letrero del *Perséfone*.

—¡Lady Seaton! —la llamó uno de los periodistas entre la multitud—. ¿Por qué le puso ese nombre al periódico?

Joanna volvió a mirar a Spencer a los ojos, que brillaban de picardía y humor. Su marido le devolvió la mirada mientras aguardaba la respuesta.

—Porque Perséfone era la diosa del inframundo. La portadora de la primavera y la vida. Pero tuvo que pasar mucho tiempo oculta en el inframundo para conocer sus verdaderos poderes. Creo que así es como muchas mujeres se han sentido durante muy largo tiempo. Yo misma me he ocultado detrás de un exitoso pseudónimo masculino porque ningún periódico me hubiera publicado o pagado lo mismo que a un hombre. Conozco a muchas otras mujeres que se ocultan de una manera u otra. Pero Perséfone encontró su fortaleza en la oscuridad y regresó para brillar. Creo que todas las mujeres somos como Perséfone de algún modo. Por eso este periódico es una manera de dar a conocer los talentos de las mujeres. Es un periódico para mujeres, escrito por mujeres.

Por la visión periférica, Spencer vio a Penelope, Jane, Calliope y Emma, la duquesa de Loxchester, que asentían con la cabeza. Su abuela se llevó la mano al pecho y sonrió con aprecio.

—¡Bravo! —exclamó en silencio. Preston, Richard, Nathaniel y Sebastian, que se encontraban cerca, también asentían con la cabeza. Dorian, el duque de Rath, se encontraba de

pie cerca de ellos con tres amigos de él. Pero nadie estaba más orgulloso de Joanna que Spencer.

—¿Sobre qué van a escribir? —le preguntó otro periodista.

—Bueno —comenzó y miró a las seis mujeres que se encontraban de pie a su derecha—. Vamos a escribir acerca de temas que son importantes para las mujeres. De las relaciones, el matrimonio, cómo es ser una mujer en estos tiempos, las luchas y las alegrías a las que nos enfrentamos, así como también ficción y poesía que disfrutaban las mujeres. Estas son las mujeres que escribirán. Tenemos una jefa editorial, una copista, una ilustradora y tres corresponsales, así como también muchas escritoras que contribuirán de forma ocasional. Y estamos abiertas a oír nuevas voces.

—¿Qué le hace pensar que esto será un éxito? —le preguntó otra arrogante voz masculina desde la multitud.

Joanna se rio antes de responder.

—Supongo que tendremos que aguardar y ver. Pero puedo decir que estoy sorprendida con todas las peticiones de suscripción preliminares que hemos recibido antes de imprimir el primer periódico, gracias a las recomendaciones de boca en boca. Supongo que hay una gran necesidad de algo que no se trate de moda y chismes. Una plataforma en la que las mujeres puedan expresarse con libertad y disertar sus ideas y experiencias.

Joanna miró entre la multitud. Como parte de la familia, y como el nuevo amigo de Spencer, Thorne Blackmore, se encontraba entre los presentes acompañado de sus tres amigos, a quienes Spencer había llegado a conocer muy bien: los hermanos Bishop, vestidos de blanco y de negro, Morgan y Tristan Nightshare, y Brace Sterling, un médico sin licencia. En el transcurso de los últimos quince meses, Thorne y sus hombres habían ayudado a reunir más pruebas en el caso criminal en contra de Ashton, y encontraron testigos a los que convencieron de dar su testimonio. Lo habían hecho de manera veloz y eficaz.

Al igual que Spencer, Dorian se sentía agradecido con Thorne y sus hombres. Sin embargo, mientras que Spencer se sentía liviano y libre, Dorian se hundía cada vez más en su ira. Se estaba convirtiendo en un duque taciturno y malhumorado.

Cuando los ojos fríos de Thorne repararon en Spencer, le asintió con la cabeza y le ofreció una pequeña sonrisa. Los otros tres hombres también lo saludaron con un gesto de la cabeza. Habían ido a mostrar su respeto y, al siguiente instante, se desvanecieron de la vista. A pesar de que Spencer no los podía ver abiertamente delante de la sociedad, apreciaba que hubieran ido a darle su apoyo a Joanna.

Spencer sabía que había algo que conectaba a esos cuatro hombres, pero jamás había indagado en el asunto. Había asumido que Thorne se lo contaría si así lo deseaba. Pero era algo oscuro similar a lo que conectaba a Spencer con Thorne. En ocasiones, se reunían en la oficina de Thorne, unidos por el aprecio compartido por el *whisky* escocés. Thorne le hacía preguntas acerca de los días que había pasado en la fuerza naval y asentía taciturno mientras oía las respuestas. A pesar de que no solía decir mucho, Spencer sabía que un secreto oscuro lo perseguía.

Sin embargo, la oscuridad había perdido cualquier poder sobre Spencer. Había aprendido a aceptarla y a no hacer caso omiso o fingir que no existía. Ya no huía más. Se aceptaba como era: herido, dañado y perdido. Y había aprendido a conocerse. Era un exduque y un *lord*. Era un exboxeador y alguien que cojearía para siempre... pero que a la vez era lo suficientemente fuerte para proteger a su familia y a la mujer que amaba. Era alguien que anhelaba venganza en lo más profundo y corrupto de su alma, pero que podía evitar que la ira lo dominara y hacer lo correcto: no solo para él, sino también para otros.

Había regresado a Londres de la guerra como un hombre roto, perdido y aislado, un extraño en busca de un hogar. Y había encontrado ese hogar en Joanna, cuando se enamoró de ella, cuando su amor lo sanó y llenó la cavidad hueca en su corazón. Cuando le enseñó a vivir una nueva vida como un nuevo hombre. Era un hombre que había regresado de la muerte y se encontraba vivo.

—¡Y ahora permítanme abrir las puertas del *Perséfone*! —proclamó Joanna—. ¡Bienvenidos! Trabajamos mucho detrás de escenas durante las últimas semanas para que puedan echarle un vistazo a nuestra primera publicación. ¡La recibirán todos!

Tras otra alta ronda de aplausos, su esposa agraciada abrió las puertas de madera pulida con asas destellantes. Mientras la pequeña multitud comenzaba a entrar, la abuela le pasó un brazo por el codo.

—Estoy muy orgullosa de mis muchachas —dijo con serenidad.

—¿Tus muchachas, abuela? —le preguntó riéndose.

—Bueno, sí. Tuve un hijo, pero se casó con tu encantadora madre, y ella fue la hija que nunca tuve. Luego vino otra niña, Calliope, toda una fuerza de la naturaleza. Pero los hombres seguían abundando en la familia. Por fortuna, cada uno encontró una mujer maravillosa, y estoy muy orgullosa de llamarlas mis nietas.

Se detuvieron en el interior y aguardaron a los lacayos que circulaban con bandejas con bebidas. El vestíbulo tenía un escritorio de recepción y tres escritorios más cerca de las paredes. Estaba decorado en estilo neoclásico, con hermosas columnas y una colección de estatuas griegas que representaban a mujeres en varias formas y tamaños.

—Mira los cuadros de Penelope por todos lados —continuó la duquesa viuda—. Y Jane es un encanto y está cambiando las vidas de muchísimos niños en Whitechapel. Calliope por fin está a punto de abrir su agencia de investigaciones. Y Joanna... ¡ha logrado esto! Están viviendo la vida que me hubiera encantado tener la audacia de vivir.

Spencer arqueó las cejas.

—¿Qué querías hacer, abuela?

La abuela soltó un suspiro y se rio.

—Siempre anhelé ser cantante de ópera.

Spencer le dio una palmadita en la mano enguantada.

—Hubieras sido fantástica, abuela. Cantas hermoso. Es mi parte favorita de cualquier velada.

—Qué adulador —le dijo con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué andan susurrando ustedes dos? —les preguntó Calliope, al acercarse a ellos con Nathaniel y el resto de la familia.

—Le estoy diciendo lo orgullosa que estoy de todos ustedes —repuso la abuela al tiempo que soltaba el brazo de Spencer y tomaba la copa de champán que le entregaba un lacayo—. Y hoy, en especial de ti, Joanna.

Spencer sintió una descarga de energía al sentir la cercanía de Joanna antes de que se acomodara entre él y Nathaniel para unirse al gran círculo.

—Allí estás —dijo Penelope con una intensa sonrisa—. ¡Felicitaciones, querida! ¡Lo has logrado!

No había habido más tensiones entre Penelope y Joanna desde el día en que Spencer le pidió matrimonio.

Joanna volvió a sonreír y les agradeció a todos feliz. Luego alzó la mirada a él.

—Nada hubiera sido posible sin este maravilloso hombre.

—No, no —la contradijo Spencer—, esto es todo tuyo.

—¡Pero tú me has dado el edificio! —exclamó—. Además, invertiste en los muebles y las máquinas...

Spencer se rio. ¿Cómo no lo sabía? Todo eso se reducía a nada en comparación con verla tan satisfecha y feliz. Le vendería su alma al diablo si fuera necesario.

—Solo fue una pequeña ayuda.

—¿Dónde están todos los invitados? —preguntó Jane, mirando alrededor.

—Mi jefa de redacción, la señora Eccot, los llevó a un paseo guiado mientras paso tiempo con la gente que más quiero.

La puerta se abrió, y Gideon entró jadeando, seguido de Charlotte y su marido, el señor Linsby.

—¡Joanna! —exclamó.

—¡Joanna! —la llamó Charlotte, y Nathaniel se movió a un lado para que Gideon y Charlotte se pararan al lado de ella—. Lamento mucho llegar tarde... ¡Oh, todo se ve muy hermoso! ¡Felicitaciones, querida, estoy muy orgullosa de ti! —exclamó Charlotte y la besó en la mejilla.

—¡Felicitaciones, hermana! —exclamó Gideon, que parecía perplejo, tenía los ojos algo desorbitados y el cabello enmarañado, como si no dejara de pasarse la mano—. ¡Eres una emprendedora! Te deseo todo el éxito posible, y no tengo dudas de que el *Perséfone* se leerá en todos los hogares.

—Gracias —le dijo Joanna—, pero ¿qué sucedió?

—El veredicto... —dijo Gideon soltando un suspiro—. Por fin lo han decidido.

Spencer deseó que Rath se encontrara allí para oírlo, pero se encontraba con el resto de los invitados haciendo la visita guiada del periódico. Se lo diría en cuanto lo viera.

En el grupo reinó el silencio. El juicio de Ashton se había extendido durante quince meses, y lo habían tenido preso, pero se las había ingeniado para contratar a los mejores abogados para defenderlo. Los abogados habían usado todos los trucos posibles y habían cuestionado todas las evidencias y cada uno de los testimonios, y eso había prolongado el juicio de manera considerable. Gracias a eso, Spencer había pasado muchas horas en la corte testificando y respondiendo preguntas. Pero también había luchado con uñas y dientes con el equipo de abogados para asegurarse de que Ashton pagara por sus crímenes.

Sin embargo, por las vueltas de la vida, había tenido que escoger entre acudir a la apertura del *Perséfone* u oír el resultado del juicio. Toda la familia había escogido estar al lado de Joanna. Gideon también lo habría hecho, pero le habían solicitado estar presente en la corte porque el veredicto afectaría su título y su herencia, y Charlotte había ido con él para apoyarlo.

—¿Y? —preguntó Calliope—. ¿Cuál es el veredicto?

—Stuart Digby —comenzó Gideon—, ya no es el duque de Ashton, y será llevado a Australia en el siguiente barco de convictos.

—¿Y el título? ¿Y tu herencia? —le preguntó Richard.

—Me lo dieron todo —respondió con una expresión anonadada—. Gracias a Joanna, la Corona decidió mostrarse agradecida con nuestra familia y no demandar que renunciáramos al título y las propiedades. De modo que... ahora soy el duque de Ashton.

Preston, Nathaniel, Sebastian y Spencer intercambiaron una mirada de comprensión. Nadie entendía mejor que ellos la responsabilidad que eso acarreaba. El mismo Spencer había sido un duque en el pasado. El resto eran duques en la actualidad. Y ahora se encontraban en presencia de un nuevo duque. Nathaniel le apretó el hombro a Gideon.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Bienvenido a la locura.

Todos prorrumpieron en risas.

—No sé qué hacer ahora... —confesó Gideon—. He querido esto... He querido dejar de luchar con el dinero y de preocuparme por proveer para la familia... Pero ahora que no tengo que enfrentarme a las dificultades... ahora que tengo miles de hectáreas y docenas de propiedades y un sinfín de joyas y obras de arte... No sé si quiero todo lo que el título acarrea. La responsabilidad. Tener que encontrar una esposa adecuada. Continuar la línea de sangre. Asegurarme de no destruir nada... ¿Cómo puedo hacerlo si...?

Guardó silencio, Spencer se podía imaginar lo que iba a decir. Si su propia familia lo había rechazado y tratado como a un simple extraño.

—Tú lo vales —le aseguró Joanna con calma—. Si alguien lo vale, eres tú. No sabes cuánto.

Gideon le sonrió con tristeza, tomó una copa de champán de un lacayo y se la llevó a la boca. Cuando todos guardaron silencio mirando a Spencer, se aclaró la garganta.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Bueno, Ashton no acabará en la horca, hermano —señaló Calliope—. De modo que...

Spencer buscó algún rastro de odio, resentimiento o desilusión. Cuando se bajó del barco por primera vez al regresar a Londres, ese resultado le habría producido mucha ira. Habría marchado en el despacho del juez para demandar que cambiara el veredicto. Pero ya no necesitaba eso para sentirse completo. Su amor por Joanna lo había ayudado a sanar, le había sellado los trozos rotos de su alma y le había enseñado que era un hombre mejor. Amaba y era amado. Había encontrado a Joanna gracias a Ashton. También había encontrado algo que lo apasionaba en el mundo de las inversiones y los negocios. Tras un año como inversor en la Pottinger Shipping Company, se las había ingeniado para convertirla en una empresa rentable y hasta la había expandido. Preston le había cedido las propiedades que le habían pertenecido antes de convertirse en duque, y Spencer también las administraba. A pesar de que era menos responsabilidad de la que había tomado como duque, no le importaba porque le daba tiempo de encontrar nuevas oportunidades de negocios, y también podía ayudar a Joanna a establecerse. Además, estaba ayudando a Preston, a Nathaniel y a Sebastian a trabajar en una ley que prohibiera los reclutamientos por la fuerza. Spencer tenía una vida ocupada, llena y feliz. Hacía mucho tiempo había logrado olvidar las transgresiones de Ashton.

—Muy bien —dijo Spencer—. Le dieron el castigo que se merece. No le deseo nada malo. He cumplido mi deber hacia mi país y los crímenes que Ashton haya cometido ahora se encuentran entre él y Dios.

Con disimulo, entrelazó los dedos con los de Joanna, y ocultaron las manos entre los pliegues de su vestido.

—Qué bueno, hermano —dijo Preston con una sonrisa relajada—. Me alegra oírlo. Revolverse en el odio no es manera de vivir cuando tienes cosas mucho más alegres con las que ocupar el tiempo.

El resto del evento se pasó rápido. Cuando los invitados regresaron de la visita guiada, le hicieron algunas preguntas a Joanna. Spencer habló con Rath, que se limitó a asentir con una expresión feroz en el rostro al oír la sentencia de Ashton, pero no pareció calmar la furia que ardía detrás de los penetrantes ojos celestes del duque.

—¿Por qué no estás más contento con esto? —le preguntó Spencer—. ¿No se ha deseado tu deseo de vengar la muerte de tu tío?

A Rath se le tensó el mentón mientras clavaba la mirada en el espacio.

—Sí, pero... —Se detuvo y respiró con dificultad un instante mirándose los zapatos—. No importa. Gracias por las noticias, amigo, y por todo lo que has hecho para lograr que se hiciera justicia. Dale mis felicitaciones a *lady* Seaton. El periódico es un emprendimiento espléndido y

me aseguraré de que mi hermana se suscriba. Tengo que marcharme.

Cuando Rath se marchó y Joanna quedó libre de los periodistas, Spencer le pidió una visita privada a su oficina personal. Riéndose, ella se la concedió.

Tenía una oficina elegante y hermosa, adornada con tonos celestes pastel y dorados que remitían mucho a ella. Por encima del escritorio, había un enorme cuadro de una granada partida a la mitad, con unas jugosas semillas rojas que destellaban mientras se desparramaban sobre una manta de seda blanca. Spencer se lo había regalado; era una orden especial que le había encargado a Penelope. Y había quedado precisamente como había deseado: le recordaba a las partes favoritas de su esposa.

Cuando Joanna cerró la puerta a sus espaldas, Spencer pasó el pestillo y la tomó en sus brazos para acorralarla contra la puerta. Le reclamó la boca y se endureció de deseo por ella al instante. Le pasó los brazos por el cuerpo y no se perdió ni una deliciosa curva. Sus senos se sentían perfectos contra sus palmas, y la línea de la cintura descendía a unas caderas perfectamente redondeadas que estaban hechas para la adoración masculina y la satisfacción de sus deseos más oscuros.

Lo empujó hacia atrás y lo condujo a la gran silla de cuero para obligarlo a sentarse en ella. Luego le pasó la mano por el torso y le acarició la erección latente por encima de los pantalones al tiempo que Spencer le embestía la palma con el miembro.

—Te apuesto que te puedo llevar al orgasmo primero —le murmuró con un tono seductor contra los labios.

Mientras Spencer se la acercaba a los brazos, Joanna lo envolvió con las piernas, y le acarició la espalda con las yemas de los dedos.

—Te sugiero una apuesta diferente, mi amor —le dijo, y le besó los labios con mucha suavidad.

Joanna se rio y lo miró con los ojos verdes destellantes.

—Bueno, hasta el momento, todas las apuestas que has sugerido se han convertido en mis pasatiempos favoritos, así que, dime, ¿qué tienes en mente?

—Te apuesto que te haré feliz cada día por el resto de tu vida. Te apuesto que viviremos felices para siempre.

—Acepto la apuesta, mi hermoso canalla.

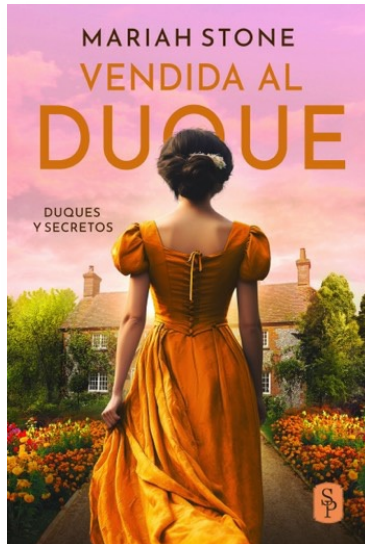


Gracias por leer LA APUESTA DE LORD CANALLA. Si te encantó la historia de Spencer y Joanna, obtén ahora tu epílogo adicional gratuito:

<https://mariahstone.com/epilogo-duque4>

Este es el último libro de la serie **Duques y Secretos**, ¿los has leído todos ya?

Un libertino rebelde. Un duque solemne. Para escapar de un compromiso arreglado, compra una esposa a la que jamás quiso amar... y acaba perdiendo el corazón.



Un duque solemne. Un libertino infame. Movilizado por la pena, obliga a la hija de su enemigo a casarse por venganza. Y ahora está a punto de perder el corazón.

Un poderoso lord. Un libertino infame obligado a aceptar un compromiso falso con la fea del baile... para acabar enamorado.



Un libertino sobreprotector. Una osada marisabidilla. Un matrimonio por conveniencia entre dos opuestos... que se enamoran perdidamente.

Herido y devastado, el exduque de Grandhampton, lord Spencer Seaton, regresa a casa de la guerra y descubre que lo ha perdido todo. Su único objetivo es vengarse del hombre responsable de su miseria.



Cuando una puerta se cierra, otra se abre...

Mi próxima serie, **LOS SIETE DUQUES PECAMINOSOS**, trata sobre una leal hermandad de siete duques, cada uno basado en un pecado capital. Son chicos deliciosamente malos que están a punto de embarcarse en dramáticas historias de redención a través del amor.

El primer libro, **EL DUQUE Y LA ROSE**, presenta a un duque pecaminoso y melancólico cuyo matrimonio de conveniencia con una optimista botánica desvela secretos, enciende una pasión prohibida y puede redimir un alma oscurecida por un pasado atormentado.

Lee EL DUQUE Y LA ROSE ahora >

¿Te apetece un Highlander?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **[LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER](#)**.

Impresionante, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

★★★★★ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

[Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >](#)

O quédate en el Londres de la Regencia y sigue leyendo **EL DUQUE Y LA ROSE** ahora.

NOTA DE LA AUTORA

Muchas gracias por haber leído la serie Duques y secretos. Me encantó escribirla y llegar al final me dejó un sabor agri dulce. Sin dudas, este puede ser el final de las aventuras de los Seaton, pero ciertamente no se trata del final del mundo que estoy construyendo en la época de la regencia, así que... ¡mantente alerta a la siguiente serie!

Me gustaría hablar de una pregunta que me hicieron muchos lectores antes de publicar *La apuesta de lord Canalla*. Algunos lectores estaban seguros de que cuando Spencer regresara, automáticamente recuperaría su título. Según lo que investigué, eso no es cierto. De acuerdo con mis investigaciones (y cabe destacar que no soy ninguna historiadora especializada en leyes hereditarias de la época de la regencia), en cuanto la ley le concedía el título al siguiente heredero, el heredero anterior quedaba descartado de la línea de sucesión. El título no se podía recuperar. De modo que Spencer solo podría haber recuperado su título si aún no se hubiera resuelto el asunto al momento de su regreso. Como has leído la serie, sabes que el asunto quedó completamente resuelto. Como lo consideraron muerto, Preston recibió el título.

Esa es la información que encontré y en la que basé la premisa de la novela. Por más que la información sea o no correcta (algo que creo muy posible considerando que no escribí una tesis doctoral acerca del tema), tenemos que recordar que esta es una obra de ficción. De modo que, como autora, tengo permitido tomarme ciertas licencias artísticas.

Siempre me gusta escoger tramas fuertes y excitantes en las que puedo hacer que mis personajes pasen por el infierno para poder disfrutar verlos regresar a la vida como mejores versiones de ellos mismos. Eso es lo que hice con Spencer. Cuando era duque, lo tenía todo y no apreció nada hasta que lo perdió. De modo que cuando regresó a casa, en mi mundo, no podría ser un duque, por más que las leyes le hubieran permitido recuperarlo todo. Eso solo habría logrado que la historia no fuera ni la mitad de interesante de la que es.

Al menos, esa es mi humilde opinión. Espero que la compartas.

¡Gracias por leer mis libros! No puedo expresar lo agradecida que estoy de tenerte aquí.

¡Espero que hayas disfrutado la serie Duques y secretos y continúes disfrutando mis otros libros!

Con mucho cariño,

Mariah

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¿PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en <https://mariahstone.com/es/>!

